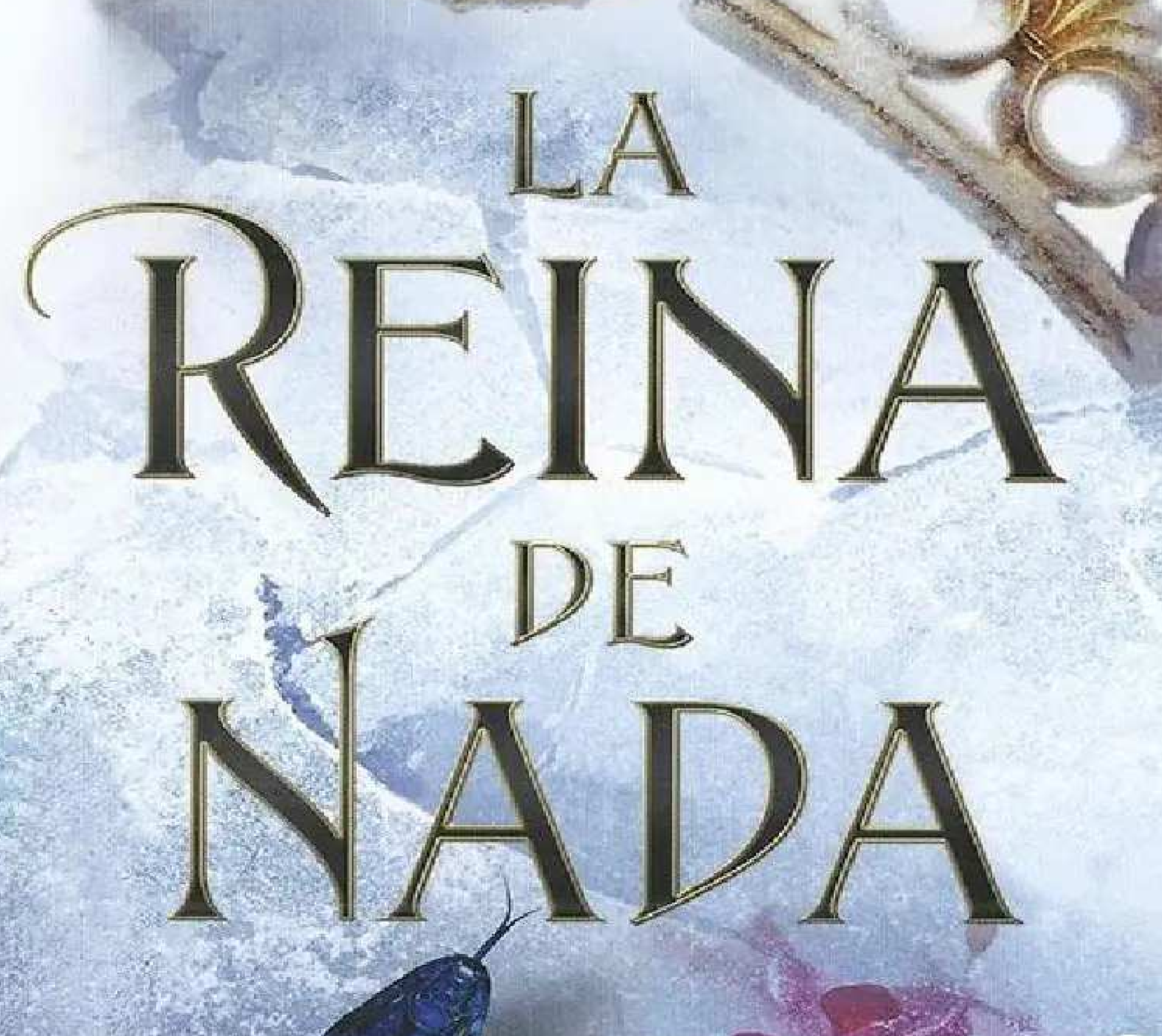


AUTORA NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES*

HOLLY BLACK

La exiliada reina mortal de Faerie, Jude, ya no tiene poder alguno y aún está recuperándose de la traición que ha sufrido. Pero está decidida a recuperar todo lo que le han arrebatado. Y su oportunidad llega cuando su hermana Taryn le pide ayuda porque su vida está en peligro. Jude deberá regresar a la traicionera corte de Faerie si quiere salvar a su hermana. Pero Elfhame no está como antes de que Jude se fuera. La guerra es inminente. Jude va a tener que entrar en territorio enemigo para retomar el sangriento juego de poder de los inmortales. Y, cuando una poderosa maldición se desate y cunda el pánico, Jude deberá elegir entre consumar su ambición o conservar su humanidad…



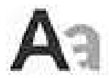
Holly Black

La reina de nada

Los habitantes del aire - 3

ePub r1.0
Titivillus 06.03.2021

Título original: *The Queen of Nothing*
Holly Black, 2019
Traducción: Jaime Valero Martínez
Ilustraciones: Kathleen Jennings

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




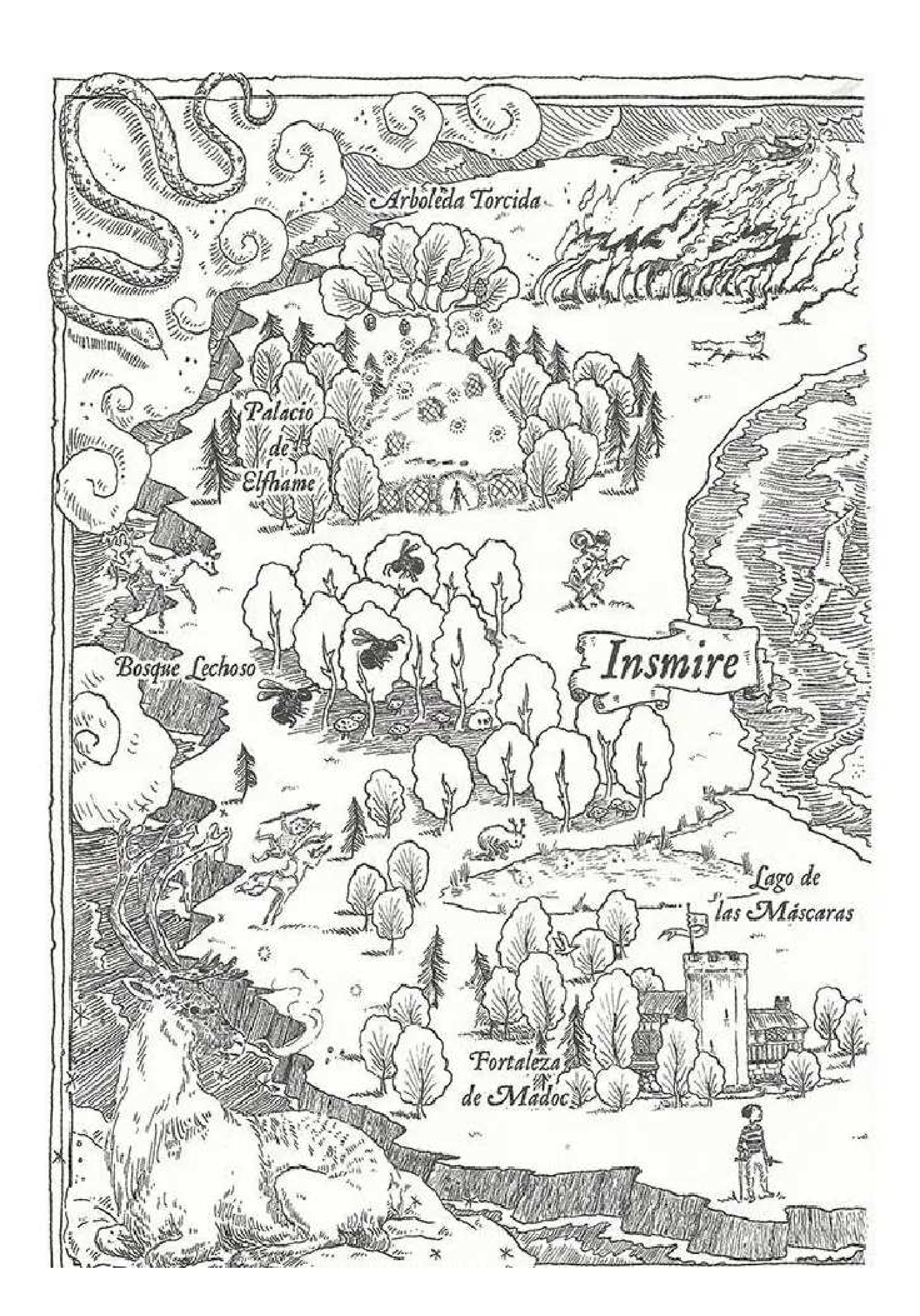
Para Leigh Bardugo,
que nunca me deja salirme con la mía.



LA REINA DE NADA

HOLLY BLACK

Traducción de Jaime Valero Martínez


Arboleda Torcida
Palacio de Elfhame
Bosque Lechoso
Insmire
Lago de las Máscaras
Fortaleza de Madoc

Mapa de las Islas Movedizas de

Elfhame

Finca de Locke

Insmoor

Torre del Olvido

Insear

Insweal

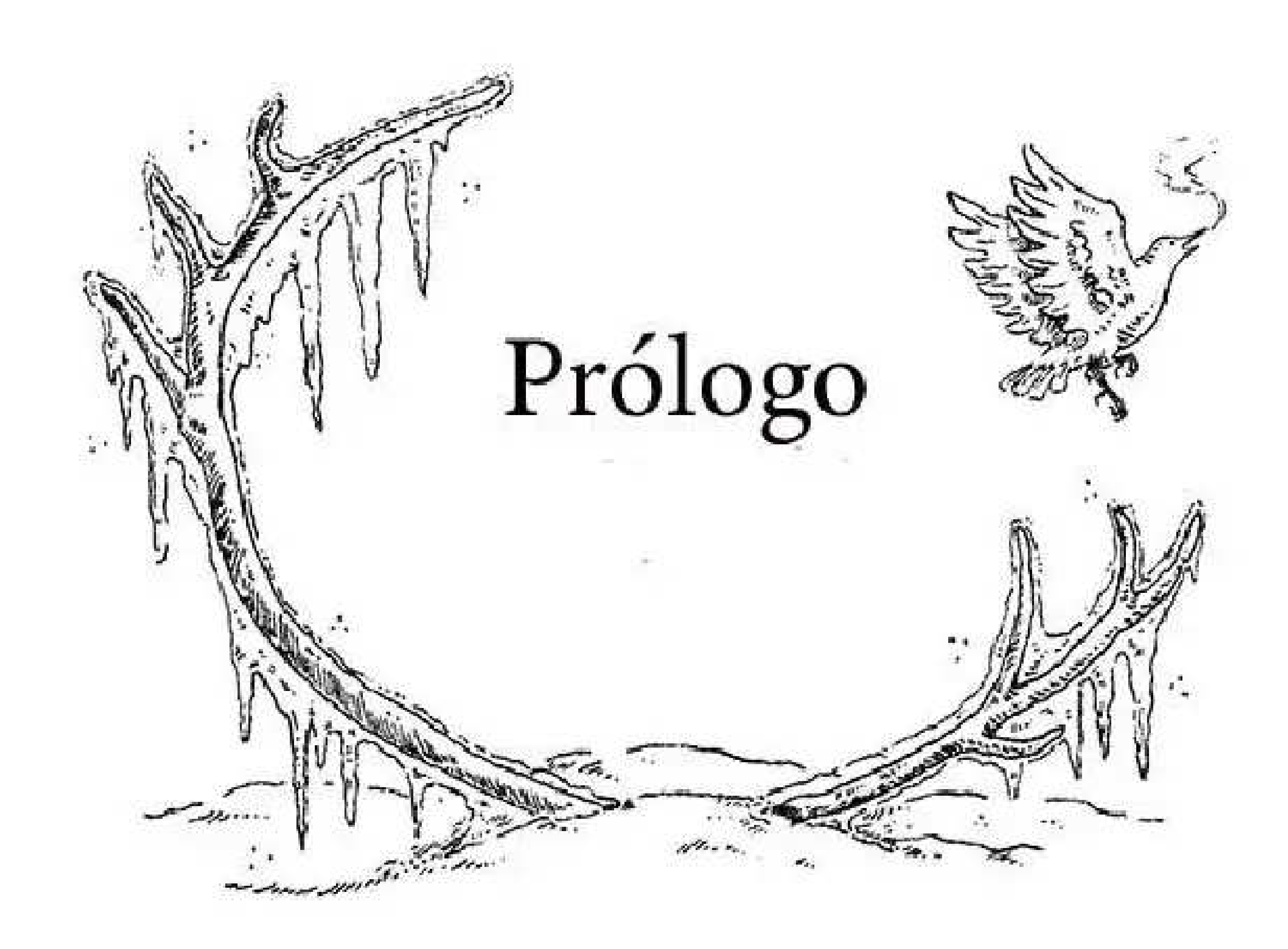
Villa Fatua



Libro primero

Y el rey élfico juró desposar
a una hija de la Tierra, cuyo hijo será
consagrado por la cruz y el agua,
liberado de los feéricos y su fatalidad.
¿Cuándo llegará ese día?
¡Hay que esperar! ¡Hay que esperar!

—Edmund Clarence Stedman
«Canto élfico»



Prólogo

Baphen, el astrólogo del reino, escrutó la carta astral y trató de contener una mueca cuando parecía seguro que el benjamín de los príncipes de Elfhame iba a terminar aterrizando en el suelo sobre su regia cabeza.

Había pasado una semana desde el nacimiento del príncipe Cardan y por fin lo habían llevado ante el rey supremo. Lo cinco herederos anteriores fueron presentados de inmediato todavía rubicundos y berreando, pero lady Asha había vetado la visita del monarca hasta que se sintió debidamente recuperada del parto.

El bebé estaba flacucho y arrugado, en silencio, contemplando a Eldred con sus ojos negros. Batió su pequeña cola como si fuera un látigo, con tal fuerza que amenazaba con aflojar la tela que lo envolvía. Lady Asha no parecía encontrar el modo adecuado de acunarlo, así que lo sujetaba como si esperase que alguien le quitara esa carga de encima lo antes posible.

—Háblanos de su futuro —ordenó el rey supremo.

Apenas unos pocos feéricos se habían congregado para ser testigos de la presentación del nuevo príncipe: Val Morer el mortal que ejercía como senescal y poeta de la corte, y dos miembros del Consejo Orgánico:

Randalin, el ministro de las llaves, y Baphen. En aquella sala vacía, las palabras del rey supremo reverberaron.

El astrólogo titubeó, pero no pudo por menos que responder. Eldred había sido bendecido con cinco retoños antes del príncipe Cardan, una fecundidad pasmosa entre los feéricos, con su sangre diluida y su escasa natalidad. Los astros habían predicho los logros que alcanzaría cada pequeño príncipe y princesa, en términos de canto y poesía, en cuestión de política, sus virtudes e incluso sus defectos. Pero lo que dijeron los astros esta vez fue algo completamente distinto.

—El príncipe Cardan será el último hijo que engendraréis —dijo el astrólogo real—. A él se deberá la destrucción de la corona y la escisión del trono.

Lady Asha inspiró una bocanada trémula. Por primera vez, estrechó al niño con fuerza en un gesto protector. El bebé forcejeó entre sus brazos.

—Me pregunto quién habrá influido en tu interpretación de los astros. Puede que la princesa Elowyn haya tenido algo que ver en ello. O el príncipe Dain.

«Quizá lo mejor sería que se le cayera el bebé al suelo», pensó Baphen, sin ningún miramiento.

El rey supremo Eldred se acarició la barbilla.

—¿No se puede hacer nada para impedirlo?

Que los astros proporcionaran a Baphen tantos enigmas y tan pocas respuestas era algo que le producía sentimientos encontrados. A menudo, Baphen anhelaba poder ver el futuro con más claridad, pero no aquella vez. Agachó la cabeza para así tener una excusa para eludir la mirada del rey supremo.

—Solo de su sangre derramada emergerá un regente digno de tal nombre, pero eso no será antes de que suceda lo que os he contado.

Eldred se dio la vuelta hacia lady Asha y su retoño, el heraldo de aquel infortunio. El bebé estaba callado como una tumba, ni lloraba ni balbuceaba, aunque seguía meneando la cola.

—Llévate al niño —dijo el rey supremo—. Críalo como mejor te parezca.

Lady Asha no se amilanó.

—Lo criaré como corresponde a su condición de príncipe. Al fin y al cabo, es hijo tuyo.

Se le quebró un poco la voz, y Baphen recordó con inquietud que algunas profecías se cumplen a raíz de los actos que se llevan a cabo para prevenirlas.

Durante un rato, todos se quedaron en silencio. Entonces Eldred le hizo un gesto a Val Moren, que bajó del estrado y regresó con una caja de madera cuya tapa lucía un diseño hecho con raíces.

—Un obsequio —dijo el rey supremo—, en reconocimiento a tu contribución a la estirpe de los Greenbriar.

Val Moren abrió la caja, y reveló un precioso collar de esmeraldas de gran tamaño. Eldred lo cogió y se lo puso a lady Asha. Después le acarició la mejilla con el reverso de la mano.

—Sois muy generoso, mi señor —dijo ella, apaciguada.

El bebé aferró una gema con su manita, mientras observaba a su padre con unos ojos insondables.

—Ve a descansar —dijo Eldred, suavizando el tono. Esta vez, ella accedió.

Lady Asha se marchó con la cabeza alta, aferrando al niño con más fuerza. Baphen se estremeció a causa de un presentimiento que nada tenía que ver con los astros.

El rey supremo Eldred no volvió a visitar a lady Asha, tampoco la mandó llamar. Tal vez debería haber reprimido su insatisfacción para intentar estrechar la relación con su hijo. Pero mirar al príncipe Cardan era como asomarse a un futuro incierto, así que prefería evitarlo.

Lady Asha, como madre de príncipe que era, recibió muchas atenciones en la corte, aunque no la del rey supremo. Propensa a las extravagancias y la frivolidad, deseaba retomar la despreocupada vida propia de una cortesana. No podría asistir a ningún baile con un bebé a cuestas, así que encontró a una gata que acababa de tener crías para que lo amamantara.

El arreglo duró hasta que el príncipe Cardan empezó a gatear. Para entonces, la gata estaba preñada de una nueva camada y el niño había empezado a tirarle de la cola. Así que huyó a los establos, y también lo abandonó.

Y así fue como Cardan se crio en el palacio, sin recibir el cariño ni la atención de nadie. ¿Quién osaría impedir que un príncipe robara comida de las mesas y la devorase debajo, engullendo su botín con bocados propios de un animal salvaje? Sus hermanos se limitaban a reírse, a jugar con él como si se tratara de un cachorrito.

Cardan solo se vestía muy de vez en cuando, prefería las guirnaldas de flores y arrojar piedras a los guardias que intentaban acercarse a él. Nadie salvo su madre ejercía control alguno sobre él, y ella rara vez trataba de contener sus excesos. Más bien los alentaba.

—Eres un príncipe —le regañaba, cuando Cardan rehuía algún conflicto o se privaba de exigir algo—. Todo te pertenece. Solo tienes que cogerlo.

Y a veces le decía:

—Quiero eso. Consíguemelo.

Se dice que los niños feéricos no son como los niños mortales. No tienen grandes necesidades en lo que al afecto se refiere. No necesitan que los arropen por la noche, sino que pueden dormirse plácidamente en un rincón frío de un salón de baile, acurrucados debajo del mantel. No necesitan que los alimenten; se contentan con lamer las gotas de rocío y sustraer pan y nata de las cocinas. No necesitan que los consuelen, ya que casi nunca lloran.

No obstante, aunque los niños feéricos no requieran mucho cariño, los príncipes feéricos sí necesitan ciertas directrices.

Como Cardan no las tenía, cuando su hermano mayor le propuso disparar a una nuez situada sobre la cabeza de un mortal, el joven príncipe carecía de la sabiduría necesaria para rechazarlo. Su carácter era impulsivo; sus ademanes, arrogantes.

—A nuestro padre le impresiona mucho la buena puntería —dijo el príncipe Dain, con una sonrisita persuasiva—. Aunque quizá no estés preparado. Es mejor no intentarlo antes que fallar.

A Cardan —que no conseguía ganarse el favor de su padre y lo anhelaba desesperadamente—, aquella propuesta le resultó tentadora. No se preguntó quién sería ese mortal ni cómo habría llegado hasta la corte. Cardan desconocía que ese hombre era muy querido por Val Moren, y que el senescal enloquecería de pena si le ocurriera algo malo.

Y aquello le permitiría a Dain ascender a la categoría de mano derecha del rey supremo.

—¿Que no estoy preparado? ¿Que no debería intentarlo? Eso es lo que diría un cobarde —replicó Cardan, cargado de insolencia infantil. En realidad, su hermano le intimidaba, pero eso no hacía sino incrementar su resquemor.

El príncipe Dain sonrió.

—Al menos vamos a intercambiar las flechas. Así, si fallas, podrás decir que fue la mía la que salió desviada.

El príncipe Cardan debería haber recelado de esa gentileza, pero aún no había aprendido a distinguir la verdad de la mentira.

Así que hizo una muesca en la flecha de Dain y tensó el arco, apuntando hacia la nuez. Le entraron dudas. El tiro podría salir mal. Aquel hombre podría acabar malherido. Pero entre todas esas emociones, se impuso el regocijo ante la idea de hacer algo tan atroz que su padre no podría seguir ignorándolo. Si no conseguía llamar la atención del rey supremo con algo bueno, quizá podría intentarlo con algo muy muy malo.

A Cardan le tembló la mano.

El mortal lo miró con sus ojos acuosos, paralizado por el miedo. Estaba hechizado, por supuesto. Nadie se prestaría a algo así por voluntad propia. Eso fue lo que terminó de decantar la balanza.

Cardan forzó una carcajada mientras aflojaba el arco y dejaba que la flecha cayera al suelo.

—No pienso disparar en estas circunstancias —dijo, sintiéndose ridículo por haber reculado—. El viento está soplando desde el norte y me alborota el pelo. Se me mete todo el rato en los ojos.

Pero entonces el príncipe Dain empuñó su arco y disparó la flecha que Cardan había intercambiado con él. Se alojó en la garganta del mortal. El hombre cayó al suelo sin apenas emitir ningún ruido, con los ojos todavía abiertos, mirando hacia la nada.

Todo ocurrió tan deprisa que Cardan no gritó, no reaccionó. Se limitó a mirar a su hermano, despacio, mientras lo embargaba una terrible sospecha.

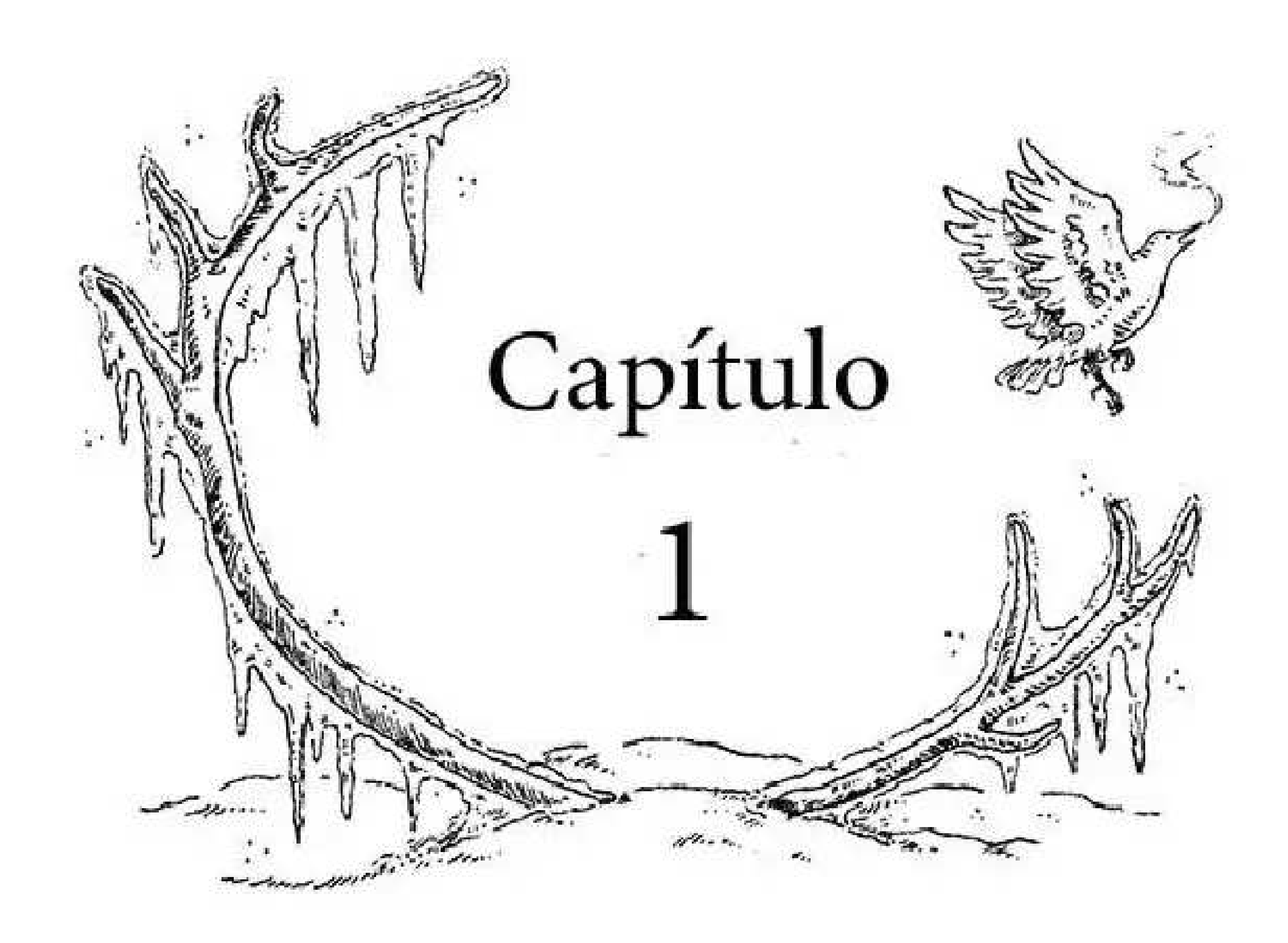
—Vaya —dijo el príncipe Dain, sonriendo con satisfacción—. Qué lástima. Parece que tu flecha se desvió. Quizá puedas decirle a nuestro padre

que fue culpa de esos pelos que se te metían en los ojos.

Más tarde, por más que protestó, nadie quiso escuchar los argumentos del príncipe Cardan. Dain se aseguró de ello. Relató la historia de la temeridad del joven príncipe, de su arrogancia, de su flecha. El rey supremo ni siquiera quiso recibir a Cardan.

A pesar de las súplicas de Val Moren para que lo ejecutaran, Cardan fue condenado por la muerte de aquel humano con el castigo reservado a los príncipes. El rey supremo mandó encerrar a lady Asha en la Torre del Olvido, en lugar de a Cardan. A Eldred le alivió tener un motivo para hacerlo, ya que la consideraba extenuante y problemática. La crianza del príncipe Cardan quedó en manos de Balekin, el primogénito, el más cruel de los hermanos, y el único que accedió a acogerlo.

Y así se forjó la mala reputación del príncipe Cardan. Poco más pudo hacer él salvo alimentarla.



Yo, Jude Duarte, reina suprema de Elfhame en el exilio, me paso casi todas las mañanas dormitando delante del televisor, viendo concursos de cocina, dibujos animados y reposiciones de un programa donde los concursantes tienen que superar un desafío que consiste en acuchillar cajas y botellas y ser capaces de despiezar un pez. Por las tardes, si él me lo permite, entreno a mi hermano, Oak. Por la noche, realizo encargos para los feéricos de la zona.

Mantengo un perfil bajo, como seguramente debería haber hecho desde el principio. Y cuando maldigo a Cardan, me maldigo también a mí, por haber sido tan tonta como para caer en la trampa que me tendió.

De pequeña, me imaginaba regresando al mundo mortal. Taryn, Vivi y yo hablábamos de cómo era la vida allí, evocando el olor a gasolina y a hierba recién cortada, recordando cómo jugábamos al pillapilla por los jardines traseros del barrio y los chapuzones en las aguas cloradas de la piscina en verano. Yo fantaseaba con el té helado, preparado a partir de polvos, y con los polos de naranja. Anhelaba las cosas más mundanas: el olor del asfalto caliente, la maraña de cables entre las farolas, las canciones de los anuncios.

Ahora, atrapada para siempre en el mundo mortal, echo muchísimo de menos Faerieland. Anhelo la magia, la añoro. Puede que incluso añore sentir miedo. Me siento como si viviera sumida en un sueño, inquieta, sin llegar nunca a despertar del todo.

Tamborileo con los dedos sobre la superficie de una mesa de picnic. Estamos a principios de otoño, ya hace fresco en Maine. El sol de media tarde baña el césped que se extiende ante el bloque de apartamentos mientras observo a Oak, que está jugando con otros niños en el bosquecillo que separa este lugar de la autopista. Son niños del edificio, algunos mayores y otros menores que él, que tiene ocho años, y todos ellos comparten el mismo autobús escolar amarillo. Están jugando a la guerra sin la más mínima planificación, persiguiéndose unos a otros con palos. Golpean como lo hacen los niños, apuntando al arma en vez de al oponente, riéndose a carcajadas cuando se rompe algún palo. No puedo evitar advertir que están adquiriendo todos los malos hábitos posibles de la esgrima.

Aun así, los observo. Y entonces advierto que Oak ha utilizado un hechizo.

Creo que lo ha hecho sin darse cuenta. Está avanzando furtivamente hacia los demás niños, hasta que llega a una zona donde no es fácil guarecerse. Sigue avanzando hacia ellos, y aunque está a la vista de todos, ninguno se da cuenta.

Cada vez está más cerca, pero los demás niños siguen en Babia. Y cuando se lanza sobre ellos, empuñando su palo, lanzan un grito de auténtica sorpresa.

Oak se ha vuelto invisible. Ha utilizado un hechizo. Pero yo, como estoy bajo el influjo de un *geis* que impide que la magia me afecte, no me había dado cuenta hasta ahora. Los demás niños creen que ha sido cuestión de suerte o astucia. Yo soy la única que sabe que ha cometido una imprudencia.

Espero a que los niños se marchen a sus apartamentos. Se van yendo, uno tras otro, hasta que solo queda mi hermano. No necesito usar magia, siquiera a pesar de la hojarasca, para llegar sigilosamente hasta él. Con un movimiento veloz, le rodeo el cuello con el brazo y aprieto con fuerza suficiente como para pegarle un buen susto. Oak forcejea, está a punto de

golpearme la barbilla con sus cuernos. No está mal. Intenta zafarse de mí, pero sin esforzarse demasiado. Sabe que soy yo, así que no tiene miedo.

Aumento la presión. Si le aprieto la garganta un rato más, se acabará desmayando.

Oak intenta decir algo, pero entonces comienza a notar los efectos de la falta de aire. Olvida su adiestramiento y pierde el control, forcejea, me araña los brazos y me patea las piernas. Me siento fatal. Quería asustarle un poco, lo justo como para hacerle reaccionar, pero no que acabase aterrorizado.

Le suelto y se aparta dando tumbos, jadeando, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿A qué ha venido eso? —inquiere, con una mirada acusadora.

—Ha sido para recordarte que la guerra no es un juego —replico, como si Madoc estuviera hablando por mi boca.

No quiero que Oak se críe como lo hice yo, furiosa y asustada. Pero quiero que sobreviva, y Madoc me enseñó cómo hacerlo.

¿Cómo se supone que voy a ser un referente para Oak, cuando lo único que conozco es mi escabrosa infancia? Puede que lo que más valoro de mi pasado sea lo más nocivo.

—¿Qué vas a hacer ante un oponente que quiera hacerte daño de verdad?

—Me da igual —replica Oak—. No me importan esas cosas. Yo no quiero ser rey. No quiero serlo nunca.

Lo miro fijamente durante unos segundos. Quiero creer que está mintiendo, pero sé que Oak no puede hacer eso.

—No siempre podemos elegir nuestro destino —replico.

—¡Pues gobierna tú, si tanto te importa! —exclama—. Yo no pienso hacerlo. Jamás.

Aprieto los dientes para no ponerme a gritar.

—Sabes de sobra que no puedo, porque estoy en el exilio —le recuerdo.

Oak golpea el suelo con una de sus pezuñas.

—¡Igual que yo! Y el único motivo por el que estoy en el mundo de los humanos es porque papá quiere esa estúpida corona, igual que tú, e igual que todos los demás. Pues yo no la quiero. Está maldita.

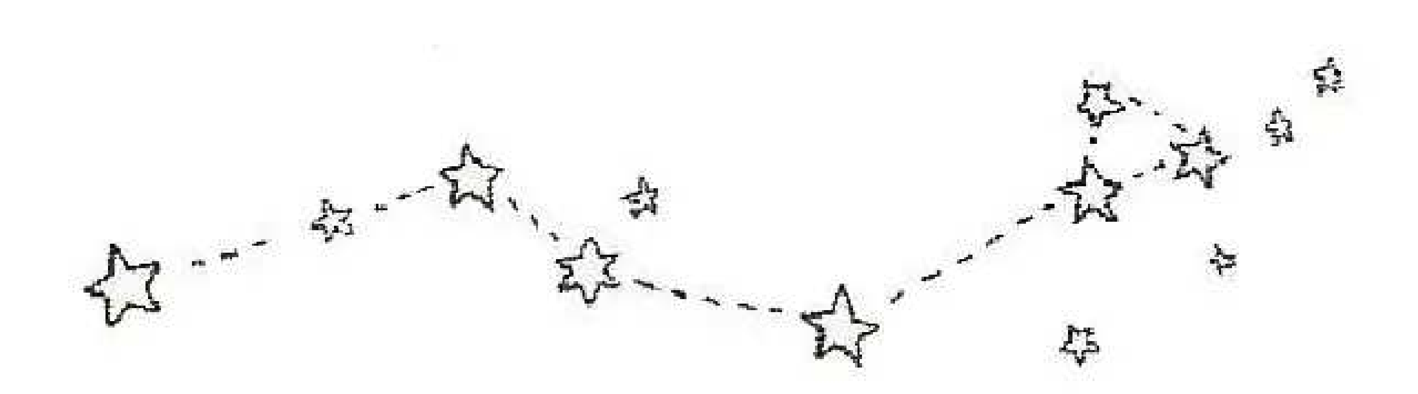
—El poder siempre está maldito —replico—. Los malvados harán lo que sea por conseguirlo. Y aquellos que han ostentado el poder no quieren

que se vuelva en su contra. Pero eso no significa que puedan eludir sus responsabilidades eternamente.

—No puedes obligarme a ser rey supremo —protesta, alejándose unos pasos, para luego correr hacia el bloque de apartamentos.

Me siento en el frío suelo, consciente de que la he cagado. Consciente de que Madoc nos adiestró a Taryn y a mí mejor de lo que yo estoy haciendo con Oak. Consciente de que fui una necia arrogante al creer que podría controlar a Cardan.

Consciente de que, en el gran juego de los príncipes y las reinas, me han sacado del tablero.



De vuelta en el apartamento, Oak tiene la puerta cerrada a cal y canto. Vivienne, mi hermana feérica, está mirando el móvil junto a la encimera de la cocina, sonriendo.

Cuando me ve, me coge de las manos y se pone a dar vueltas y vueltas hasta que me mareo.

—Heather me ha perdonado —exclama, entusiasmada.

Heather era la novia humana de Vivi. Pasó por alto las evasivas de mi hermana sobre su pasado. Incluso aceptó que Oak se mudara con ellas a este apartamento. Pero cuando descubrió que Vivi no era humana, y que además había usado su magia con ella, rompió la relación y se marchó. Siento decir esto, porque quiero que mi hermana sea feliz —y Heather era su fuente de alegría—, pero se lo tenía bien merecido.

Me aparto y la miro con cara de no entender nada.

—¿Qué?

Vivi se pone a menear el móvil.

—Me ha escrito. Quiere volver. Todo volverá a ser como antes.

Las hojas arrancadas ya no vuelven a crecer, igual que las nueces partidas ya no recuperan su cáscara. Y las novias hechizadas no se levantan un buen día y deciden olvidar lo que les hicieron sus espeluznantes exnovias.

—Déjame ver eso —digo, alargando la mano hacia el móvil. Vivi me lo da.

Repaso la lista de mensajes, la mayoría de ellos son de mi hermana y están repletos de disculpas, promesas precipitadas y súplicas cada vez más desesperadas. Por parte de Heather, hubo mucho silencio y unos pocos mensajes que decían: «Necesito más tiempo para pensar».

Y luego esto:

> Quiero olvidarme de Faerie. Quiero olvidar que Oak y tú no sois humanos. No quiero seguir sintiéndome así. Si te pidiera que me hicieras olvidar, ¿lo harías?

Contemplo el mensaje durante un buen rato, mientras tomo aliento.

Entiendo que Vivi haya interpretado el mensaje de ese modo, pero creo que lo ha entendido mal. Si yo hubiera escrito algo así, lo último que querría es que Vivi accediera a hacerlo. Querría que me ayudara a entender que, aunque Vivi y Oak no sean humanos, me siguen queriendo. Querría que Vivi insistiera en que fingir que Faerie no existe no serviría de nada. Querría que Vivi me dijera que cometió un error y que jamás volverá a cometerlo, pase lo que pase.

Si yo hubiera enviado ese mensaje, sería una prueba.

Le devuelvo el móvil a mi hermana.

—¿Qué vas a decirle?

—Que haré lo que ella quiera —responde Vivi, lo cual ya es una afirmación tajante para un mortal, pero sin duda resulta inquietante para alguien que quedaría atado a esa promesa.

—Puede que no sepa lo que quiere —replico.

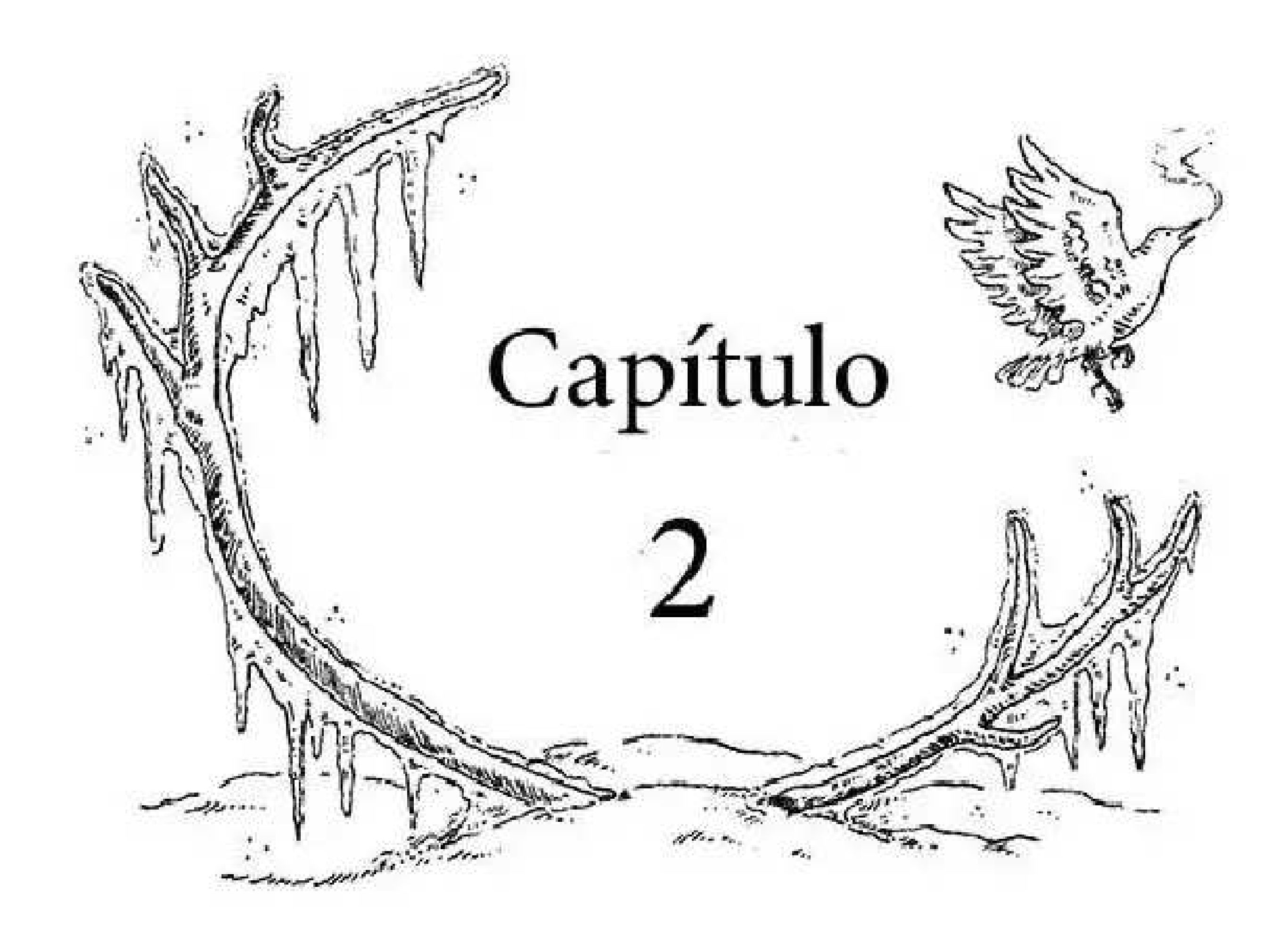
Haga lo que haga, estaré traicionando a alguien. Vivi es mi hermana, pero Heather es humana. Me debo a las dos.

Y ahora mismo, lo único que le preocupa a Vivi es pensar que todo saldrá bien. Me dedica una sonrisa radiante y relajada y coge una manzana del frutero, para luego arrojarla al aire.

—¿Qué le ocurre a Oak? Entró hecho una furia y cerró de un portazo. ¿Va a ser siempre así cuando llegue a la adolescencia?

—Oak no quiere ser rey supremo —respondo.

—Ah. Eso. —Vivi mira de reojo hacia la habitación de Oak—. Pensé que sería algo importante.



Esta noche, me alivia ir a trabajar.

Los feéricos del mundo mortal tienen unas necesidades distintas a las de los habitantes de Elfhame. A los ermitaños, que sobreviven en los confines de Faerie, no les importan ni los festejos ni las maquinaciones de la corte.

Y resulta que tienen montones de encargos para alguien como yo, una mortal que conoce su realidad y a la que no le importa meterse en una refriega de vez en cuando. Conocí a Bryern una semana después de marcharme de Elfhame. Se presentó ante el bloque de apartamentos, con su pelaje negro, su cabeza y sus pezuñas de cabra y un bombín en la mano, diciendo que era un viejo amigo de Cucaracha.

—Imagino que te encuentras en una situación peculiar —dijo, mirándome con esos extraños ojos de cabra dorados, cuyas pupilas formaban un rectángulo horizontal—. Estás oficialmente muerta, ¿no es así? Sin número de la Seguridad Social. Sin formación académica mortal.

—Y busco trabajo —le dije, deduciendo a dónde quería llegar—. En negro.

—Pues no encontrarás mejor forma de encontrarlo que conmigo —me aseguró, apoyándose una pezuña en el corazón—. Permite que me presente. Me llamo Bryern. Soy un *puka*, por si no te habías dado cuenta aún.

No exigió juramentos de lealtad ni promesas de ningún tipo. Podría trabajar tanto como quisiera, y el pago sería proporcional a mi intrepidez.

Esta noche he quedado con él junto a la costa. Me desplazo en la bici de segunda mano que me compré. La rueda trasera se deshincha enseguida, pero me salió tirada de precio. Y me sirve para moverme de un lado a otro. El atuendo de Bryern es tan recargado como siempre: su sombrero tiene una cinta decorada con plumas de pato de vivos colores, y hace juego con una chaqueta de tweed. Cuando me acerco, extrae un reloj de uno de sus bolsillos y lo observa con un exagerado ceño fruncido.

—Uy, ¿llego tarde? —pregunto—. Lo siento. Estoy acostumbrada a calcular la hora por la inclinación de los rayos de luna.

Bryern me mira con cara de fastidio.

—Solo porque hayas vivido en la Corte Suprema no significa que debas darte esos aires. Ya no eres especial.

«Soy la reina suprema de Elfhame». Ese pensamiento me asalta de repente, y me muerdo el interior del carrillo para no decir esa ridiculez en voz alta. Bryern tiene razón: ya no soy especial.

—¿Qué tienes para mí? —pregunto, manteniendo la compostura.

—Una feérica de Old Port se ha estado comiendo a los lugareños. El encargo consiste en arrancarle una promesa para que deje de hacerlo.

Me cuesta creer que a Bryern le importe el destino de unos humanos, o que le importe lo suficiente como para que me pague por solucionarlo.

—¿Lugareños mortales?

Bryern niega con la cabeza.

—No, no. Feéricos, como nosotros.

Entonces recuerda con quién está hablando y se queda un poco cortado. Intento no tomarme su desliz como si fuera un cumplido.

¿Alguien está matando y devorando a los feéricos? No tiene pinta de que vaya a ser un trabajo fácil.

—¿Quién ha hecho el encargo?

Bryern suelta una risita nerviosa.

—Alguien que no quiere que su nombre se relacione con este asunto. Pero que está dispuesto a remunerarte por llevarlo a cabo.

Una de las razones por las que a Bryern le gusta contratarme es porque puedo acercarme a los feéricos. No se esperan que una mortal les robe la cartera o los apuñale en el costado. Tampoco se esperan que una mortal sea inmune a los hechizos, que conozca sus costumbres o que sepa cuál es la letra pequeña de sus espantosos tratos.

Otro motivo es que necesito el dinero, así que estoy dispuesta a aceptar encargos como este. Encargos que desde el primer momento sé que van a ser un marrón.

—¿La dirección? —pregunto, y Bryern me tiende un papel doblado.

Lo desdoblo y lo examino.

—Más vale que paguen bien.

—Quinientos dólares americanos —responde, como si fuera una suma desorbitada.

El alquiler nos cuesta mil doscientos dólares al mes, y eso sin contar la comida y los suministros. Ahora que no está Heather, mi parte asciende a unos ochocientos. Además, me gustaría comprar una rueda nueva para la bici. Con quinientos no tengo ni para empezar, y menos en un caso como este.

—Mil quinientos —replico, enarcando las cejas—. En efectivo, verificado con hierro. La mitad por adelantado, y si no vuelvo, le pagarás la otra mitad a Vivienne en compensación para mi desconsolada familia.

Bryern frunce los labios, pero sé que cuenta con ese dinero. Lo que pasa es que no quiere pagarme tanto para que no empiece a ponerme quisquillosa con los encargos.

—Mil —transige, mientras rebusca en un bolsillo interior de su chaqueta de tweed, del que extrae un fajo de billetes sujetos por un clip plateado—. Mira, llevo la mitad encima. Puedes quedártela.

—Está bien —accedo. Es una recompensa decente para lo que, con suerte, podría ser una única noche de trabajo.

Bryern me entrega el dinero, sorbiéndose la nariz.

—Avísame cuando hayas cumplido el encargo.

Llevo una anilla de hierro en el llavero. La deslizo ostentosamente sobre los bordes del dinero para confirmar que sea auténtico. Nunca está de más

recordarle a Bryern que no puede jugármela.

—Más cincuenta pavos para gastos —añado sin pensar.

Bryern frunce el ceño. Al cabo de un rato, mete la mano en otra parte de su chaqueta y me entrega el dinero adicional.

—Tú soluciona esto y punto —dice.

Es una mala señal que no me haya regateado. Quizá debería haberle preguntado más cosas antes de aceptar el encargo. Como mínimo, debería haber pedido más pasta.

Pero ya es tarde.

Me monto en la bici y, tras despedirme de Bryern, me pongo en marcha hacia el centro de la ciudad. Antaño, me imaginaba como una guerrera a lomos de un corcel, alcanzando la gloria en pruebas de habilidad y honor. Por desgracia, mis talentos me han llevado en una dirección muy distinta.

Puede decirse que soy una asesina de feéricos bastante diestra, pero mi verdadera especialidad es sacarlos de quicio. Con suerte, eso me vendrá bien para persuadir a esa feérica caníbal de que acceda a mis condiciones.

Pero antes de enfrentarme a ella, prefiero indagar un poco.

Primero voy a ver a un gnomo llamado Urraco, que vive en un árbol en Deering Oaks Park. Me cuenta que ha oído que mi objetivo es una gorro rojo, lo cual no es una buena noticia, si bien me he criado con uno, así que conozco bien su naturaleza. Los gorros rojos son unos fanáticos de la violencia, la sangre y los asesinatos. De hecho, cuando se tiran largas temporadas sin catar ninguno de ellos, se ponen un poco nerviosos. Y si están apegados a la tradición, llevan encima un gorro que sumergen en la sangre de sus enemigos abatidos, supuestamente para absorber la vitalidad de los caídos.

Le pido un nombre, pero Urraco no sabe más. Me remite a Ladhar, un *clurichaun* que merodea por las tabernas, sorbiendo la espuma de las cervezas cuando nadie le mira y estafando a los mortales «en juegos de azar».

—¿No lo sabías? —me pregunta Ladhar, bajando la voz—. Es Grima Mog.

Si no supiera que es imposible, le habría acusado de mentir. Entonces fantaseo —de un modo breve, pero intenso— con ir a buscar a Bryern y

hacer que se trague cada dólar que me ha dado.

—¿Qué diablos está haciendo ella aquí?

Grima Mog es la temible general de la norteña Corte de los Dientes. La misma corte de la que escaparon Cucaracha y Bomba. Cuando era pequeña, Madoc me leía antes de irme a dormir las memorias de sus estrategias bélicas. Solo de pensar en enfrentarme a ella me entran sudores fríos.

No puedo luchar contra Grima Mog. Y tampoco creo que tenga ninguna oportunidad de engañarla.

—Según he oído, la largaron —añade Ladhar—. Puede que devorase a algún amigo de lady Nore.

Me recuerdo que no tengo por qué cumplir este encargo. Ya no formo parte de la Corte de las Sombras de Dain. Ya no soy la regente en la sombra del rey supremo Cardan. No necesito asumir estos riesgos.

Pero siento curiosidad.

Combina eso con una buena dosis de orgullo herido y te encontrarás ante los escalones que conducen a la guarida de Grima Mog, al amanecer. Obviamente, no he venido con las manos vacías. He traído carne cruda en una nevera de poliestireno, unos cuantos sándwiches de miel, preparados a toda prisa y envueltos en papel de plata, y una botella de cerveza de alta graduación.

Una vez dentro del edificio, recorro un pasillo hasta toparme con la puerta de lo que parece ser un apartamento. Llamo tres veces y confío en que, al menos, el olor de la comida disimule el de mi miedo.

La puerta se abre y asoma una mujer en bata. Está encorvada, apoyada sobre un bastón de madera negra pulida.

—¿Qué se te ofrece, querida?

Como su hechizo no me afecta, percibo el tono verdoso de su piel y sus desproporcionados dientes. Es igualita que mi padrastro: Madoc. El mismo que mató a mis padres. El mismo que me leía sus estrategias bélicas. Madoc, el que fuera gran general de la Corte Suprema, convertido ahora en enemigo de la Corona, y que además me guarda cierto rencor.

Con un poco de suerte, el rey supremo Cardan y él se arruinarán la vida el uno al otro.

—Te he traído unos obsequios —digo, sosteniendo en alto la nevera—. ¿Puedo pasar? Me gustaría hacer un trato.

Ella frunce un poco el ceño.

—No puedes seguir devorando feéricos y pretender que no envíen a alguien a intentar convencerte de que pares —añado.

—A lo mejor me da por devorarte a ti, guapita —replica, viniéndose arriba.

Pese a todo, se echa a un lado y me deja pasar a su guarida. Imagino que no sería buena idea devorarme en el pasillo.

El apartamento tiene un aspecto diáfano, con techos altos y paredes de ladrillo. Es bonito. Con suelos pulidos y lustrosos. Con ventanales luminosos que ofrecen una vista bastante decente de la ciudad. Los muebles son antiguos. Algunos tienen desgarros en el tapizado y marcas que podrían ser de un cuchillo.

Huele a sangre por todas partes. Es un olor cobrizo y metálico, entremezclado con otro hedor dulzón y ligeramente empalagoso. Deposito mis obsequios sobre una aparatosa mesa de madera.

—Esto es para ti —digo—. Con la esperanza de que disculpes mi atrevimiento por haber venido a verte sin avisar.

Grima Mog olisquea la carne, examina un sándwich de miel y le quita el tapón a la cerveza con el puño. Tras pegar un largo trago, me mira de arriba abajo.

—Alguien te ha enseñado las formalidades. Me pregunto por qué se habrá molestado, corderita. Es obvio que eres el sacrificio que han enviado con la esperanza de saciar mi apetito con carne mortal.

Grima Mog sonríe, enseñando los dientes. Es posible que haya anulado su hechizo en este momento, aunque, como he podido obviarlo desde el principio, no sabría decirlo.

Me quedo mirándola. Ella me devuelve el gesto, esperando a ver mi reacción.

Como no me pongo a gritar ni me voy corriendo, se cabrea. Se le nota. Creo que estaba deseando perseguirme cuando echase a correr.

—Eres Grima Mog —digo—. Líder de ejércitos. Destructora de tus enemigos. ¿De verdad es así como quieres pasar tu jubilación?

—¿Jubilación? —Repite esa palabra como si fuera una ofensa—. Aunque hayan prescindido de mí, encontraré otro ejército al que liderar. Uno más grande que el anterior.

A veces me digo a mí misma esas cosas. Escucharlas en voz alta, procedentes de otros labios, resulta estremecedor. Pero me ha dado una idea.

—Los feéricos de la zona agradecerían que no los devorases mientras planeas tu próximo movimiento. Y obviamente, como soy humana, te pediría que no te comieras a los mortales. En cualquier caso, dudo que ellos pudieran darte lo que buscas.

Grima Mog espera a que continúe.

—Un desafío —añado, pensando en todo lo que sé sobre los gorros rojos—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Una buena pelea. Apuesto a que los feéricos a los que mataste fueron una decepción. Un desperdicio para tu talento.

—¿Quién te envía? —pregunta al fin. Recalculando. Intentando discernir qué me traigo entre manos.

—¿Qué hiciste para cabrear a tu reina? —inquiero—. Tuvo que ser algo gordo, como para que te expulsaran de la Corte de los Dientes.

—¿¡Quién te envía!? —ruge. Parece que le he tocado la fibra sensible. Mi especialidad.

Intento no sonreír, pero añoraba el subidón que conlleva participar en un juego como este, de estrategia e ingenio. Detesto admitirlo, pero echaba de menos jugarme el pescuezo. No hay sitio para los remordimientos cuando estás ocupada intentando vencer. O, por lo menos, no morir.

—Ya te lo he dicho. Los feéricos de la zona que no quieren acabar devorados.

—¿Y por qué tú? —inquiere—. ¿Por qué iban a enviar a una renacuaja como tú a intentar convencerme?

Examino la estancia y me fijo en una caja redonda que hay en lo alto de la nevera. Es una sombrerera antigua. Clavo la mirada sobre ella.

—Seguramente porque, si fracaso, no supondrá una gran pérdida para ellos.

Al oír eso, Grima Mog se ríe, después pega otro trago de cerveza.

—Qué fatalista. Entonces, ¿cómo planeas convencerme?

Me acerco a la mesa y cojo la comida, buscando una excusa para acercarme a esa sombrerera.

—Para empezar, guardándote la compra.

A Grima Mog le hace gracia el comentario.

—Supongo que a una ancianita como yo le vendría bien una jovencita que le eche una mano con las chapuzas del hogar. Pero ten cuidado. Puede que en mi despensa encuentres alguna muestra de lo que ha justificado tu encargo, corderita.

Abro la puerta del frigorífico. Los restos de los feéricos que ha asesinado me saludan. Ha recopilado brazos y cabezas, conservados de algún modo, horneados, asados y guardados como si fueran las sobras de un banquete. Se me revuelve el estómago. Grima Mog sonríe con malicia.

—¿Pensabas desafiarme a un duelo? ¿Pensabas jactarte de que serías una rival digna? Tienes delante el resultado de perder ante Grima Mog.

Inspiro hondo. Después pego un salto, golpeo la sombrerera para sacarla de lo alto del frigorífico y la cojo al vuelo.

—¡No toques eso! —grita, levantándose en cuanto me ve retirar la tapa.

Aquí está: el gorro. Cubierto de capas y capas de sangre.

Grima Mog corre hacia mí, enseñando los dientes. Me saco un mechero del bolsillo y lo enciendo con el pulgar. Ella se detiene de golpe al ver el fuego.

—Sé que has dedicado muchos muchos años a forjar la pátina que cubre este gorro —digo, rezando para que no me tiemble la mano, para que no se apague la llama—. Seguramente habrá sangre aquí de tu primer asesinato y del último. Sin él, no quedará ninguna prueba de tus glorias pasadas, ningún trofeo, nada. Ahora quiero que hagas un trato conmigo. Júrame que no seguirás matando. Ni a feéricos, ni a humanos, durante todo el tiempo que residas en el mundo mortal.

—Y si me niego, ¿quemarás mi tesoro? —inquiere Grima Mog—. No hay honor en eso.

—Supongo que podría proponerte un duelo —replico—. Pero seguramente perdería. De este modo, gano yo.

Grima Mog me señala con la punta de su bastón negro.

—Eres la hija humana de Madoc, ¿verdad? Y la senescal de nuestro rey supremo en el exilio. Desterrada, igual que yo.

Asiento, aunque me inquieta que me haya reconocido.

—¿Qué hiciste tú? —inquiere, con una sonrisita de satisfacción—. Tuvo que ser algo gordo.

—Fui necia —respondo, porque no me importa admitirlo—. Renuncié al pájaro que tenía en la mano por el centenar que veía volando.

Grima Mog suelta una carcajada atronadora.

—Somos tal para cual, ¿eh, hija de gorro rojo? Pero yo llevo el asesinato en la sangre. No pienso renunciar a matar. Si tengo que permanecer atrapada en el mundo mortal, al menos me divertiré un poco.

Acerco la llama al gorro. La parte de abajo empieza a ennegrecerse y un hedor atroz flota en el ambiente.

—¡Para! —grita, lanzándome una mirada cargada de odio—. Basta. Deja que te haga yo una propuesta, corderita. Vamos a luchar. Si pierdes, me devolverás el gorro, intacto. Seguiré cazando como he hecho hasta ahora. Y me darás tu dedo meñique.

—¿Para comértelo? —pregunto, alejando la llama del sombrero.

—Si me da por ahí —replica—. O para usarlo como broche. ¿A ti qué más te da lo que haga con él? La cuestión es que pasará a ser mío.

—¿Y por qué debería acceder a eso?

—Porque si ganas, haré la promesa que me pides. Y te contaré algo importante relacionado con tu rey supremo.

—No quiero saber nada de él —replico, con una rapidez y una dureza excesivas. No esperaba que fuera a mencionar a Cardan.

Esta vez suelta una carcajada ronca y estrepitosa.

—Mentirosa.

Nos sostenemos la mirada durante un rato. La suya es bastante afable. Sabe que me tiene a su merced, que voy a aceptar sus condiciones. Yo también lo sé, aunque es un disparate. Grima Mog es una leyenda. Es imposible que pueda derrotarla.

Pero el nombre de Cardan retumba en mis oídos.

¿Tendrá un nuevo senescal? ¿Una nueva amante? ¿Acudirá en persona a las reuniones del consejo? ¿Hablará de mí? ¿Se burlará de mí cuando está

con Locke? ¿Se reirá Taryn?

—Lucharemos hasta que una de las dos sangre —digo, apartando de mi mente todo lo demás. Es agradable tener a alguien sobre el que canalizar mi furia—. Pero no pienso darte mi dedo —añado—. Si ganas, recuperarás tu gorro. Punto. Y me iré de aquí. La única concesión que pienso hacer es la de luchar contigo.

—Lo de la primera en sangrar es un rollo. —Grima Mog se inclina hacia delante, con el cuerpo alerta—. Luchemos mejor hasta que una de las dos se rinda. Que todo termine en un punto entre hacerse una herida y arrastrarse moribunda de vuelta a casa. —Suspira, como si estuviera evocando un bonito recuerdo—. Dame una oportunidad para partir todos los huesos de tu flacucho cuerpo.

—Estás tratando de apelar a mi orgullo.

Me guardo el gorro en un bolsillo y el mechero en el otro. Ella no lo niega.

—¿Y he hecho bien?

«Hasta que una sangre». Eso no implica más que danzar alrededor de la otra, en busca de un punto flaco. No es una lucha de verdad. Cuando respondo a su pregunta, una afirmación escapa a toda prisa de mis labios:

—Sí.

—Bien. —Apunta al techo con el bastón—. Subamos a la azotea.

—Vaya, qué civilizada —replico.

—Más vale que hayas traído un arma, porque no pienso prestarte ninguna.

Se dirige hacia la puerta resoplando, como si de verdad fuera la anciana de su hechizo.

La sigo al exterior del apartamento, atravesamos el pasillo en penumbra y llegamos a las escaleras, aún más oscuras. Tengo los nervios a flor de piel. Confío en saber lo que estoy haciendo. Grima Mog sube las escaleras de dos en dos, impaciente, y abre de golpe la puerta metálica que hay en lo alto. Oigo un chasquido cuando desenfunda una fina espada de su bastón. Tensa los labios para formar una sonrisa voraz, mostrando sus afilados dientes.

Saco el cuchillo que llevo oculto en la bota. Tiene poco alcance, pero no tengo la capacidad para hechizar objetos, y no puedo ir por en bici con

Noctámbula a la espalda.

En momentos como este, desearía haber encontrado una forma de hacerlo.

Salgo a la azotea de asfalto del edificio. Está empezando a salir el sol, tiñendo el cielo de rosa y oro. Sopla una brisa fría que trae consigo un olor a basura, a hormigón y a las flores de un parque cercano.

Se me acelera el corazón con una mezcla de horror y entusiasmo. Cuando Grima Mog ataca, estoy preparada. Giro el cuerpo para apartarme de su trayectoria. Lo hago una y otra vez, y eso la enfurece.

—Me prometiste un desafío digno —gruñe. Al menos, me he hecho una idea de cómo se mueve.

Sé que está sedienta de sangre, ávida de violencia. Sé que está acostumbrada a cazar presas que no ofrecen resistencia. Así que espero que se confíe. Es posible que cometa errores al enfrentarse a alguien capaz de plantarle cara.

No es probable, pero sí posible.

Cuando se abalanza de nuevo sobre mí, giro el cuerpo y le arreo un patadón en la corva que la derriba. Grima Mog ruge, se levanta aparatosamente y se lanza sobre mí a toda velocidad. Durante unos segundos, la furia que refleja su rostro y esos dientes tan temibles me provocan un escalofrío que me deja paralizada.

«¡Monstruo!», grita mi mente.

Aprieto la mandíbula para contener el impulso de seguir esquivando. Nuestros filos relucen como escamas bajo la luz del nuevo día. Las espadas se entrechocan, tintineando como campanas. Combatimos a lo largo de la azotea, realizo un buen juego de pies. Empiezo a sudar por el ceño y las axilas. Mi aliento caliente emerge en forma de vaho.

Resulta agradable luchar contra alguien que no sea yo misma.

Grima Mog achica los ojos, escrutándome, en busca de un punto débil. Pienso en cada corrección que Madoc me ha hecho en la vida, en todos los malos hábitos que Fantasma intentó quitarme. Grima Mog emprende una serie de golpes brutales, trata de dirigirme hacia el borde del edificio. Retrocedo un paso para defenderme de su embestida, con una espada que

tiene más alcance que la mía. Hasta ahora se estaba conteniendo, pero eso se ha terminado.

Una y otra vez me empuja hacia el precipicio. Yo me resisto con todas mis fuerzas. Tengo la piel pegajosa a causa del sudor, que se escurre entre mis omóplatos.

Entonces me golpeo el pie con una cañería metálica que asoma a través del asfalto. Tropiezo y ella me ataca. Evito por los pelos que me ensarte, pero a cambio pierdo el cuchillo, que cae al vacío desde la azotea. Impacta contra el suelo con un golpe seco.

Jamás debí aceptar este encargo. Jamás debí acceder a este combate. Jamás debí aceptar la propuesta de matrimonio de Cardan, y así no habría terminado exiliada en el mundo mortal.

La ira me da un chute de energía y lo aprovecho para esquivar a Grima Mog, cuya espada pasa de largo junto a mí por el impulso de su ataque. Entonces le arreo un codazo en el brazo y trato de agarrar la empuñadura de su espada.

No es un movimiento muy honorable que digamos, pero hace mucho tiempo que no puedo considerarme como tal. Grima Mog es muy fuerte, pero la he pillado por sorpresa. Titubea durante unos segundos, pero después me arrea un cabezazo. Me tambaleo, aunque he estado a punto de quitarle el arma.

Me ha faltado un pelo.

Me palpita la cabeza y me siento un poco mareada.

—Eso es trampa, chiquilla —me dice.

Las dos estamos jadeando. Siento como si mis pulmones estuvieran hechos de plomo.

—No soy una caballera.

Como queriendo enfatizar mis palabras, recojo la única arma que alcanzo a ver: una barra metálica. Pesa mucho y no está afilada, pero es lo único que tengo. Al menos es más larga que el cuchillo. Grima Mog se echa a reír.

—Deberías rendirte, pero me alegra que no lo hayas hecho.

—Soy optimista —replico.

Cuando se abalanza de nuevo sobre mí, la velocidad está de su parte, aunque yo tengo mayor alcance. Nos encaramos, ella ataca y yo me defiendo

con algo que tiene una cadencia similar a la de un bate de béisbol. Deseo muchas cosas, pero sobre todo salir viva de esta azotea.

Me fallan las fuerzas. No estoy acostumbrada al peso de esta cañería, y es complicado blandiría.

«Ríndete —me ordena mi aturullada mente—. Tira la toalla mientras sigas en pie. Dale el gorro, olvídate del dinero y vuelve a casa. Vivi puede convertir las hojas en billetes. No sería tan grave hacerlo por esta vez. No estás luchando por un reino. Eso ya lo perdiste».

Grima Mog avanza hacia mí como si pudiera oler mi desesperación. Me pone a prueba con varios golpes rápidos y agresivos, con la esperanza de sorprenderme con la guardia baja.

Se me escurre el sudor por la frente, me escuecen los ojos.

Madoc describía la lucha de muchas formas: como un juego de estrategia ejecutado a gran velocidad, como una danza, pero en este momento parece una discusión. Una discusión en la que me tiene demasiado ocupada defendiéndome como para replicar con mis argumentos.

A pesar de la distensión en los músculos, paso a sujetar la cañería con una mano y con la otra me saco el gorro del bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? Prometiste que… —comienza a decir.

Le arrojo el gorro a la cara. Ella trata de agarrarlo y se distrae. En ese momento, la golpeo con la cañería en el costado con todas mis fuerzas.

Le acierto en el hombro y ella cae con un alarido de dolor. La golpeo otra vez, trazando un arco con la barra metálica sobre su brazo extendido, de tal modo que su espada sale disparada por el suelo, girando sobre sí misma.

Alzo la cañería para golpear de nuevo.

—Basta. —Grima Mog me mira desde el asfalto, tiene los dientes ensangrentados y un gesto de perplejidad—. Me rindo.

—¿De verdad? —Bajo el brazo con el que sujeto la cañería.

—Sí, pequeña tramposa —me espeta, apretando los dientes, mientras se incorpora—. Me has vencido. Ahora, ayúdame a levantarme.

Suelto la cañería y me acerco, temiendo que saque un cuchillo y me lo clave en el costado. Pero se limita a tenderme una mano para que la ayude a levantarse. Se pone el gorro y se sujeta el brazo lastimado.

—La Corte de los Dientes ha incorporado a sus filas a tu padre, el antiguo gran general, y a toda una sarta de traidores como él. Sé de buena tinta que tu rey supremo será destronado antes de la próxima luna llena. ¿Qué te parece ese giro en los acontecimientos?

—¿Por eso te marchaste? —le pregunto—. ¿Porque no eres una traidora?

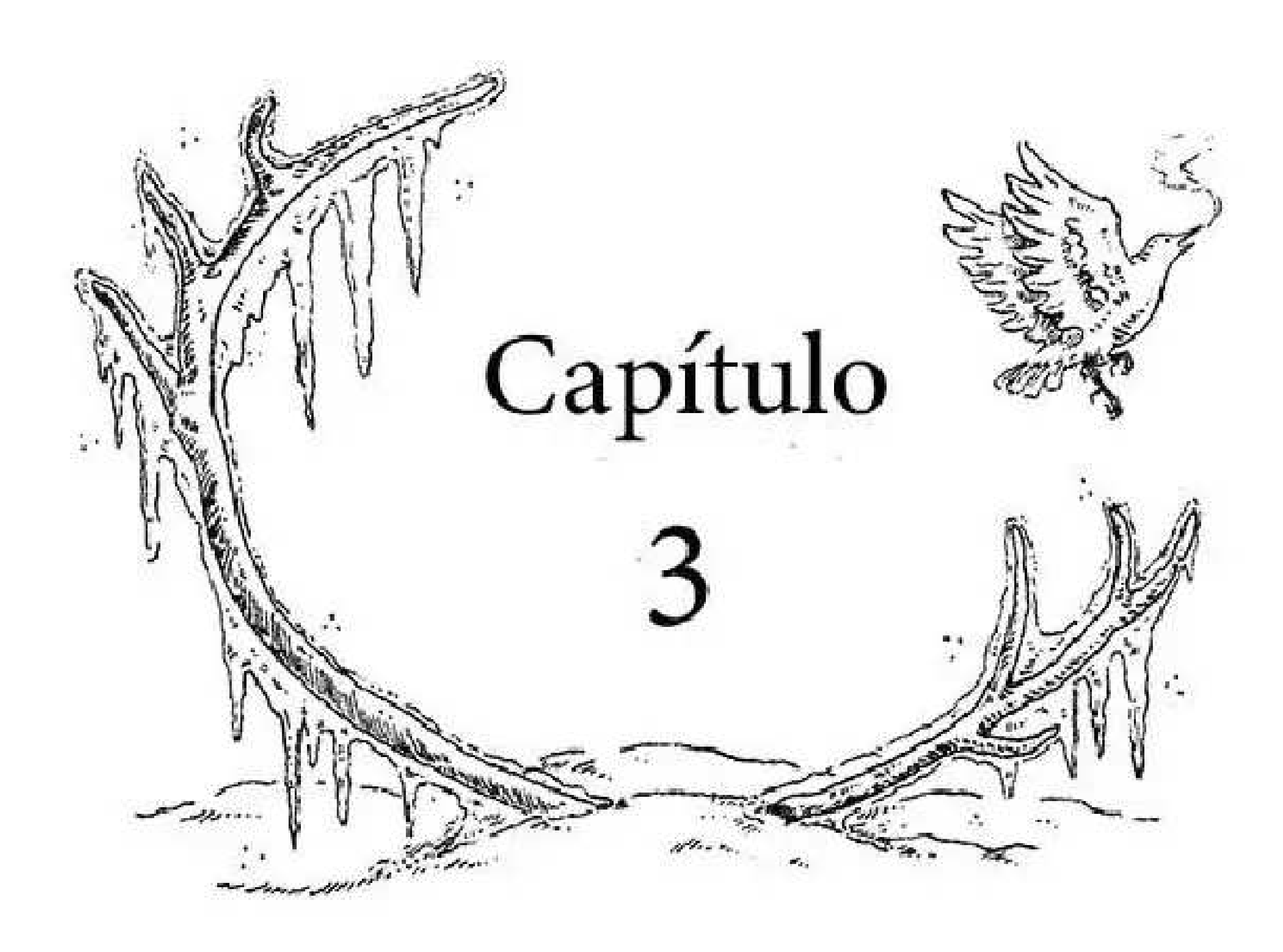
—Me fui por culpa de otra corderita. Y ahora, márchate. Esto ha sido más divertido de lo que esperaba, pero creo que nuestro juego ha terminado.

Sus palabras resuenan en mis oídos. «Tu rey supremo. Destronado».

—Aún me debes una promesa —digo con voz ronca.

Y para mi sorpresa, Grima Mog accede. Jura no seguir cazando en territorio mortal.

—Vuelve a luchar conmigo otro día —me dice desde lejos, mientras me dirijo hacia las escaleras—. Tengo secretos a montones. Hay muchas cosas que desconoces, hija de Madoc. Y creo que a ti también te atrae un poquito la violencia.



Tengo los músculos agarrotados, solo de pensar en volver pedaleando a casa me entra tal cansancio que preferiría quedarme tendida sobre la acera, así que decido coger el autobús. Varios pasajeros impacientes me miran mal mientras ato la bici al raíl que hay en la parte frontal, pero cuando advierten que estoy sangrando, optan por ignorarme.

Mi concepto de jornada no concuerda con el del mundo humano. En Faerie, volver a casa dando tumbos al amanecer es el equivalente a hacerlo a medianoche para los mortales. Pero en el mundo humano, se considera que la radiante luz de la mañana disipa las sombras. Es un momento de paz reservado a los madrugadores, no a los maleantes. Una anciana con un llamativo sombrero rosa me pasa unos cuantos pañuelos de papel sin decir nada, cosa que le agradezco. Me limpio lo mejor posible con ellos. Durante el resto del trayecto, contemplo el cielo despejado desde la ventanilla, dolorida y sintiendo lástima de mí misma. Rebusco en mis bolsillos y encuentro cuatro aspirinas. Las engullo todas a la vez.

«Tu rey supremo será destronado antes de la próxima luna llena. ¿Qué te parece ese giro en los acontecimientos?».

Intento convencerme de que me da igual. Debería alegrarme que conquisten Elfhame. Cardan cuenta con muchos efectivos para alertarle de lo que se avecina. Tiene a la Corte de las Sombras y la mitad de sus fuerzas armadas. A los regentes de las cortes inferiores, que le juraron fidelidad. Al Consejo Orgánico al completo. Tendrá incluso un nuevo senescal, si es que se ha molestado en nombrar uno.

No quiero pensar que alguien haya ocupado mi puesto al lado de Cardan, pero mi mente se pone a repasar las peores elecciones posibles. No podrá decantarse por Nicasia, porque ya es la embajadora del Inframar. Tampoco elegirá a Locke, porque es el maestro de festejos, y además es insufrible. Y tampoco a lady Asha porque… porque sería un desastre. Su labor le resultaría aburrida, así que trataría de usar su influencia para obtener tratos de favor. No creo que Cardan sea tan tonto como para elegirla a ella. Aunque quizá lo sea. Cardan puede ser muy imprudente. Al final, puede que Cardan y su negligente y retorcida madre sean la vergüenza de la estirpe de los Greenbriar y de la corona sanguínea. Espero que así sea. Espero que todos se arrepientan, pero sobre todo él.

Y entonces Madoc entrará en escena y tomará el mando.

Apoyo la frente sobre el cristal y me repito que eso ya no es problema mío. Como no consigo dejar de pensar en Cardan, intento poner la mente en blanco. Me espabilo cuando alguien me zarandea por el hombro.

—Eh, chica —dice el conductor del autobús, preocupado—. ¿Chica?

Hubo un tiempo en el que habría echado mano de mi cuchillo y lo habría presionado sobre su gaznate antes de que hubiera terminado la frase. Adormilada, me doy cuenta de que ni siquiera lo llevo encima. Olvidé ir a buscarlo después de que se cayera de la azotea.

—Estoy despierta —digo de un modo poco convincente, mientras me restriego una mano por la cara.

—Por un momento pensé que la habías palmado. —El conductor frunce el ceño—. Estás empapada de sangre. ¿Quieres que llame a alguien?

—Estoy bien —replico. Compruebo que el bus está casi vacío—. ¿Me he pasado la parada?

—Acabamos de parar. —Pone cara de querer insistir para que pidamos ayuda. Después menea la cabeza y suspira—. No te olvides la bici.

Si antes me sentía agarrotada, ahora ni te cuento. Mis articulaciones rechinan al caminar, como si fuera una arbórea que está extrayendo sus extremidades del suelo por primera vez. Mientras me afano en soltar la bici del raíl, advierto que tengo una mancha rojiza en los dedos. Me pregunto si me habré extendido sangre sobre la cara delante del conductor, cuando me restregué la mano. A saber.

Pero cuando la bici toca el suelo, me veo capaz de cruzar el césped en dirección al bloque de apartamentos. Pienso dejarla tirada entre los arbustos, aun a riesgo de que me la roben. La perspectiva de librarme de ella me ayuda a seguir avanzando, hasta que diviso a alguien sentado en la escalera de la entrada. Su pelo teñido de rosa centellea bajo la luz del sol. Alza un vaso de papel con café, a modo de saludo.

—¿Heather? —pregunto, manteniendo las distancias.

Teniendo en cuenta cómo me miró el conductor del bus, no creo que sea buena idea mostrarle mis cortes y magulladuras.

—Estoy haciendo tiempo hasta que me atreva a llamar.

—Ah —respondo, apoyando la bici en el césped—. Bueno, puedes entrar conmigo y…

—¡No! —exclama, y cuando se da cuenta de que ha gritado más de la cuenta, baja la voz—. No sé si voy a entrar hoy.

Me fijo mejor en ella, se la ve muy cansada, el tinte del pelo ha perdido color, como si no se hubiera molestado en volver a teñírselo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—No mucho —Mira para otro lado y se encoge de hombros—. A veces vengo por aquí. Para comprobar cómo me siento.

Suspirando, renuncio a la idea de seguir ocultando mis heridas. Me acerco a ella y me siento en un escalón, pues no me quedan fuerzas para seguir de pie. Heather se levanta.

—¿Jude? Oh, no, ay, madre… pero ¿qué…? ¿Qué te ha pasado? —inquiere.

Tuerzo el gesto. Su voz me resulta estridente.

—¡Chssss! Pensaba que no querías que Vivi supiera que estás aquí —le recuerdo—. De todos modos, parece peor de lo que es. Solo necesito una ducha y unas cuantas vendas. Y dormir un día entero.

—Está bien —transige, aunque está claro que no me cree—. Deja que te ayude a entrar. No te preocupes si me caigo de culo al ver a tu hermana. Estás herida. ¡No deberías haberte parado a hablar conmigo!

Niego con la cabeza, alzando una mano para rechazar su propuesta.

—Me pondré bien. Deja que me siente un rato.

Heather me mira, poniendo en la balanza su preocupación por mí con el deseo de posponer un poco más la inevitable confrontación con Vivi.

—Pensaba que seguías en ese lugar. ¿Fue allí donde te hirieron?

—¿En Faerieland? —Heather me cae bien, pero no voy a dejar de nombrar el mundo donde me crie solo porque ella lo deteste—. No. Me ha pasado aquí. He estado viviendo con Vivi. Para tratar de aclararme las ideas. Pero si vuelves a mudarte, puedo buscarme otro sitio.

Heather mira al suelo. Se muerde la esquina de una uña. Niega con la cabeza.

—El amor es idiota. Solo sirve para partirnos el corazón.

—Ya —respondo, pensando de nuevo en Cardan y en cómo caí en su trampa, como si fuera una ingenua que no ha escuchado un poema épico en su vida. Quiero que Vivi sea feliz, pero no a costa de la felicidad de Heather—. Es decir, puede que el amor sea idiota, pero tú no. He leído el mensaje que le enviaste a Vivi. No sigas adelante con eso.

Heather da un largo sorbo de café.

—Tengo pesadillas. Sobre ese lugar. Faerie. No puedo dormir. Miro a la gente por la calle y me pregunto si estarán hechizados. Este mundo ya tiene monstruos de sobra, gente que quiere aprovecharse de mí, hacerme daño o arrebatarme mis derechos. No necesito saber que existe otro mundo repleto de monstruos.

—¿Y prefieres vivir en la ignorancia? —inquiero.

Heather frunce el ceño y se queda callada. Después, cuando responde, lo hace mirando al horizonte, como si estuviera contemplando el aparcamiento:

—Ni siquiera puedo explicarles a mis padres por qué he discutido con Vee. No dejan de preguntarme si me estaba engañando con alguien o si me agobié por tener que convivir con Oak, como si el problema fuera que sea un niño, y no lo que quiera que sea en realidad.

—Oak no deja de ser un niño —replico.

—Detesto tener miedo de él —dice Heather—. Sé que eso le hace daño. Pero tampoco me gusta que Vee y él sepan hacer magia, una magia que ella podría utilizar para ganar cualquier discusión que podamos tener en el futuro. Para hacer que me obsesione con ella. O para convertirme en un pato. Y eso si no me paro a pensar en por qué me sentí atraída por ella en un primer momento.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo dices?

Heather se da la vuelta hacia mí.

—¿Sabes qué es lo que hace que la gente se enamore? No, nadie lo sabe. Pero los científicos lo han estudiado y hay un montón de teorías extrañas sobre feromonas, simetría facial, y sobre las circunstancias en las que se conocen dos personas. La gente es rara. Nuestros cuerpos son raros. Tal vez no pueda evitar sentirme atraída hacia ella, del mismo modo que las moscas no pueden evitar sentirse atraídas hacia las plantas carnívoras.

Resoplo con incredulidad, pero las palabras de Balekin resuenan en mis oídos: «He oído que, para los mortales, la sensación de enamorarse se parece mucho a la de tener miedo». Puede que tuviera más razón de lo que yo quise creer.

Sobre todo, si tenemos en cuenta mis sentimientos por Cardan, que no tienen ningún sentido.

—Ya sé que parece absurdo —prosigue Heather—. Me siento ridícula. Pero también asustada. Y sigo pensando que deberíamos entrar y curarte.

—Haz que Vivi te prometa que no usará su magia contigo —propongo—. Puedo ayudarte a decir las palabras exactas para vincularla, y después…

Me callo al ver que Heather me está mirando con tristeza quizá porque le parece pueril creer en las promesas. O quizá porque la idea de amarrar a Vivi con una promesa le parece tan mágica que le da miedo.

Heather inspira hondo antes de responder:

—Vee me contó que se crio aquí, antes de que asesinaran a vuestros padres. Siento tener que mencionarlo, pero sé que eso le afecta. A ver, es lógico. Eso afectaría a cualquiera.

Toma aliento. Está esperando a ver cómo reacciono.

Sopeso sus palabras sentada en las escaleras, mientras comienzan a formarse moratones alrededor de mis heridas. «Eso afectaría a cualquiera». No, a mí no me ha afectado.

Recuerdo a una Vivi mucho más joven, que estaba furiosa a todas horas, que chillaba y rompía todo lo que tocaba. Una Vivi que me abofeteaba cada vez que me dejaba acunar por Madoc, que parecía capaz de derribar paredes con su ira. Pero eso fue hace mucho tiempo. Todas acabamos por adaptarnos a nuestra nueva vida, solo fue una cuestión de tiempo.

Pero no menciono nada de todo eso. Heather inspira un bocanada trémula.

—Lo que me pregunto es si…, no sé, si Vivi estará jugando a las casitas conmigo. Si será una forma de fingir que ha tenido la vida que ella quería. Que nunca descubrió quién era ni de dónde provenía.

Alargo un brazo para coger a Heather de la mano.

—Si Vivi se quedó tanto tiempo en Faerie fue por Taryn y por mí —le digo—. Ella no quería vivir allí. Y cuando por fin decidió marcharse, lo hizo por ti. Porque te quería. Cierto, Vivi eligió el camino fácil al no explicarte nada. Debería haberte contado la verdad sobre Faerie. Y nunca, jamás debería haber empleado su magia contigo, por más que fuera fruto del pánico. Pero ahora lo sabes todo. Así que ya solo queda decidir si puedes perdonarla.

Heather comienza a decir algo, pero luego se interrumpe.

—¿La perdonarías tú? —pregunta al fin.

—No lo sé —respondo, agachando la mirada—. Últimamente no estoy de humor para perdonar a nadie.

Heather se pone en pie.

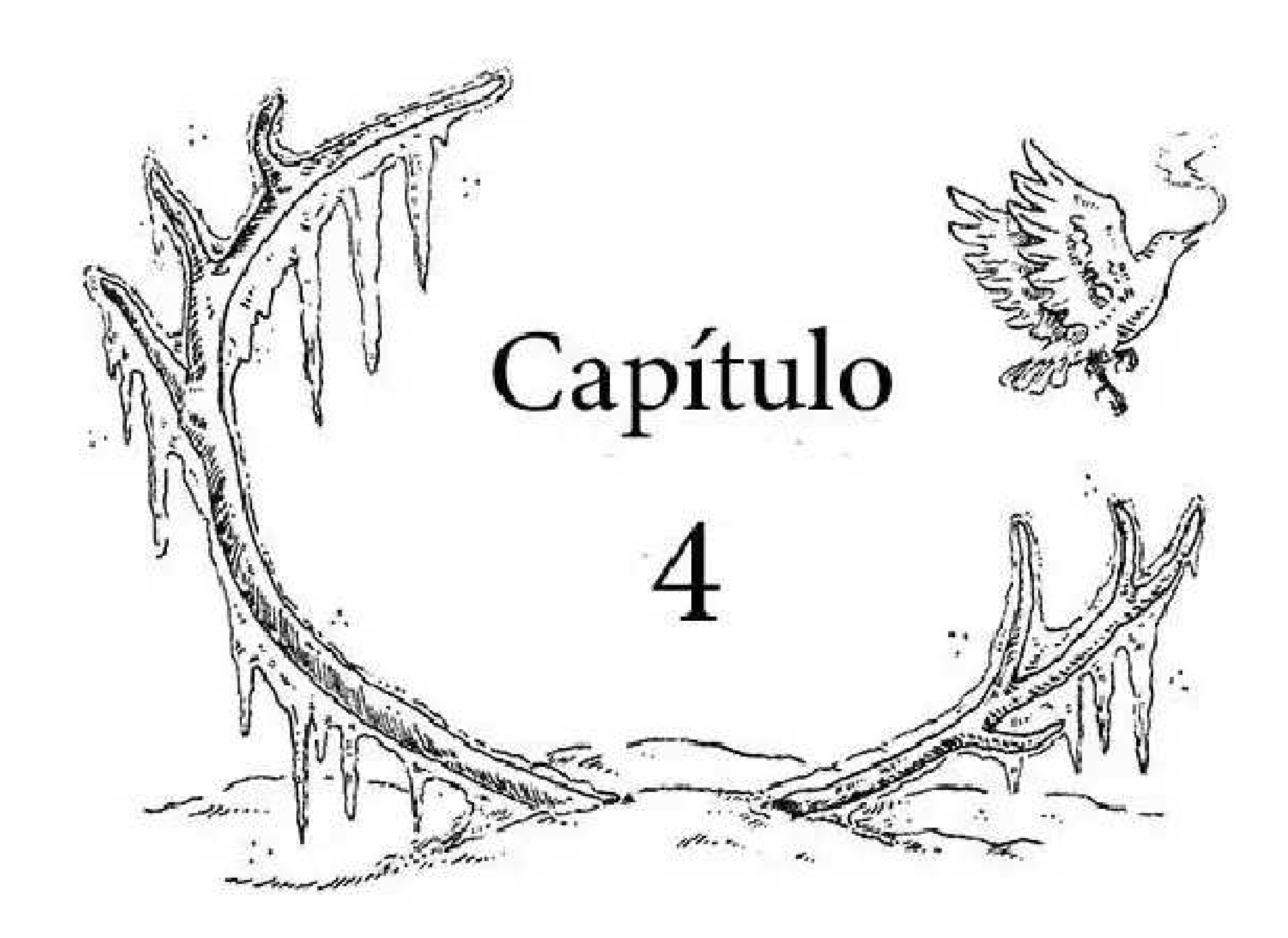
—Vale. Ya has descansado. Ahora arriba. Tienes que entrar en casa y darte un baño de antibióticos. Seguramente deberías ir al médico, aunque ya sé lo que me vas a decir.

—Tienes razón —digo—. Tienes razón en todo. Nada de médicos.

Giro el cuerpo para intentar levantarme, y cuando Heather se acerca para ayudarme, no me resisto. Incluso apoyo mi peso sobre ella mientras avanzamos renqueando hacia la puerta. He renunciado al orgullo. Tal y como me recordó Bryern, no soy especial.

Heather y yo atravesamos la cocina, pasamos junto a la mesa donde está el cuenco de los cereales de Oak, lleno hasta la mitad con una leche sonrosada. Hay dos tazas de café vacías al lado de una caja de Froot Loops. Advierto el detalle del número de tazas antes de que mi cerebro lo interprete. Mientras Heather me ayuda a pasar al salón, comprendo que debemos de tener visita.

Vivi está sentada en el sofá. Se le ilumina el rostro al ver a Heather. La mira como si fuera alguien que acaba de robar una majestuosa arpa parlante y sabe que pronto habrá de pagar las consecuencias, pero le da lo mismo. Yo me fijo en la persona que está a su lado, sentada delicadamente con un llamativo vestido de cortesana de Elfhame, confeccionado con seda de araña y fibra de vidrio. Es mi hermana gemela, Taryn.



La adrenalina inunda mi cuerpo, a pesar de las magulladuras y de que me siento agarrotada y dolorida. Me entran ganas de agarrar a Taryn por el pescuezo y apretar hasta que se le desencaje la cabeza.

Vivi se levanta, quizá debido a mi mirada asesina, aunque seguramente se deba a que ha visto a Heather.

—Eh, tú —le digo a mi gemela—. Largo.

—Espera —dice Taryn, que también se levanta—. Por favor.

Ya estamos todas de pie, mirándonos desde diferentes puntos del salón como si estuviéramos a punto de entrar en combate.

—No quiero oír ni una palabra de tus traicioneros labios. —Me alegra tener un blanco sobre el que canalizar las emociones que Grima Mog y Heather han suscitado. Un blanco que además se lo merece—. Vete de aquí o te saco a patadas.

—Este es el apartamento de Vivi —replica Taryn.

—Este es mi apartamento —nos recuerda Heather—. Y tú estás herida, Jude.

—¡Me da igual! Y si todas queréis que ella se quede, ¡me iré yo!

Dicho esto, me doy la vuelta y avanzo a duras penas hacia la puerta, después bajo por las escaleras.

La puerta con mosquitera se abre de golpe. Taryn corre para situarse delante de mí, su vestido se hincha con la brisa matinal. Si no supiera qué aspecto tiene una auténtica princesa de Faerie, podría haberla confundido con una. Por un momento, parece mentira que seamos hermanas, y más aún que seamos idénticas.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta—. ¿Te has peleado?

No respondo. Sigo andando. Ni siquiera sé adónde voy, con lo ralentizada, dolorida y agarrotada que estoy. A ver a Bryern, quizá. Él me encontrará un sitio donde cobijarme, aunque luego no me guste el precio a pagar. Pero prefiero pasar la noche con Grima Mog antes que aguantar esto.

—Necesito tu ayuda —dice Taryn.

—No —replico—. No. Ni hablar. Ni lo sueñes. Si has venido por eso, ya tienes tu respuesta y puedes irte.

—Al menos escúchame, Jude.

Taryn se interpone en mi camino, obligándome a mirarla. Levanto la cabeza y sigo el trazado circular de las onduladas faldas de su vestido.

—No, tampoco —insisto—. No pienso ayudarte. No quiero que me expliques por qué debería hacerlo. Es como una palabra mágica: «no». Di todas las chorradas que quieras, y yo te diré que no.

—Locke está muerto —dice de repente.

Me doy la vuelta. En lo alto, el cielo está radiante y despejado. Los pájaros se llaman entre sí desde los árboles cercanos. A lo lejos se oyen los ruidos del tráfico y las obras. En este momento, el contraste entre encontrarme en el mundo mortal y enterarme de la defunción de un ser inmortal —uno al que conocía, al que besé— resulta de lo más surrealista.

—¿Muerto? —Me cuesta creerlo, incluso después de todo lo que he visto—. ¿Estás segura?

La noche antes de su boda, Locke y sus amigos intentaron darme caza como si fueran una manada de perros persiguiendo a un zorro. Prometí que se la devolvería. Pero si está muerto, ya no podré hacerlo.

Locke tampoco podrá planear otra fiesta con el objetivo de humillar a Cardan. No volverá a reírse con Nicasia, ni a ponernos a Taryn y a mí en

contra. Quizá debería sentirme aliviada, por todos los problemas que causó. Pero me sorprendo al ver que lo que siento es lástima.

Taryn toma aliento, como para insuflarse valor antes de hablar:

—Está muerto porque yo lo maté.

Niego con la cabeza, como si eso fuera a ayudarme a asimilar lo que acaba de decir.

—¿Qué?

Taryn parece más avergonzada que otra cosa, como si estuviera confesando algún incidente tonto, en vez del asesinato de su esposo. Esto me evoca un recuerdo desagradable, donde sale Madoc plantado delante de tres niñas aterrorizadas, instantes después de haber masacrado a sus padres, con cara de sorpresa. Como si no hubiera pretendido que la cosa llegara tan lejos. Me pregunto si Taryn se sentirá así.

Siempre he sabido que cuando creciera me parecería más a Madoc de lo que me gustaría, pero nunca pensé que Taryn pudiera tener algo en común con él.

—Y necesito que te hagas pasar por mí —concluye. No parece consciente de que sugerir la misma artimaña que permitió a Madoc apropiarse de la mitad del ejército de Cardan, la misma argucia que me obligó a acceder al plan que provocó mi exilio, es algo de muy mal gusto—. Solo serán unas horas.

—¿Por qué? —inquiero, aunque entonces comprendo que no estoy siendo clara—. No me refiero a lo de hacerme pasar por ti. La pregunta es: ¿por qué lo mataste?

Taryn toma aire, después desvía la mirada hacia el apartamento.

—Vamos a entrar y te lo cuento. Te lo contaré todo. Por favor, Jude.

Miro hacia el edificio y admito a regañadientes que no tengo otro sitio al que ir. No quiero ir con Bryern. Quiero volver a entrar y descansar en mi propia cama. Y aunque estoy agotada, no puedo negar que me tienta la posibilidad de infiltrarme en Elfhame bajo la identidad de Taryn. La simple idea de volver allí, de ver a Cardan, hace que se me acelere el corazón.

Al menos nadie puede leer mis pensamientos. Por absurdos que sean, siguen siendo míos y de nadie más.

Dentro, Heather y Vivi están en un rincón de la cocina, junto a la cafetera, sumidas en una conversación acalorada que no quiero interrumpir. Al menos vuelven a dirigirse la palabra. Eso es bueno. Entro en el cuarto de Oak, donde la poca ropa que poseo está remetida en el último cajón de su cómoda. Taryn me sigue, frunciendo el ceño.

—Voy a ducharme —le digo—. Y a untarme un poco de pomada. Ve a la cocina a prepararme un té de aquilea mágico y curativo. Cuando termines, estaré lista para escuchar tu confesión.

—Deja que te ayude a quitarte eso —dice Taryn, meneando la cabeza con exasperación al ver que hago amago de negarme—. No tienes escudero.

—Ni armadura para que la pula —replico, pero no me resisto cuando Taryn me quita la camisa, deslizándola sobre mis brazos doloridos.

Está cubierta de sangre reseca, y pongo una mueca de dolor cuando me la quita del todo. Examino mis cortes por primera vez, están hinchados y en carne viva. Me temo que Grima Mog no limpiaba su espada tan a menudo como debería.

Taryn enciende la ducha, ajusta la temperatura del agua y luego me ayuda a meterme debajo del cálido chorro. Como somos hermanas, nos hemos visto desnudas un trillón de veces, pero cuando se fija en la aparatosa cicatriz que tengo en la pierna, recuerdo que no conocía su existencia.

—Vivi mencionó algo —dice Taryn, lentamente—. Sobre la noche previa a mi boda. Llegaste tarde, estabas pálida y no abriste la boca. Tenías mala cara. Pensé que pudo ser porque aún le querías, pero Vivi insiste en que no fue por eso. Dice que estabas herida.

Asiento con la cabeza.

—Recuerdo esa noche.

—¿Locke te… hizo algo?

Taryn aparta la mirada. La posa sobre los azulejos, después sobre un retrato enmarcado que Oak hizo de Heather, con una cera de color marrón para la piel, que desemboca en el estallido rosado de su pelo.

Agarro el gel orgánico que compra Vivi, ese que se supone que es un antibacteriano natural, y me lo unto en abundancia sobre la sangre reseca. Huele como a lejía y escuece que no veas.

—¿Te refieres a si intentó matarme?

Taryn asiente. La miro a los ojos. Ya sabe la respuesta.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué dejaste que me casara con él? —inquiere.

—Porque no lo sabía —admito—. No sabía que fue Locke el que lideró la cacería hasta que te vi con los pendientes que perdí aquella noche. Luego me hicieron presa en el Inframar. Y poco después de mi regreso, me traicionaste, así que supuse que ya daba igual.

Taryn frunce el ceño, a caballo entre el impulso por protestar y el esfuerzo por cerrar el pico para ganarse mi favor. Finalmente, gana el impulso de discutir. Al fin y al cabo, somos gemelas.

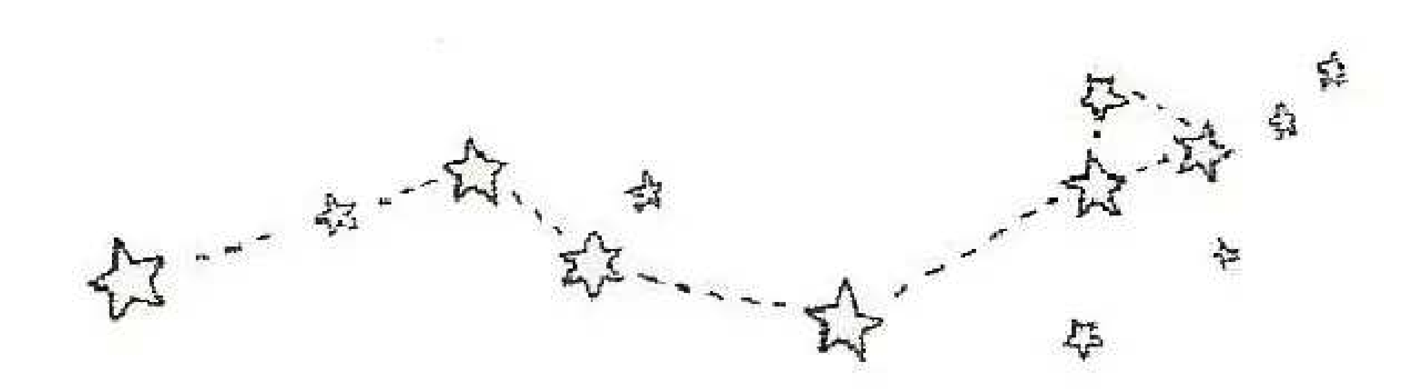
—¡Solo hice lo que me dijo papá! No creí que fuera para tanto. Tú tenías un montón de poder y no querías utilizarlo. Pero nunca quise hacerte daño.

—Prefiero que Locke y sus amigos me persigan por el bosque a que tú me apuñales por la espalda. Otra vez.

Taryn toma aliento, se muerde la lengua, se nota que se está conteniendo de añadir algo más.

—Lo siento —dice y sale del cuarto de baño, para dejar que termine de ducharme a solas.

Subo la temperatura y me tiro un buen rato.



Cuando salgo del baño, Heather ya se ha ido y Taryn ha saqueado la nevera para elaborar una comida copiosa con las sobras. Hay una tetera enorme en el centro de la mesa, junto con un recipiente más pequeño para el té de aquilea. Ha cogido las galletas de jengibre que quedaban y las ha repartido sobre una bandeja. Con el pan ha preparado dos clases de sándwiches: de jamón y apio, y de mantequilla de cacahuete con Cheerios.

Vivi está preparando café mientras observa a Taryn con preocupación. Me sirvo una taza de té curativo y me la bebo de un trago, después me sirvo otra. Limpia, vendada y vestida con ropa limpia, me siento mucho más despejada y lista para asimilar la noticia de que Locke está muerto y que mi hermana gemela lo asesinó.

Le pego un bocado a un sándwich de jamón. El apio le da un toque crujiente y un poco raro, pero no le va mal. Hasta ahora no me había dado cuenta del hambre que tengo. Engullo el resto del sándwich y me sirvo dos más en un plato.

Taryn se retuerce las manos, primero entre sí y luego sobre el vestido.

—No podía más —dice.

Vivi y yo permanecemos calladas. Intento hacer el menor ruido posible al masticar el apio.

—Locke me prometió que me querría hasta su muerte, pero su amor no me protegía de su crueldad. Me advirtió que los feéricos no aman como los humanos. No lo entendí hasta que me dejó sola en esa casa enorme y horrible durante semanas enteras. Cultivé rosas híbridas en el jardín, encargué cortinas nuevas y organicé fiestas para sus amigos que duraban un mes. Fue inútil. A veces me mostraba apasionada y otras veces casta. Se lo di todo. Pero él decía que mi historia había perdido su interés.

Enarco las cejas. Fue muy feo que dijera eso, aunque no sé si tanto como para merecer la muerte.

—Y entonces le demostraste lo contrario.

Vivi se ríe de repente, después me fulmina con la mirada por haberla hecho reír.

Las pestañas de Taryn centellean con unas lágrimas que se resiste a derramar.

—Más o menos —responde con un tono apesadumbrado que no sé cómo interpretar—. Intenté explicarle que las cosas tenían que cambiar, por narices, pero él reaccionó como si estuviera exagerando. Siguió hablando, como si tratara de convencerme para que ignorase mis sentimientos. Había un abrecartas enjoyado sobre el escritorio y… ¿Recuerdas todas esas lecciones que nos enseñó Madoc? Antes de darme cuenta, le había clavado

la punta del abrecartas en el gaznate. Locke por fin dejó de hablar, pero cuando lo extraje, salió muchísima sangre.

—Entonces, ¿no tenías intención de matarlo? —pregunta Vivi.

Taryn no responde.

Sé lo que se siente al tragarte las cosas durante tanto tiempo que al final estallan. Y también al clavarle un cuchillo a alguien.

—No pasa nada —le digo, aunque no estoy muy segura de que sea cierto.

Taryn se da la vuelta hacia mí.

—Pensaba que no tenía nada que ver contigo. Pero resulta que somos iguales.

Me parece que no lo dice como si fuera algo bueno.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunto, intentando ser pragmática—. Tenemos que deshacernos de él y…

Taryn niega con la cabeza.

—Ya han encontrado el cuerpo.

—¿Cómo? ¿Qué hiciste?

Antes me molestaba que hubiera venido a pedirme ayuda, pero ahora me fastidia que no lo haya hecho antes, cuando podría haber resuelto esta cuestión.

—Arrastré el cuerpo hasta el mar. Pensé que se lo llevaría la marea, pero simplemente lo arrastró hasta otra playa. Al menos…, estaba un poco mordisqueado. Eso ha dificultado establecer la causa de la muerte.

Taryn me mira desolada, como si aún le costara creer que esto le esté pasando a ella.

—No soy mala persona.

Doy un sorbo de té de aquilea.

—No he dicho que lo seas.

—Va a haber una investigación —prosigue Taryn—. Van a hechizarme y a interrogarme. No podré mentir. Pero si tú hablas por mí, podrás responder con sinceridad que no lo mataste.

—Jude está exiliada —dice Vivi—. Desterrada hasta que consiga el perdón de la Corona o alguna chorrada de esas. Si la descubren, la matarán.

—Solo serán unas horas —dice Taryn, mirándonos alternativamente—. Nadie se dará cuenta. Por favor.

—Es demasiado peligroso —protesta Vivi.

Yo no digo nada, y mi hermana deduce que me lo estoy pensando.

—Tú quieres ir, ¿verdad? —pregunta Vivi, lanzándome una mirada inquisitiva—. Quieres una excusa para volver allí. Pero en cuanto te hechicen, te preguntarán cómo te llamas. O cualquier otra cosa que hará que se escamen al ver que no respondes como lo haría Taryn. Y entonces estarás jodida.

Niego con la cabeza.

—Me lanzaron un *geis*. Me protege de los hechizos.

Detesto sentirme tan atraída por la idea de regresar a Elfhame, detesto ansiar el darle otro bocado a la manzana del éxtasis, tener una nueva ocasión de alcanzar el poder, de volver a verlo a él. Puede que haya una forma de anular mi exilio, solo tengo que encontrarla.

Taryn frunce el ceño.

—¿Un *geis*? ¿Por qué?

Vivi me fulmina con la mirada.

—Cuéntaselo. Cuéntale lo que hiciste. Dile lo que eres y por qué no puedes volver allí.

En el rostro de Taryn se dibuja una expresión que recuerda un poco al miedo. Madoc debió de explicarle que conseguí arrancarle una promesa de obediencia a Cardan. De lo contrario, ¿cómo se le habría ocurrido ordenarle que liberase a la mitad del ejército de sus votos? Desde que regresé al mundo mortal, he tenido mucho tiempo para pensar en lo que pasó entre nosotras. Seguro que Taryn se enfadó conmigo por no haberle hablado del poder que tenía sobre Cardan. Y seguro que se enfadó aún más cuando fingí que no podía convencerle para que destituyera a Locke como maestro de festejos, cuando, en realidad, podría haberle dado la orden. Pero Taryn tenía muchos otros motivos para ayudar a Madoc. Al fin y al cabo, no deja de ser nuestro padre. Tal vez quisiera participar en el gran juego. Tal vez pensó en todas las cosas que Madoc podría hacer por ella si accediera al trono.

—Tendría que habértelo contado todo, lo de Dain y la Corte de las Sombras, pero… —comienzo a decir, pero Vivi me interrumpe.

—Ahórrate esa parte —replica—. Ve al grano. Dile lo que eres.

—He oído hablar de la Corte de las Sombras —se apresura a decir Taryn—. Son espías. ¿Eso es lo que eres?

Niego con la cabeza, porque al fin entiendo qué es lo que quiere Vivi que le explique. Quiere que le cuente que Cardan se casó conmigo y me convirtió, por tanto, en la reina suprema de Elfhame. Pero no puedo. Cada vez que intento pensar en ello siquiera, me avergüenzo por haberme fiado de él. No puedo explicarle todo eso sin parecer una idiota, y no estoy preparada para mostrarme tan vulnerable ante Taryn.

Necesito poner fin a esta conversación, así que digo lo único que sé que distraerá la atención de las dos, por motivos muy diferentes:

—He decidido ir y hacerme pasar por Taryn en el interrogatorio. Volveré en un par de días y entonces se lo explicaré todo. Lo prometo.

—¿Y no podéis quedaros las dos en el mundo mortal? —pregunta Vivi —. A la mierda Faerie. A la mierda todo esto. Buscaremos un piso más grande.

—Aunque Taryn se quedara con nosotros, lo mejor sería que no eludiera la investigación del rey supremo —argumento—. Además, podría traerme unos cuantos objetos para empeñarlos y ganar dinero rápido. De algún modo tendremos que pagar ese piso más grande.

Vivi me mira con cara de fastidio.

—En cualquier momento, podríamos dejar de vivir en un apartamento y jugar a ser mortales. Esto lo hice por Heather. Si estamos solo nosotras, podemos ocupar uno de los almacenes abandonados que hay en los muelles y hechizarlo para que nadie pueda entrar. Podríamos robar el dinero necesario para comprar cualquier cosa. Solo tienes que decirlo, Jude.

Me saco del bolsillo los quinientos dólares que tanto he luchado por conseguir y los pongo encima de la mesa.

—Bryern vendrá luego con la otra mitad del dinero. Porque de momento seguimos jugando a ser mortales. Y porque al parecer Heather ha vuelto a escena. Ahora voy a echar una cabezada. Cuando despierte, me iré a Faerie.

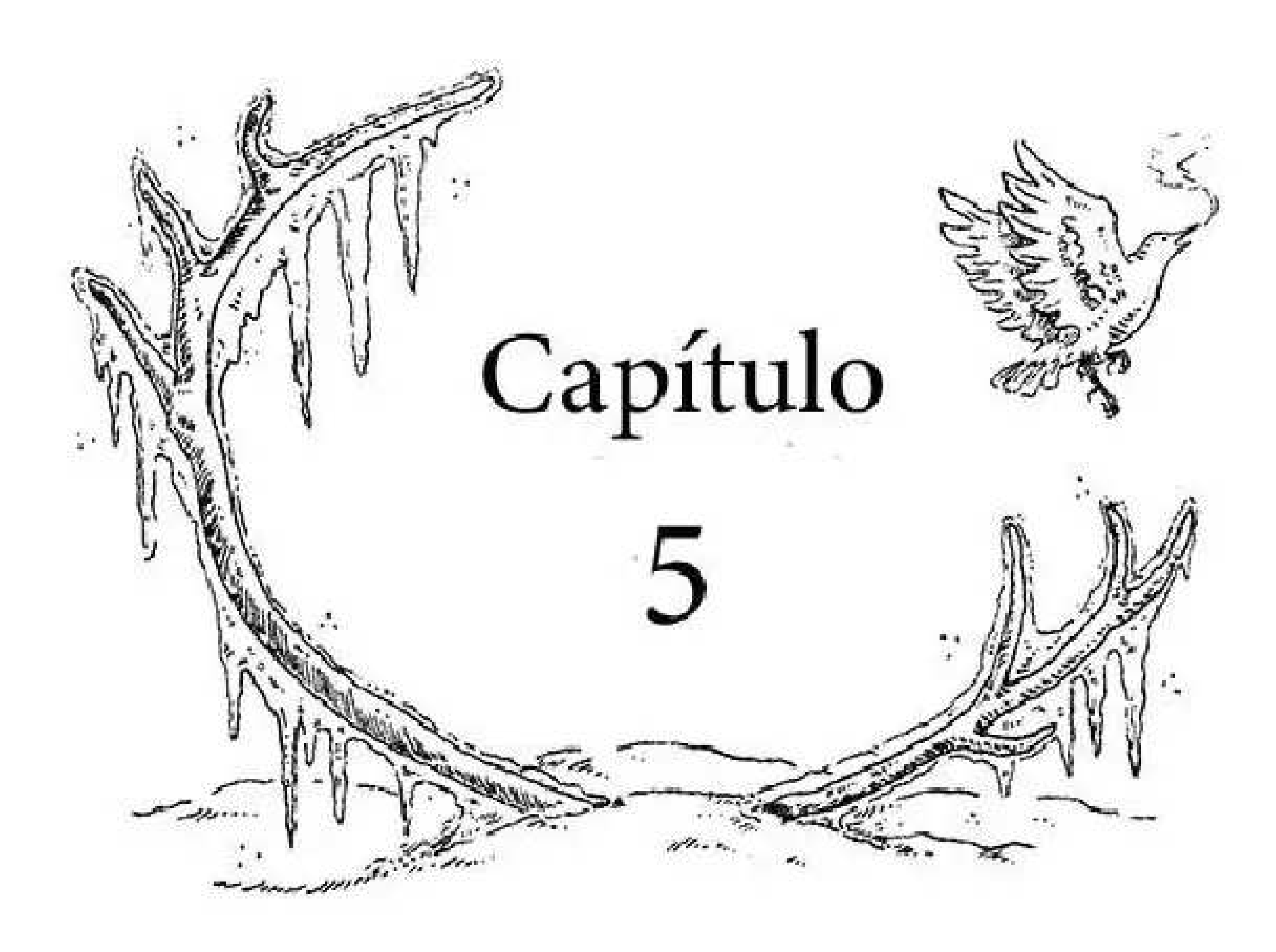
Taryn se queda mirando el dinero que hay encima de la mesa, desconcertada.

—Si necesitabas…

—Si te descubren, te ejecutarán, Jude —me recuerda Vivi, interrumpiendo cualquier propuesta que Taryn estuviera a punto de hacer.

Me alegro. Puede que esté dispuesta a hacer esto, pero eso no significa que la haya perdonado. Ni que estemos en paz. Y no quiero que ella actúe como si así fuera.

—En ese caso, no me descubrirán —les digo a las dos.



Como Oak está en el colegio, me acuesto en su cama. A pesar del dolor, el cansancio no tarda en vencerme, sumiéndome en la negrura.

Y en los sueños.

Estoy dando clase en la arboleda del palacio, sentada entre las sombras alargadas que proyecta el ocaso. Ya ha salido la luna, un cuarto creciente afilado en un cielo sin nubes. Dibujo una carta astral de memoria, con tinta de color rojo oscuro que se coagula sobre el papel. Es sangre, advierto. Estoy mojando la pluma en un tintero lleno de sangre.

Al otro lado de la arboleda veo al príncipe Cardan, sentado con sus compinches habituales. Valerian y Locke están raros: tienen la ropa agujereada por las polillas, la piel pálida y apenas dos manchas oscuras allí donde deberían estar sus ojos. Nicasia no parece advertirlo. Su cabello turquesa se despliega sobre su espalda en forma de bucles; esboza una sonrisa burlona, como si no pasara nada fuera de lo normal. Cardan lleva puesta una corona ensangrentada, ladeada, sus facciones angulosas siguen resultando tan arrebatadoramente hermosas como siempre.

—¿Recuerdas lo que dije antes de morir? —me pregunta Valerian con tono burlón—. «Yo te maldigo. Tres veces te maldigo. Puesto que me has

asesinado, que tus manos estén siempre manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera. Que…». Entonces me morí, así que no llegué a completar lo que quería decirte. ¿Te gustaría escucharlo ahora? «Que tu vida sea corta y desdichada, y cuando mueras, que nadie llore tu pérdida».

Me estremezco.

—Sí, ese último fragmento era la guinda del pastel.

Cardan se acerca, pisa mi carta astral, patea el tintero con sus botas de punta plateada, derrama la sangre sobre el papel, emborronando mis trazos.

—Acompáñame —me ordena.

—Ya sabía yo que te gustaba —dice Locke—. Por eso tenía que poseerla yo primero. ¿Te acuerdas de la fiesta en mi jardín laberíntico? ¿Cómo la besé mientras tú mirabas?

—Creo recordar que, mientras la sobeteabas, ella me estaba mirando a mí —replica Cardan.

—¡Eso es mentira! —protesto, pero entonces me acuerdo de Cardan recostado sobre una manta, al lado de una feérica con el pelo de color narciso.

La feérica presionó los labios sobre la punta de la bota de Cardan, mientras otra le besuqueaba el cuello. Cardan me miró cuando una de ellas empezó a besarle en la boca. Sus ojos centelleaban como tifones, húmedos como el alquitrán.

El recuerdo viene acompañado del roce de la mano de Locke sobre mi espalda, de un calor en las mejillas y de una sensación de tirantez en la piel, de que aquello me superaba.

—Acompáñame —repite Cardan, alejándome de la carta astral ensangrentada y de los demás alumnos que asisten a la clase—. Soy un príncipe de Faerie. Tienes que obedecerme.

Me conduce hasta la sombra veteada de un roble, después me levanta en vilo para sentarme sobre una rama baja. Deja las manos apoyadas en mi cintura y se acerca, situándose entre mis muslos.

—¿No es mejor así? —inquiere, mirándome.

No sé a qué se refiere, pero asiento con la cabeza.

—Eres hermosa. —Comienza a trazar formas sobre mis brazos, después desliza las manos por mis costados—. Muy hermosa.

Su tono es suave, y cometo el error de fijarme en sus ojos negros, en su boca risueña y maliciosa.

—Pero tu belleza se desvanecerá —prosigue, con la misma suavidad, como le hablaría a una amante. Deja las manos donde están, provocándome un nudo en el estómago y una calidez en el vientre—. Esta piel tan tersa se arrugará y se cubrirá de manchas. Se volverá tan fina como una telaraña. Estos pechos se caerán. Tu cabello se tornará ralo y desvaído. Se te pondrán los dientes amarillos. Y todo cuanto tienes y cuanto eres se pudrirá. No serás nada. No eres nada.

—No soy nada —repito, incapaz de rebatir esas palabras.

—De la nada vienes, y a la nada regresarás —susurra, con los labios pegados a mi cuello.

De pronto siento pánico. Necesito alejarme de él. Me impulso desde el borde de la rama, pero no toco el suelo. Me limito a caer al vacío, como si fuera Alicia descendiendo por la madriguera del conejo.

Entonces el sueño cambia. Estoy encima de una losa, envuelta en una tela. Intento levantarme, pero no consigo moverme. Parezco una muñeca tallada en madera. Tengo los ojos abiertos, pero no puedo levantar la cabeza, no puedo pestañear, no puedo hacer nada. Solo puedo contemplar el mismo cielo sin nubes, la misma porción afilada de luna.

Aparece Madoc, se cierne sobre mí, mirándome con sus ojos felinos.

—Es una pena —dice, como si yo no estuviera delante—. Si hubiera dejado de enfrentarse a mí, le habría dado todo lo que siempre quiso.

—Siempre fue muy desobediente —dice Oriana, a su lado—. Al contrario que su hermana.

Taryn también está allí, una lágrima se desliza por su mejilla.

—Desde el principio, solo pensaban dejar vivir a una de las dos. Y esa siempre fui yo. Tú eres la hermana que escupe sapos y culebras. Yo soy la hermana que escupe diamantes y rubíes.

Los tres se marchan. Vivi aparece a mi lado, presiona sus largos dedos sobre mi hombro.

—Debería haberte salvado —dice—. Mi labor siempre fue salvarte.

—El próximo funeral será el mío —susurra Oak, segundos después.

Resuena la voz de Nicasia, como si estuviera hablando desde muy lejos:

—Dicen que los feéricos lloran en las bodas y ríen en los funerales, pero para mí tu boda y tu funeral fueron igual de divertidos.

Entonces entra en escena Cardan, con una sonrisa afectuosa en los labios. Cuando habla, lo hace con un susurro cómplice:

—Cuando era pequeño representábamos entierros, como si fueran pequeñas obras de teatro. Los mortales estaban muertos, por supuesto, o al menos lo estaban al terminar.

Al oír eso, recupero al fin el habla.

—Mientes —replico.

—Pues claro que miento —responde—. Este es tu sueño. Deja que te lo demuestre. —Presiona una mano cálida sobre mi mejilla—. Te quiero, Jude. Te quiero desde hace mucho tiempo. Y nunca dejaré de quererte.

—¡Basta! —grito.

Entonces es Locke el que se presenta ante mí, escupiendo agua por la boca.

—Vamos a comprobar si de verdad está muerta.

De repente, me clava un cuchillo en el pecho. Repite la operación una y otra y otra vez.

En ese momento me despierto, con el rostro surcado de lágrimas y un grito en la garganta.

Aparto la colcha de una patada. Afuera está oscuro. He debido de dormir el día entero. Enciendo las luces, mientras inspiro hondo, y me toco la frente a ver si tengo fiebre. Espero a que se templen mis nervios. Cuanto más pienso en el sueño, más perturbada me siento.

Salgo al salón, donde encuentro una caja de pizza abierta sobre la mesita auxiliar. Alguien ha colocado cabezas de diente de león al lado del peperoni en algunas porciones. Oak está intentando enseñar a Taryn a jugar al *Rocket League*.

Los dos me miran con tiento.

—Oye —le digo a mi hermana gemela—. ¿Puedo hablar contigo?

—Claro —responde Taryn, levantándose del sofá.

Vuelvo a entrar en el cuarto de Oak y me siento en el borde de su cama.

—Necesito saber si has venido aquí cumpliendo órdenes —inquiero—. Necesito saber si esto es una trampa tendida por el rey supremo para

tentarme a infringir las condiciones de mi exilio.

Taryn parece sorprendida, pero debo decir a su favor que no me pregunta por qué se me ocurre pensar tal cosa. Se lleva una mano al estómago, despliega los dedos sobre su vientre.

—No —responde—. Pero no te lo he contado todo.

Aguardo, sin saber a qué se refiere.

—He estado pensando en mamá —dice al fin—. Siempre pensé que se marchó de Elfhame porque se enamoró de nuestro padre mortal, pero ahora no lo tengo tan claro.

—No te entiendo —digo.

—Estoy embarazada —susurra.

Durante siglos, las mortales han sido valoradas por su capacidad para concebir niños feéricos. Nuestra sangre no es tan indolente como la suya. Las feéricas pueden darse con un canto en los dientes si logran concebir un solo hijo en el transcurso de sus largas vidas. La mayoría no lo consigue. Pero una esposa mortal es otra cuestión. Yo sabía todo eso, pero, aun así, nunca se me ocurrió pensar que Taryn pudiera concebir un hijo con Locke.

—Ostras —exclamo, mirando la mano protectora que ha extendido sobre su vientre—. Vaya.

—Nadie debería tener una infancia como la que tuvimos nosotras —añade.

¿Se habrá imaginado criando a un hijo en esa casa, sometido al maltrato de Locke? ¿O lo mató porque creía que, si se marchaba, Locke saldría a darle caza como hizo Madoc con nuestra madre? No estoy segura. Y tampoco sé si debería sonsacarla. Ahora que estoy más descansada, percibo en ella unos indicios de agotamiento que antes pasé por alto. Los ojos enrojecidos. Un rostro chupado que denota las comidas que se ha saltado.

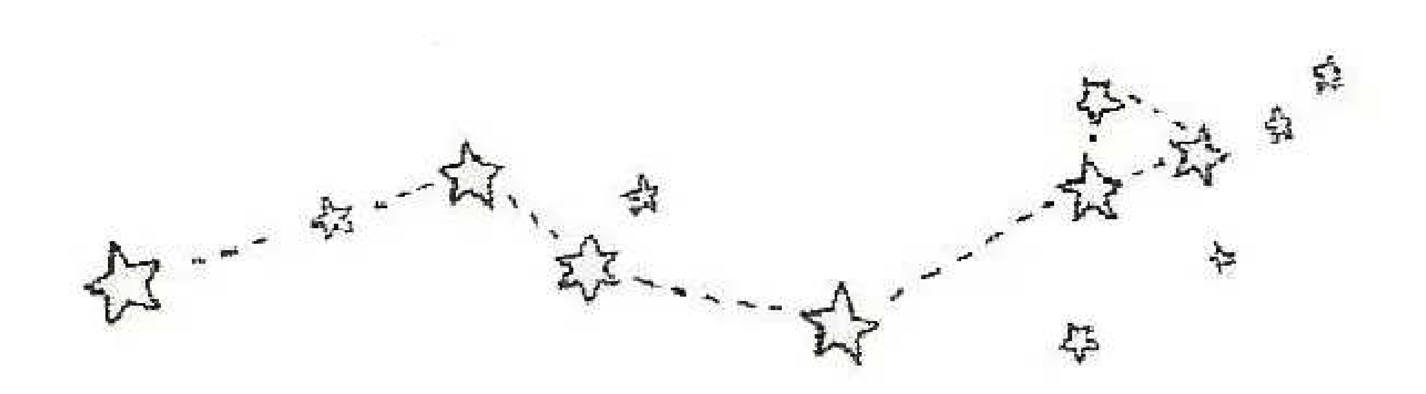
Me doy cuenta de que ha acudido a nosotros porque no tiene otro lugar al que ir… Y encima sabiendo que había muchas probabilidades de que le negara mi ayuda.

—¿Locke lo sabía? —pregunto al fin.

—Sí —responde y hace una pausa, como si estuviera recordando la conversación. Y posiblemente el asesinato—. Pero no se lo he contado a

nadie más. A nadie salvo a ti. Y lo de contárselo a Locke acabó… En fin, ya sabes cómo acabó.

No sé qué responder, pero cuando me hace un gesto abatido para que me acerque, me dejo abrazar por ella y le apoyo la cabeza en el hombro. Sé que hay un montón de cosas que debería haberle dicho, y otro montón que ella debería haberme dicho a mí. Sé que no nos hemos portado bien. Sé que ella me ha hecho daño, más del que se imagina. Pero, a pesar de todo, sigue siendo mi hermana. Mi hermana, la viuda, la asesina, la madre que está esperando un bebé.



Una hora más tarde, ya he empacado y estoy lista para partir. Taryn me ha informado de los detalles de su día a día, de los feéricos con los que suele tratar, de la administración de la finca de Locke. Me ha dado un par de guantes para disimular el dedo que me falta. Se ha quitado su elegante vestido de seda de araña y fibra de vidrio. Ahora lo llevo yo, con un peinado que es un intento de imitación del suyo, mientras que ella se ha puesto mis leggings negros y mi sudadera.

—Gracias —dice, una expresión que los feéricos jamás utilizan.

Dar las gracias se considera una grosería, trivializar el complejo proceso de la deuda y la retribución. Pero eso no es lo que quieren decir los mortales cuando se dan las gracias unos a otros. No es eso en absoluto.

Aun así, me encojo de hombros al oír sus palabras.

—No hay de qué.

Oak se acerca para que lo coja en brazos, pese a que ya tiene ocho años y pesa un montón.

—Abrazo del oso —exclama, y con eso se refiere a saltar y rodearte el cuello con los brazos, a punto de estrangularte.

Me dejo hacer y le devuelvo el abrazo, con el aliento un poco entrecortado.

Tras dejarlo en el suelo, saco mi anillo de rubí. El mismo que Cardan me robó y luego me devolvió durante nuestro intercambio de votos. No podré llevarlo encima mientras me haga pasar por Taryn.

—¿Lo guardarás bien? Solo hasta que regrese.

—Así lo haré —responde Oak con solemnidad—. Vuelve pronto. Te echaré de menos.

Me sorprende su dulzura, sobre todo después de nuestro último encontronazo.

—Volveré lo antes posible —le prometo y le doy un beso en la frente.

Después me voy a la cocina. Vivi me está esperando. Salimos juntas al jardín, donde tiene un pequeño cultivo de hierba cana.

Taryn nos sigue, tirando de la manga de la sudadera que lleva puesta.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Vivi, mientras arranca una planta de raíz.

La miro, envuelta en sombras, con el pelo iluminado por la farola. Normalmente es castaño como el mío, pero bajo cierto tipo de luz se perciben unos mechones cobrizos que parecen casi verdes.

Vivi nunca ha añorado Faerie tanto como yo. ¿Cómo podría, si lo lleva dentro?

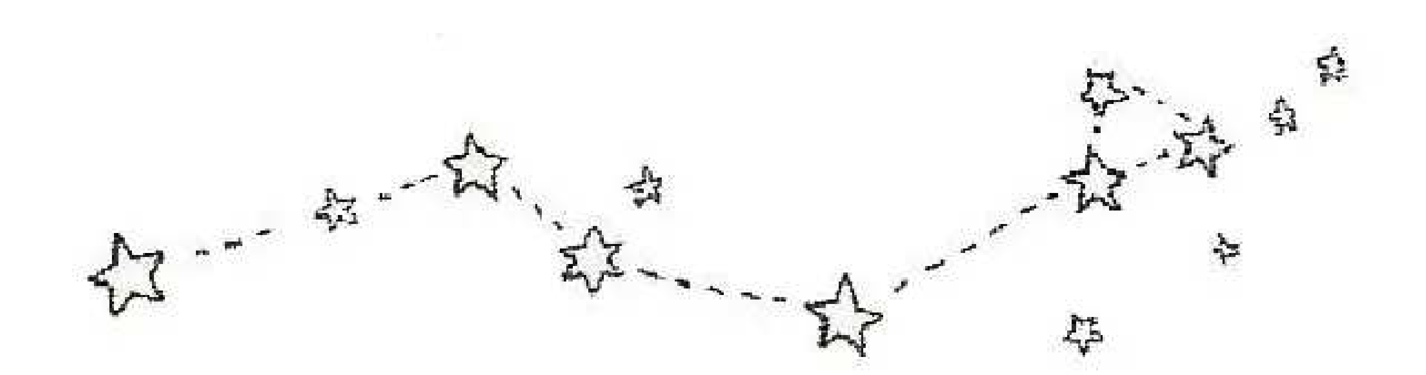
—Ya sabes que sí —respondo—. Y ahora, ¿vas a contarme lo que pasó con Heather?

Vivi niega con la cabeza.

—Sobrevive si quieres saberlo. —Entonces sopla la hierba cana—. Corcel, álzate y lleva a mi hermana allá donde te ordene.

Cuando el floreciente tallo cae al suelo, empieza a convertirse en un poni escuálido y amarillento, con ojos color esmeralda y una crin compuesta de helechos entrelazados.

El corcel resopla y golpea el suelo con sus pezuñas, casi tan deseoso como yo por echar a volar.



La finca de Locke está tal y como la recordaba: altos capiteles y azulejos musgosos, cubiertos por una gruesa capa de hiedra y madreselva. Un laberinto de setos atraviesa el terreno, siguiendo un trazado insólito. El lugar parece sacado de un cuento de hadas, de esos donde el amor es sencillo y nunca causa dolor.

«Por la noche, el mundo humano parece estar lleno de estrellas caídas». Recuerdo de pronto esas palabras, las pronunció Locke cuando subimos juntos a la torre más alta.

Tomo tierra con el corcel de hierba cana y me apeo de su lomo. Lo dejo allí, pegando pisotones en el suelo, mientras me dirijo hacia la imponente puerta principal, que se abre ante mi llegada. Hay un par de sirvientes al otro lado, con la piel verdosa y tan pálida que se les transparentan las venas, haciendo que parezcan dos viejas estatuas de mármol. De sus hombros penden unas pequeñas alas velludas. Me observan con unos ojos fríos que parecen manchas de tinta, señal inequívoca de la inhumanidad de los feéricos.

Inspiro hondo y alzo mi cabeza. Después entro.

—Bienvenida de vuelta, mi señora —dice la sirvienta.

Son dos hermanos, chico y chica, según me informó Taryn. Nera y Neve. Estaban en deuda con el padre de Locke, pero él los dejo allí cuando se marchó, para que cumplieran el resto de su penitencia al servicio de su hijo. Antes solían merodear por ahí, a hurtadillas, pero Taryn se lo prohibió cuando se mudó a la finca.

En el mundo mortal, me he acostumbrado a dar las gracias a la gente por pequeños favores, pero ahora tengo que tragarme esas palabras.

—Es agradable volver a casa —digo, en lugar de agradecérselo, y paso de largo junto a ellos.

El salón lo encuentro cambiado. Antes, las estancias estaban prácticamente vacías, y las que no, apenas tenían unos muebles viejos y aparatosos, con el tapizado endurecido por el paso del tiempo. La alargada mesa del comedor estaba pelada, así como los suelos. Pero ya no.

Cojines y alfombras, copas, bandejas y decantadores medio llenos cubren hasta el último rincón, produciendo un estallido de colores: ocre oscuro y bermellón, azul eléctrico y verde botella, dorado y ciruela damascena. La colcha de un sofá cama está manchada con un fino polvillo dorado, obra, quizá, de algún reciente invitado. Frunzo el ceño un poco más de la cuenta, veo mi silueta reflejada en una urna de plata pulida.

Los sirvientes me están observando, y no tengo motivos para examinar estas estancias con las que debería estar familiarizada. Así que intento suavizar mi expresión para que no se note que estoy intentando encajar las piezas de la parte de la vida de Taryn que desconozco.

Ella diseñó estas estancias, estoy segura. En la fortaleza de Madoc, su cama siempre estaba cubierta de cojines de colores. Le gustan las cosas bonitas. Aun así, no se me escapa que este lugar está diseñado para celebrar bacanales, para el desparrame. Taryn mencionó juergas que duraban un mes, pero solo ahora me la imagino tendida sobre esos cojines, ebria, riendo y quizá besando a otras personas. Puede que haciendo algo más que eso.

Mi hermana, mi gemela, siempre fue más alondra que estornino, más tímida que hedonista. Al menos, eso creía yo. Mientras yo recorría la senda de los puñales y el veneno, ella transitaba la no menos peligrosa senda del placer.

Me giro hacia las escaleras, sin saber cuánto más podré mantener la farsa. Repaso lo que sé, la explicación que elaboré con Taryn sobre la última vez que vi a Locke. Diré que estaba planeando verse con una selkie, con la que mantenía una aventura. Era verosímil, después de todo. Y teniendo en cuenta el reciente enfrentamiento del Inframar con la superficie, espero que los feéricos se sientan inclinados a culparlos a ellos.

—¿Cenaréis en el gran salón? —pregunta Neve, que me va siguiendo.

—Preferiría que me trajerais la cena a mi cuarto —respondo, reacia a comer sola en esa mesa tan grande y a que me sirvan en medio de un silencio ensordecedor.

Voy arriba, creo que seré capaz de recordar el camino. Abro una puerta con inquietud. Al principio creo que me he equivocado de estancia, pero es solo porque el cuarto de Locke también ha cambiado. El dosel de la cama está engalanado con unos cortinajes que tienen unos zorros bordados que acechan entre unos árboles. Hay un diván delante de la cama, con unos cuantos vestidos desperdigados encima, y un pequeño escritorio abarrotado de plumas y papeles.

Me dirijo al vestidor de Taryn y contemplo sus vestidos. No son tan coloridos como los muebles, pero no por ello resultan menos hermosos. Me decanto por un vestido de tubo que cubriré con una bata de satén, después me quito el vestido de seda de araña y fibra de vidrio.

El tejido se estremece al contacto con mi piel. Me sitúo ante el espejo del dormitorio para peinarme. Me observo, tratando de identificar cualquier detalle que pudiera delatarme. Yo soy más musculosa, pero la ropa puede disimularlo. Tengo el pelo más corto, pero no mucho. Y luego está, por supuesto, mi temperamento.

—Saludos, majestad —digo, tratando de imaginarme de regreso en la Corte Suprema. ¿Qué haría Taryn? Ejecutar una aparatosa reverencia—. Ha pasado mucho tiempo.

Sin embargo, seguro que Taryn lo vio hace poco. En su caso, no habría sido tanto tiempo. Me entra el pánico. Voy a tener que hacer mucho más que responder a las preguntas del interrogatorio. Voy a tener que fingir que me llevo bien con el rey supremo Cardan delante de sus narices.

Me miro en el espejo para corregir esos detalles, mientras trato de adoptar el gesto de deferencia apropiado, sin fruncir el ceño.

—Saludos, perro traidor.

No, eso no funcionaría, aunque si lo dijera me sentiría genial.

—Saludos, majestad —pruebo otra vez—. Yo no maté a mi esposo, aunque sin duda se lo merecía.

Me sobresalto cuando alguien llama a la puerta.

Nera ha traído una enorme bandeja de madera, que deposita sobre la cama antes de marcharse con una reverencia, sin apenas hacer ningún ruido. En la bandeja hay pan tostado y una mermelada que tiene un olor extraño y meloso que me hace la boca agua. Tardo más de lo debido en advertir que es fruta feérica. Y la han traído como si fuera lo más normal, como si Taryn la consumiera a menudo. ¿Se la daría Locke, sin que ella lo supiera? ¿Acaso Taryn la tomaba a propósito, a modo de aturdimiento recreativo de los sentidos? Una vez más, desconozco la respuesta.

Al menos también hay una jarra con té de ortiga, queso cremoso y tres huevos de oca hervidos. Es una cena sencilla, sin contar la inesperada presencia de la fruta feérica.

Me bebo el té y me como los huevos y el pan tostado. La mermelada la escondo en una servilleta que después oculto al fondo del armario. Si Taryn se la encuentra podrida dentro de unas semanas, en fin, será un precio pequeño a cambio del favor que le estoy haciendo.

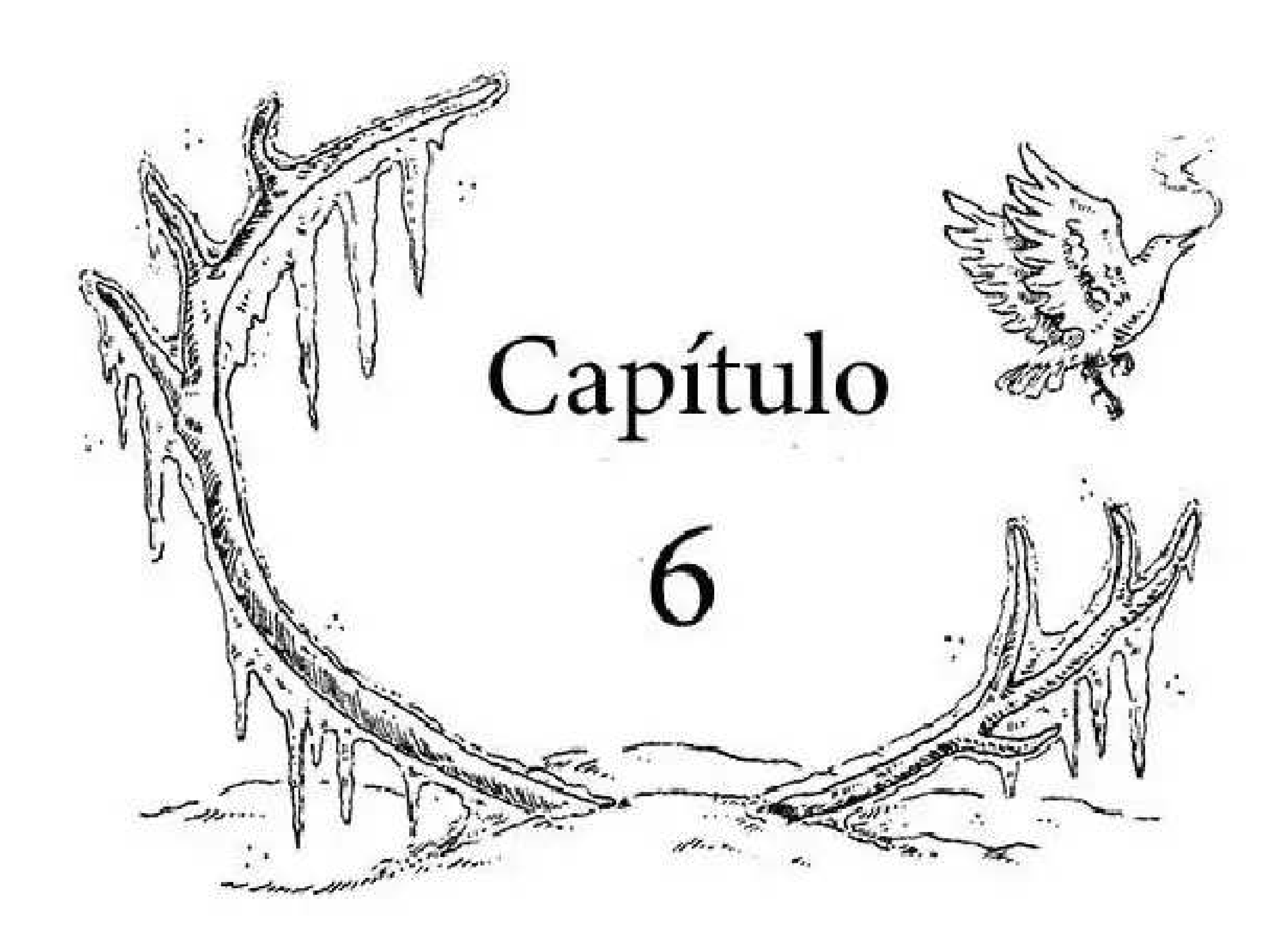
Vuelvo a mirar los vestidos, intento elegir uno para la jornada que me espera. Nada de extravagancias. Se supone que mi marido está muerto y se supone que estoy triste. Por desgracia, aunque las prendas que Taryn encargó para mí eran en su mayoría negras, su armario está repleto de color. Me abro paso entre seda y satén, entre brocados en forma de bosques con animales que asoman entre la espesura, y telas de terciopelo bordadas de color verde savia y azul cielo. Finalmente, opto por un vestido de color bronce y lo dejo sobre el diván, junto con un par de guantes de color azul oscuro. Rebusco en el joyero y saco los pendientes que le regalé. Uno en forma de luna, el otro de estrella, forjados por el maestro herrero Grimsen, hechizados para incrementar la belleza de quien se los ponga.

Estoy deseando salir a hurtadillas de las propiedades de Locke y regresar a la Corte de las Sombras. Me apetece mucho ir a visitar a Cucaracha y a Bomba, escuchar los chismorreos de la corte, regresar a esas estancias subterráneas.

Pero esas estancias ya no existen. Las destruyó Fantasma cuando nos traicionó para aliarse con el Inframar. No sé desde dónde operará ahora la Corte de las Sombras.

Y no puedo correr riesgos.

Tras abrir la ventana, me siento ante el escritorio de Taryn y bebo un sorbo de té de ortiga, me dejo envolver por el intenso aroma salino del mar, por el olor agreste de la madreselva y la brisa lejana que sopla entre los abetos. Inspiro hondo, sintiendo que estoy cerca y lejos de mi hogar al mismo tiempo.



El interrogatorio tendrá lugar cuando asome la primera estrella en el cielo. Llego a la Corte Suprema ataviada con el vestido de color bronce de Taryn, con un chal sobre los hombros, unos guantes para ocultar los dedos y el pelo recogido en un moño. Se me acelera el corazón, y espero que nadie advierta que estoy empezando a sudar a causa de los nervios.

Como senescal del rey supremo, me trataban con cierto respeto. Aunque he vivido ocho años en Elfhame sin ese trato de favor, me acostumbré muy rápido a ello.

Ahora que soy Taryn, me observan con recelo cuando avanzo entre una multitud que ya no me deja paso por acto reflejo. Taryn es hija de un traidor, hermana de una paria y sospechosa del asesinato de su marido. Me miran con avidez, como si desearan presenciar el espectáculo de su condena y su castigo. Pero no tienen miedo de ella. A pesar de su supuesto crimen, la siguen viendo como una mortal pusilánime.

Eso es bueno, supongo. Cuanto más débil parezca, más verosímil será su inocencia.

Aparto la mirada del estrado mientras avanzo hacia él. La presencia del rey supremo Cardan parece infectar hasta el aire que respiro. En un momento

de debilidad, me planteo dar media vuelta y salir de aquí antes de que me vea.

No sé si voy a ser capaz.

Estoy un poco mareada.

No sé si podré mirarle y disimular lo que se me pasa por la cabeza.

Inspiro hondo y vuelvo a soltar el aire, me repito que Cardan no sabrá que soy yo la que está ante él. No reconoció a Taryn cuando se vistió con mi ropa, y tampoco me reconocerá a mí ahora.

«Además —pienso—, si esto no sale bien, Taryn y tu estaréis en serios apuros».

De pronto, recuerdo todos los argumentos que me dio Vivi para afirmar que esto era una mala idea. Ella tenía razón. Esto es absurdo. Se supone que estoy exiliada hasta que reciba el perdón de la Corona, so pena de muerte.

Entonces caigo en la cuenta de que Cardan pudo cometer un error al formular esa frase. Quizá podría perdonarme yo misma. Pero entonces recuerdo cuando insistí en que yo era la reina de Faerie y los guardias se rieron. Cardan no necesitó negarlo. No tuvo que hacer nada. Y si yo me perdonara, tampoco le haría falta decir nada.

No. Si me reconoce, tendré que correr a esconderme y confiar en que mi adiestramiento con la Corte de las Sombras sea superior al de los guardias. Pero entonces la corte sabrá que Taryn es culpable; de lo contrario, ¿por qué me habría enviado a mí en su lugar? Y si no lograse escapar…

Absorta, me pregunto qué clase de ejecución ordenaría Cardan. Tal vez me ataría a unas rocas y dejaría que el mar hiciera el trabajo. Eso le gustaría a Nicasia. Aunque, si no está de humor para eso, también me puede decapitar, ahorcar, desangrar, descoyuntar, dejar que me devore un sapo…

—Taryn Duarte —dice un caballero, interrumpiendo mis sombríos pensamientos. Su voz es fría, su armadura de plata grabada lo identifica como miembro de la guardia personal de Cardan—. Esposa de Locke. Debes situarte en la zona de los suplicantes.

Me desplazo hasta allí, desconcertada al situarme en el mismo lugar donde he visto a tanta gente cuando ejercía como senescal. Entonces me acuerdo de realizar la aparatosa reverencia propia de alguien a quien no le

incomoda someterse a la voluntad del rey supremo. Como no puedo hacerlo y mirarle a la cara a la vez, opto por mantener la mirada fija en el suelo.

—¿Taryn? —inquiere Cardan, y el sonido de su voz me resulta tan familiar que me estremece.

Sin más demora, alzo la mirada hacia él.

Cardan es aún más terroríficamente hermoso de lo que recordaba. Todos los feéricos lo son, salvo que sean monstruosos. Esa es su naturaleza. Nuestras mentes mortales no logran concebirlos; nuestra memoria mitiga su esplendor.

En cada uno de sus dedos centellea un anillo. De sus hombros cuelga un pectoral de oro pulido incrustado de joyas, sobre una camisa blanca y vaporosa. Sus botas tienen la punta curvada hacia arriba y le llegan por encima de las rodillas. Su cola resulta visible, enroscada a un lado de su pierna. Por lo visto ha decidido dejar de esconderla. Sobre su cabeza, cómo no, se halla la corona sanguínea.

Me observa con unos ojos negros de contorno dorado, con el atisbo de una sonrisa sobrevolando sus labios. Su melena negra pende alrededor de su rostro, un poco enmarañada, como si acabara de levantarse del lecho de alguien.

Aún me maravilla pensar que durante un tiempo tuve poder sobre él, sobre el rey supremo de Faerie. Y fui tan arrogante como para creer que podría mantenerlo.

Recuerdo el roce de sus labios. Recuerdo cómo me la jugó.

—Majestad —digo, porque tengo que decir algo y porque todo lo que he ensayado empieza con esa palabra.

—Comprendemos tu dolor —dice él, con un tono regio que me resulta molesto—. No perturbaríamos tu duelo de no ser porque han surgido algunas incógnitas sobre la causa de la muerte de tu esposo.

—¿A ti te parece que está triste? —pregunta Nicasia.

Está al lado de una mujer que tardo unos segundos en ubicar: es la madre de Cardan, lady Asha, ataviada con un vestido plateado y unas fundas enjoyadas en la punta de sus cuernos. Se ha maquillado con tonos plateados, cubriendo los pómulos y los labios, que relucen. Nicasia, por su parte, viste con los colores del mar. Su vestido es verde como las algas, oscuro y

exuberante. Se ha trenzado su cabello acuoso y lo ha adornado con una vistosa corona hecha de mandíbulas y raspas de pescado.

Al menos ninguna de ellas está en el estrado, junto al rey supremo. Al parecer, el puesto de senescal sigue vacante.

Me dan ganas de abofetear a Nicasia, pero Taryn no lo haría, así que me contengo. Me quedo callada, maldiciéndome por saber lo que Taryn no haría, pero sin tener tan claro lo que sí haría.

Nicasia se acerca y me sorprende percibir tristeza en su rostro. Locke fue su amigo y también su amante. No creo que destacara en ninguna de esas dos facetas, pero eso no significa que Nicasia quisiera verlo muerto.

—¿Mataste tú misma a Locke? —inquiere—. ¿O le pediste a tu hermana que lo hiciera por ti?

—Jude está en el exilio —respondo, con un tono susurrante que no es tan inofensivo como me gustaría—. Y yo nunca le he hecho daño a Locke.

—¿No? —inquiere Cardan, inclinado hacia delante en su trono. Las enredaderas se estremecen detrás de él. Su cola se agita.

—Yo le… —No me siento capaz de decir esto, pero todos están expectantes. Me obligo a decirlo y de paso intento forzar un sollozo—. Yo le quería.

—A veces me dio esa impresión —dice Cardan, abstraído—. Pero podrías estar mintiendo. Voy a hechizarte. Solo será para obligarte a decirnos la verdad.

Cardan flexiona la mano y la magia crepita en el ambiente. No siento nada. Tal es el poder del *geis* de Dain. Ni siquiera la magia del rey supremo puede afectarme.

—Ahora me dirás solo la verdad —dice Cardan—. ¿Cómo te llamas?

—Taryn Duarte —respondo con una reverencia, contenta de que me resulte tan fácil mentir—. Hija de Madoc, esposa de Locke, súbdita del rey supremo de Elfhame.

Cardan sonríe.

—Qué modales tan refinados.

—Me han educado bien.

Él debería saberlo mejor que nadie. Nos educaron juntos.

—¿Asesinaste a Locke? —inquiere.

Los murmullos se acallan a mi alrededor. Ya no se oyen cánticos, casi ninguna risa, apenas el tintineo de unas pocas copas. Los feéricos están atentos, preguntándose si estaré a punto de confesar.

—No —respondo, con una mirada penetrante hacia Nicasia—. Y tampoco planeé su muerte. Tal vez deberíamos mirar al mar, que fue donde lo encontraron.

Nicasia se dirige entonces a Cardan:

—Sabemos que Jude asesinó a Balekin. Ella misma lo confesó. Y hace mucho que sospecho que también mató a Valerian. Si Taryn no es culpable, tuvo que ser Jude. Mi madre, la reina Orlagh, firmó una tregua contigo. ¿Qué provecho sacaría del asesinato de tu maestro de festejos? Ella sabía que era amigo tuyo… y mío también.

Se le quiebra la voz al final, aunque intenta disimularlo. Se nota que su dolor es auténtico.

Intento derramar unas lágrimas. Sería útil echarme a llorar ahora, pero soy incapaz de hacerlo con Cardan delante.

Cardan me observa desde el estrado, frunciendo sus cejas oscuras.

—Dime, ¿qué opinas tú? ¿Lo hizo tu hermana? Y no me cuentes lo que ya sé. Sí, envié a Jude al exilio. Pero eso no tiene por qué haberla disuadido.

Me encantaría arrearle un puñetazo en esa cara de chulo y demostrarle lo poco que me ha disuadido su exilio.

—Mi hermana no tenía motivos para odiar a Locke —miento—. No creo que le deseara ningún mal.

—¿Eso crees? —dice Cardan.

—Puede que solo sean chismorreos de la corte, pero hay un rumor muy extendido sobre tu hermana, Locke y tú —interviene lady Asha—. Ella le amaba, pero Locke te eligió a ti. Hay hermanas que no soportan ver feliz a la otra.

Cardan mira de reojo a su madre. Me pregunto qué la habrá atraído hacia Nicasia, salvo que se deba solo a que las dos son unas arpías. Y me pregunto qué pensará Nicasia de ella. Puede que Orlagh sea una reina terrorífica y feroz, una a la que preferiría no volver a ver ni en pintura, pero creo que aprecia a su hija. Nicasia debería exigir algo más de la madre de Cardan que las migajas emocionales que le dedica a su hijo.

—Jude no amaba a Locke. —Me arde la cara, pero esa vergüenza es una fachada excelente tras la que esconderme—. Amaba a otro. Es a él al que querría ver muerto.

Me alegra ver la mueca que pone Cardan.

—Basta —dice, antes de que pueda proseguir—. Ya he escuchado bastante…

—¡No! —interrumpe Nicasia, haciendo que todos los presentes bajo la colina peguen un respingo.

Interrumpir al rey supremo es una osadía tremenda. Incluso para una princesa. Y más para una embajadora. Nada más decirlo, Nicasia parece darse cuenta de ello, pero prosigue a pesar de todo:

—Taryn podría llevar un amuleto, algo que la haga resistente a los hechizos.

Cardan la fulmina con la mirada. No le gusta que cuestionen su autoridad. Aun así, al cabo de unos instantes, su ira deja paso a otra cosa. Me dirige su sonrisa más horripilante.

—Supongo que será preciso registrarla.

Nicasia sonríe de un modo parecido a Cardan. Me siento como si estuviera otra vez dando clase en los jardines del palacio, sufriendo los abusos de los hijos de la nobleza.

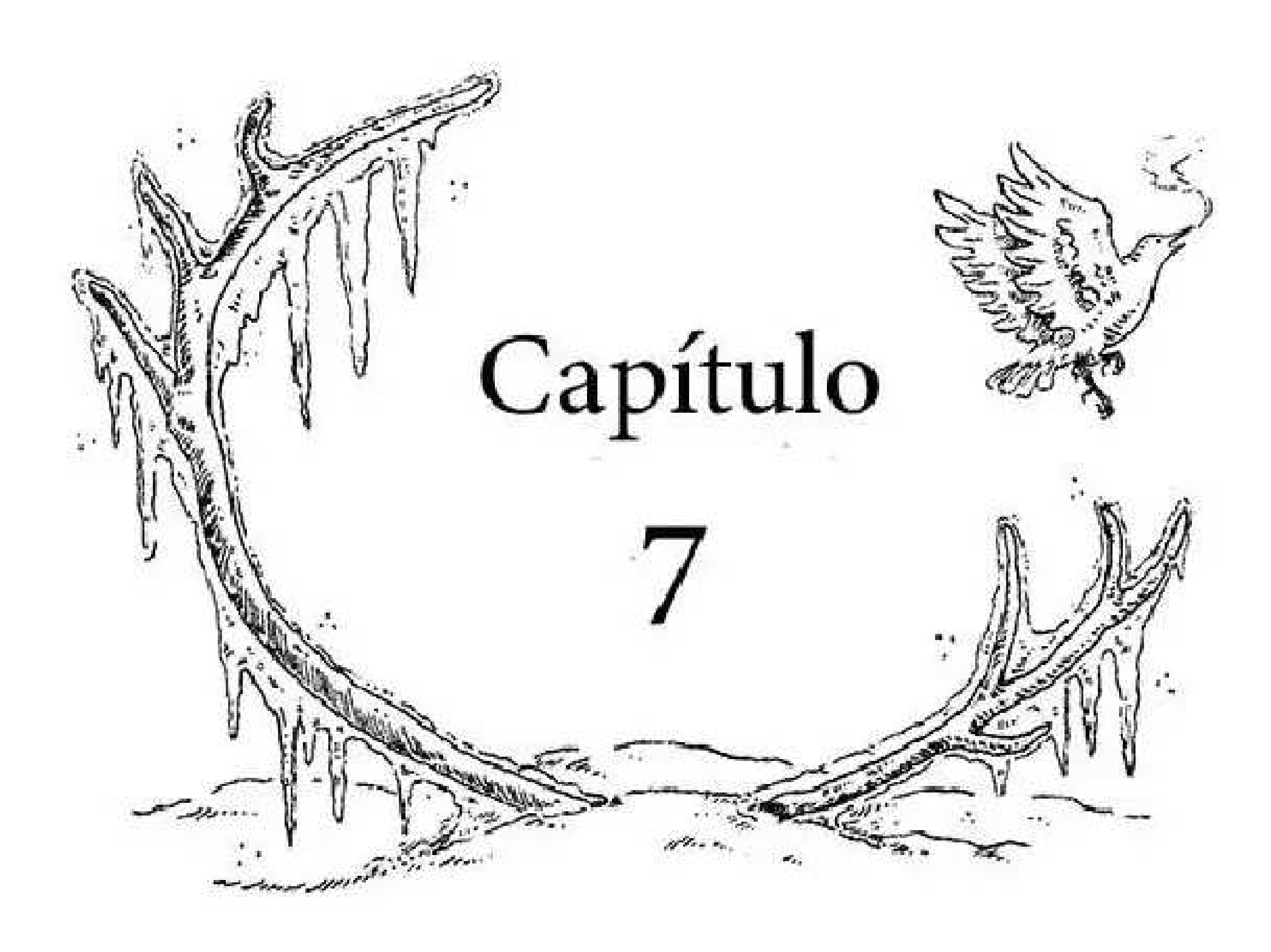
Recuerdo cuando me humillaron al coronarme como reina del jolgorio y me dejaron desnuda delante de los asistentes a la fiesta. Si me desvisten ahora, verán los vendajes en los brazos, los cortes recientes en la piel para los que no tengo una explicación convincente. Sabrán que no soy Taryn.

No puedo permitir que eso ocurra. Hago acopio de toda la dignidad posible, siguiendo el ejemplo de mi madrastra, Oriana, y su manera de proyectar autoridad:

—Mi esposo ha sido asesinado —exclamo—. Y lo creáis o no, estoy en duelo por él. No pienso quedar en ridículo para diversión de la corte cuando su cuerpo aún está caliente.

Por desgracia, la sonrisa del rey supremo no hace sino ensancharse.

—Como desees. Entonces supongo que tendré que registrarte en mis aposentos a solas.



Me siento furiosa mientras atravieso los corredores del palacio, unos pasos por detrás de Cardan, seguida por sus guardias para asegurar que no intente escabullirme.

La cosa no pinta bien.

Cardan me conducirá hasta sus gigantescos aposentos ¿y después qué? ¿Le dirá a un guardia que me sujete y me despojará de todo lo que pudiera protegerme de un hechizo —joyas, prendas— hasta dejarme desnuda? De ser así, no pasará por alto mis cicatrices. Unas cicatrices que ya ha visto antes. Y si me quita los guantes, no quedará ninguna duda. La falange ausente me delatará.

Si me desnuda, sabrá quién soy.

Voy a tener que salir por piernas. Hay un pasadizo secreto en sus aposentos. Desde allí podría salir atravesando una ventana.

Miro de reojo a los guardias. Si no estuvieran, podría esquivar a Cardan, atravesar el pasadizo secreto y salir. Pero ¿cómo me libro de ellos?

Recuerdo la sonrisa que esbozó Cardan en el estrado cuando anunció que iba a registrarme. Puede que quiera ver a Taryn desnuda. Al fin y al cabo, me deseaba, y Taryn y yo somos idénticas. Tal vez, si me ofrezco a desvestirme

sola, accederá a dejar marchar a los guardias. Antes ha dicho que quería registrarme a solas.

Eso me genera una idea aún más osada. A lo mejor puedo distraerle lo suficiente como para que no me reconozca. A lo mejor puedo soplar las velas y desnudarme solo en la penumbra…

Estoy tan abstraída que apenas reparo en una sirvienta con pezuñas que porta una bandeja con una garrafa de vino verde como el apio y varias copas de vidrio soplado. Llega en dirección contraria y, cuando nos cruzamos, me hinca la bandeja en el costado. Ella pega un grito, yo noto un empujón, y las dos caemos al suelo, envueltas en una maraña de cristales rotos.

Los guardias se detienen. Cardan se da la vuelta. Miro a la sirvienta, que está sorprendida y perpleja. Mi vestido está empapado de vino. Los feéricos no suelen ser nada torpes, y esto no tiene pinta de accidente. Entonces la chica roza con los dedos una de mis manos enguantadas. Noto la presión del cuero y el acero en el reverso de la muñeca. La sirvienta me está introduciendo un puñal por debajo de la manga, con la excusa de recoger los restos de la bandeja. Inclina la cabeza hacia mí mientras me quita esquirlas de cristal del pelo.

—Tu padre va a venir a buscarte —susurra—. Espera la señal. Después apuñala al guardia más cercano a la puerta y echa a correr.

—¿Qué señal? —pregunto, mientras finjo que la ayudo a recoger los desperdicios.

—Oh, no, mi señora, os pido perdón —dice en voz alta, agachando la cabeza—. No debéis rebajaros.

Uno de los guardias del rey supremo me agarra del brazo.

—Vamos —dice, levantándome.

Me presiono las manos sobre el pecho para impedir que el cuchillo se deslice manga abajo. Reanudo el camino hacia los aposentos de Cardan, cada vez más desconcertada.

Madoc va a venir a salvar a Taryn. Eso me recuerda que, aunque yo ya no cuento con su favor, ella le ayudó a anular su juramento de fidelidad al rey supremo. Le puso en bandeja la mitad de un ejército. Me pregunto qué planes tendrá para ella, qué recompensas le habrá prometido. Imagino que le alegrará saber que Locke ya no supone un incordio.

Pero cuando llegue Madoc, ¿cuál será su plan? ¿A quién espera enfrentarse? ¿Y qué hará cuando venga a por Taryn y me encuentre a mí en su lugar?

Dos sirvientes abren las aparatosas puertas de los aposentos del rey supremo. Cardan entra y se tiende en un diván. Le sigo y me quedo parada, cohibida, en mitad de la alfombra. Ninguno de los guardias hace amago de entrar. En cuanto atravieso el umbral, las puertas se cierran a mi paso, esta vez con una rotundidad inquietante. No me ha hecho falta persuadir a Cardan para que haga marchar a los guardias. No tenían intención de quedarse.

Al menos tengo un puñal.

El salón es tal y como lo recordaba de las reuniones del consejo. Flota un olor a humo, verbena y trébol. Cardan se acomoda, apoya los pies sobre una mesa de piedra tallada en forma de grifo, con las garras preparadas para atacar. Me dirige una sonrisa veleidosa y cómplice que no concuerda en absoluto con su manera de hablarme desde el trono.

—Entonces —dice, dando unas palmaditas en el diván, a su lado—, ¿no recibiste mis cartas?

—¿Qué? —Me siento tan confusa que la palabra emerge en forma de graznido.

—No respondiste a ninguna —prosigue—. Empezaba a preguntarme si el mundo mortal te habría arrebatado la ambición.

Esto tiene que ser una prueba. Una trampa.

—Majestad —replico con rigidez—. Pensaba que me habíais traído aquí para comprobar que no lleve talismanes ni amuletos.

Cardan enarca una ceja y acentúa su sonrisa.

—Lo haré si quieres. ¿Quieres que te ordene que te quites la ropa? No me importaría.

—¿Qué estás haciendo? —exclamo al fin, desesperada—. ¿A qué juegas?

Cardan me mira como si fuera yo la que está actuando de un modo extraño.

—No creerás que no sé quién eres, Jude. Te reconocí desde el momento en que entraste en el auditorio.

Niego con la cabeza, estupefacta.

—Eso es imposible.

Si me hubiera reconocido, yo no estaría aquí. Estaría prisionera en la Torre del Olvido. Esperando mi ejecución.

Pero a lo mejor le gusta que haya infringido los términos del exilio. Igual se alegra de tenerme en su poder. Puede que ese sea su juego.

Cardan se levanta del diván y me lanza una mirada penetrante.

—Acércate.

Retrocedo un paso. Él frunce el ceño.

—Mis consejeros me contaron que te reuniste con una embajadora de la Corte de los Dientes, así que debías de estar colaborando con Madoc. Me costó creerlo, pero al ver cómo me miras, tal vez sea así. Dime que no es cierto.

Al principio no entiendo nada, hasta que comprendo que se refiere a Grima Mog.

—Yo no soy la traidora de esta historia —replico, aunque de pronto me acuerdo del puñal que llevo en la manga.

—¿Estás enfadada por…? —Se interrumpe, escruta mi rostro con más detenimiento—. No, lo que tienes es miedo. Pero ¿por qué habrías de tener miedo de mí?

Tiemblo con una sensación que no termino de identificar.

—No te temo —miento—. Te odio. Me enviaste al exilio. Todo cuanto me dijiste, todas tus promesas, eran una argucia. Y yo fui tan tonta que me lo creí.

El puñal se desliza con soltura en mi mano.

—Pues claro que era una argucia… —comienza a decir, entonces ve el arma e interrumpe lo que estuviera a punto de decir.

El suelo tiembla. Ha habido una explosión, cercana y lo bastante fuerte como para derribarnos. Los libros se desparraman por el suelo. Unas esferas de cristal se caen de los estantes y echan a rodar. Cardan y yo nos miramos con el mismo gesto de sorpresa. Entonces él achica los ojos con un gesto acusador.

Esta es la parte en la que se supone que debo apuñalarlo y echar a correr.

De pronto se oye el inconfundible entrechocar de unas espadas. Cerca.

—Quédate aquí —digo, mientras extraigo el puñal y tiro la funda al suelo.

—Jude, no… —protesta mientras salgo al pasillo.

Uno de los guardias está muerto, del pecho le asoma la empuñadura de un arma. Otros se enfrentan a los soldados de Madoc, mortíferos y curtidos en la batalla. Los conozco, sé que luchan sin piedad, sin compasión, y ahora que están tan cerca del rey supremo, Cardan corre un gran peligro.

Me acuerdo del pasadizo por el que planeaba escabullirme. Podría sacarlo por allí, a cambio de su perdón. Cardan podrá elegir entre poner fin a mi exilio y sobrevivir, o confiar en que sus guardias derroten a los soldados de Madoc. Cuando estoy a punto de volver a entrar para negociar con él, uno de los soldados me agarra.

—La tengo —exclama con voz ronca.

La reconozco: es Silja. Una medio huldra absolutamente aterradora. La he visto descuartizar a una perdiz con una saña que evidencia lo mucho que disfruta matando.

Le clavo el puñal en la mano, pero el grueso pellejo de sus guantes dobla la punta. Un brazo enfundado en acero me rodea la cintura.

—Hija —dice Madoc con su voz cavernosa—. Hija, no tengas miedo…

Alza la mano con un paño que despide un olor dulzón. Lo presiona sobre mi boca y mi nariz. Me empiezan a flaquear las piernas y, al momento, ya no siento nada.



Cuando despierto, estoy en un bosque que no conozco.

No percibo el omnipresente olor salino del mar y no oigo el romper de las olas. No hay más que helechos, hojarasca, el crepitar de una hoguera y el murmullo de unas voces distantes. Me incorporo. Estoy tumbada sobre unas gruesas mantas, con otras tantas encima. Son mantas para caballos, aunque elegantes. Diviso un carruaje robusto, con la puerta abierta.

Sigo ataviada con el vestido de Taryn, aún llevo puestos sus guantes.

—No te preocupes por el mareo —dice una voz afable.

Es Oriana. Está sentada cerca, lleva puesto un vestido que parece de lana y fieltro, con una falda formada por varias capas. Lleva el cabello recogido bajo un gorro verde. No se parece en nada a la delicada cortesana que yo conocía.

—Se te pasará —añade.

Me deslizo una mano por el pelo, que ahora está suelto, aunque todavía conservo las horquillas.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido?

—A tu padre no le gustaba la idea de que te quedaras en las islas, pero sin la protección de Locke, solo era cuestión de tiempo que el rey supremo

encontrase una excusa para convertirte en su rehén.

Me froto el rostro. Junto al fuego, un feérico larguirucho con apariencia de insecto remueve un caldero enorme.

—¿Quieres sopa, mortal?

Niego con la cabeza.

—¿Quieres convertirte en sopa? —pregunta, esperanzado.

Oriana lo ahuyenta y recoge una tetera del suelo, junto al fuego. Sirve su humeante contenido en una taza de madera. El líquido despide un aroma a corteza y hongos.

Pruebo un sorbo y de repente ya no me siento tan aturdida.

—¿Han capturado al rey supremo? —pregunto, al rememorar mi secuestro—. ¿Está vivo?

—Madoc no logró llegar hasta él —responde Oriana. Parece decepcionada.

Yo me siento aliviada, muy a mi pesar.

—Pero… —comienzo a decir, con intención de preguntar cómo terminó la batalla.

Me muerdo la lengua a tiempo. A lo largo de los años, Taryn y yo nos hemos hecho pasar por la otra en casa de vez en cuando. Casi siempre salía bien, mientras la farsa no durase demasiado o no nos pasáramos de listas. Si no hago ninguna tontería, tengo muchas posibilidades de mantener mi coartada hasta que consiga escapar.

¿Y después qué?

Cardan se mostró muy afable, como si sentenciarme a muerte hubiera sido una broma privada entre los dos. Y mencionó unos mensajes, unas cartas que nunca recibí. ¿Qué dirían? ¿Tendría intención de perdonarme? ¿Me habría ofrecido algún trato?

No consigo imaginarme una carta de Cardan. ¿Habría sido breve y formal? ¿Estaría repleta de chismorreos? ¿Tendría manchas de vino? ¿Sería otra trampa?

«Pues claro que era una argucia».

Al margen de cuál fuera su intención, ahora debe de creer que trabajo para Madoc. Y aunque no debería importarme, me fastidia.

—La prioridad de tu padre era sacarte de allí —me recuerda Oriana.

—Pero había algo más, ¿verdad? —replico—. Es ilógico que asaltara el palacio de Elfhame solo por mí.

Mis pensamientos se han desbocado, se persiguen unos a otros. Ya no estoy segura de nada.

—Yo no cuestiono los planes de Madoc —responde con un tono neutral—. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Había olvidado lo que se siente al tratar con Oriana, que actúa como si mi curiosidad fuera a generar algún escándalo para nuestra familia. Y me cabrea mucho que me trate así ahora, cuando su esposo ha robado la mitad del ejército del rey supremo y está planeando derrocarlo.

Las palabras de Grima Mog resuenan en mi mente: «La Corte de los Dientes ha incorporado a sus filas a tu padre, el antiguo gran general, y a toda una sarta de traidores como él. Sé de buena tinta que tu rey supremo será destronado antes de la próxima luna llena».

Eso parece cada vez más acuciante.

Pero como se supone que soy Taryn, no replico. Al rato, Oriana parece arrepentida.

—Lo importante es que descanses. Seguro que no es fácil asimilar haberte visto arrastrada hasta aquí, y más después de perder a Locke.

—Sí —respondo—. Es abrumador. Me gustaría descansar un poco, si te parece bien.

Oriana alarga un brazo y me aparta el pelo de la frente, un gesto cariñoso que seguro que no habría realizado si supiera que me estaba tocando a mí, a Jude. Taryn admira a Oriana, y tiene una complicidad con ella que yo nunca tendré. Por muchas razones, entre otras porque ayudé a esconder a Oak en el mundo mortal, lejos de la Corona. Desde entonces, Oriana se ha sentido agradecida y resentida a partes iguales. Pero yo diría que se siente identificada con mi hermana. Y puede que Taryn se parezca a ella, aunque el asesinato de Locke ha puesto en entredicho eso y todo lo que creía saber sobre mi gemela.

Cierro los ojos. Aunque mi intención es planear una fuga, me quedo dormida.

Cuando despierto, estoy a bordo de un carruaje en marcha. Madoc y Oriana están sentados en el asiento de enfrente. Las cortinas están echadas,

pero oigo los ruidos propios de un campamento ambulante, de monturas y soldados. Oigo el inconfundible gañido de los duendes al llamarse unos a otros.

Observo al gorro rojo que me crio, mi progenitor y el asesino de mi padre. Me fijo en su barba de varios días. En su rostro familiar e inhumano. Parece exhausto.

—¿Ya estás despierta? —dice con una sonrisa, enseñando demasiado los dientes. Me trae el inquietante recuerdo de Grima Mog.

Trato de sonreír mientras me enderezo. No sé si habría algo en la sopa que me dejó fuera de combate, o si la *dulcemuerte* que Madoc me hizo inspirar aún no se ha disipado de mi organismo, pero el caso es que no recuerdo que me subieran al carruaje.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Madoc hace un gesto indolente.

—El interrogatorio fraudulento del rey supremo tuvo lugar hace tres días.

Me siento aturdida, temo decir algo que delate mi identidad. Al menos, la facilidad con que he perdido el conocimiento habrá ayudado a fortalecer mi coartada. Antes de convertirme en cautiva del Inframar, entrené mi cuerpo para ser inmune a los venenos. Pero ahora soy tan vulnerable como Taryn.

Si me mantengo avispada, podré salir de esta sin que me descubran. Me pregunto en qué parte de la conversación de Madoc se concentraría Taryn. Seguramente en la cuestión de Locke. Inspiro hondo.

—Les dije que no fui yo. Me hechizaron, pero yo insistí.

No creo que Madoc haya descubierto mi farsa, pero me mira como si pensara que estoy siendo una ingenua.

—Dudo que ese reyezuelo tuviera intención de dejarte salir con vida del palacio de Elfhame. Luchó a conciencia para mantenerte allí.

—¿Cardan?

Eso no parecía propio de él.

—Perdí a la mitad de mis caballeros —me informa con gesto adusto—. Entramos sin problemas, pero el auditorio se cerró a nuestro alrededor. Las puertas rechinaron y se encogieron. Hojas, raíces y enredaderas nos obstruyeron el paso, se aferraron como cepos a nuestros cuellos, nos estrujaron y estrangularon.

Lo miro fijamente, durante un buen rato.

—¿Y el causante fue el rey supremo?

Me cuesta creer eso de Cardan, al que dejé en sus aposentos, como si fuera él quien necesitara protección.

—Sus guardias estaban bien entrenados y seleccionados, y Cardan conoce su poder. Me alegro de haberle puesto a prueba antes de ir a por todas contra él.

—Entonces, ¿crees que es sensato atacarlo? —pregunto con cautela.

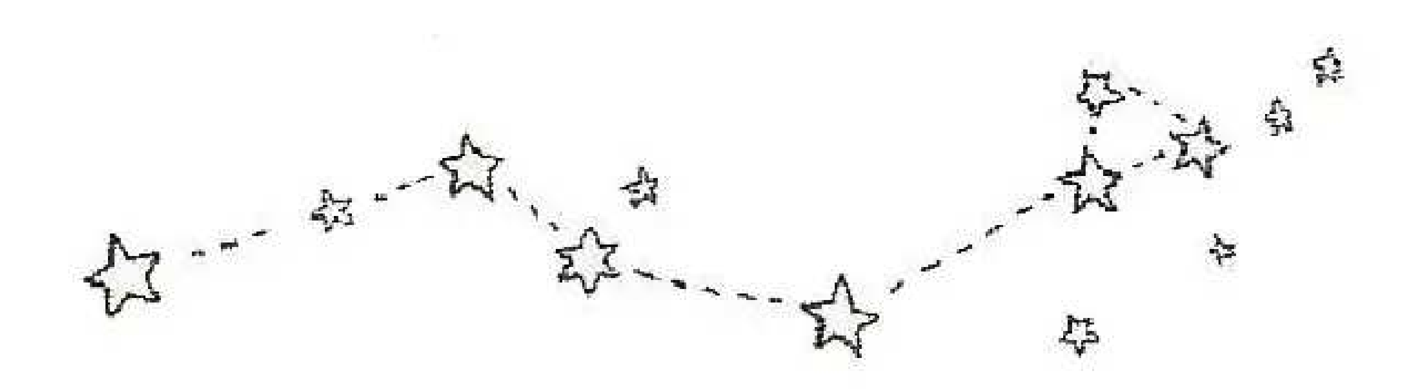
Tal vez no sea exactamente lo que diría Taryn, pero tampoco es exactamente lo que diría yo.

—La sensatez es para los débiles —replica—. Y rara vez les resulta tan útil como esperaban. Al fin y al cabo, por más sensata que seas tú, al final te casaste con Locke. Aunque tal vez seas más sensata de lo que aparentas… Quizá tuviste la sensatez de convertirte en su viuda.

Oriana le apoya una mano en la rodilla, para prevenirlo. Madoc suelta una carcajada.

—¿Qué? Nunca he ocultado lo poco que me gustaba ese muchacho. No esperarás que lamente su pérdida.

Me pregunto si se reiría tanto si supiera que efectivamente fue Taryn. ¿A quién quiero engañar? Seguramente se reiría con más ganas. Se reiría hasta no poder más.



El carruaje se detiene al fin, Madoc se apea y convoca a sus soldados. Yo me bajo y miro en derredor, desorientada al principio por este paisaje desconocido y después por la visión del ejército que se despliega ante mí.

El suelo está cubierto de nieve, salpicado de enormes hogueras, junto con un laberinto de tiendas de campaña. Algunas están confeccionadas con pieles de animales. Otras son esmeradas combinaciones de lona pintada, lana y seda. Pero lo más asombroso de todo es el tamaño del campamento, repleto de soldados armados y listos para atacar al rey supremo. Al fondo, un poco hacia el oeste, hay una montaña cubierta por un grueso pelaje verdoso de abetos. Y a su lado, otra avanzadilla más pequeña, compuesta por una sola tienda de campaña y unos cuantos soldados.

No podría sentirme más alejada del mundo mortal.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Oriana, que se baja del carruaje después de mí, con una capa que me echa sobre los hombros.

—Cerca de la Corte de los Dientes —responde—. En esta región tan septentrional, casi todos son trols y *huldras*.

Se refiere a la corte oscura que capturó a Cucaracha y a Bomba, y que exilió a Grima Mog. Es el ultimísimo lugar donde me gustaría estar, y sin posibilidades claras de escapatoria.

—Acompáñame —dice Oriana—. Vamos a instalarnos.

Me guía a través del campamento, junto a un grupo de trols que están despellejando un alce, junto a elfos y duendes que entonan cánticos bélicos, junto a un sastre que está remendando una pila de petos de cuero frente a una hoguera. A lo lejos se oyen gritos, golpetazos metálicos y bramidos de animales. El ambiente está cargado de humo y el suelo está embarrado a causa del continuo trajín de pisadas y nieve derretida. Desorientada, me concentro en no perder de vista a Oriana entre la multitud. Finalmente, llegamos ante una tienda de campaña enorme, pero con apariencia de estar bien organizada, con un par de robustas sillas de madera junto a la puerta, ambas cubiertas con piel de oveja.

Me fijo en un barracón. Se asienta sobre el terreno sobre unas garras doradas; parece una criatura presta a echar a correr. Mientras lo observo, Grimsen sale de su interior. Es el herrero, el mismo que forjó la corona sanguínea y muchos artefactos feéricos, pero que aun así no logra aplacar sus ansias de gloria. Va engalanado como si fuera un príncipe. Cuando me ve, me mira con suspicacia. Yo aparto la mirada.

Aunque me pese, el interior de la tienda de Madoc y Oriana me recuerda a mi hogar. Un rincón se utiliza a modo de cocina improvisada, donde cuelgan varias hileras de hierbas secas junto a cecina, mantequilla y queso.

—Puedes darte un baño —dice Oriana, señalando hacia una bañera de cobre que hay en otro rincón, llena de nieve hasta la mitad—. Ponemos una barra metálica al fuego y después la sumergimos en la nieve, que se calienta y se derrite enseguida.

Niego con la cabeza, ya que necesito seguir escondiendo mis manos. Al menos, con este frío no le sorprenderá a nadie que me deje los guantes puestos.

—Me basta con lavarme la cara. Y tampoco me importaría ponerme ropa de abrigo.

—Por supuesto —dice Oriana, que se pone a trajinar por la pequeña estancia para recoger un grueso vestido azul, unas calzas y unas botas. Sale y vuelve a entrar. Al cabo de un rato, llega un sirviente con un cuenco de agua humeante y lo deposita sobre una mesa, junto con un paño. El agua está aromatizada con enebro.

—Te dejaré a solas para que te asees —dice Oriana, poniéndose una capa—. Esta noche cenaremos con la Corte de los Dientes.

—No quiero ser una molestia —replico, cohibida ante esta muestra de cortesía, sabiendo que no va dirigida a mí.

Oriana sonríe y me acaricia la mejilla.

—Eres una buena chica —añade, haciendo que me ruborice.

Soy de todo menos eso.

Aun así, cuando se va, me alegro de estar sola. Echo un vistazo por la tienda, pero no encuentro mapas ni planes de batalla. Como un poco de queso. Me lavo la cara, las axilas y todos los puntos que logro alcanzar, después me enjuago con un poco de aceite de menta y me restriego la lengua.

Por último, me pongo las prendas nuevas, más pesadas y calentitas, y me peino con dos sencillas trenzas. Cambio los guantes de terciopelo por otros de lana y compruebo que el relleno en la punta del dedo resulte convincente.

Para cuando termino, Oriana ya ha regresado. Se ha traído consigo a varios soldados que cargan con un palé lleno de mantas y pieles con las que me preparan un lecho, cubierto por un biombo.

—De momento bastará con esto —dice Oriana, mirándome a la espera de confirmación.

Contengo el impulso de darle las gracias.

—No podría pedir más.

Cuando los soldados se marchan, salgo tras ellos. Una vez fuera, me oriento en base al sol que está a punto de ponerse y vuelvo a contemplar la maraña de tiendas. Logro distinguir varias facciones. Los soldados de Madoc ondean su emblema, la luna creciente girada a modo de cuenco. Los miembros de la Corte de los Dientes marcan sus tiendas con un emblema que parece representar una siniestra cadena montañosa. También hay dos o tres cortes más, que o bien son más pequeñas o bien han enviado pocos soldados. «Toda una sarta de traidores», en palabras de Grima Mog.

No puedo evitar pensar como una espía, ni ignorar que estoy en una posición ideal para descubrir el plan de Madoc. Estoy en su campamento, en su mismísima tienda. Podría descubrirlo todo.

Pero eso sería una locura. ¿Cuánto tiempo tardarán Oriana o Madoc en darse cuenta de que soy Jude y no Taryn? Recuerdo la promesa que me hizo Madoc: «Y cuando te derrote, me aseguraré de hacerlo tan a conciencia como lo haría con cualquier oponente digno de tal nombre». Fue un cumplido ambiguo, pero también una amenaza clara. Sé perfectamente lo que les hace a sus enemigos: los mata y luego sumerge el gorro en su sangre.

¿Y de qué serviría? Estoy exiliada, fuera de juego.

Pero si conociera los planes de Madoc, podría negociar para poner fin a mi exilio. Cardan accedería sin duda, si le diera los medios para salvar Elfhame. A no ser, claro está, que creyera que estoy mintiendo.

Vivi me diría que dejara de pensar en reyes y guerras y me preocupara por volver a casa. Tras mi enfrentamiento con Grima Mog, podría exigirle mejores encargos a Bryern. Vivi tenía razón al decir que, si abandonáramos la farsa de vivir como los humanos, podríamos tener una casa más grande. Y en vista del resultado del interrogatorio, Taryn seguramente no podrá regresar a Faerie.

Al menos hasta que Madoc tome el mando.

Tal vez debería dejar que eso ocurra.

Pero eso me recuerda un detalle que no puedo pasar por alto. Ya sé que es absurdo, pero no logro contener la ira que crece en mi interior, prendiendo una llama en mi corazón.

Yo soy la reina de Elfhame.

Aunque esté exiliada, sigo siendo la reina.

Eso significa que Madoc no solo está intentando derrocar a Cardan. También está intentando derrocarme a mí.



Cenamos en la tienda de la Corte de los Dientes, que como mínimo es el triple de grande que la de Madoc y está decorada con tanto esmero como un palacio. El suelo está cubierto de alfombras y pieles. Del techo cuelgan lámparas y sobre las mesas hay gruesos cirios encendidos, junto a garrafas que contienen un líquido pálido y cuencos con bayas glaseadas de un tipo desconocido para mí. Un músico toca el arpa en un rincón, los compases de su melodía se entremezclan con el murmullo de la conversación.

En el centro de la estancia hay tres tronos: dos grandes y uno más pequeño. Parecen esculturas de hielo, con flores y hojas congeladas en su interior. Los tronos grandes están libres, pero hay una muchacha de piel azulada sentada en el más pequeño, con una corona hecha de témpanos de hielo y una brida dorada alrededor de la boca y el pescuezo. Apenas aparenta uno o dos años más que Oak y lleva puesto un vestido de seda gris. Se está mirando los dedos, que se mueven con nerviosismo. Tiene las uñas mordisqueadas a conciencia y cubiertas por una fina costra de sangre.

Si ella es la princesa, entonces no es difícil identificar a los reyes. Portan unas coronas de témpanos aún más lujosas. Tienen la piel gris, del

color de una roca o de un cadáver. Tienen los ojos brillantes y amarillos, como el vino. Sus atuendos son azules como la piel de la princesa. Los tres se complementan bien.

—Estos son lady Nore, lord Jarel y su hija, la reina Suren —me dice Oriana en voz baja.

¿Así que la chiquilla es la que manda?

Por desgracia, lady Nore advierte mi mirada.

—Una mortal —dice con un desprecio que conozco bien—. ¿Qué hace aquí?

Madoc me lanza una mirada a modo de disculpa.

—Permitidme que os presente a una de mis hijas adoptivas, Taryn. Seguro que os he hablado de ella.

—Es posible —dice lord Jarel, sumándose a la conversación.

Su mirada resulta intensa, como la de un búho ante un ratón desorientado que se mete derechito en su nido. Le dedico mi mejor reverencia.

—Es un placer tener un sitio en vuestra mesa esta noche.

Lord Jarel proyecta su mirada gélida sobre Madoc.

—Qué curioso. Habla como si se creyera una de los nuestros.

Había olvidado lo que se siente al estar completamente indefensa. Al contar únicamente con la protección de Madoc. Y ahora esa protección depende de que no averigüe cuál de sus hijas se encuentra sentada a su lado. Miro a lord Jarel con gesto temeroso, con un miedo que no necesito fingir. Y el muy memo parece encantado con ello.

Recuerdo lo que dijo Bomba, sobre lo que la Corte de los Dientes les hizo a Cucaracha y a ella: «La corte nos hizo pedazos y nos inundó de *geis* y de maldiciones. Nos transformaron. Nos obligaron a servirles».

Me repito que ya no soy la misma chica de antes. Puede que esté acorralada, pero eso no significa que esté indefensa. Juro que algún día el miedo cambiará de bando.

Pero de momento me dirijo despacio hacia una esquina, donde me siento en un puf cubierto de pieles y oteo la estancia. Recuerdo las advertencias del Consejo Orgánico acerca de que las cortes estaban eludiendo el juramento de lealtad al esconder a sus hijos recién nacidos en el mundo mortal, para luego coronarlos. Me pregunto si ese será el caso aquí. De ser así, no creo

que a lord Jarel y lady Nore les haga gracia renunciar a sus títulos. Y eso les inquieta lo suficiente como para ponerle una brida a su hija.

Resulta curioso ver toda esta ostentación —las coronas, los tronos y la lujosa tienda—, al tiempo que apoyan la campaña de Madoc para coronarse como rey supremo, lo cual los dejaría muy por debajo de él. No me lo trago. Puede que ahora le respalden, pero seguro que cuentan con eliminarlo más tarde.

Grimsen entra en la tienda, envuelto en una capa carmesí sujeta por un enorme broche de metal y vidrio soplado con forma de corazón, que parece latir de verdad. Lady Nore y lord Jarel dirigen su atención hacia él, esbozan unas sonrisas gélidas en sus agarrotados rostros.

Me fijo en Madoc. Él no parece tan contento de ver al herrero.

Concluidas las formalidades, lady Nore y lord Jarel nos acompañan hasta la mesa. Lady Nore lleva a la reina Suren sujeta por la brida. Por el camino, advierto que las correas se aferran de un modo extraño a su piel, como si se hundieran parcialmente en ella. Hay algo en el fulgor de esas correas de cuero que me hace pensar en un hechizo.

Me pregunto si este artefacto espantoso será una creación de Grimsen.

Al verla amordazada de ese modo, no puedo evitar pensar en Oak. Miro de reojo a Oriana, preguntándome si ella estará pensando lo mismo, pero su expresión es tan serena y distante como la superficie de un lago helado.

Llegamos a la mesa. Me siento al lado de Oriana, enfrente de Grimsen. El herrero se fija en los pendientes con forma de sol y luna que llevo puestos y los señala.

—No tenía claro que tu hermana fuera a desprenderse de ellos —dice.

Me inclino y deslizo unos dedos enguantados por mis lóbulos.

—Hiciste una labor exquisita —le digo, sabiendo lo mucho que le gustan los halagos.

Me mira con un gesto de admiración que sospecho que es fruto del orgullo que siente hacia su propio arte. Si le parezco hermosa, es un cumplido a su maestría.

Pero me viene bien animarle a que siga hablando. Ninguno de los presentes tiene pinta de querer contarme gran cosa. Trato de imaginar qué

diría Taryn, pero lo único que se me ocurre es aquello que creo que Grimsen quiere oír:

—No puedo separarme de ellos ni un momento, ni siquiera para dormir —susurro.

Grimsen sonríe, engreído.

—Son unos simples abalorios.

—Pensarás que soy una tonta —añado—. Ya sé que has confeccionado objetos mucho más valiosos, pero estos pendientes me han hecho muy feliz.

Oriana me mira con extrañeza. ¿Habré cometido un error? ¿Sospechará de mí? Se me acelera el corazón.

—Deberías venir a ver mi fragua —dice Grimsen—. Deja que te enseñe lo que es magia de verdad.

—Me encantaría —respondo, aunque me preocupa que la invitación del herrero me cueste mi coartada.

¡Ojalá se pusiera a jactarse aquí, esta noche, en vez de organizar una cita secreta! No quiero ir a su fragua. Quiero salir de este campamento. Solo es una cuestión de tiempo hasta que me descubran. Si quiero averiguar algo, debo darme prisa.

Mi frustración aumenta cuando la conversación se interrumpe con la llegada de los sirvientes que traen la cena, que resulta ser un inmenso pedazo de carne de oso asada, con guarnición de moras. Uno de los soldados se pone a disertar con Grimsen sobre su broche. A mi lado, Oriana está comentando un poema que desconozco con una cortesana de la Corte de los Dientes. Ignorada por todos, me concentro en captar las voces de Madoc y lady Nore. Están debatiendo qué cortes pueden sumarse a su bando.

—¿Has hablado con la Corte de las Termitas?

Madoc asiente.

—Lord Roiben está furioso con el Inframar y no creo que le guste que el rey supremo le haya denegado su venganza.

Aprieto el cuchillo con fuerza. Hice un trato con Roiben. Maté a Balekin para cumplirlo. Esa fue la excusa de Cardan para exiliarme. Es un trago amargo pensar que, después de todo eso, lord Roiben pueda preferir unirse a Madoc.

Pero al margen de lo que quiera lord Roiben, juró lealtad a la corona sanguínea. Y aunque algunas cortes, como la de los Dientes, hayan conspirado para librarse de las promesas de sus ancestros, la mayoría siguen vinculados a ellas. Incluido Roiben. Entonces, ¿cómo planea Madoc disolver esos vínculos? Sin un medio para hacer eso, da igual a quién prefieran las cortes inferiores. Deberán seguir al único regente que porta la corona sanguínea: el rey supremo Cardan.

Pero como Taryn no diría nada de eso, me muerdo la lengua mientras las conversaciones discurren a mi alrededor. Más tarde, de regreso en nuestra tienda, cojo unas jarras de hidromiel y relleno las copas de los generales de Madoc. No llamo especialmente la atención; no soy más que la hija humana del general, alguien con quien la mayoría de ellos se ha cruzado en alguna ocasión, sin darle mayor importancia. Oriana ya no me mira raro. Aunque le extrañara mi comportamiento con Grimsen, no le he dado más motivos para dudar de mí.

Siento la atracción gravitacional de mi antiguo rol de hija, dispuesto a envolverme como un grueso manto.

Esta noche, nadie diría que he sido otra cosa que esta chiquilla obediente.

Cuando me voy a dormir, noto un regusto amargo en la garganta, uno que no sentía desde hace mucho tiempo, producido al verme incapaz de influir en los acontecimientos, por más que estén sucediendo delante de mis narices.

Me despierto en el lecho, cargada de mantas y pieles. Bebo un té cargado cerca del fuego, mientras me paseo para desentumecer las piernas. Me alivia comprobar que Madoc ya se ha ido.

«Hoy debo encontrar un modo de salir de aquí», me digo.

Durante el paseo por el campamento vi varios caballos. Seguramente podría robar uno. Pero no soy una gran jinete, y sin un mapa, no tardaría mucho en perderme. Seguramente los tengan todos guardados en alguna tienda, tal vez podría inventarme un motivo para visitar a mi padre.

—¿Crees que a Madoc le apetecerá un té? —le pregunto a Oriana.

—Si le apetece, puede decirle a un sirviente que se lo prepare —me responde con suavidad—. Pero hay muchas tareas útiles en las que puedes

ocupar tu tiempo. Si te apetece, las damas de la corte nos reunimos para coser estandartes.

Nada revelaría antes mi identidad que mis dotes con la aguja. Decir que son nulas sería quedarse cortos.

—No creo que esté preparada para responder preguntas sobre Locke —replicó.

Oriana asiente, comprensiva. Los chismorreos ayudan a pasar el rato en esos encuentros, y no es descabellado pensar que un esposo muerto generaría habladurías.

—Podrías coger una cesta y salir a recolectar alimentos —sugiere—. Solo tienes que asegurarte de no salirte del bosque ni alejarte del campamento. Si ves algún centinela, muéstrale el emblema de Madoc.

—Eso no estaría mal —digo, tratando de disimular mi entusiasmo.

Mientras me pongo una capa prestada, Oriana me agarra del brazo.

—Anoche te oí hablar con Grimsen —dice—. Ten cuidado con él.

Recuerdo sus muchas advertencias durante años de festejos. Nos obligó a prometer que no bailaríamos, que no comeríamos nada y que no haríamos nada que pudiera avergonzar a Madoc. Aunque no le faltaban motivos. Antes de ser esposa de Madoc, fue amante del rey supremo Eldred y vio cómo otra de sus amantes, que era muy amiga suya, moría envenenada. Aun así, me sigue fastidiando.

—Lo haré. Tendré cuidado —respondo.

Oriana me mira a los ojos.

—Grimsen quiere muchas cosas. Si te muestras demasiado encantadora, puede que se encapriche de ti. Podría desearte por tus encantos, igual que se ansía una joya poco común. O podría desearte solo para comprobar si Madoc estaría dispuesto a entregarte.

—Entiendo —respondo, tratando de hacerle ver que no tiene por qué preocuparse.

Oriana me suelta y sonríe con languidez, creo que piensa que le haré caso.

Una vez fuera, me voy al bosque con la cesta. En cuanto llego hasta los árboles, me detengo, abrumada por el alivio de no tener que seguir fingiendo. Aquí, de momento, puedo relajarme. Tomo aliento para serenarme

y repaso mis opciones. Todas conducen a Grimsen. A pesar de la advertencia de Oriana, él es mi mejor baza para encontrar un modo de salir de aquí. Entre tantos artilugios mágicos, quizá tenga unas alas metálicas con las que volver a casa volando, o un trineo mágico tirado por leones de obsidiana. Y aunque no sea así, al menos no conoce lo suficiente a Taryn como para dudar de mi identidad.

Y si intenta propasarse, en fin, tiene la mala costumbre de dejar cuchillos tirados por todas partes.

Avanzo por el bosque hasta llegar a una zona elevada. Desde allí diviso el campamento y todos sus barracones. Veo la fragua improvisada, alejada del resto, con tres chimeneas que escupen humo a mansalva. Diviso una zona del campamento donde hay una tienda de campaña grande y redondeada, convertida en un hervidero de actividad. Quizá sea allí donde están Madoc y los mapas.

Entonces diviso algo más. Cuando examiné el campamento por primera vez, me fijé en una pequeña avanzadilla situada al pie de una montaña, lejos de las demás tiendas. Pero desde aquí veo que también hay una cueva. Y dos guardias custodiando la entrada.

Qué raro. No resulta muy práctico tenerlos tan alejados. Pero dependiendo de lo que haya dentro, quizá esa sea la clave. A esa distancia, no se oirían ni los gritos más fuertes.

Estremecida, me dirijo hacia la fragua.

Atraigo las miradas de unos cuantos duendes, *grigs* y otros feéricos con dientes afilados y alas velludas, mientras atajo por el borde exterior del campamento. Oigo un bufido a mi paso, y uno de los ogros se relame con un gesto que no está pensado para tirarme los tejos. Pese a todo, nadie me detiene.

La puerta de la fragua de Grimsen está abierta y veo al herrero al otro lado, descamisado, con su cuerpo enjuto y peludo inclinado sobre la espada que está forjando. Hace un calor abrasador, el ambiente está cargado y apesta a cresol. A su alrededor hay una maraña de armas y artilugios que son mucho más de lo que aparentan: barquitos metálicos, broches, tacones de plata para las botas, una llave que parece haber sido tallada en cristal…

Me acuerdo de la oferta que Grimsen quiso que le transmitiera a Cardan antes de decidir que le sería más provechoso traicionarlo: «Le fabricaré una armadura de hielo capaz de destrozar cualquier espada que la golpee. Una armadura que le enfriará tanto el corazón que no sentirá clemencia. Dile que forjaré para él tres espadas que, utilizadas en la misma batalla, pelearán con el ánimo de treinta soldados».

No quiero ni imaginar todo eso en manos de Madoc.

Hago acopio de coraje y llamo al marco de la puerta.

Grimsen me ve y suelta el martillo.

—La chica de los pendientes —dice.

—Tú me invitaste a venir —le recuerdo—. Quizá sea un poco precipitado, pero es que sentía curiosidad. ¿Puedo preguntar qué estás forjando, o es un secreto?

Parece que le agrada el comentario, señala con una sonrisa la inmensa barra metálica en la que está trabajando.

—Estoy forjando una espada capaz de agrietar el firmamento de las islas. ¿Qué te parece eso, joven mortal?

Ya sé que Grimsen ha forjado algunas de las armas más poderosas que se conocen. Pero ¿de verdad estará planeando Madoc arrasar a los ejércitos de Elfhame? Pienso en Cardan, provocando que el mar rompa a hervir, que se desaten tormentas, que se marchiten los árboles. Cardan, que además cuenta con la lealtad de docenas de regentes de cortes inferiores y con el control de todos sus ejércitos. ¿Puede una sola espada ser tan poderosa como para enfrentarse a eso, aunque sea el arma más poderosa que Grimsen haya forjado?

—Madoc estará agradecido de tenerte a su lado —digo con ecuanimidad—. Y de que le hayas prometido un arma tan poderosa.

—Hmmf —refunfuña, mirándome con avidez—. Debería, pero ¿lo está? Habría que preguntárselo a él, ya que no da ninguna muestra de gratitud. Y si resulta que alguien compone una canción sobre mí, ¿muestra algún interés en escucharla? No. Según él, no hay tiempo para canciones. Me pregunto si opinaría igual si las canciones tratasen sobre él.

Al parecer, adularle no ha sido el mejor modo de tirarle de la lengua, sino de avivar su resentimiento.

—Si se convierte en el nuevo rey supremo, le dedicarán montones de canciones —añado, metiendo el dedo en la llaga.

El rostro de Grimsen se ensombrece, esboza una mueca.

—Pero tú, que has sido un maestro herrero durante el reinado de Mab y todos los sucesivos, seguro que tienes una historia más interesante que la suya. Material de primera para un poema épico.

No sé si me estaré pasando con la mentira, pero a Grimsen se le ilumina el rostro.

—Ah, Mab —dice, rememorando—. Cuando me pidió que forjara la corona sanguínea, me concedió un gran honor. Y yo la maldije para protegerla eternamente.

Sonrío para animarle a seguir. Esta parte me la sé.

—El asesinato del portador provoca la muerte del responsable.

Grimsen resopla.

—Quiero que mi obra perdure tanto como la reina Mab quería que perdurase su estirpe. Por eso cuido hasta de la más humilde de mis creaciones.

Alarga el brazo para tocar los pendientes con sus dedos renegridos. Me acaricia el lóbulo de la oreja, tiene la piel caliente y áspera. Me aparto de él, con lo que espero que parezca una risita recatada y no un bufido.

—Piensa en estos pendientes, por ejemplo —prosigue—. Si arrancas las gemas, tu belleza se disipará. Pero no solo el puntito adicional que conceden, sino toda tu belleza, hasta volverte tan aborrecible que hasta los feéricos gritarían horrorizados al verte.

Trato de contener el impulso de arrancarme los pendientes de las orejas.

—¿También los maldijiste?

Grimsen esboza una sonrisa artera.

—No todo el mundo es tan respetuoso con la labor de un artesano como tú, Taryn, hija de Madoc. No todo el mundo se merece mis obsequios.

Sopeso sus palabras un buen rato, preguntándome por la maraña de creaciones que han surgido de su fragua. Preguntándome cuántas de ellas estarán malditas.

—¿Por eso te exiliaron? —pregunto.

—A la reina suprema no le gustó que me tomara tantas licencias artísticas, así que no contaba con su favor cuando seguí al rey abedul al exilio —responde, y deduzco que eso significa que sí—. A ella le gustaba quedar siempre por encima de los demás.

Asiento, como si no hubiera nada alarmante en su historia. Mi mente se afana en recordar todos los objetos que ha forjado.

—¿No le regalaste un pendiente a Cardan cuando llegaste a Elfhame?

—Tienes buena memoria —replica. Espero que la suya no sea tan buena, porque Taryn no asistió a la celebración del plenilunio—. Le permitía escuchar desde lejos lo que dice la gente. Es un artilugio fabuloso para escuchar a hurtadillas.

Aguardo, expectante. Grimsen se echa a reír.

—Pero eso no es lo que quieres saber, ¿verdad? Sí, estaba maldito. Con una palabra, podría convertirlo en una araña de rubí cuya picadura le causaría la muerte.

—¿Y la utilizaste? —inquiero, recordando la esfera que vi en el despacho de Cardan, en la que una centelleante araña roja golpeaba sin descanso el cristal.

Siento un escalofrío al pensar en esa tragedia que ya ha sido evitada…, y luego experimento una furia muy intensa.

—Aún sigue vivo, ¿no? —responde, encogiéndose de hombros.

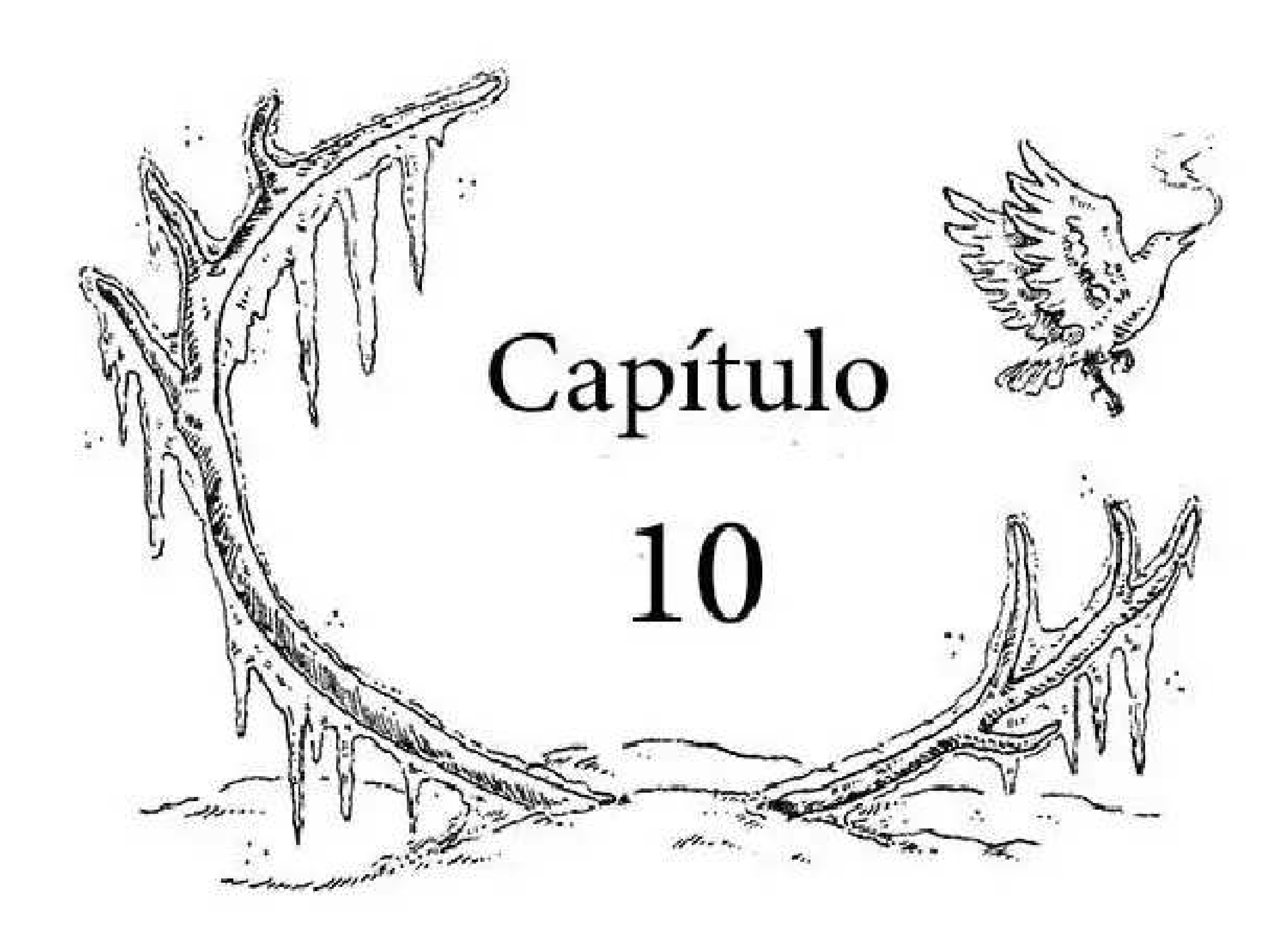
Una respuesta muy ambigua. Suena como un «no», cuando la realidad es que el herrero lo intentó y no le salió bien.

Debería sonsacarle más, debería preguntarle por un modo para poder escapar del campamento, pero no voy a ser capaz de seguir hablando con él un minuto más sin apuñalarle con una de sus propias armas.

—¿Puedo venir a visitarte otro día? —me obligo a decir, con una sonrisa forzada que más bien parece una mueca.

No me gusta su modo de mirarme, como si yo fuera una gema que le gustaría incrustar en un metal.

—Será un placer —responde, mientras ondea una mano para señalar los objetos que hay en la fragua—. Como puedes ver, me gustan las cosas bonitas.



Después de la visita a Grimsen, vuelvo a adentrarme en el bosque para enfrascarme en la búsqueda de alimento prometida, recolectando serbas, ortigas, un poco de *dulcemuerte* y unos enormes hongos blanquecinos. Pateo una piedra, que sale propulsada hacia el interior del bosque. Después pateo otra. Hacen falta muchas piedras para que empiece a sentirme un poco mejor.

No he avanzado en encontrar un modo de salir de aquí, ni en descubrir los planes de mi padre. Solo estoy más cerca de que me descubran.

Con ese funesto pensamiento, me encuentro a Madoc sentado junto a una hoguera enfrente de la tienda, limpiando y afilando el juego de puñales que siempre lleva encima. Siento el impulso de ayudarle con la tarea, pero me obligo a recordar que Taryn jamás haría eso.

—Siéntate —me invita, palmeando la zona libre del tronco sobre el que está sentado—. No estás acostumbrada a salir de campaña y te has visto inmersa de lleno en una.

¿Sospechará de mí? Tomo asiento, deposito la cesta repleta cerca del fuego y me repito que no se mostraría tan amistoso si pensara que está

hablando con Jude. Pero sé que no tengo mucho tiempo, así que me la juego y le pregunto lo que quiero saber:

—¿De verdad crees que puedes derrotarlo?

Madoc se ríe, como si fuera la pregunta de una niña pequeña. «Si pudieras alargar mucho la mano, ¿podrías arrancar la luna del cielo?».

—No participaría en este juego si no pudiera ganar.

Suelta una carcajada que, por algún motivo, me envalentona. Cree de verdad que soy Taryn y que no tengo nociones bélicas.

—Pero ¿cómo?

—Te ahorraré las cuestiones estratégicas —responde—. Pero voy a desafiarle a un duelo. Y cuando gane, le partiré en dos ese melón que tiene por cabeza.

—¿Un duelo? —Eso no me lo esperaba—. ¿Y por qué querría enfrentarse a ti?

Cardan es el rey supremo. Tiene ejércitos que luchan en su nombre.

—Por amor —responde Madoc, sonriendo—. Y por su sentido del deber.

—¿Por amor a quién?

Me cuesta creer que Taryn se sintiera menos perpleja de lo que me siento yo ahora.

—No hay banquete demasiado copioso para un hambriento —dice.

No sé qué responder a eso. Al cabo de un rato, decide explicarse:

—Ya sé que te dan igual las lecciones tácticas, pero creo que esta te interesará incluso a ti. La gente es capaz de correr cualquier riesgo por aquello que más quiere. Hay una profecía que dice que Cardan será un rey nefasto. Ese destino le acecha, pero él cree que puede librarse de él. Dejemos que lo intente. Voy a darle una oportunidad de demostrar que es un buen monarca.

—¿Y luego? —inquiero.

Madoc se echa a reír otra vez.

—Y luego los feéricos te llamarán princesa Taryn.

Desde pequeña he oído hablar de las grandes conquistas de Faerie. Como cabría esperar de un pueblo inmortal con una baja natalidad, casi todas las batallas están muy formalizadas, así como las líneas de sucesión.

Los feéricos prefieren evitar una guerra sin cuartel, lo que significa que no es inusual zanjar un asunto con alguna competición decidida de mutuo acuerdo. Aun así, a Cardan nunca le interesó demasiado la esgrima y tampoco se le da especialmente bien. ¿Por qué habría de acceder a un duelo?

Sin embargo, si preguntara eso, Madoc podría descubrirme. Pero algo tengo que decir. No puedo quedarme aquí pasmada, mirándole con la boca abierta.

—Jude encontró un modo de controlar a Cardan —aventuro—. Tal vez tú podrías hacer lo mismo y…

Madoc niega con la cabeza.

—Mira lo que le ha pasado a tu hermana. No sé qué poder tendría, pero Cardan se lo arrebató. No, no pienso mantener siquiera una farsa de servilismo. Ahora quiero reinar. —Deja de afilar su daga y me mira con un fulgor intenso en los ojos—. Le di a Jude la oportunidad de ayudar a la familia. Oportunidades para que me explicara su juego. De haberlo hecho, la situación habría sido muy distinta.

Siento un escalofrío. ¿Habrá adivinado que soy yo la que está a su lado?

—Jude está muy triste —digo con un tono que espero que parezca neutral —. Al menos, eso dice Vivi.

—Y tú no quieres que la siga castigando cuando sea rey supremo, ¿verdad? —pregunta—. En el fondo, me siento orgulloso de ella. Lo que logró tiene mucho mérito. De todas mis hijas, quizá sea la que más se parece a mí. Y como tantos otros jóvenes, era una rebelde, aspiraba a más de lo que podía abarcar. Pero tú…

—¿Yo?

Dirijo la mirada hacia el fuego. Resulta estremecedor oírle hablar de mí, pero lo peor es escuchar algo que va dirigido exclusivamente, a Taryn. Siento como si le estuviera arrebatando algo. Pero no se me ocurre un modo de impedirlo que no implique revelar mi identidad.

Madoc me agarra del hombro. Sería un gesto reconfortante, de no ser porque ejerce una presión excesiva y tiene las garras demasiado afiladas. Ahora es cuando me va a agarrar por el pescuezo y a decirme que me ha descubierto. Se me acelera el corazón.

—Seguro que alguna vez has pensado que la he favorecido a pesar de su ingratitud —dice—. Pero lo que pasa es que yo la entendía mejor. No obstante, tú y yo tenemos algo en común: los dos nos equivocamos al casarnos.

Le miro de reojo, a caballo entre el alivio y la incredulidad. ¿De verdad está comparando su matrimonio con nuestra madre con el de Taryn y Locke?

Se aparta de mí y echa otro leño al fuego.

—Y los dos matrimonios tuvieron un desenlace trágico.

Tomo aliento.

—No pensarás que…

Pero no sé qué mentira contarle. Ni siquiera sé si Taryn mentiría.

—¿No? —inquiere Madoc—. Si no fuiste tú, entonces ¿quién mató a Locke?

Pasa el tiempo, pero no se me ocurre ninguna respuesta convincente.

Madoc suelta una carcajada y me señala con una de sus garras. Está exultante.

—¡Fuiste tú! Siempre te consideré blanda y pusilánime, Taryn, pero ya veo que me equivocaba.

—¿Te alegra que lo matara?

Parece más orgulloso de Taryn por haber asesinado a Locke que por todos sus dones y habilidades: su capacidad para consolar a la gente, elegir el atuendo apropiado y contar la mentira precisa para ganarse el favor de la gente.

Madoc se encoge de hombros, sin dejar de sonreír.

—Vivo o muerto, nunca me importó en absoluto. Solo me importabas tú. Si lamentas su pérdida, entonces lo siento. Si deseas que vuelva a la vida solo para poder matarlo otra vez, reconozco esa sensación. Pero puede que simplemente impartieras justicia, y que ahora te inquiete que la justicia pueda ser cruel.

—¿Qué crees que me hizo para que mereciera morir? —pregunto.

Madoc atiza el fuego. Saltan chispas.

—Imagino que te partió el corazón. Ojo por ojo y diente por diente.

Recuerdo lo que sentí al presionar un cuchillo sobre el pescuezo de Cardan. El pánico al pensar en el poder que tenía sobre mí, al comprender

que había un modo sencillo de ponerle fin.

—¿Por eso mataste a mamá?

Madoc suspira.

—Afiné mis instintos en la batalla —responde—. Y a veces esos instintos siguen ahí, aunque ya no haya más guerras que librar.

Sopeso esas palabras. Me pregunto qué hace falta para endurecerte tanto como para luchar y matar sin descanso. Me pregunto si alguna parte de su ser se habrá enfriado sin remedio, como si tuviera el corazón perforado por una esquirla de hielo. Me pregunto si a mí me habrá pasado igual.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando el crepitar de las llamas, hasta que Madoc retoma la palabra:

—Cuando asesiné a tu madre…, a tus padres…, te cambié. Sus muertes marcaron un punto de inflexión, fueron el fuego en el que os forjasteis las tres hermanas. Si sumerges una espada caliente en aceite, cualquier pequeño defecto se convertirá en una grieta. Pero como vosotras os empapasteis en sangre, no os quebrasteis. Solo os endurecisteis. Puede que lo que te llevó a matar a Locke fuera más culpa mía que tuya. Si te cuesta asimilar lo que hiciste, puedes cargarlo sobre mis hombros.

Pienso en lo que dijo Taryn: «Nadie debería tener una infancia como la que tuvimos nosotras».

Aun así, siento el impulso de reconfortar a Madoc, aunque jamás pueda perdonarle. ¿Qué diría Taryn? No lo sé, pero sería injusto consolarle empleando su voz.

—Debería llevarle esto a Oriana —digo, señalando la cesta que he recolectado.

Me levanto, pero Madoc me agarra de la mano.

—No creas que olvidaré tu lealtad. —Me mira con gesto meditabundo—. Has puesto los intereses de tu familia por delante de los tuyos. Cuando todo esto acabe, pide tu recompensa y me aseguraré de que se cumpla.

Siento una punzada al saber que ya no soy la hija a la que hace propuestas como esta. Ya no soy bienvenida en su hogar, ni la hija a la que aprecia y por la que se preocupa.

Me pregunto qué pediría Taryn para sí misma y para el bebé que lleva en el vientre. Seguridad, seguramente; aquello que Madoc cree que ya nos ha

concedido, pero que jamás podrá proporcionarnos. Da igual lo que prometa, es demasiado sanguinario como para mantener a nadie a salvo durante mucho tiempo.

En cuanto a mí, la seguridad ni siquiera se contempla. Aún no me ha descubierto, pero cada vez será más difícil mantener mi farsa. No sé cómo voy a poder desplazarme por este paraje helado, pero he llegado a la conclusión de que debo huir esta misma noche.



Oriana supervisa la preparación de la cena para el batallón, y yo permanezco a su lado. Observo cómo preparan la sopa de ortigas —que se guisan con patatas hasta que sueltan las púas— y cómo descuartizan los venados. Sus cuerpos recién abatidos humean a causa del frío, mientras que su grasa se utiliza para condimentar unos brotes tiernos. Cada miembro de la compañía tiene su propio cuenco y su taza, colgados de sus cintos como si fueran abalorios, y los presentan ante los cocineros para que se los llenen con una ración de comida y vino aguado.

Madoc come con sus generales, charlan y ríen. Los miembros de la Corte de los Dientes permanecen en sus tiendas de campaña, envían a un sirviente a que les prepare la comida en una hoguera distinta. Grimsen se sienta apartado de los generales, en una mesa de caballeros que escuchan con embeleso sus historias sobre el exilio con el rey abedul. No se me escapa que los feéricos que lo rodean llevan más abalorios que los demás.

La zona donde están los pucheros y las mesas se encuentra en el extremo opuesto del campamento, el más próximo a la montaña. A lo lejos veo a dos guardias que están custodiando la cueva, sin abandonar su puesto para comer

con nosotros. Cerca de ellos, dos renos hociquean entre la nieve, en busca de raíces enterradas.

Saboreo mi sopa de ortigas mientras formulo una idea. Cuando Oriana me insta a regresar a nuestra tienda, ya he tomado una decisión. Robaré una de las monturas de los soldados que están junto a la cueva. Me costará menos que llevarme un corcel del campamento principal, y si algo se tuerce será más difícil perseguirme. Sigo sin tener un mapa, pero podré orientarme medianamente bien por las estrellas para ir al sur. Con suerte, encontraré un asentamiento mortal.

Compartimos una taza de té y nos sacudimos la nieve de encima. Me caliento los dedos agarrotados en la taza, impaciente. No quiero despertar sus sospechas, pero tengo que ponerme en marcha. Tengo que hacer acopio de comida y de cualquier suministro que pueda conseguir.

—Debes de estar helada —dice Oriana, observándome.

Con su cabello blanco y su piel pálida, como la de un espectro, parece que estuviera hecha de nieve.

—Inconvenientes de ser mortal. —Sonrío—. Un motivo más para añorar las islas de Elfhame.

—Pronto volveremos a casa —me asegura.

No puede mentir, así que supongo que lo cree de verdad. Debe de creer que Madoc vencerá, que será el nuevo rey supremo.

Finalmente, parece lista para retirarse. Me lavo la cara, después me guardo unos fósforos en un bolsillo y una daga en el otro. Cuando me meto en la cama, cuento los segundos hasta que transcurre media hora, suponiendo que Oriana ya estará dormida. Entonces salgo de debajo de las mantas sin hacer ruido y me calzo las botas. Meto un poco de queso en un morral, junto con un trozo de pan y tres manzanas un poco pochas. Me llevo la *dulcemuerte* que encontré mientras recolectaba y la envuelvo en un poco de papel. Después me dirijo a la salida de la tienda, cojo mi capa por el camino. Hay un único caballero fuera, que se entretiene tallando una flauta frente al fuego. Le saludo con la cabeza al pasar.

—¿Mi señora? —inquiere, levantándose.

Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada. Al fin y al cabo, no soy una prisionera. Soy la hija del gran general.

—¿Sí?

—Si vuestro padre pregunta, ¿a dónde debo decirle que vais?

Ha formulado la pregunta con respeto, pero seguro que una mala respuesta conduciría a preguntas menos consideradas.

—Dile que he ido a utilizar el bosque a modo de orinal —respondo, y el guardia pone una mueca, como esperaba que hiciera.

No hace más preguntas mientras me echo la capa sobre los hombros y me alejo, consciente de que cuanto más tiempo me demore, más alentaré sus sospechas.

El trecho hasta la cueva no es largo, pero tropiezo a menudo en la oscuridad y el gélido viento me azota a cada paso que doy. Se oye música y jaleo procedentes del campamento, cánticos de duendes sobre la pérdida, la nostalgia y la violencia. Baladas de reinas, caballeros y bufones.

Cerca de la cueva, veo a tres guardias apostados alrededor de la amplia abertura. Hay uno más de lo que esperaba. La entrada de la cueva es ancha y alargada, como una sonrisa, y la oscuridad que hay al otro lado titila de vez en cuando, como si algo la estuviera iluminando desde dentro. Dos renos dormitan en las proximidades, acurrucados en la nieve como si fueran gatos. Un tercero restriega sus astas contra un árbol cercano.

Optaré por ese. Puedo adentrarme entre los árboles y atraerlo con una manzana. Cuando comienzo a adentrarme en el bosque, oigo un grito procedente de la cueva. El aire frío e intenso impulsa el sonido hacia mí y me obliga a dar media vuelta.

Madoc tiene prisionero a alguien.

Intento convencerme de que no es problema mío, pero otro aullido irrumpe en mis pensamientos. Hay alguien ahí, sufriendo. Debo comprobar que no sea nadie conocido. Tengo los músculos agarrotados por el frío, así que avanzo despacio, rodeo la cueva y trepo por las rocas que se alzan por encima de ella.

Mi nuevo plan consiste en dejarme caer ante la entrada de la cueva, ya que los guardias están mirando principalmente en la otra dirección. Puedo llegar hasta allí sin que me vean, pero tendré que dejarme caer con mucha mucha pericia, o la suma de ruido y movimiento los alertará de inmediato.

Aprieto los dientes y recuerdo las lecciones de Fantasma: avanza despacio, asegura cada paso, cobíjate entre las sombras. Por supuesto, al hacerlo me acuerdo de su traición, pero eso no resta valor a sus lecciones. Desciendo lentamente desde un peñasco afilado. A pesar de llevar guantes, tengo los dedos congelados.

Entonces, aquí colgada, comprendo que he cometido un terrible error de cálculo. Aun con el cuerpo extendido del todo, no logro tocar el suelo. Cuando me suelte, no habrá manera de evitar el ruido. Voy a tener que ser tan silenciosa y furtiva como me sea posible. Tomo aliento y me dejo caer desde esta pequeña altura. Al oír el inevitable crujido de mis pies al tocar la nieve, uno de los guardias se da la vuelta. Me escabullo entre las sombras.

—¿Qué ocurre? —pregunta otro guardia.

El primero está mirando hacia la cueva. No sé si me habrá visto o no.

Me quedo lo más quieta posible, conteniendo el aliento, confiando en que no me haya visto, confiando en que no pueda olerme. Al menos, con este frío, no me he puesto a sudar.

Acerco una mano a mi daga. Me repito que he combatido con Grima Mog. Llegado el caso, también podré enfrentarme a ellos.

Pero al cabo de un rato, el guardia menea la cabeza y vuelve a prestar atención a los cánticos de los duendes. Espero un rato y luego espero un poco más, para asegurarme. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Percibo un olor mineral en el ambiente, junto con el de una lámpara de aceite. Las sombras danzan al final de un pasadizo inclinado, que me tienta con la promesa de una fuente de luz.

Me abro paso entre estalagmitas y estalactitas, como si estuviera avanzando entre los dientes afilados de un gigante. Accedo a una nueva sala y parpadeo ante el fulgor de una antorcha.

—¿Jude? —susurra alguien.

Conozco esa voz. Es Fantasma.

Escuálido, con las clavículas cubiertas de magulladuras, Fantasma está tirado en el suelo, con las muñecas esposadas y encadenadas a unas placas que hay en el suelo. A su alrededor hay un círculo de antorchas encendidas.

Me mira con sus desorbitados ojos de color avellana.

Ya estaba helada, pero de pronto siento más frío. Lo último que me dijo fue: «Yo sirvo al príncipe Dain. No a ti». Eso fue antes de que me llevaran a rastras al Inframar y me dejaran allí durante semanas: sola, aterrorizada y hambrienta. Sin embargo, a pesar de su traición, a pesar de que destruyó la Corte de las Sombras, Fantasma pronuncia mi nombre como si creyera que he venido a rescatarlo.

Me planteo hacerme pasar por Taryn, pero le costaría creer que ha sido mi gemela la que ha sorteado a todos esos guardias. Al fin y al cabo, fue él quien me enseñó a moverme así.

—Quería comprobar qué estaba escondiendo Madoc aquí —explico, sacando mi daga—. Y si estás pensando en avisar a los guardias, que sepas que el único motivo que tengo para no apuñalarte en la garganta es el temor a que hagas mucho ruido al morir.

Fantasma me dirige una sonrisita irónica.

—Ya sabes que lo haría. Un montón de ruido. Solo para fastidiarte.

—Así que esto es lo que has conseguido a cambio de tus servicios —replico, mientras contemplo la cueva con gesto mordaz—. Pensaba que la traición era una recompensa en sí misma.

—Jáctate cuanto quieras. —Emplea un tono comedido—. Me lo merezco. Sé lo que hice, Jude. Fui un necio.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Ya solo preguntarlo hace que me sienta incómoda y vulnerable. Pero yo confiaba en Fantasma, así que quiero saber hasta qué punto fui una idiota. ¿Me odiaba así desde el momento en que empezó nuestra supuesta amistad? ¿Cardan y él se rieron a costa de mi ingenuidad?

—¿Recuerdas cuando te conté que yo maté a la madre de Oak?

Asiento. Liríope fue envenenada con una seta lepiota para ocultar que, mientras fue amante del rey supremo, se quedó embarazada del príncipe Dain. Si Oriana no hubiera extraído a Oak del vientre de Liríope, el bebé también habría muerto. Una historia horrible, una que no olvidaría fácilmente ni aunque mi hermano no estuviera implicado.

—¿Recuerdas cómo me miraste cuando descubriste lo que había hecho? —inquiere.

Aquello ocurrió un par de días después de la coronación. Yo había capturado al príncipe Cardan. Seguía conmocionada. Estaba intentando desentrañar el plan de Madoc. Me horrorizó descubrir que Fantasma hubiera sido capaz de algo tan terrible, aunque por aquel entonces me horrorizaba a menudo. Aun así, la seta lepiota provoca una muerte atroz, y mi hermano estuvo a punto de ser asesinado también.

—No me lo esperaba.

Fantasma niega con la cabeza.

—Hasta Cucaracha se quedó espantado. No tenía ni idea.

—¿Y por eso nos traicionaste? ¿Crees que fuimos demasiado críticos contigo? —pregunto, incrédula.

—No. Aguarda un poco. —Fantasma suspira—. Maté a Liríope porque el príncipe Dain me trajo a Faerie, me sustentó y me dio un objetivo en la vida. Lo hice por lealtad, pero después me quedé afectado por lo que había hecho. Desesperado, acudí al joven que creí que era el único hijo vivo de Liríope.

—Locke —digo con tono adusto.

Me pregunto si Locke caería en la cuenta, tras la coronación de Cardan, de que Oak debía de ser su hermanastro. Me pregunto si sintió algo al respecto, si alguna vez lo comentó con Taryn.

—Me consumía la culpa —prosigue Fantasma—, así que le ofrecí mi protección. Y mi nombre.

—¿Tu nom…? —inquiero, pero él me interrumpe.

—Mi verdadero nombre —aclara Fantasma.

Entre los feéricos, los nombres verdaderos son un secreto bien guardado. A un feérico se le puede controlar mediante su verdadero nombre, más que con cualquier juramento. Cuesta creer que Fantasma revelase un detalle tan importante.

—¿Qué te obligó a hacer? —pregunto, para ir al grano.

—Durante muchos años, nada —responde Fantasma—. Luego pequeños encargos. Espiar a alguien. Averiguar sus secretos. Pero hasta que me ordenó que te llevara a la Torre del Olvido y permitiera que te secuestrara el Inframar, pensé que no era nada peligroso, solo simples travesuras.

Nicasia debía de saberlo si le pidió un favor. No me extraña que Locke y sus amigos se sintieran tan seguros como para darme caza la noche antes de su boda. Sabían que yo ya no estaría al día siguiente.

Aun así, entiendo lo que quiere decir Fantasma. Yo también pensaba que lo de Locke eran simples travesuras, aunque alguna de ellas podría haberme costado la vida.

—Pero eso no explica cómo has terminado aquí —añado, negando con la cabeza.

Fantasma está haciendo un esfuerzo para que no le tiemble la voz, para controlar su temperamento.

—Después de lo de la torre, intenté poner tierra de por medio con Locke para que no pudiera volver a ordenarme nada. Unos caballeros me apresaron saliendo de Insmire. Fue entonces cuando descubrí el alcance de lo que había hecho Locke. Le reveló mi nombre a tu padre. Fue su dote a cambio de la mano de tu hermana gemela y de un asiento en la mesa cuando Balekin llegara al poder.

Se me corta el aliento.

—¿Madoc conoce tu verdadero nombre?

—Mal asunto, ¿verdad? —Suelta una risita amarga—. Tu llegada a la cueva ha sido el primer golpe de suerte que he tenido en mucho tiempo. Y es un golpe de buena suerte, aunque ambos sepamos lo que tiene que pasar ahora.

Recuerdo la cautela con que daba órdenes a Cardan, para que no pudiera eludirme ni escapar de mí. Sin duda, Madoc habrá hecho eso y mucho más, por eso Fantasma cree que solo le queda una opción.

—Voy a sacarte de aquí —afirmo—. Y después…

Pero Fantasma me interrumpe:

—Puedo mostrarte dónde infligirme el menor dolor posible. Puedo enseñarte a hacer que parezca que me lo he hecho yo.

—Antes has dicho que harías mucho ruido al morir, solo para fastidiarme —replico, fingiendo que no lo dice en serio.

—Y lo habría hecho —replica con una sonrisita—. Necesitaba contarte… Necesitaba contarle a alguien la verdad antes de morir. Ya lo he cumplido. Ahora deja que te enseñe una última lección.

—Espera —digo, alzando una mano.

Necesito entretenerle. Necesito pensar. Pero él sigue obcecado.

—No se puede vivir siempre bajo el control de alguien, sometido a su voluntad y sus caprichos. Estoy al tanto del *geis* que le pediste al príncipe Dain. Sé que estuviste dispuesta a matar para obtenerlo. Los hechizos no te afectan. ¿Recuerdas cuando era al contrario? ¿Recuerdas lo que se siente al estar tan indefenso?

Por supuesto que sí. Y no puedo evitar pensar en la criada mortal de la casa de Balekin, Sophie, con los bolsillos llenos de piedras. Sophie, la chica que desapareció en el Inframar. No puedo evitar estremecerme.

—No seas tan dramático. —Saco el morral de comida y me siento en el suelo a cortar tajadas de queso, manzanas y pan—. Aún nos quedan otras opciones. Estás famélico y te necesito con vida. Podrías hechizar un tallo de hierba cana para sacarnos de aquí. Como mínimo, me debes esa ayuda.

Fantasma agarra los pedazos de queso y manzana y se los mete en la boca. Mientras come, me fijo en las cadenas que lo sujetan. ¿Podría arrancar los eslabones? En la placa hay un agujero que parece del tamaño justo para una llave.

—Estás tramando algo —dice Fantasma, al advertir mi mirada—. Grimsen hizo estas cadenas resistentes a todo, salvo al impacto de una espada mágica.

—Siempre estoy tramando algo —replico—. ¿Qué sabes del plan de Madoc?

—Casi nada. Los caballeros me traen comida y ropa de cambio. Solo me han permitido pasear bajo una vigilancia muy estricta. Grimsen vino a verme en una ocasión, pero no dijo nada en ningún momento, ni siquiera cuando me puse a gritar.

No es propio de Fantasma ponerse así, ni gritar tanto como para que yo lo oyera, con angustia, tristeza y desesperación.

—Madoc vino varias veces a interrogarme sobre la Corte de las Sombras, sobre el palacio, sobre Cardan, lady Asha y Dain, e incluso sobre ti. Sé que está buscando puntos débiles, la forma de manipularos a todos.

Fantasma alarga la mano hacia otra tajada de manzana y duda, contemplando la comida como si la viera por primera vez.

—¿Por qué llevabas esto encima? ¿Por qué has traído comida para explorar una cueva?

—Estaba planeando fugarme —admito—. Esta noche. Antes de que descubran que me estoy haciendo pasar por mi hermana.

Fantasma me mira horrorizado.

—Entonces vete, Jude. Corre. No puedes quedarte por mí.

—Y no pienso hacerlo. Vas a ayudarme a salir de aquí —insisto, interrumpiéndole cuando se pone a replicar—. Puedo aguantar un día más. Dime cómo abrir tus cadenas.

Fantasma ve algo en mi rostro que le convence de que hablo en serio.

—Grimsen tiene la llave —responde, sin mirarme a los ojos—. Pero te saldría más a cuenta utilizar esa daga.

Lo peor de todo es que seguramente tenga razón.



Cuando regreso a la tienda, el guardia ya no está. Aliviada, atravieso la solapa de la entrada, confiando en alcanzar la cama antes de que Madoc regrese de hacer planes con sus generales.

Lo que no me esperaba era que las velas estuvieran encendidas y encontrarme a Oriana sentada a la mesa, totalmente despierta. Me quedo paralizada. Ella se levanta y se cruza de brazos.

—¿Dónde estabas?

—Pues… —titubeo, intentando determinar cuánto sabe y qué excusas estará dispuesta a creer—. Un caballero me pidió que me reuniera con él bajo las estrellas y…

Oriana me manda callar con un gesto.

—Te he guardado las espaldas. Relevé al guardia antes de que corriera la voz. No me tomes por tonta. Tú no eres Taryn.

Me embarga un terror gélido al verme descubierta. Quiero salir corriendo por donde he venido, pero me acuerdo de Fantasma. Si huyo ahora, las probabilidades de conseguir la llave serán nulas. No podré salvarle. Y tendré muy pocas oportunidades de salvarme a mí.

—No se lo cuentes a Madoc —le ruego, confiando en lograr que se ponga de mi parte—. Por favor. No tenía previsto venir aquí. Madoc me dejó inconsciente y me trajo a rastras al campamento. Solo he fingido que era Taryn porque me estaba haciendo pasar por ella en Elfhame.

—¿Cómo sé que no mientes? —inquiere, mirándome sin parpadear, con esos ojos de color rosa—. ¿Cómo sé que no has venido a matarlo?

—Yo no podía saber que Madoc iría a buscar a Taryn —insisto—. La única razón por la que sigo aquí es porque no sé cómo marcharme. Lo he intentado esta noche, pero no he podido. Ayúdame a escapar —la insto—. Ayúdame y no tendrás que volver a verme.

Por la cara que pone, se nota que mi promesa le resulta muy tentadora.

—Si desapareces, Madoc sabrá que he tenido algo que ver.

Niego con la cabeza, mientras intento trazar un plan.

—Escribe a Vivi. Ella puede venir a buscarme. Dejaré una nota diciendo que he ido a visitar a Oak y a ella. Madoc no tiene por qué saber que Taryn no estuvo aquí.

Oriana se da la vuelta, sirve un líquido herbáceo de color verde oscuro en unos vasos diminutos.

—Oak. No me gusta lo mucho que está cambiando en el mundo mortal.

Me entran ganas de gritar con frustración ante el repentino cambio de tema, pero me obligo a serenarme. Me imagino a Oak removiendo sus cereales de colorines.

—A mí tampoco me gusta siempre.

Oriana me tiende uno de los delicados vasos.

—Si Madoc logra coronarse rey supremo, Oak podrá volver a casa. No se interpondrá entre Madoc y la corona. Estará a salvo.

—¿Recuerdas cuando decías lo peligroso que es estar cerca del rey?

Espero a que beba antes de hacerlo yo. La bebida está amarga y provoca un estallido en mi lengua con un regusto a tomillo, romero y ortiga. Pongo una mueca, pero no me disgusta.

Oriana me responde con cara de fastidio:

—Eres tú la que ha actuado como si no lo recordara.

—Cierto —admito—. Y pagué el precio.

—Guardaré tu secreto, Jude. Y le enviaré un mensaje a Vivi. Pero no me enfrentaré a Madoc, y tú tampoco deberías hacerlo. Prométemelo.

Como reina de Elfhame que soy, es Madoc el que se enfrenta a mí. Me encantaría que Oriana lo supiera, ya que tiene esa imagen tan mala de mí. Pero es un pensamiento mezquino. Además, si Madoc lo descubriera, mis problemas no habrían hecho más que empezar. Me utilizaría. Por más miedo que haya pasado aquí, a su lado, la situación aún podría empeorar.

Miro a Oriana a los ojos y le miento con todas mis fuerzas:

—Lo prometo.

—Bien —dice ella—. Dime, ¿qué hacías merodeando por Elfhame, haciéndote pasar por Taryn?

—Me lo pidió ella —respondo, enarcando las cejas, a la espera de que Oriana lo entienda.

—¿Y por qué querría…? —comienza a preguntar, pero se interrumpe. Cuando prosigue, parece como si hablara para sus adentros—: Ah. Por el interrogatorio.

Pruebo otro sorbo de licor de hierbas.

—Estaba preocupada por tu hermana, sola en esa corte —añade Oriana, frunciendo sus pálidas cejas—. Con su reputación familiar hecha trizas y lady Asha de vuelta. Sin duda habrá visto una oportunidad para ejercer su influencia entre los cortesanos, ahora que su hijo ocupa el trono.

—¿Lady Asha? —inquiero, sorprendida de que Oriana la considere una amenaza específica para Taryn.

Oriana se levanta y coge material de escritura. Cuando se vuelve a sentar, comienza a redactar una nota para Vivi. Al cabo de varias líneas, alza la mirada.

—Pensaba que ya no regresaría.

Es lo que ocurre cuando alguien acaba metido en la Torre del Olvido. Que se les olvida.

—Lady Asha y tú fuisteis cortesanas al mismo tiempo, ¿verdad?

Es lo más cerca que puedo estar de decir que Oriana también fue amante del rey supremo. Y aunque no se quedó embarazada de él, tiene motivos para conocer un montón de rumores. Algo la ha instado a hacer ese comentario.

—¿Sabías que tu madre fue amiga de lady Asha? Tu madre sentía una gran debilidad por la crueldad. No lo digo para hacerte daño, Jude. Es un rasgo que no merece alentar orgullo ni desprecio.

«Yo conocí a tu madre. —Eso fue lo primero que me dijo lady Asha cuando la conocí—. Conocía muchos de sus secretos».

—No sabía que conocieras a mi madre —digo.

—No mucho. Y no me corresponde a mí hablar de ella —responde Oriana.

—No te he pedido que lo hagas —replico, aunque ojalá pudiera hacerlo.

La punta de la pluma de Oriana gotea tinta antes de que la deje a un lado y selle la misiva para Vivienne.

—Lady Asha era hermosa y ansiaba ganarse el favor del rey. El idilio fue breve, y seguro que Eldred pensó que no pasaría nada por encamarse con ella. No disimuló su pesar por que le hubiera dado un hijo…, aunque puede que su actitud estuviera relacionada con la profecía.

—¿Qué profecía? —pregunto.

Recuerdo que Madoc mencionó algo parecido, relativo a su destino, cuando trató de convencerme de que debíamos unir fuerzas.

Oriana se encoge de hombros.

—El príncipe menor nació bajo el influjo de un astro adverso. Pero seguía siendo un príncipe, y cuando Asha lo alumbró, se aseguró un puesto en la corte. Asha era una fuerza disruptiva. Anhelaba ser admirada. Quería tener experiencias, sensaciones, triunfos, situaciones de conflicto… y enemigos. No habría tenido miramientos con alguien como tu hermana, con tan pocos aliados en la corte.

Me pregunto si tampoco los tuvo con Oriana en el pasado.

—Tengo entendido que no cuidó demasiado bien del príncipe Cardan.

Estoy pensando en la esfera de cristal que vi en los aposentos de Eldred y en el recuerdo que tenía almacenado dentro.

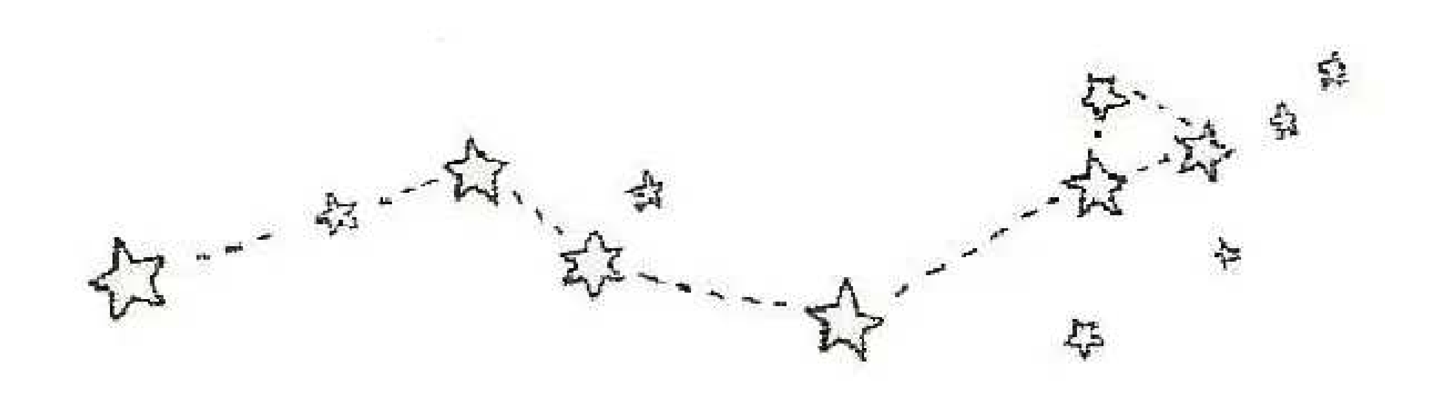
—No es que Asha no lo vistiera con prendas de piel y terciopelo, lo que ocurre es que se las dejaba puestas hasta que se convertían en harapos. Tampoco es que le negara los pedazos más apetitosos de carne y pastel, pero se olvidaba de su hijo durante tanto tiempo que Cardan tenía que robar comida para sustentarse. No creo que lo quisiera, pero creo que tampoco

sentía estima por nadie. Le hacía unas cuantas carantoñas, le echaba algo de comer y luego se olvidaba de él. Pero a pesar de todo, si Cardan tenía mal carácter, sin su madre era aún peor. De tal palo, tal astilla.

Me estremezco al imaginar esa soledad, esa rabia. Esa necesidad de cariño.

«No hay banquete demasiado copioso para un hambriento».

—Si estás buscando motivos para explicar por qué te decepcionó —dice Oriana—, todo el mundo coincide en que el príncipe Cardan fue una decepción desde que nació.



Por la noche, Oriana envía a un búho nival con una carta prendida de sus garras. Mientras se eleva hacia el cielo, siento esperanzas renovadas.

Más tarde, acostada, me pongo a maquinar como no lo había hecho desde mi exilio. Mañana le robaré la llave a Grimsen y, cuando me vaya, me llevaré a Fantasma conmigo. Con lo que sé sobre los planes de Madoc, sobre sus aliados y la ubicación de su ejército, forzaré un trato con Cardan para rescindir mi exilio y poner fin a la investigación contra Taryn. No pienso dejarme distraer por unas cartas que nunca recibí, por cómo me miro cuando estuvimos a solas en sus aposentos, ni por las teorías de mi padre sobre su debilidad.

Por desgracia, desde que me despierto, no logro quitarme a Oriana de encima. Aunque confía lo suficiente en mí como para guardar mi secreto, no confía tanto como para dejarme pasear a solas por el campamento, ahora que sabe quién soy.

Me deja la colada para que la tienda frente al fuego, unos guisantes para cribar las piedras, y unas mantas para que las doble. Me tomo mi tiempo

para cumplir las tareas. Intento aparentar que mi cara de fastidio se debe al exceso de trabajo, aunque nunca me quejé de eso mientras me hacía pasar por Taryn. No quiero que sepa lo frustrada que me siento conforme avanza el día. Estoy deseando robarle la llave a Grimsen.

Finalmente, cuando cae la tarde, me tomo un respiro.

—Llévale esto a tu padre —me dice Oriana, depositando una bandeja con una jarra de té de ortiga, un paquete de galletas y una vasija con mermelada—. Está en la tienda de los generales. Ha preguntado específicamente por ti.

Agarro mi capa, tratando de disimular mi entusiasmo, cuando asimilo lo último que ha dicho. Un soldado me está esperando junto a la puerta, lo cual aumenta mi nerviosismo. Oriana dijo que no le contaría nada a Madoc, pero eso no significa que no haya podido delatarme de algún modo. Y tampoco significa que Madoc no haya podido descubrirlo por su cuenta.

La tienda de los generales es enorme y está abarrotada con todos esos mapas que no pude encontrar en la tienda de Madoc. También está llena de soldados sentados en taburetes revestidos con piel de cabra, algunos armados y otros no. Cuando entro, varios giran la cabeza, pero después miran para otro lado como harían con una sirvienta.

Apoyo la bandeja y sirvo una taza, obligándome a no mirar fijamente el mapa desplegado ante ellos. No puedo dejar de advertir que están desplazando pequeños barquitos de madera por el mar, hacia Elfhame.

—Con permiso —digo, depositando el té de ortiga delante de Madoc, que me dedica una sonrisa indulgente.

—Taryn —dice—. Bien. He estado pensando que deberías tener tu propia tienda. Eres una viuda, no una niña.

—Es… es muy considerado —digo, sorprendida.

Es un gesto considerado, sí, pero no dejo de preguntarme si será como uno de esos movimientos de ajedrez que parecen inofensivos, pero luego resulta que allanan el camino hacia el jaque mate.

Mientras se bebe el té, Madoc luce el gesto de satisfacción propio de alguien que tiene asuntos más importantes que atender, pero disfruta ejerciendo el papel de padre complaciente.

—Te prometí que tu lealtad tendría recompensa.

Soy consciente de que todo lo que dice y hace puede tener un doble sentido.

—Acércate —le dice Madoc a uno de sus caballeros. Un duende con una reluciente armadura dorada ejecuta una elegante reverencia—. Ve a buscar una tienda para mi hija y suministros para equiparla. Todo lo que necesite. —Después se dirige a mí—. Este es Alver. No le exijas demasiado.

No es costumbre dar las gracias entre feéricos, pero le doy un beso a Madoc en la mejilla.

—Eres muy bueno conmigo.

Él resopla, con una sonrisita que expone un canino afilado. Una vez más, deslizo la mirada hacia el mapa y hacia las maquetas de barcos que flotan sobre el mar de papel, después sigo a Alver al exterior.

Una hora más tarde, me estoy instalando en una espaciosa tienda erigida no lejos de la de Madoc. Oriana se muestra recelosa cuando llego para llevarme mis cosas, pero no interfiere. Incluso trae pan y queso, y lo deja sobre la mesa pintada que me han conseguido.

—No sé por qué te tomas tantas molestias para decorar la tienda —dice cuando Alver se marcha por fin—. Te irás mañana.

—¿Mañana? —inquiero.

—He recibido la respuesta de tu hermana. Vendrá a recogerte al amanecer. Te reunirás con ella en las inmediaciones del campamento. Hay un saliente de rocas donde Vivi puede esperarte sin correr riesgos. Y cuando dejes una nota para tu padre, espero que sea convincente.

—Haré lo que pueda —replico.

Oriana frunce los labios. Tal vez debería sentirme agradecida, pero estoy cabreada. Si no me hubiera hecho perder la mayor parte del día, no me esperaría una tarde tan ajetreada.

Voy a tener que ocuparme de los guardias de Fantasma. Esta vez no podré colarme sin que me vean.

—¿Me prestas un poco de papel? —pregunto, y cuando accede, me llevo también una bota de vino.

A solas en mi nueva tienda, trituro la *dulcemuerte* y añado una pizca al vino para que infusione durante al menos una hora antes de colar la mezcla. Eso debería bastar para dejar dormidos a los guardias durante un día y una

noche, como mínimo, pero sin llegar a matarlos. No obstante, soy consciente de que no tengo mucho tiempo para prepararme. Me tiemblan las manos, tengo los nervios de punta.

—¿Taryn?

Madoc abre la puerta de mi tienda y me sobresalta. Mira en derredor, contemplando el resultado de su generosidad. Después vuelve a fijarse en mí y frunce el ceño.

—¿Va todo bien?

—Me has asustado —respondo.

—Ven a cenar con el batallón —me invita.

Trato de buscar una excusa, un motivo para quedarme aquí y poder escabullirme hacia la fragua de Grimsen. Pero no puedo levantar sus sospechas, ahora no, cuando mi fuga está tan próxima. Decido levantarme en plena noche, mucho antes del amanecer, y salir entonces.

Así que voy a cenar con Madoc una última vez. Me echo colorete en las mejillas y me recojo el pelo en una trenza. Y si esta noche me muestro más afable y respetuosa de lo normal, si me río más alto de la cuenta, será solo porque sé que jamás volveré a hacerlo. Jamás permitiré que vuelva a tratarme así. Pero durante esta última noche, Madoc vuelve a ser el padre al que mejor recuerdo, aquel bajo cuya sombra, para bien o para mal, he acabado por convertirme en lo que soy.



Me despierto al sentir la presión de una mano sobre la boca. Arreo un codazo hacia el lugar donde creo que está mi asaltante y me satisface oír un quejido, como si le hubiera acertado en algún punto vulnerable. Después oigo una risita sofocada a mi izquierda. Así que son dos. Y a uno de ellos no le inquieta mi reacción, lo cual es preocupante. Meto la mano bajo la almohada para coger mi daga.

—Jude —dice Cucaracha, todavía riendo—. Hemos venido a salvarte. Si gritas echarás a perder el plan.

—¡Tenéis suerte de que no os haya acuchillado! —protesto, disimulando con un poco de ira el susto que me he llevado.

—Ya le dije que tuviera cuidado —replica Cucaracha. Se oye un chasquido y emerge una luz de una cajita, que ilumina los rasgos angulosos del rostro de Cucaracha. Está sonriendo—. Pero ¿crees que me hizo caso? Se lo habría ordenado, de no ser por el pequeño detalle de que es el rey supremo.

—¿Te ha enviado Cardan? —pregunto.

—No exactamente —dice Cucaracha, que desplaza el haz de luz para que pueda ver a quien va con él, el que recibió el codazo.

Es el rey supremo de Elfhame, ataviado con un sencillo atuendo de lana marrón, una capa confeccionada con una tela tan oscura que parece absorber la luz, y una espada envainada en la cintura. No lleva la corona en la cabeza, ni anillos en los dedos, ni los pómulos embadurnados con pintura dorada. Parece un espía de la Corte de las Sombras, incluyendo esa sonrisita furtiva que dibujan las comisuras de sus hermosos labios.

Cuando lo veo, experimento una especie de vértigo por la mezcla de incredulidad y asombro.

—No deberías estar aquí.

—Yo le he dicho lo mismo —coincide Cucaracha—. No sabes cómo añoro los tiempos en que tú estabas al mando. El rey supremo no debería merodear por ahí como un rufián de medio pelo.

Cardan se ríe.

—¿Y qué tal como un rufián de pelo entero?

Deslizo las piernas por el borde de la cama y su carcajada se interrumpe. Cucaracha mira al techo. Entonces me doy cuenta de que llevo puesto el camisón que me prestó Oriana, uno que no deja demasiado a la imaginación. Me ruborizo tanto que se me quita el frío.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Atravieso la tienda, localizo a tientas el lugar donde dejé mi vestido y me lo pongo, por encima del camisón. Enfundo la daga. Cucaracha mira de reojo a Cardan.

—Fue tu hermana Vivienne. Acudió al rey supremo con un mensaje de tu madrastra. Temía que fuera una trampa. Yo también. Una trampa dirigida a él. O incluso a mí.

Eso explica por qué han esperado a sorprenderme cuando estuviera dormida. Pero ¿por qué se han molestado en venir? Teniendo en cuenta las cosas feas que mi hermana mayor ha dicho sobre Cardan, ¿por qué ahora decide confiar en ella?

—¿Os envía Vivi?

—Hablamos después de que Madoc te sacara del palacio —explica Cardan—. ¿Y sabes a quién me encontré en su pequeña morada? A Taryn. Teníamos muchas cosas que contarnos.

Trato de imaginarme al rey supremo en el mundo mortal, plantado frente a nuestro bloque de apartamentos, llamando a nuestra puerta. ¿Qué atuendo ridículo llevaría? ¿Se habría sentado en el desvencijado sofá a tomar café, disimulando su aversión por todo cuanto le rodeaba?

¿Absolvió a Taryn porque no podía absolverme a mí?

Pienso en lo que dijo Madoc sobre la necesidad de cariño de Cardan. Me pareció una chorrada entonces, y me lo parece aún más ahora. Cardan cautiva a todo el mundo, incluidas mis hermanas. Es una fuerza gravitatoria que lo arrastra todo hacia él.

Pero a mí no va a engañarme tan fácilmente. Si está aquí es por su propio beneficio. Puede que no le convenga dejar que su reina caiga en manos de sus enemigos. Lo cual significa que tengo poder. Solo tengo que descubrir cuál es y encontrar un modo de utilizarlo en su contra.

—Aún no puedo irme con vosotros —replico, mientras me pongo unas calzas gruesas y me calzo las botas—. Primero he de hacer algo. Y necesito algo de ti.

—Quizá podrías limitarte a dejar que te rescate —dice Cardan—. Para variar.

A pesar de ese atuendo tan humilde y de no llevar la corona, Cardan no puede disimular lo mucho que se ha acostumbrado a su papel real. Cuando un rey intenta hacerte un obsequio, no puedes rechazarlo.

—Y tú podrías limitarte a darme lo que quiero —replico.

—¿El qué? —inquiere Cucaracha—. Pongamos las cartas sobre la mesa, Jude. Tus hermanas y su amiga están esperando con los caballos. Hay que darse prisa.

¿Mis hermanas? ¿Las dos? Y una amiga… ¿Heather?

—¿Habéis dejado que vengan?

—Insistieron, y como eran ellas las que sabían dónde estabas, no tuvimos elección.

Es obvio que a Cucaracha no le hace ninguna gracia la situación. Es arriesgado trabajar con gente sin experiencia. Como también lo es que la persona a la que estás intentando rescatar —que bien podría ser un traidor— trate de reconducir tu plan.

Pero eso es problema suyo, no mío. Me acerco y le quito la luz, la utilizo para localizar mi bota de vino.

—Contiene una dosis de somnífero. Iba a dárselo a unos guardias, robar una llave y liberar a un prisionero. Se suponía que íbamos a escapar juntos.

—¿Un prisionero? —repite Cucaracha con recelo.

—Vi los mapas en la sala de guerra de Madoc —explico—. Conozco la formación con la que planea partir hacia Elfhame y sé cuántos barcos tiene. Sé cuántos soldados hay en el campamento y qué cortes están de su lado. Sé qué está preparando Grimsen en su fragua. Si Cardan me promete un salvoconducto para llegar a Elfhame y anular mi exilio una vez allí, os daré toda la información. Además, tendréis al prisionero en vuestro poder antes de que Madoc pueda utilizarlo en vuestra contra.

—Siempre que estés diciendo la verdad —replica Cucaracha—. Y que no nos estés atrayendo hacia las redes de Madoc.

—Voy por libre —le digo—. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Cucaracha mira de reojo a Cardan. El rey supremo me está mirando de un modo extraño, como si quisiera decir algo, pero se estuviera conteniendo.

Finalmente, carraspea y dice:

—Como eres mortal, Jude, no puedo aferrarme a tus promesas. Pero tú sí puedes aferrarte a mi palabra: te garantizo el salvoconducto. Regresa conmigo a Elfhame y te daré los medios para poner fin a tu exilio.

—¿Los medios para ponerle fin? —inquiero.

Si cree que soy tan tonta como para acceder a eso, es que ha olvidado quién soy.

—Regresa a Elfhame, dime todo lo que querías contarme, y tu exilio habrá terminado —añade—. Te lo prometo.

Siento una explosión de triunfo, seguida de otra de recelo. Ya me ha engañado una vez. Al recordar que creí que su propuesta de matrimonio era sincera, me siento pequeñita, endeble y muy muy frágil. No puedo permitir que me la vuelva a jugar. Asiento con la cabeza y digo:

—Madoc tiene prisionero a Fantasma. Grimsen tiene la llave que necesitamos…

Cucaracha me interrumpe:

—¿Quieres rescatarlo? Yo digo que lo destripemos como si fuera un pez. Será más rápido y mucho más satisfactorio.

—Madoc conoce su verdadero nombre. Se lo dijo a Locke —explico—. Sea cual sea el castigo que merece Fantasma, se lo puedes aplicar cuando haya regresado a la Corte de las Sombras. Pero no merece morir.

—¿Locke? —repite Cardan, luego suspira—. Vale, está bien. ¿Qué tenemos que hacer?

—Mi plan era colarme en la fragua de Grimsen y robar la llave de las cadenas de Fantasma —respondo.

—Te ayudaré —dice Cucaracha, luego se gira hacia Cardan—. Pero vos, señor, no haréis nada. Esperadnos con Vivienne y los demás.

—Iré —replica Cardan—. No puedes ordenarme lo contrario.

Cucaracha niega con la cabeza.

—Pero puedo aprender del ejemplo de Jude. Puedo pedir una promesa. Si nos descubren, si nos atacan, prometedme que regresaréis a Elfhame de inmediato. Debéis hacer cuanto esté en vuestra mano para poneros a salvo, pase lo que pase.

Cardan me mira, como pidiéndome ayuda. Al ver que no digo nada, frunce el ceño, molesto con los dos.

—Aunque llevo puesta la capa que me regaló Madre Tuétano, capaz de repeler cualquier espada, prometo huir con el rabo entre las piernas. Y puesto que tengo cola, seguro que a todo el mundo le hará mucha gracia. ¿Satisfecho?

Cucaracha gruñe para dar su aprobación y salimos a hurtadillas de la tienda. El vino envenenado chapotea suavemente dentro de la bota que llevo prendida del cinturón, mientras avanzamos entre las sombras. Aunque es tarde, varios soldados van de tienda en tienda; algunos se reúnen para beber o jugar a los dados y a los acertijos. Otros cantan al ritmo del laúd que toca un duende vestido con pieles.

Cucaracha se mueve con total soltura, deslizándose de una sombra a otra. Cardan avanza detrás de él, con más sigilo del que habría creído posible. Me molesta admitir que se le da mejor que a mí. Podría alegar que es porque los feéricos poseen un don natural, pero sospecho que además ha practicado más que yo. Mi aprendizaje tiene sus carencias, aunque, para ser justos, me

gustaría saber cuánto tiempo ha dedicado él a estudiar todo aquello que debería saber para gobernar Elfhame. No, ese estudio me correspondió a mí.

Mientras pienso en todo eso, llegamos hasta la fragua. No se oye nada, las ascuas están frías. No sale humo de sus chimeneas metálicas.

—¿Y dices que has visto la llave? —pregunta Cucaracha, que se aproxima a una ventana y limpia la mugre para tratar de ver algo.

—Es de cristal y está colgada en la pared —respondo, incapaz de ver nada a través del cristal empañado. El interior está demasiado oscuro—. Y Grimsen ha empezado a forjar una espada nueva para Madoc.

—No me importaría destruirla antes de que me rebane el pescuezo con ella —dice Cardan.

—Busca la más grande —le digo—. Será esa.

Cucaracha me fulmina con la mirada. Siento no tener una descripción mejor; la última vez que la vi, era poco más que una barra de metal.

—Tiene que ser muy grande —añado.

Cardan reprime una carcajada.

—Y deberíamos tener cuidado —añado, pensando en la araña enjoyada, en los pendientes de Grimsen que pueden conceder belleza o arrebatarla—. Seguro que habrá trampas.

—Será un visto y no visto —dice Cucaracha—. Pero me sentiría mucho mejor si los dos os quedarais fuera y me dejaseis entrar a mí.

Al ver que no respondemos, el duende se agacha para forzar la cerradura de la puerta. Tras aplicar un poco de grasa a las bisagras, la abre sin hacer ruido.

Le sigo al interior. La luz de la luna se refleja de tal modo en la nieve que hasta mis limitados ojos de mortal me permiten ver dentro del taller. Hay una maraña de objetos; algunos enjoyados, otros afilados, todos amontonados unos encima de otros. Hay una colección de espadas en un perchero, en una de ellas la empuñadura parece una serpiente enroscada. Pero la espada de Madoc es inconfundible. Está encima de una mesa, todavía pendiente de afilar y pulir, aún tiene un acabado rudimentario. A su lado hay varios fragmentos de raíces, pálidos como huesos, esperando a ser tallados e integrados en la empuñadura.

Retiro con cuidado la llave de cristal de la pared. Cardan está a mi lado, contemplando la maraña de objetos. Cucaracha cruza el taller hacia donde está la espada.

Va por la mitad del camino cuando se oye un ruido que semeja las campanadas de un reloj. En lo alto de la pared se abren dos compuertas encastradas, revelando un agujero redondo. Solo tengo tiempo de señalar y dar la voz de alarma antes de que se dispare una ráfaga de dardos.

Cardan se pone delante de mí, desplegando su capa. Las puntas metálicas rebotan en el tejido y caen al suelo. Cruzamos brevemente una mirada, con los ojos desorbitados. Parece tan sorprendido como yo de que me haya protegido.

Entonces, del mismo agujero del que han salido los dardos, emerge un pájaro metálico que abre y cierra el pico.

—¡Ladrones! —exclama—. ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Afuera, se oyen gritos.

Entonces veo a Cucaracha al otro lado de la estancia. Se ha puesto pálido. Está a punto de decir algo, con gesto de dolor, y entonces hinca una rodilla en el suelo. Ha debido de acertarle algún dardo. Me acerco corriendo.

—¿Qué le han inyectado? —pregunta Cardan.

—*Dulcemuerte* —respondo. Seguramente recolectada en el mismo punto del bosque donde la encontré yo—. Puedo ayudarle. Puedo preparar un antídoto.

Al menos, eso espero. Ojalá tengamos tiempo.

Con una facilidad sorprendente, Cardan coge a Cucaracha en brazos.

—Dime que esto no lo has planeado tú —me ruega—. Dímelo.

—No —respondo—. Por supuesto que no. Te lo juro.

—Entonces, vámonos —dice—. Tengo el bolsillo lleno de hierba cana. Podemos irnos volando.

Niego con la cabeza.

—Jude —me advierte.

No hay tiempo para discusiones.

—Vivi y Taryn me están esperando. No saben lo que ha ocurrido. Si no voy a avisarlas, las capturarán.

Se nota que Cardan no termina de creerme, pero se limita a cambiar de sitio a Cucaracha para poder desanudarse la capa con una mano.

—Llévate esto y no te detengas —me ordena, sin dejar lugar a réplicas. Después sale al amparo de la noche, llevando a Cucaracha en brazos.

Parto hacia el bosque, sin correr ni esconderme, exactamente, aunque sí a paso ligero, mientras me echo la capa sobre los hombros. Miro atrás y veo a los soldados que se arremolinan alrededor de la fragua, otros tantos están entrando en la tienda de Madoc.

Antes he dicho que iba a ir directa a reunirme con Vivi, pero he mentido. Me dirijo hacia la cueva. Todavía hay tiempo. El incidente de la fragua es una distracción excelente. Si están buscando intrusos allí, no me buscarán en la cueva con Fantasma.

Mi optimismo se confirma cuando me aproximo a la entrada. Los guardias no están en sus puestos. Suspiro aliviada y corro hacia el interior.

—Pero Fantasma ya no está encadenado. Ha desaparecido. En su lugar está Madoc, equipado con su armadura al completo.

—Me temo que llegas tarde —dice—. Demasiado tarde.

Entonces desenfunda su espada.



El miedo me corta el aliento. No solo carezco de un arma equiparable a su espada, sino que además es impensable que pueda vencer en combate a la persona que me enseñó casi todo lo que sé. Y al verlo, se nota que ha venido a luchar.

Me envuelvo aún más en la capa, es un alivio poder tenerla. Sin ella, no tendría nada que hacer.

—¿Cuándo descubriste que era yo y no Taryn? —pregunto.

—Más tarde de lo debido —responde con tono afable, dando un paso hacia mí—. Aunque no fue algo consciente, ¿sabes? No, fue un pequeño detalle: la cara que pusiste al ver el mapa de las islas de Elfhame. Bastó con eso y todo cuanto hiciste y dijiste hasta el momento cobró un nuevo sentido. Entonces comprendí que todo apuntaba hacia ti.

Me alegra saber que no lo averiguó desde el principio. No sé qué planes tendrá, pero al menos sé que han sido precipitados.

—¿Dónde está Fantasma?

—Garrett —me corrige, burlándose de mí al decir parte de su verdadero nombre, un nombre que Fantasma nunca me reveló, ni siquiera cuando podría

haberlo utilizado para contradecir las órdenes que le dio Madoc—. Aunque sobrevivas, no podrás detenerlo a tiempo.

—¿A por quién lo has enviado?

Me tiembla un poco la voz, al imaginar a Cardan escapando del campamento de Madoc solo para acabar abatido en su palacio, tal y como estuvo a punto de sucederle en su propio lecho.

Madoc muestra sus dientes afilados con una sonrisa complaciente, como si me estuviera dando una lección.

—Sigues siendo leal a ese pelele. ¿Por qué, Jude? ¿No sería mejor que una flecha le atravesara el corazón en su auditorio? No me dirás que lo consideras mejor rey supremo que yo.

Miro a Madoc a los ojos y mis labios comienzan a formar unas palabras antes de que pueda reprimirlas:

—A lo mejor ya es hora de que una reina gobierne Elfhame.

Madoc se ríe al oír eso, pone cara de sorpresa.

—¿Crees que Cardan cederá su poder sin más? ¿A ti? Te consideraba más lista, joven mortal. Cardan te exilió. Te injurió. Siempre se considerará superior a ti.

No dice nada que yo no sepa, pero, aun así, sus palabras me afectan.

—Ese muchacho es tu debilidad. Pero no te preocupes —prosigue Madoc—. Su reinado será breve.

Me produce cierta satisfacción saber que Cardan ha estado aquí, delante de sus narices, y que ha podido huir. Pero todo lo demás se ha ido al garete. Fantasma se ha ido. Cucaracha está envenenado. He cometido errores. En este momento, Vivi, Taryn y posiblemente Heather me están esperando entre la nieve, cada vez más preocupadas, a medida que el amanecer se extiende por el horizonte.

—Ríndete, chiquilla —dice Madoc, como si sintiera lástima por mí—. Es hora de acatar tu castigo.

Retrocedo un paso. Acerco la mano al puñal por instinto, pero enfrentarme a Madoc armado, cuando encima su arma tiene más alcance, no es buena idea. Él me mira con incredulidad.

—¿Vas a desafiarme hasta el final? Cuando te atrape, te cubriré de cadenas.

—Yo nunca quise ser tu enemiga —replico—. Pero tampoco quería estar sometida a tu poder.

Dicho esto, echo a correr entre la nieve. Hago aquello que me dije que jamás haría.

—¡No huyas de mí! —grita Madoc, un eco estremecedor de las últimas palabras que le dirigió a mi madre.

El recuerdo de su muerte agiliza mis pasos. Unas nubecillas de vaho escapan de mis pulmones. Madoc echa a correr detrás de mí, oigo sus jadeos roncos.

Mientras corro, mis esperanzas de despistarlo por el bosque se reducen. Por más que corra en zigzag, él no se rinde. El corazón me retumba en el pecho, y sé que, por encima de todo, no puedo conducirlo hasta mis hermanas.

Pero resulta que aún no he terminado de cometer errores.

Un jadeo, dos. Desenfundo el puñal. Tres jadeos. Me giro.

Como no se lo esperaba, Madoc choca conmigo. Le tomo por sorpresa y le apuñalo en un costado, hincando el filo en el punto donde se juntan las placas de su armadura. El metal absorbe buena parte del golpe, pero aun así pone una mueca de dolor.

Madoc despliega el brazo y me tira al suelo de un revés.

—Siempre fuiste buena —dice, cerniéndose sobre mí—. Pero no lo suficiente.

Tiene razón. He aprendido mucho sobre esgrima con Madoc, con Fantasma, pero no he estudiado la disciplina durante gran parte de una vida inmortal. Y el año pasado estuve ocupada aprendiendo a ser senescal. La única razón por la que resistí tanto en nuestro último combate fue porque Madoc estaba envenenado. El único motivo por el que vencí a Grima Mog fue porque me subestimó. Pero Madoc me ha tomado la medida.

Además, cuando luché con Grima Mog, empuñaba un arma mucho más grande.

—¿Qué te parece si hacemos esta lucha un poco más justa? —inquiero, mientras ruedo para ponerme en pie—. Tal vez podrías combatir con una mano a la espalda, para equilibrar la balanza.

Madoc sonríe, moviéndose en círculos a mi alrededor.

Entonces ataca, dejándome solo la opción de bloquear el golpe. Mi brazo se resiente ante la fuerza del impacto. Su estrategia es evidente, pero no por ello menos efectiva. Me está cansando, me obliga a bloquear y esquivar una y otra vez, sin dejar que me acerque lo suficiente como para golpearle. Al mantenerme concentrada en la defensa, me está agotando.

Empiezo a desesperarme. Podría irme corriendo otra vez, pero estaría en la misma situación que antes, huyendo sin tener adónde ir. Mientras contengo sus golpes con mi patético puñal, soy consciente de las pocas opciones que me quedan y de que cada vez serán menos.

Me fallan las fuerzas. Su espada impacta contra la porción de capa que me cubre el hombro. Pero el tejido de Madre Tuétano permanece intacto.

Se detiene, sorprendido, y voy a por su mano. Es un golpe sucio. Pero le hago sangrar y rugir.

Agarra un trozo de capa, lo anuda alrededor de su mano y tira de mí hacia sí. El nudo me ahoga, hasta que se afloja. Entonces me hunde la espada en el costado, en el estómago.

Me quedo mirándole unos instantes, con los ojos desorbitados.

Madoc parece tan sorprendido como yo.

Por algún motivo, y aunque fuera ingenuo por mi parte, en el fondo seguía creyendo que no me asestaría un golpe letal.

Madoc, quien fuera mi padre desde que asesinó al mío. Madoc, quien me enseñó a utilizar la espada para herir a alguien y no solo para desarmarlo. Madoc, quien me sentaba en sus rodillas, me leía cuentos y me decía que me quería.

Me fallan las piernas. Caigo de rodillas. Madoc extrae su espada, manchada con mi sangre. Tengo la pierna teñida de rojo. Me estoy desangrando.

Sé lo que va a pasar. Madoc me va a asestar el golpe de gracia. Me cortará la cabeza. Me perforará el corazón. En el fondo, ese golpe será una muestra de compasión. Al fin y al cabo, ¿quién quiere una muerte lenta cuando puede acelerar el proceso?

Yo.

No quiero morir rápido. No me quiero morir.

Madoc alza la espada y titubea. Mi instinto animal se activa, me insta a levantarme. Se me nubla un poco la visión, pero la adrenalina está de mi parte.

—Jude —dice Madoc, y por primera vez que yo recuerde, percibo miedo en su voz. Un miedo que no alcanzo a comprender.

Entonces tres flechas negras pasan volando junto a mí, sobre el campo helado. Dos pasan silbando por encima de él, la tercera le impacta en el hombro del brazo con el que sostiene la espada. Madoc aúlla, cambia el arma de manos y busca a su agresor. Por un momento, se olvida de mí.

Otra flecha emerge de la oscuridad. Le acierta de lleno en el pecho. Atraviesa su armadura. No lo suficiente como para matarlo, pero sí para hacerle daño.

Vivi aparece por detrás de un árbol. A su lado está Taryn, que lleva a Noctámbula a la cintura. Y con ellas va otra persona, que resulta que no es Heather.

Es Grima Mog, con la espada en ristre, montada a lomos de un poni de hierba cana.



Me obligo a avanzar. Con cada paso que doy siento un estallido de dolor en el costado.

—Papá —dice Vivi—. Quédate donde estás. Si intentas detenerla, tengo un montón de flechas preparadas, y llevo media vida deseando abatirte.

—¿Tú? —se burla Madoc—. No podrías acabar conmigo ni de casualidad. —Parte por la mitad el asta que le asoma del pecho—. Ten cuidado. Mi ejército está al otro lado de la colina.

—Pues ve a buscarlos —dice Vivi, que parece muy alterada—. Ve a buscar a tu puñetero ejército.

Madoc me mira. Debo de ser un espectáculo, ensangrentada, con una mano en el costado. Titubea otra vez.

—Jude no saldrá de esta. Deja que…

Tres flechas más vuelan hacia él a modo de respuesta. Ninguna da en el blanco, lo cual no deja en buen lugar la puntería de Vivi. Espero que Madoc crea que ha fallado a propósito. Me mareo. Me apoyo sobre una rodilla.

—Jude. —La voz de mi hermana suena cerca. No es Vivi. Es Taryn. Ha desenfundado a Noctámbula, la empuña con una mano y extiende la otra hacia mí. —Tienes que levantarte, Jude. Aguanta.

hacia mí—. Tienes que levantarte, Jude. Aguanta.

Debe de parecer que estoy a punto de desmayarme.

—Aguanto —respondo, aceptando su mano, cargando mi peso sobre ella. Avanzo a duras penas.

—Vaya, Madoc —resuena la áspera voz de Grima Mog—. Tu hija me desafió hace apenas una semana. Ahora sé a quién quería matar en realidad.

—Grima Mog —dice Madoc, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto—. No sé cómo has acabado aquí, pero esto no te concierne.

—Ah, ¿no? —replica, olisqueando el ambiente. Posiblemente habrá captado el olor de mi sangre.

Debería haber alertado a Vivi sobre ella cuando tuve ocasión, pero sea cual sea el motivo que la ha traído hasta aquí, me alegra que haya venido.

—Estoy sin trabajo y parece que la Corte Suprema necesita un general.

Madoc parece confuso al principio, sin comprender que Grima Mog ha viajado hasta aquí con el mismísimo Cardan. Pero entonces ve su oportunidad.

—Mis hijas no cuentan con el favor de la Corte Suprema, pero yo tengo trabajo para ti, Grima Mog. Te cubriré de tesoros si me ayudas a conseguir un trono. Solo tienes que traerme a mis hijas.

Esto último lo dice con un gruñido, que no va dirigido solo a mí, sino a todas nosotras. Sus traicioneras hijas.

Grima Mog mira más allá de Madoc, hacia el lugar donde se congrega su ejército. Tiene un gesto nostálgico, seguramente estará pensando en sus antiguas tropas.

—¿Has acordado esa propuesta con la Corte de los Dientes? —replico, mirándole de reojo.

Grima Mog endurece el gesto.

Madoc me lanza una mirada de fastidio que se convierte en algo más, en algo parecido a la tristeza.

—Tal vez prefieras la venganza a la recompensa. Pero yo puedo concederte ambas cosas. Solo tienes que ayudarme.

Ya sabía yo que Madoc no apreciaba ni a Nore ni a Jarel.

Sin embargo, Grima Mog niega con la cabeza.

—Tus hijas me han pagado en oro para que las proteja y luche por ellas. Y eso es lo que pienso hacer, Madoc. Siempre me he preguntado cuál de los

dos vencería en una batalla. ¿Quieres que lo comprobemos?

Madoc titubea, mientras observa la espada de Grima Mog, el arco negro de Vivi, a Taryn y a Noctámbula. Por último, me mira a mí.

—Deja que te lleve de vuelta al campamento, Jude —dice—. Te estás muriendo.

—Prefiero quedarme aquí —respondo, negando con la cabeza.

—En ese caso, adiós, hija mía —añade—. Habrías sido una gorro rojo excelente.

Tras decir eso, se aleja entre la nieve, sin darnos la espalda en ningún momento. Le observo; su retirada me alivia tanto que ni siquiera me enfado con él por ser el causante de mi dolor. Estoy demasiado cansada para enfurecerme. A mi alrededor la nieve parece muy suave, como lechos de plumas apilados. Me imagino tendiéndome encima y cerrando los ojos.

—Vamos —me dice Vivi. Lo dice como si me estuviera rogando—. Tenemos que llevarte a nuestro campamento, donde están los demás caballos. No está lejos.

Me arde el costado. Pero tengo que ponerme en marcha.

—Cóseme —digo, tratando de superar la apatía que me invade—. Cóseme aquí.

—Jude está sangrando —dice Taryn—. Mucho.

Caigo en la cuenta de que, si no hago algo ahora, todo estará perdido. Madoc tiene razón. Moriré aquí, en la nieve, delante de mis hermanas. Moriré aquí y nadie sabrá que hubo una vez una reina mortal en Faerie.

—Cubre la herida con tierra y hojas, y luego cósela —le indico.

Mi voz suena como si llegara de lejos, y no sé si lo que digo tiene algún sentido. Pero recuerdo que Bomba mencionó que el rey supremo está vinculado a la tierra, que Cardan se valió de ella para curarse. Recuerdo que Bomba le hizo probar un bocado de arcilla.

A lo mejor yo también puedo sanarme.

—Se te va a infectar —dice Taryn—. Jude…

—No sé si funcionará. No sé hacer magia —le digo. Sé que le estoy ocultando cosas. Sé que no me estoy explicando como es debido, pero la situación se ha vuelto desesperada—. Aunque soy la reina legítima, puede que la tierra no me haga caso.

que la tierra no me haga caso.

—¿La reina legítima? —repite Taryn.

—Porque se casó con Cardan —dice Vivi, exasperada—. A eso es a lo que se refiere.

—¿Cómo? —exclama Taryn, perpleja—. No.

Entonces se oye la voz de Grima Mog. Áspera y rocosa.

—Adelante. Ya lo has oído. Aunque debe de ser la chica más tonta del mundo si se ha metido en este lío.

—No lo entiendo —dice Taryn.

—Pero no nos corresponde cuestionarlo, ¿verdad? —replica Grima Mog—. Si la reina suprema de Elfhame nos da una orden, la obedecemos.

Cojo a Taryn de la mano.

—Eres hábil con la aguja —digo con un gemido—. Cóseme. Por favor.

Taryn pone cara de susto, pero asiente.

Solo me queda tener fe mientras Grima Mog se quita la capa de los hombros y la extiende sobre la nieve. Me tumbo encima y trato de reprimir una mueca mientras me rompen el vestido para acceder a mi costado.

Alguien profiere un grito ahogado.

Miro al cielo y me pregunto si Fantasma habrá llegado al palacio de Elfhame. Evoco el sabor de los dedos de Cardan presionados sobre mi boca, mientras me invade una nueva oleada de dolor. Reprimo un grito y después otro, mientras la aguja se introduce en la carne. Las nubes se impulsan por el firmamento.

—¿Jude? —La voz de Taryn suena como si estuviera intentando contener las lágrimas—. Te vas a poner bien, Jude. Creo que está funcionando.

Pero si está funcionando, ¿por qué usa ese tono?

—Estoy… —Me esfuerzo por articular la palabra. Me obligo a sonreír—. Tranquila.

—Oh, Jude —dice mi hermana.

Noto una mano sobre la frente. Está muy caliente, lo cual me hace pensar que yo debo de estar helada.

—No había visto nada igual en toda mi vida —susurra Grima Mog.

—Eh —dice Vivi, con voz trémula. No parece ella—. La herida se ha cerrado. ¿Cómo te sientes? Porque aquí está pasando algo raro.

Me siento como si tuviera la piel cubierta de ortigas, pero ese dolor tan intenso ha desaparecido. Puedo moverme. Ruedo hacia el costado bueno y me pongo de rodillas. La prenda de lana está empapada de sangre. Tanta que parece imposible que sea toda mía.

Alrededor de los bordes de la capa atisbo unas diminutas florecillas blancas que emergen de entre la nieve. La mayoría son capullos, aunque unas cuantas se abren ante mis ojos. No sé muy bien qué estoy presenciando.

Y cuando por fin lo entiendo, no soy capaz de asimilarlo.

Recuerdo lo que me contó Baphen acerca del rey supremo: «Cuando se derrama su sangre, algo germina».

Grima Mog se arrodilla.

—Mi reina —dice—. Estoy a vuestras órdenes.

No puedo creer que me esté diciendo eso a mí. No puedo creer que la tierra me haya elegido.

En el fondo, me había convencido de que mi papel como reina suprema era una pantomima, igual que mi puesto como senescal.

De pronto, todo lo sucedido regresa en tromba a mi mente. Me levanto. Si no me muevo ya, no llegaré a tiempo.

—Tengo que ir al palacio. ¿Puedes cuidar de mis hermanas?

Vivi me mira con severidad.

—Pero si no te tienes en pie.

—Me llevaré el poni de hierba cana. —Lo señalo—. Vosotras iréis detrás con los caballos que tenéis en el campamento.

—¿Dónde está Cardan? ¿Qué ha sido de ese duende que lo acompañaba? —Vivi parece al borde de un ataque de nervios—. Se suponía que iban a cuidar de ti.

—El duende se hacía llamar Cucaracha —le recuerda Taryn.

—Lo envenenaron —digo, avanzando unos pasos. Mi vestido tiene un desgarro en el costado, el viento impulsa la nieve sobre mi piel desnuda. Me obligo a llegar hasta el caballo, a tocar el entramado de su crin—. Cardan tuvo que llevárselo a toda prisa a por el antídoto. Pero no sabe que Madoc ha enviado a Fantasma a por él.

—Fantasma —repite Taryn.

—Todo el mundo tiene la absurda idea de que matar a un rey te convierte automáticamente en un monarca mejor —dice Vivi—. Imaginaos si, en el mundo mortal, un abogado consiguiera su plaza matando a otro.

No sé a qué se refiere mi hermana. Grima Mog me lanza una mirada comprensiva e introduce una mano en su casaca, de la que extrae un pequeño frasco cerrado.

—Toma un sorbo de esto —me dice—. Te ayudará a seguir adelante.

Ni siquiera me molesto en preguntar qué es. Llegados a este punto, me da igual. Me limito a dar un buen trago. El líquido me quema la garganta, me hace toser. Noto su ardor en la barriga mientras me encaramo al lomo del corcel.

—Jude —dice Taryn, apoyándome una mano en la pierna—. Ten cuidado para que no se te salten los puntos.

Cuando me ve asentir, se desabrocha la vaina que lleva alrededor de la cintura y me la da.

—Llévate a Noctámbula —dice.

Ahora que tengo un arma en la mano, me siento mejor.

—Nos veremos allí —dice Vivi—. No te caigas del caballo.

—Gracias —respondo, extendiendo las manos.

Vivi me agarra una y Taryn me coge de la otra. Se las estrecho.

Mientras el poni se eleva por el gélido aire, veo las montañas bajo mis pies, junto con el ejército de Madoc. Miro a mis hermanas, que echan a correr entre la nieve. Unas hermanas que, a pesar de todo, han venido a buscarme.



El cielo se templa a medida que me acerco a Elfhame. Aferrada a la crin del corcel de hierba cana, inspiro grandes bocanadas de aire salado y observo el oleaje que se extiende bajo mis pies. Aunque la tierra previno mi muerte, no estoy recuperada del todo. Cuando me muevo, me duele el costado. Noto los puntos de sutura como si fuera una muñeca de trapo que va perdiendo el relleno.

Y, cuanto más me acerco, más asustada me siento.

«¿No sería mejor que una flecha le atravesara el corazón en su auditorio?».

Fantasma tiene la costumbre de planear sus asesinatos como si fuera una araña trampera; busca un lugar desde el que atacar, para luego esperar a que llegue su víctima. Me hizo subir a las vigas de la corte de Elfhame para mi primer asesinato y me mostró cómo hacerlo. A pesar del éxito de esa misión, nada ha cambiado en el interior de esa cavernosa estancia. Lo sé porque poco después llegué al poder, y fui yo la que lo dejó como estaba.

Mi primer impulso es plantarme en la puerta y exigir que me lleven ante el rey supremo. Cardan prometió anular mi exilio, y sean cuales sean sus

intenciones, al menos podría alertarle sobre Fantasma. Pero me preocupa que algún caballero entusiasta decida que lo primero es acabar con mi vida, y ya luego, si acaso, transmitir el mensaje.

Mi segunda idea es colarme en el palacio a través de la antigua alcoba de la madre de Cardan, por el pasadizo secreto que conduce a los aposentos del rey supremo. Pero si Cardan no está allí, me quedaré atrapada, incapaz de sortear a los guardias que custodian su puerta. Y desandar el camino sería una pérdida de tiempo, algo de lo que no voy sobrada.

Como la Corte de las Sombras fue dinamitada y no sé dónde la habrán reconstruido, tampoco puedo contar con ellos.

Eso me deja una única solución: entrar directamente en el auditorio. Una mortal vestida de sirvienta debería pasar desapercibida, pero soy demasiado conocida como para que esa argucia funcione, a no ser que me disfrace a conciencia. Pero no tengo ropa a mano. Mis aposentos, situados en las profundidades del palacio, son inaccesibles. La casa de Taryn, que antaño perteneció a Locke, y donde siguen viviendo sus sirvientes, es demasiado arriesgada. En cambio, la fortaleza de Madoc está abandonada, mi ropa y la de mis hermanas sigue guardada en sus armarios…

Podría funcionar.

Desciendo hacia la arboleda, me alegra haber llegado a última hora de la mañana, cuando la mayoría de los feéricos siguen en la cama. Aterrizo junto a los establos y me bajo del poni. Se transforma de inmediato en unos tallos de hierba cana, cuando la magia pierde su efecto. Despacio, dolorida, me encamino hacia la casa. En mi mente, mis temores y esperanzas colisionan en un bucle sin fin:

«Ojalá Cucaracha esté bien».

«Ojalá que Cardan no reciba un disparo, que Fantasma yerre el tiro».

«Ojalá pueda entrar sin problema. Ojalá consiga detenerlo».

No me paro a pensar por qué estoy tan ansiosa por salvar a alguien a quien juré desterrar de mis sentimientos. Prefiero no hacerlo.

Dentro del edificio, compruebo que han desaparecido muchos muebles. Los que quedan tienen desgarros en el tapizado, como si ninfas o ardillas hubieran anidado en ellos. Mis pasos resuenan mientras subo por esta escalera que he pisado miles de veces, aunque se me hace extraño por el vacío que reina en las habitaciones. No me molesto en ir a mi antiguo cuarto,

vacío que reina en las habitaciones. No me molesto en ir a mi antiguo cuarto.

Prefiero ir al de Vivi, donde descubro que los armarios siguen llenos. Sospechaba que habría dejado aquí muchas cosas cuando se fue a vivir al mundo de los humanos, y no me equivocaba.

Encuentro unas mallas elásticas de color gris oscuro, pantalones y una chaqueta ceñida. Mientras me cambio, me entra un mareo y tengo que agarrarme al marco de la puerta hasta que se me pasa y recobro el equilibrio. Tras quitarme la camisa, hago lo que he estado evitando hasta ahora: miro la herida. Unas gotitas de sangre seca rodean el pliegue enrojecido en el lugar donde me apuñaló Madoc, con una sutura que mantiene sujeta la piel. Es un trabajo pulcro y meticuloso, y se lo debo a Taryn. Pero solo de mirarlo me entra un escalofrío. Sobre todo, al ver las zonas más enrojecidas, donde los puntos ya están empezando a aflojarse.

Dejo mi vestido rajado y ensangrentado en un rincón, junto con mis botas. Con dedos temblorosos, me recojo el pelo en un moño y lo cubro con una pañoleta negra que me anudo dos veces alrededor de la cabeza. Cuando esté trepando, no quiero llamar la atención de ningún modo.

Me dirijo a la zona principal de la casa y encuentro un laúd desafinado en el salón de Oriana, junto con varios tarros de maquillaje. Me aplico una gruesa capa de sombra de ojos, con un delineado rasgado y las cejas a juego. Después me pongo una máscara con rasgos de gárgola.

En la armería encuentro un pequeño arco plegable que puedo llevar oculto. A regañadientes, dejo aquí a Noctámbula, escondida lo mejor posible entre las demás espadas. Cojo un trozo de papel del viejo escritorio de Madoc y me sirvo de su pluma para escribir una nota de advertencia:

Habrá un intento de asesinato, seguramente en el gran salón.
Mantened recluido al rey supremo.

Si logro hacérsela llegar a Baphen o a algún miembro de la guardia personal de Cardan, tal vez aumenten mis posibilidades de encontrar a Fantasma antes de que ataque.

Con el laúd en la mano, me dirijo a pie hacia el palacio. No está lejos, pero cuando llego tengo la frente empapada en un sudor frío. No sé hasta qué punto puedo forzarme. Por un lado, la tierra me curó, y eso hace que me

sienta un poco menos vulnerable. Pero por otro, he estado a punto de morir y sigo malherida. Y ya empieza a disiparse el efecto del brebaje de Grima Mog.

Me cruzo con una pequeña banda de músicos y me pego a ellos para atravesar las puertas.

—Qué instrumento tan bonito —dice uno de ellos, un muchacho con brotes verdes en el pelo. Me mira de un modo extraño, como si ya nos conociéramos.

—Te lo regalo —digo por impulso—. Si a cambio haces algo por mí.

—¿El qué? —replica, frunciendo el ceño.

Le agarro la mano y le dejo la nota.

—¿Se la entregarás a un miembro del Consejo Orgánico, a ser posible a Baphen? Te prometo que no te meterás en ningún lío.

El chico titubea, indeciso.

Y en ese inoportuno momento, uno de los caballeros me da el alto.

—Tú. La chica mortal de la máscara —dice—. Hueles a sangre.

Me giro. Frustrada y desesperada como estoy, le suelto lo primero que se me viene a la mente:

—Es que soy mortal. Y además una chica, señor. Sangramos todos los meses, siguiendo el ciclo de la luna.

Asqueado, el caballero me indica que siga.

El músico también parece un poco espantado.

—Toma —le digo—. No te olvides de la nota.

Sin esperar respuesta, le meto el laúd entre los brazos. Después me adentro entre la multitud. No tardo en verme tan rodeada de gente como para poder quitarme la máscara. Me dirijo a un rincón sombrío y comienzo a ascender hacia las vigas.

La subida es penosa. Me mantengo entre las sombras, avanzo despacio, tratando de localizar el posible escondite de Fantasma, mientras temo que Cardan pueda entrar en la estancia y convertirse en un blanco. Una y otra vez, me detengo para orientarme. Los mareos vienen y van. A mitad de camino, estoy segura de que se me ha saltado un punto. Me toco el costado y mi mano se mancha de sangre. Oculta entre una maraña de raíces, me desanudo el pañuelo de la cabeza y me envuelvo la cintura con él, ciñéndolo con todas mis fuerzas.

con todas mis fuerzas.

Finalmente llego hasta un posadero elevado, en la zona abovedada del techo donde convergen varias raíces.

Allí monto el arco, preparo las flechas y oteo el interior hueco de la colina. Puede que Fantasma ya esté aquí, oculto en alguna parte. Tal y como él mismo me dijo cuando me enseñó a acechar, el aburrimiento es la peor parte. Mantenerse alerta, no perder la concentración a causa del tedio y dejar de prestar atención a cualquier movimiento entre las sombras. O, en mi caso, no distraerme por culpa del dolor.

Necesito localizar a Fantasma, y cuando lo haga, tendré que dispararle. No podré dudar. Él mismo me diría que ya he perdido una oportunidad para matarlo; será mejor que no vuelva a fallar.

Pienso en Madoc, que me crio en una casa marcada por la muerte. Madoc, tan acostumbrado a la guerra que mató a su esposa y habría sido capaz de matarme a mí.

«Si sumerges una espada caliente en aceite, cualquier pequeño defecto se convertirá en una grieta. Pero como vosotras os empapasteis en sangre, no os quebrasteis. Solo os endurecisteis».

Si sigo así, ¿acabaré convirtiéndome en Madoc? ¿O me quebraré?

Abajo, varios cortesanos danzan en círculos concéntricos, se cruzan y luego se vuelven a separar. Cuando te ves inmerso en esos bailes, pueden resultar caóticos, pero desde aquí arriba son todo un ejemplo de geometría. Contemplo las mesas de banquete, cubiertas con bandejas de fruta, quesos con flores incrustadas y jarras de vino de trébol. Me ruge el estómago a medida que la mañana deja paso a la tarde y más feéricos acuden a la corte.

Baphen, el astrólogo real, llega con lady Asha del brazo. Los observo mientras rodean el estrado, no lejos del trono vacío. Siete danzas en círculo más tarde, Nicasia entra en la sala con varios acompañantes del Inframar. Después llega Cardan, rodeado por sus guardias, con la corona sanguínea centelleando sobre sus negrísimos rizos.

Cuando lo miro, hay algo que no encaja.

Cardan no tiene el aspecto propio de alguien que ha tenido que cargar con un espía envenenado entre la nieve, alguien que acaba de regresar de infiltrarse en un campamento enemigo. Alguien que dejó su capa mágica en

mis manos. Tiene el aspecto de la persona que me empujó al agua y se rio cuando me hundí. La persona que me engañó.

«Ese muchacho es tu debilidad».

Los veo brindar, sin oír lo que dicen, y diviso bandejas repletas de brochetas de paloma a la parrilla, dulces envueltos en hojas y ciruelas rellenas. Me siento rara, mareada, y cuando reviso la pañoleta, veo que está empapada de sangre. Cambio de postura.

Y espero. Y espero un poco más. Intento no sangrar encima de nadie. Se me nubla un poco la vista y trato de centrarme.

Abajo, veo a Randalin con algo en la mano, lo ondea delante de Cardan. Es la nota que escribí. Parece que el músico la entregó, después de todo. Tenso la mano con la que sujeto el arco. Al fin lo sacarán de aquí y lo dejarán fuera de peligro.

Pero Cardan no mira el papel. Lo rechaza con un gesto, como si ya lo hubiera leído. Pero si recibió mi nota, ¿qué está haciendo aquí?

A no ser que, como necio que es, haya decidido ejercer de señuelo.

Entonces detecto un movimiento entre unas raíces cercanas. Al principio creo que solo son unas sombras. Pero entonces diviso a Bomba, en el mismo momento en que clava su mirada sobre mí y achica los ojos. Empuña un arco, con una flecha preparada.

Cuando comprendo lo que está pasando, ya es demasiado tarde.

Han recibido una nota que alertaba sobre un intento de asesinato, así que Bomba ha salido a buscar a un asesino. Ha encontrado a alguien oculto entre las sombras, armado. Alguien con motivos de sobra para querer matar al rey: yo.

«¿No sería mejor que una flecha le atravesara el corazón en su auditorio?».

Madoc me la ha jugado. No envió aquí a Fantasma. Solo me lo insinuó, para que viniera a perseguir un espectro entre las vigas. Para que yo misma me incriminase. Madoc no necesitó asestarme el golpe de gracia. Se aseguró de que yo me metiera sólita en la boca del lobo.

Bomba dispara y yo me echo a un lado. El proyectil pasa de largo, pero resbalo con mi propia sangre y caigo de espaldas. Me precipito al vacío desde la viga.

desde la viga.

Por un momento, parece como si volara.

Me estrello contra una mesa, tirando granadas al suelo. Ruedan en todas direcciones, entre charcos de hidromiel y esquirlas de cristal. Seguro que se me han saltado un montón de puntos. Me duele todo. Me cuesta respirar.

Abro los ojos y veo una multitud a mi alrededor. Consejeros. Guardias. No recuerdo haber cerrado los ojos, no sé cuánto tiempo he estado inconsciente.

—Es Jude Duarte —dice alguien—. Ha quebrantado su exilio para asesinar al rey supremo.

—Majestad —dice Randalin—. Dad la orden.

Cardan cruza la estancia hacia mí, con la apariencia de un rufián ridículamente majestuoso. Los guardias se apartan para dejarle pasar, pero si me muevo, sin duda se echarán sobre mí.

—He perdido tu capa —digo con voz ronca y quebrada.

Cardan se queda mirándome.

—Mentirosa —dice, con un fulgor iracundo en la mirada—. Eres una sucia mentirosa mortal.

Cierro los ojos ante la dureza de sus palabras. Pero tiene motivos de sobra para creer que he venido a matarlo.

Si me encierra en la Torre del Olvido, me pregunto si vendrá a visitarme.

—Encadenadla —dice Randalin.

Nunca había deseado tanto tener un modo de demostrar que estoy diciendo la verdad. Pero no tengo ninguno. Mi palabra no tiene ningún peso.

El guardia me agarra del brazo. Entonces se oye la voz de Cardan:

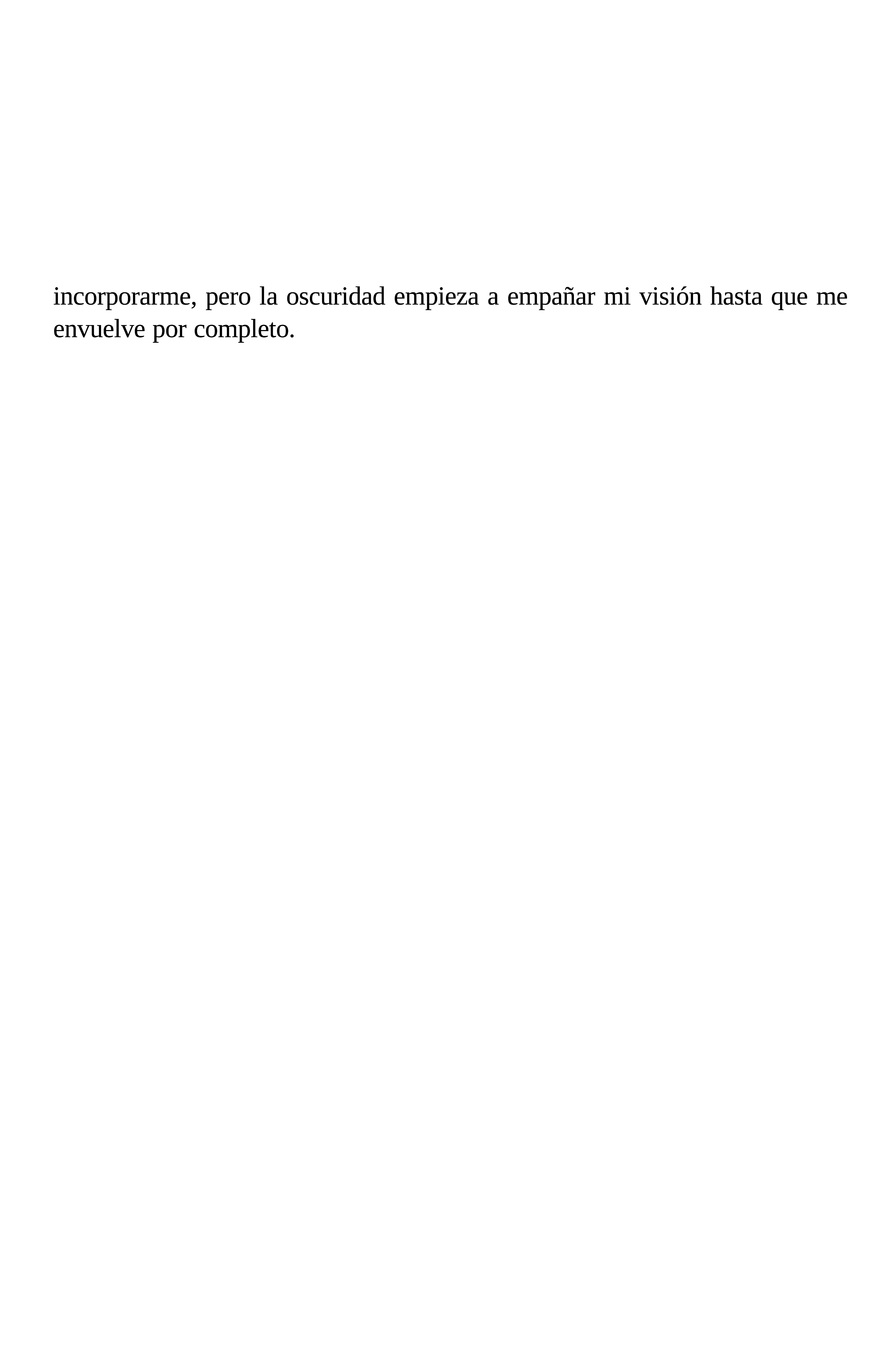
—No la toques.

Se hace un silencio espantoso. Espero a que dicte sentencia sobre mí. Cualquier cosa que ordene, se ejecutará. Su poder es absoluto. Ni siquiera tengo fuerzas para defenderme.

—¿Qué queréis decir? —inquiere Randalin—. Ella es…

—Ella es mi esposa —dice Cardan, haciéndose oír entre la multitud—. La legítima reina suprema de Elfhame. Y su exilio ha terminado.

A mi alrededor resuenan los bramidos estupefactos de los feéricos, pero ninguno está tan conmocionado como yo. Intento abrir los ojos,



incorporarme, pero la oscuridad empieza a empañar mi visión hasta que me envuelve por completo.

Libro segundo

Contra las hadas de fuego
emprendió una lucha agreste;
la tierra, el aire y el océano presenciaron
la ferocidad de esta batalla a muerte.
Ella ondeó su bracamarte reluciente,
forjado por el enano que era su amante,
era flexible y maleable como un juncal,
luminoso y más duro que el diamante.
Luchando en el bando de la reina
abatió al señor del fuego,
cuyos ejércitos se batieron en retirada,
mientras la reina culminaba su juego.
Puso rumbo al país de las hadas,
su triunfo le permitió volver a casa.

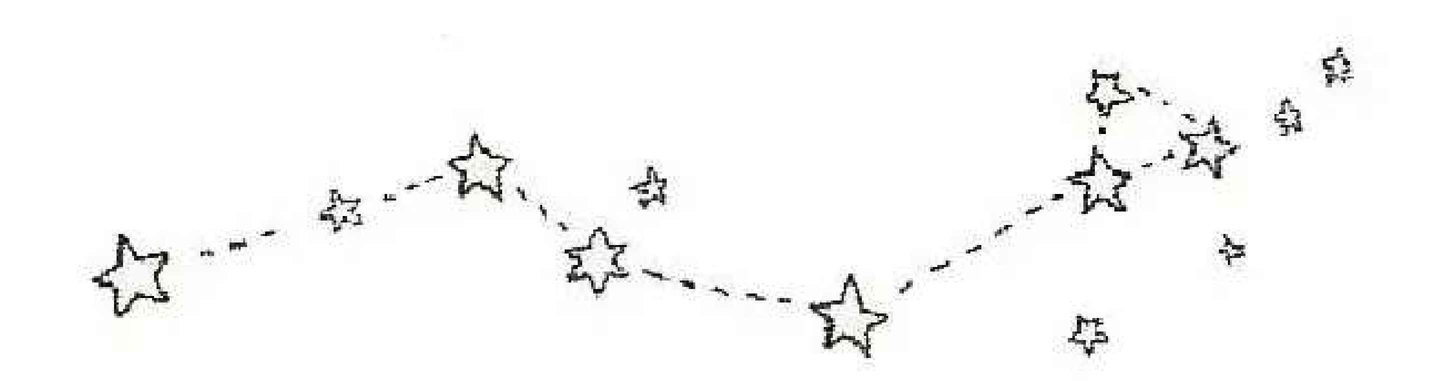
—Philip James Bailey,
«Cuento de hadas»



Estoy tendida en el inmenso lecho del rey supremo, sangrando sobre sus majestuosas colchas. Me duele todo. Noto un dolor intenso y punzante en el vientre, y me palpita la cabeza.

Cardan está de pie a mi lado. Su chaqueta está colgada en una silla cercana, el tejido de terciopelo tiene unas manchas oscuras. Va remangado y me está lavando las manos con un paño húmedo. Me está limpiando la sangre.

Intento decir algo, pero tengo la boca pastosa. Vuelvo a sumirme en la oscuridad.



No sé cuánto tiempo he dormido. Solo sé que ha sido mucho. Cuando me despierto, siento una sed imperiosa. Salgo de la cama a duras penas, desorientada. Hay varias velas encendidas en la habitación. Bajo su luz, compruebo que sigo en la alcoba de Cardan, en su cama, y que estoy sola.

Encuentro una jarra de agua y me la acerco a los labios, sin molestarme en usar vaso. Bebo y bebo sin parar, hasta que por fin me sacio. Me recuesto en el colchón y trato de reconstruir lo ocurrido. Parece el fruto de un sueño febril.

No puedo seguir en la cama. Ignorando los dolores, me dirijo al cuarto de baño. La bañera está llena y, tras sumergir la mano, el agua resplandece cuando mis dedos la recorren. También me han dejado un orinal, un detalle que agradezco enormemente.

Me desnudo con cuidado y me meto en la bañera, me froto con las uñas para que el agua se lleve la mugre y la sangre seca acumuladas durante días. Me restriego la cara y me escurro el pelo. Cuando salgo, me siento mucho mejor.

De vuelta en el dormitorio, me acerco al armario. Busco entre la montaña de trajes excéntricos de Cardan hasta llegar a la conclusión de que, aunque fueran de mi talla, no podría ponerme ninguno ni en broma. Me pongo una voluminosa camisa de mangas abombadas y cojo la capa menos ridícula del armario —de lana negra, revestida con piel de ciervo y ribeteada con hojas bordadas— para envolverme en ella. Después atravieso el pasillo hacia mis antiguos aposentos.

Los caballeros que hay en la puerta advierten que voy descalza y el ahínco con que me envuelvo en la capa. No sé qué se pensarán, pero me niego a avergonzarme. Recurro a mi recién acuñada posición como reina de Elfhame y los fulmino con la mirada hasta que agachan la cabeza.

Cuando entro en mis aposentos, Tatterfell pega un respingo en el sofá donde estaba sentada, jugando a las cartas con Oak.

—Uy —exclamo—. Vaya.

—Hola —dice Oak, titubeando.

—¿Qué haces tú aquí?

Oak tuerce el gesto y me arrepiento de haber sido tan brusca.

—Lo siento —digo, mientras rodeo el sofá y me agacho para darle un abrazo—. Me alegra que hayas venido. Es solo que no me lo esperaba.

No añado que estoy preocupada, aunque lo estoy. La corte de Elfhame es un lugar peligroso para cualquiera, pero sobre todo para Oak.

Aun así, apoyo la cabeza en su cuello e inspiro su aroma, a tierra y pinochas. Mi hermano pequeño me abraza tan fuerte que me hace daño, rozándome la mandíbula ligeramente con uno de sus cuernos.

—Vivi también está aquí —dice, cuando me suelta—. Y Taryn. Y Heather.

—¿En serio?

Cruzamos una mirada cargada de significado. Podía esperar que Heather volviera con Vivi, pero me sorprende que estuviera dispuesta a regresar a Elfhame. Pensé que se tiraría una buena temporada sin querer saber nada de Faerie.

—¿Dónde están?

—Cenando con el rey supremo —responde Tatterfell—. Oak no quiso ir, así que le trajeron una bandeja con la comida.

Adereza sus palabras con un tono de reproche que conozco bien. Seguro que piensa que rechazar el honor de la compañía real es un indicio de que Oak está malcriado.

Yo lo considero una señal de que ha estado atento.

Pero me interesa más la bandeja de la cena, con porciones a medio comer de manjares en fuentes de plata. Me ruge el estómago. No sé cuánto tiempo llevo sin probar comida de verdad. Sin pedir permiso, me acerco y comienzo a engullir lonchas de fiambre de pato y trozos de queso e higos. Hay una jarra con un té bien cargado, y me lo bebo directamente desde el pitorro. Tengo tanta hambre que empiezo a recelar.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Te drogaron… —responde Oak, encogiéndose de hombros—. Así que te has despertado otras veces, pero durante poco rato. No como ahora.

Eso me inquieta, en parte porque no lo recuerdo y en parte porque he debido de monopolizar la cama de Cardan durante todo este tiempo. Pero me niego a pensar demasiado en ello, del mismo modo que dejé la mente en

blanco cuando salí de los aposentos del rey supremo ataviada tan solo con una camisa y una capa. En vez de eso, saco uno de mis antiguos atuendos de senescal: una toga negra con el cuello y los puños decorados con plata. Quizá sea un poco sencillo para una reina, pero Cardan ya cubre el nivel de extravagancia por los dos.

Cuando termino de vestirme, regreso a la sala de estar.

—¿Me peinas? —le pregunto a Tatterfell.

Ella se levanta, resoplando.

—Contaba con ello. No puedes ir por ahí con esos pelos.

Me lleva de vuelta al dormitorio, donde me mete prisa para llegar hasta el tocador. Allí me trenza el pelo y le da forma de halo. Después me pinta los labios y los párpados de un color rosa pálido.

—La idea es que tu pelo semeje una corona —dice—. Aunque supongo que en algún momento te coronarán como es debido.

Al pensar eso me entra vértigo, sumado a una sensación de irrealidad. No sé a qué está jugando Cardan, y eso me inquieta.

Recuerdo cómo me insistía Tatterfell para que me casara. Eso, sumado a mi certeza de que jamás lo haría, hace que resulte aún más extraño que ella esté aquí, peinándome como cuando era pequeña.

—Sea como sea, has logrado que parezca una reina —le digo, y nuestras miradas se cruzan en el espejo. Tatterfell sonríe.

—¿Jude? —Oigo una voz suave. Es Taryn.

Ha entrado desde la otra habitación, con un vestido de hilo dorado. Está imponente, con las mejillas sonrosadas y un brillo en los ojos.

—Hola —la saludo.

—¡Estás despierta! —exclama y entra corriendo—. Vivi, está despierta.

Entonces entra Vivi, vestida con un traje de terciopelo, de color verde botella.

—Has estado a punto de morirte, ¿sabes? Otra vez.

Heather la sigue con un vestido de color azul pálido, con ribetes rosas que hacen juego con el color de su pelo. Me sonríe con simpatía, cosa que agradezco. Es agradable tener a alguien que no me conozca lo suficiente como para enfadarse.

—Ya —respondo—. Lo sé.

—Siempre te metes en la boca del lobo —me reprende Vivi—. Tienes que dejar de actuar como si la política cortesana fuera una especie de deporte extremo y parar de buscar el subidón de adrenalina.

—No pude evitar que Madoc me secuestrara —protesto.

Vivi me ignora y prosigue:

—Ya, y entonces el rey supremo se presentó ante nuestra puerta, dispuesto a tirar abajo el edificio para encontrarte. Y cuando por fin tuvimos noticias tuyas a través de Oriana, resulta que no podíamos fiarnos de nadie. Así que tuvimos que contratar a una gorro rojo caníbal para que nos acompañara, por si acaso. Y menos mal que lo hicimos…

—Cuando te vimos tirada en la nieve… Estabas muy pálida, Jude —interrumpe Taryn—. Y cuando empezaron a germinar plantas a tu alrededor, no supe qué pensar. Flores y enredaderas se abrieron paso entre el hielo. Tu piel recuperó su color y te levantaste. No me lo podía creer.

—Ya —susurro—. Yo también me sorprendí bastante.

—¿Significa eso que tienes poderes mágicos? —pregunta Heather, siempre tan sensata. Se supone que los mortales no tenemos magia.

—No lo sé —respondo.

—Sigo sin poder creer que te casaras con el príncipe Cardan —dice Taryn.

Siento una necesidad extraña de justificarme. Quiero decirles que la pasión no tuvo nada que ver, que mi decisión fue puramente pragmática. ¿Quién no querría ser la reina de Faerie? ¿Quién no aceptaría ese trato?

—Tú le… odiabas —añade Taryn—. Y luego me enteré de que lo estuviste controlando todo el tiempo. Así que pensé que a lo mejor le seguías odiando. En fin, supongo que es posible que os sigáis odiando mutuamente, pero esto no hay quien lo entienda.

Alguien llama a la puerta y la interrumpe. Oak corre a abrir. Como si nuestra conversación lo hubiera invocado, aparece el rey supremo, rodeado por sus guardias.



Cardan lleva puesto un jubón negro y almidonado, de cuello alto y enjoyado. Lleva cubiertas las puntas de las orejas con unas fundas doradas en forma de cuchillo, a juego con el maquillaje dorado de sus pómulos. Tiene un gesto distante.

—Acompáñame —dice, sin margen para negativas.

—Por supuesto.

Se me acelera el corazón, a mi pesar. Detesto que me haya visto en mi momento más vulnerable, que me dejara sangrar sobre sus sábanas de seda de araña.

—Aún no estás recuperada del todo —dice Vivi, cogiéndome de la mano.

Cardan enarca sus cejas negras.

—El Consejo Orgánico está ansioso por hablar con ella.

—No lo dudo —replico, después miro a mis hermanas, y a Heather y a Oak, que asoman por detrás de ellas—. Y Vivi debería alegrarse, ya que el único peligro de asistir a una reunión del consejo es el de morir de aburrimiento.

Suelto a mi hermana. Los guardias se sitúan detrás de nosotros. Cardan me cede su brazo, obligándome a caminar a su lado, y no por detrás, como habría hecho siendo su senescal. Atravesamos varias estancias, y cuando pasamos junto a algún cortesano, inclinan la cabeza. Es algo que me desconcierta muchísimo.

—¿Cucaracha está bien? —pregunto en voz baja, para que no me oigan.

—Bomba sigue sin saber cómo despertarle —responde Cardan—. Pero aún hay esperanza de que lo consiga.

Al menos no está muerto. Pero si se pasa cien años dormido, estaré en mi tumba antes de que vuelva a abrir los ojos.

—Tu padre envió un mensaje —dice Cardan, mirándome de reojo—. Era muy hostil. Parece culparme por la muerte de su hija.

—Vaya —digo.

—Y ha enviado soldados a las cortes inferiores con la promesa de un nuevo régimen. Los insta a no titubear, a acudir a Elfhame y escuchar su desafío a la Corona. —Cardan lo explica todo con un tono neutral—. El Consejo Orgánico espera que le cuentes todo lo que sabes sobre la espada y los mapas. Por desgracia, la descripción que hice del campamento les pareció insuficiente.

—Que esperen un poco más. —Me fuerzo a decir esas palabras—. Antes tengo que hablar contigo.

Cardan parece sorprendido y un poco indeciso.

—No tardaremos mucho.

No me apetece nada mantener esta conversación, pero cuanto más la posponga, más me obsesionará. Cardan ha puesto fin a mi exilio; le hice prometer que lo haría, pero no tenía ningún motivo para proclamarme reina.

—Sea cual sea tu plan, lo que estés maquinando en mi contra, bien podrías contármelo ahora, antes de que estemos delante del consejo. Expón tus amenazas. Venga, lo estoy esperando.

—Sí —dice Cardan, girando por un pasillo del palacio que conduce al exterior—. Tenemos que hablar.

No tardamos en llegar a la rosaleda real. Los guardias se detienen ante la verja, para que entremos solos. Conforme nos adentramos en un sendero con

centelleantes escalones de cuarzo, todo se queda en silencio. El viento

transporta aromas florales, un perfume indómito que no existe fuera de Faerie. Hace que me sienta segura y amenazada al mismo tiempo.

—Doy por hecho que no querías dispararme —dice Cardan—. Teniendo en cuenta que la nota estaba redactada de tu puño y letra.

—Madoc envió a Fantasma… —Me interrumpo y lo intento de nuevo—: Creí que iban a atentar contra tu vida.

Cardan contempla una rosa con pétalos tan negros y lustrosos que parecen de charol.

—Fue aterrador verte caer —dice—. Eres alguien que suele aterrorizar a los demás, pero no estoy acostumbrado a temer por ti. Después me puse furioso. Creo que nunca me había sentido tan furioso en mi vida.

—Los mortales somos frágiles —replico.

—Tú no. —Lo dice como si fuera un lamento—. Tú nunca te rompes.

Es una afirmación absurda, viendo lo malherida que estoy. Mi cuerpo parece una constelación de magulladuras, sostenido en pie a base de tozudez. Aun así, me gusta oír eso. Me gusta todo lo que está diciendo.

«Ese muchacho es tu debilidad».

—Cuando llegué aquí, haciéndome pasar por Taryn, dijiste que me enviaste varias cartas —digo—. Te sorprendió que no recibiera ninguna. ¿Qué decían?

Cardan se gira hacia mí, con las manos entrelazadas por detrás de la espalda.

—Eran súplicas, más que nada. Ruegos para que volvieras. Y algunas promesas indiscretas.

Esboza una sonrisa burlona, una que según él es fruto del nerviosismo. Yo cierro los ojos para contener esta frustración que me insta a gritar.

—Déjate de juegos —replico—. Me enviaste al exilio.

—Ya —dice—. Eso. No puedo dejar de pensar en lo que me dijiste, antes de que Madoc te secuestrara. Lo de que todo era una argucia. Lo de casarme contigo, nombrarte reina, enviarte al mundo mortal… Te referías a todo eso, ¿verdad?

Me cruzo de brazos, a la defensiva.

—«Pues claro que era una argucia». ¿No fue eso lo que dijiste?

«Pues claro que era una argucia». ¿No fue eso lo que dijiste?

—Pero eso es lo que haces tú —replica Cardan—. Engañas a la gente. A Nicasia, a Madoc, a Balekin, a Orlagh. A mí. Pensé que me admirarías, aunque fuera un poco, por haber podido jugártela. Pensé que te enfadarías, desde luego, pero no tanto.

Me quedo mirándole, boquiabierta.

—¿Qué?

—Permite que te recuerde que yo no sabía que asesinaste a mi hermano, el embajador del Inframar, hasta esa misma mañana —prosigue—. Tuve que improvisar sobre la marcha. Es posible que me cabreara un poco. Pensé que eso apaciguaría a la reina Orlagh, al menos hasta que todas las promesas quedaran recogidas en el tratado. Para cuando hallaras la solución, las negociaciones habrían terminado. Piénsalo: «Declaro el exilio de Jude Duarte al mundo mortal. Salvo que reciba el perdón de la corona». —Hace una pausa—. «El perdón de la corona». Refiriéndose al rey de Faerie. O a su reina. Podrías haber regresado en cualquier momento.

Ah.

¡Ah!

Así que la elección de esas palabras no fue accidental. No fue un desliz. Fue algo deliberado. Un acertijo diseñado exclusivamente para mí.

Tal vez debería sentirme como una tonta, pero lo que me entra es una furia tremenda. Me doy la vuelta y me alejo de él, deprisa y sin rumbo fijo, a través de la rosaleda. Cardan corre detrás de mí, me agarra del brazo.

Me zafo de él y le abofeteo. Es un golpe fuerte, que emborrona el maquillaje dorado de su pómulo y le deja la piel enrojecida. Nos miramos durante un buen rato, jadeando. Hay un brillo en sus ojos que no tiene nada que ver con la ira.

No sé qué hacer. Esto me supera.

—Yo no quería hacerte daño. —Cardan me agarra la mano, posiblemente para impedir que vuelva a golpearle. Nuestros dedos se entrelazan—. No, no es eso, no exactamente. Más bien pensaba que no podría hacerte daño. Y jamás se me ocurrió pensar que me tendrías miedo.

—¿Y te gustó? —inquiero.

Cardan aparta la mirada. Ya tengo mi respuesta. Puede que no quiera

Cardan aparta la mirada. Ya tengo mi respuesta. Puede que no quiera ceder a ese impulso, pero lo tiene.

—Me sentí dolida, y sí, me das miedo. —Incluso mientras lo digo, desearía poder retirar estas palabras. Quizás se deba al cansancio por haber estado tan cerca de la muerte, pero no puedo impedir que la verdad emerja como un tsunami—. Siempre me has asustado. Me diste mil motivos para temer tu crueldad y tu volatilidad. Incluso te tuve miedo cuando estuviste atado a esa silla en la Corte de las Sombras. Te tuve miedo cuando te apoyé un cuchillo en el gaznate. Y te tengo miedo ahora.

Cardan parece más sorprendido que cuando lo abofeteé.

Él siempre fue un símbolo de todo lo que yo jamás podría obtener en Elfhame, la prueba de que nunca encajaría aquí. Y decírselo ha sido como quitarse un peso de encima, salvo que ese peso se supone que es mi armadura, y sin ella, temo quedar completamente expuesta. Pero sigo hablando a pesar de todo, como si ya no tuviera control sobre mi lengua:

—Me despreciabas. Cuando dijiste que me deseabas, fue como si estuviéramos en el mundo al revés. Pero lo de enviarme al exilio sí tuvo sentido. —Le sostengo la mirada—. Fue la típica jugada del Cardan de siempre. Me odié por no haberlo visto venir. Y me odio por no saber qué es lo que vas a hacer conmigo ahora.

Cardan cierra los ojos. Cuando los abre, me suelta la mano y se gira para que no le vea la cara.

—Entiendo que pensaras así. Supongo que no soy una persona en la que resulte fácil confiar. Puede que ni siquiera sea digno de ello. Pero deja que te diga una cosa: yo sí confío en ti.

Cardan inspira hondo antes de añadir:

—Quizá recuerdes que yo no quería ser rey supremo. Y que no me consultaste antes de encasquetarme esta corona. Quizá recuerdes también que Balekin no quería que conservara el título y que el Consejo Orgánico nunca me ha tenido demasiada estima.

—Supongo —respondo, aunque nada de eso resulta de extrañar. Balekin quería quedarse con la corona, y el Consejo Orgánico quería que Cardan acudiera a las reuniones, cosa que rara vez hacía.

—Cuando nací hubo una profecía. Baphen suele ser bastante ambiguo, pero en este caso concreto dejó claro que, si yo llegaba a reinar, sería un

pero en este caso concreto dejó claro que, si yo llegaba a reinar, sería un

monarca lamentable. —Hace una pausa—. La destrucción de la corona, la escisión del trono… Empleó un lenguaje muy dramático.

Recuerdo que Oriana mencionó que Cardan estaba condenado o algo así, y también lo dijo Madoc, aunque esto es más serio que un simple caso de mala suerte. Me hace pensar en la batalla que se avecina. Me hace pensar en mi sueño con las cartas astrales y el tintero de sangre derramada.

Cardan se gira hacia mí, me mira como lo hacía en mis ensoñaciones.

—Cuando me obligaste a trabajar para la Corte de las Sombras, jamás había considerado las cosas que se me dan bien (como asustar o cautivar a la gente) como un talento natural, y menos aún que pudieran ser algo valioso. Pero tú sí. Tú me enseñaste a darles una utilidad. Nunca me importó ser un villano de segunda, pero es posible que me haya convertido en algo más, en un rey supremo tan monstruoso como Dain. Y si lo hiciera, si cumpliera la profecía, sería preciso detenerme. Y creo que tú podrías hacerlo.

—¿Detenerte? —inquiero—. Pues claro. Si te conviertes en un capullo integral y en una amenaza para Elfhame, te cortaré la cabeza.

—Bien. —Cardan se queda meditabundo—. Ese es un motivo por el que me negaba a creer que te hubieras unido a Madoc. El otro es que quiero tenerte a mi lado, como mi reina.

Es un discurso un tanto extraño, carente de calidez, pero tampoco parece una artimaña. Y aunque me fastidia que me admire principalmente por mi rudeza, en fin, debería consolarme que al menos me admire por algo. Me quiere a su lado, y puede que también me quiera en otros sentidos. No puedo pedir más de él.

Cardan sonríe de medio lado y añade:

—Pero ahora que eres la reina suprema y vuelves a estar al mando, no haré nada trascendente en ningún caso. Si destruyo la corona y escindo el trono, será por pura negligencia.

Su comentario me provoca una carcajada.

—¿Así que esto es una excusa para no hacer nada? ¿Tienes que ponerte en plan decadente a todas horas porque, si no estás entretenido, podrías acabar cumpliendo una profecía descabellada?

—Exacto. —Me roza el brazo, su sonrisa se desvanece—. ¿Quieres que

—Exacto. —Me roza el brazo, su sonrisa se desvanece—. ¿Quieres que informe al consejo de que los verás en otro momento? Podría excusarme por ti, para variar.

—No. Estoy lista.

Me da vueltas la cabeza con todo lo que hemos hablado. Tengo una mancha dorada en la mano. Cuando le miro, veo que se le ha emborronado el maquillaje del pómulo a causa de mi bofetón. No puedo quitarle los ojos de encima, no puedo dejar de pensar en cómo me miró cuando entrelazamos los dedos. Esa es la única excusa que tengo para no haber advertido que me ha traído de vuelta a sus aposentos, aunque supongo que también son los míos, puesto que estamos casados.

—¿De verdad están aquí? —pregunto.

—Creo que su idea era hacerte una encerrona —me informa, con una mueca—. Como sabes, son muy cotillas y detestan quedarse al margen de cualquier cosa importante, incluida la convalecencia real.

Me imagino lo horrible que habría sido despertarme rodeada por el Consejo Orgánico al completo, cuando seguía hecha polvo, mugrienta y desnuda. Me aferró a esa ira y confío en que me ayude a ganar autoridad.

Dentro, el gran bufón Fala dormita en el suelo junto a la chimenea. El resto del consejo —Randalin con sus cuernos de carnero, el siniestro Mikkel de la Corte Oscura, y la insectil Nihuar de la Corte Luminosa— están repartidos por la estancia, sin duda molestos por la espera.

—Reina senescal —dice Fala, que se levanta y ejecuta una reverencia extravagante.

Randalin echa chispas por los ojos. Los demás comienzan a levantarse. Me siento terriblemente incómoda.

—No, por favor —digo—. No hace falta que os levantéis.

Mi relación con los consejeros siempre ha sido bastante tensa. Como senescal de Cardan, a menudo les denegaba audiencias con el rey supremo. Creo que sospechaban que mi principal cualificación para ese puesto era mi capacidad para mentir en su nombre.

Dudo que me consideren cualificada en absoluto para mi nuevo puesto.

Pero antes de que puedan decir nada, inicio una descripción del campamento de Madoc. Enseguida estoy recreando los mapas navales que vi y enumerando todas las facciones que combaten a su lado. Explico lo que vi

y enumerando todas las facciones que combaten a su lado. Explico lo que vi

en la fragua de Grimsen; Cardan lo puntualiza con algunos objetos que recuerda.

Elfhame cuenta con una ventaja numérica. Y tanto si yo puedo invocar el poder de la tierra como si no, es seguro que Cardan si puede: Pero luego está la cuestión de la espada, claro.

—¿Un duelo? —dice Mikkel—. Tal vez ha confundido al rey supremo con alguien más sanguinario. Contigo, por ejemplo.

Viniendo de él, no me lo tomo como una ofensa.

—Bueno, Jude se las vio con Grima Mog. —Nunca le he caído bien a Randalin, y no creo que los últimos acontecimientos hayan mejorado su opinión sobre mí—. ¿Quién, si no ella, dedicaría su exilio a reclutar matarifes famosos?

—Entonces, ¿tú mataste a Balekin? —me pregunta Nihuar, incapaz de seguir conteniendo su curiosidad.

—Sí —respondo—. Después de que envenenara al rey supremo.

—¿Lo envenenó? —pregunta asombrada, mirando a Cardan.

Él se encoge de hombros, recostado en una silla, con su cara de hastío habitual.

—No pretenderéis que os cuente hasta el más nimio detalle —replica.

Randalin cae en la provocación, con gesto de fastidio:

—Majestad, se nos dio a entender que su exilio estaba justificado. Y que, si deseabais casaros, lo consultaríais…

—Al menos uno de los dos nos lo podría haber contado… —dice Baphen, interrumpiendo a Randalin.

En el fondo, supongo que esto era lo que querían debatir: si hay algún modo de revertir lo sucedido e invalidar mi ascenso como reina suprema.

Cardan alza una mano para hacerlos callar.

—No, no, basta. Es demasiado tedioso como para explicarlo. Doy por concluida esta reunión. —Chasquea los dedos hacia la puerta—. Marchaos. Estoy harto de vosotros.

Aún me queda mucho para alcanzar ese nivel de arrogancia y descaro.

Pero el caso es que funciona. Los consejeros refunfuñan, pero se levantan y se van. Fala me lanza un beso por el camino.

y se van. Fala me lanza un beso por el camino.

Nos quedamos un rato a solas.

Entonces alguien llama a la puerta secreta de la alcoba del rey supremo. Antes de que podamos levantarnos, Bomba la atraviesa y entra en la estancia, con una bandeja para tomar el té. Lleva el pelo recogido en un moño, y si está exhausta por velar a Cucaracha, su rostro no da muestras de ello.

—Larga vida a Jude —dice con un guiño, mientras deposita la bandeja en una mesa, entre un estrépito de tazas y platillos—. Aunque no gracias a mí.

—Menos mal que tienes una puntería horrible —replico, sonriendo.

Bomba sostiene en alto un paquete de hierbas.

—Una cataplasma. Extrae las toxinas de la sangre y acelera la curación del paciente. Por desgracia, no previene los comentarios sarcásticos. —Saca unos vendajes de su chaqueta y se da la vuelta hacia Cardan—. Deberías irte.

—Esta es mi habitación —protesta, ofendido—. Y esta es mi esposa.

—Ya, no dejas de repetirlo a todas horas —replica Bomba—. Pero voy a quitarle los puntos, y no creo que te apetezca verlo.

—Quién sabe —añado—. A lo mejor le gustaría oírme gritar.

—Claro que me gustaría —dice Cardan, levantándose—. Y puede que algún día lo consiga.

De camino a la salida, me desliza una mano por el pelo.

Es una caricia suave, apenas perceptible, y fugaz.



La extracción de los puntos es un proceso lento y doloroso. Mi hermana es muy diestra con la aguja, y parece como si me hubiera bordado el estómago y el costado, dejando a Bomba con una ristra interminable de puntos diminutos que es preciso cortar uno a uno, para luego extraer los hilos de la piel y por último aplicar un ungüento.

—¡Ay! —exclamo por enésima vez—. ¿De verdad hace falta quitarlos?

Bomba suspira, exasperada.

—Tendríamos que haberlos quitado hace días.

Me muerdo la lengua para contener otro grito de dolor. Cuando recupero el habla, intento distraerme conversando:

—Cardan me ha dicho que tienes esperanzas con lo de Cucaracha.

Bomba está inclinada sobre mí, huele a pólvora y a hierbas agrias. Tuerce el gesto al responder:

—Nunca pierdo la esperanza cuando se trata de él. Alguien llama con suavidad a la puerta. Bomba me mira, expectante.

—Adelante —digo, bajándome el vestido para cubrir la escabechina de mi estómago.

mi estómago.

Una mensajera con alas de polilla y gesto nervioso entra en la habitación, concediéndome una tregua de esta sesión de tortura. Hace una reverencia, con cara de estar a punto de desmayarse. Tal vez sea por la maraña de hilo ensangrentado.

Me planteo darle alguna explicación, pero al parecer eso sería impropio de una reina, y solo serviría para hacernos pasar un mal rato a las dos. Así que opto por dirigirle una sonrisa que espero que resulte alentadora.

—¿Sí?

—Alteza —dice—. Lady Asha desea veros. Me envía para conduciros de inmediato a la alcoba donde está postrada.

Bomba suelta un bufido.

—Postrada —masculla.

—Dile que iré a verla en cuanto pueda —respondo con toda la majestuosidad que soy capaz de reunir.

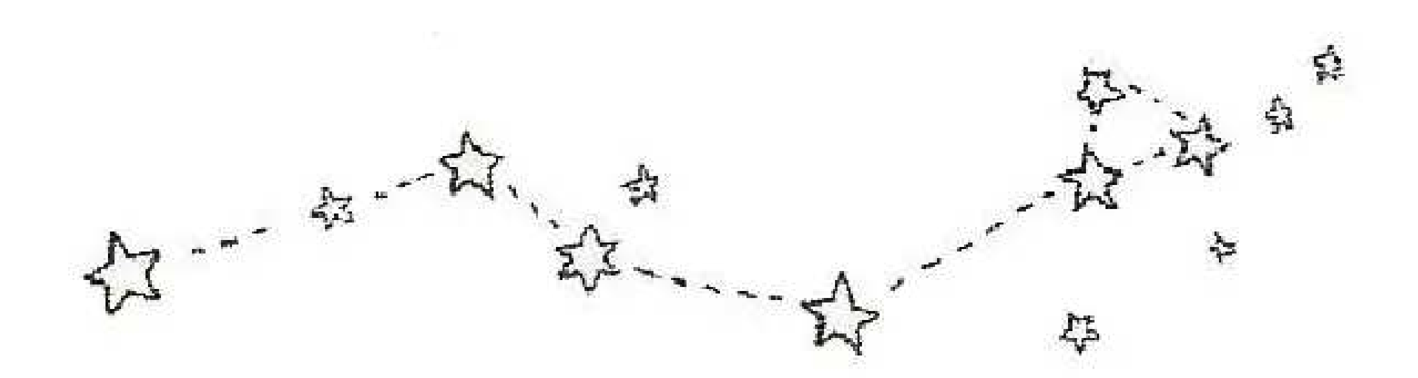
Aunque está claro que esa no es la respuesta que esperaba su señora, la mensajera no puede hacer nada para contradecirla. Titubea un instante, hasta que asimila la situación. Avergonzada, se marcha con otra reverencia.

—Eres la reina suprema de Elfhame. Actúa como tal —dice Bomba, mirándome con seriedad—. No permitas que nadie te dé órdenes. Ni siquiera yo.

—¡Pero si le he dicho que no! —protesto.

—Lady Asha no tiene por qué ser la siguiente en tu agenda solo porque lo pida. Y no debería pretender que sea la reina quien acuda a verla. Más aún, cuando estás herida. Ella está tendida en la cama, recuperándose del trauma de presenciar la escena, pero fuiste tú la que se cayó del techo.

—Ay —exclamo, aunque no sé si estoy reaccionando al tirón en la carne, a su justificada reprimenda, o a su mordaz descripción de lady Asha.



Cuando Bomba termina conmigo, ignoro su excelente consejo y me dirijo a la alcoba de lady Asha. No es que disienta con su razonamiento. Pero me gustaría decirle algo a la madre de Cardan, y este parece un momento excelente para hacerlo.

De camino por el pasillo me cruzo con Val Moren, que me corta el paso con su bastón. Los ojos del último senescal mortal del rey supremo despiden un brillo malicioso.

—¿Qué se siente al alcanzar una altura tan vertiginosa? —inquiere—. ¿Temes volver a tropezar?

Frunzo el ceño.

—Seguro que te gustaría saber lo que se siente.

—Qué arisca eres, mi reina —replica con un gruñido—. ¿No deberías tratar bien incluso al más humilde de tus súbditos?

—¿Quieres que te trate bien? —Antes me daba miedo, temía sus funestas advertencias y su mirada de loco, pero ya no—. Durante todos estos años, podrías habernos ayudado a mi hermana y a mí. Podrías habernos enseñado a sobrevivir aquí, como mortales que somos. Pero nos abandonaste a nuestra suerte, pese a que somos iguales.

Val Moren me observa con los ojos entornados.

—¿Iguales? —inquiere—. ¿Crees que una semilla plantada en suelo feérico da lugar a la misma planta que habría sido en el mundo mortal? No, semillita mía. No sé lo que eres, pero desde luego no somos iguales. Cuando llegué aquí, yo ya era adulto.

Y tras decir eso se marcha, mientras yo lo fulmino con la mirada.

Encuentro a lady Asha tendida en una cama con dosel, con la cabeza

Encuentro a lady Asha tendida en una cama con dosel, con la cabeza apoyada sobre una pila de almohadas. No creo que sea fácil encontrar una postura cómoda con esos cuernos, aunque supongo que cuando son los tuyos, te acabas acostumbrando a ellos.

A su lado están sentadas dos cortesanas; una va ataviada con un vestido y la otra con pantalones y una chaqueta, con una abertura en la espalda para sus delicadas alas. Una está leyendo en alto una antología de sonetos chismosos. La sirvienta que me trajo el mensaje de lady Asha enciende unas velas y el ambiente queda inundado por un olor a salvia, clavo y lavanda.

Cuando entro, las cortesanas permanecen sentadas más tiempo de lo debido, y cuando se levantan para reverenciarme, lo hacen con una visible apatía. Lady Asha permanece recostada, observándome con una sonrisita, como si las dos compartiéramos un secreto desagradable.

Pienso en mi madre, algo que no pasaba desde hace mucho tiempo. Recuerdo cómo inclinaba la cabeza hacia atrás cuando se reía. Cómo nos permitía acostarnos tarde en verano, mientras jugábamos al pillapilla por el jardín, bajo la luz de la luna, con las manos pegajosas por los restos derretidos de un polo y el ambiente cargado por el olor de la fragua de papá. Recuerdo pasear por la tarde, ver dibujos animados en el salón y tener la piel acribillada de picaduras de mosquito. Recuerdo cómo me sacaba en brazos del coche cuando me quedaba dormida en los trayectos largos. Evoco esa sensación cálida y soñolienta de dejarse llevar en volandas.

¿Qué habría sido de mí sin todo eso?

—No hace falta que te levantes —le digo a lady Asha.

Me mira con sorpresa, después ofendida, porque mi comentario implica que me debe el trato propio de mi nueva posición. La cortesana de la chaqueta tiene un brillo en la mirada que me hace pensar que enseguida irá a contarle a todo el mundo lo que acaba de presenciar. Dudo mucho que yo salga bien parada en su versión de la historia.

—Luego hablamos —les dice lady Asha a sus amigas, con un tono gélido.

Parece que las cortesanas se toman esa despedida con deportividad. Realizan otra reverencia —cuidándose de dirigirla hacia las dos— y se marchan, sin esperar apenas a que se cierre la puerta para empezar a cuchichear.

cuchichear.

—Tu visita es una muestra de generosidad —dice la madre de Cardan—. Teniendo en cuenta que hace muy poco de tu regreso. Y de tu ascenso al trono.

Me obligo a no sonreír. La incapacidad para mentir da lugar a frases la mar de interesantes.

—Venga —dice—. Siéntate un rato a mi lado.

Sé que Bomba me diría que este es otro ejemplo en el que estoy permitiendo que me dé órdenes, pero me parece de mala educación negarme a algo tan nimio.

—Cuando te traje desde la Torre del Olvido hasta mi guarida de espías —le digo, por si necesita que le recuerde por qué no debería cabrearme—, me dijiste que querías mantenerte alejada de tu hijo, el rey supremo. Pero parece que os habéis reconciliado. Estarás muy contenta.

Lady Asha hace un mohín.

—Cardan siempre fue un niño difícil, y con el tiempo no ha hecho sino empeorar. Chillaba para que lo cogiera en brazos, y cuando lo hacía, empezaba a morderme y a patalear para que lo soltara. Se obsesionaba con un juego hasta que lo dominaba, y después quemaba todas las piezas. Cuando dejas de suponer un desafío, te desdeña.

—¿Y me estás poniendo sobre aviso por puro altruismo? —replico, mirándola fijamente.

Ella sonríe.

—Te aviso porque ya no importa. Ya estás condenada, reina de Elfhame. Amas a Cardan. Ya lo amabas cuando me preguntaste por él, y no por tu propia madre. Y le seguirás amando, joven mortal, mucho después de que sus sentimientos se evaporen como el agua del rocío.

No puedo evitar pensar en el silencio de Cardan cuando le pregunté si le gustaba que le tuviera miedo. Una parte de él siempre se regodeará en la crueldad. Aunque haya cambiado, podría volver a hacerlo.

Detesto ser una ingenua. Detesto que mis emociones me debiliten y me controlen. Pero el temor a ser una ingenua me hizo quedar como una tonta. Tendría que haber hallado la respuesta al acertijo de Cardan mucho antes. Aunque no supiera que era intencionado, seguía siendo un desliz que podría

Aunque no supiera que era intencionado, seguía siendo un desliz que podría haber aprovechado. Pero estaba tan avergonzada por haber caído en la trampa que dejé de buscar una forma de sortearla. Y cuando encontré un modo, ni siquiera lo puse en práctica.

Puede que desear que alguien te quiera no sea lo peor del mundo, aunque no seas correspondido. Aunque te duela. Puede que la debilidad forme parte de la esencia del ser humano.

Puede que el problema fuera la vergüenza.

Pero bien es cierto que mis temores no fueron el único motivo por el que estuve exiliada tanto tiempo.

—¿Por eso interceptaste las cartas que me envió? ¿Para protegerme? ¿O porque temes que Cardan no se canse de mí? Porque, mi señora, yo siempre supondré un desafío para él.

Admito que me estoy tirando un farol con lo de las misivas. Pero pocas personas habrían tenido el acceso y la influencia necesarios para interceptar un mensaje del rey supremo. No pudo ser una embajadora de un reino extranjero. Probablemente, tampoco un miembro del Consejo Orgánico. Y sospecho que lady Asha no me tiene en demasiada estima.

La madre de Cardan me observa sin inmutar su gesto.

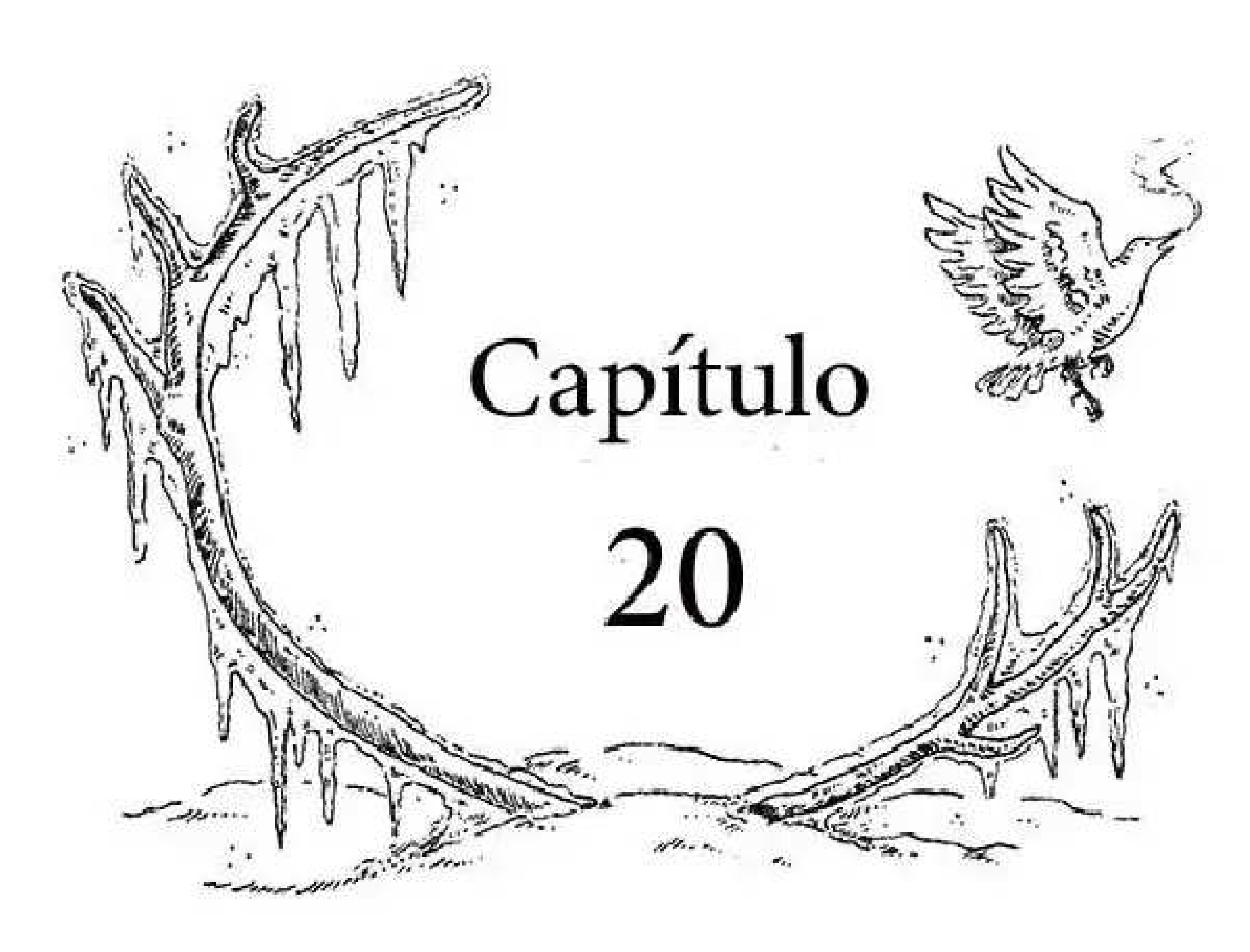
—A veces las cosas se pierden. O se destruyen.

Como no puede mentir, eso es lo más parecido a una confesión.

—Entiendo —digo, levantándome—. En ese caso, seguiré tu consejo con el mismo ánimo con que me lo has dado.

Mientras la observo desde la puerta, digo lo que considero que es lo último que querría oír:

—Y la próxima vez, más vale que me hagas esa reverencia.



Estoy atravesando el pasillo cuando una ninfa soldado se acerca corriendo hacia mí, con una armadura tan pulida que su piel cerúlea se refleja en ella.

—Majestad, debéis venir rápido —dice, apoyándose una mano sobre el corazón.

—¿Fand?

Cuando íbamos a la escuela palaciega, las dos soñábamos con obtener el título de caballero. Parece ser que una de las dos lo ha conseguido.

Se sorprende al ver que la recuerdo, aunque no ha pasado tanto tiempo. Supongo que ella también cree que he ascendido a unas alturas tan vertiginosas que pueden afectar a la memoria.

—*Sir* Fand —me corrijo, y ella sonríe.

Le devuelvo la sonrisa. Aunque no éramos amigas, nos llevábamos bien. Y para mí, en la Corte Suprema, eso era algo insólito.

—¿Por qué tengo que acudir a toda prisa?

Su gesto vuelve a tornarse serio.

—Hay un batallón del Inframar en la sala del trono.

—Vamos —digo, y me dejo guiar por ella a través de los pasillos.

Algunos feéricos inclinan la cabeza a mi paso. Otros se abstienen sin el menor disimulo. No sé cómo actuar, así que los ignoro a ambos.

—Deberíais tener vuestra propia guardia —dice sir Fand, avanzando por detrás de mí.

A todo el mundo le encanta decirme cómo debería hacer mi trabajo. Pero, al menos en este caso, mi silencio es respuesta suficiente como para hacerla callar.

Cuando llegamos al auditorio, está prácticamente vacío. Randalin se está retorciendo sus arrugadas manos mientras observa a los soldados del Inframar: *selkies* y feéricos de piel pálida que me hacen pensar en aquellos a los que llaman «los ahogados». Nicasia está situada al frente de la comitiva, con una armadura de escamas iridiscentes y el pelo decorado con dientes de tiburón, cogiéndole las manos a Cardan. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Cardan inclina la cabeza hacia ella, un gesto que me recuerda que en el pasado fueron amantes.

Nicasia se gira de golpe al verme, ciega de ira.

—¡Ha sido tu padre!

Retrocedo un paso, sorprendida.

—¿Qué?

—La reina Orlagh —dice Cardan, con una serenidad que me parece un pelín forzada—. Al parecer, ha sido víctima de un proyectil élfico. Se clavó a fondo en su carne, aunque se detuvo antes de alcanzar el corazón. No hay forma de extraerlo, ni por medios mágicos ni convencionales. Se mueve como si tuviera vida propia, aunque es posible que contenga hierro en su composición.

Mi mente repasa lo ocurrido a toda velocidad. Fantasma. Fue allí adónde lo envió Madoc, al mar. No para matar a la reina, lo cual enfurecería a los feéricos del mar y estrecharía sus lazos con Cardan, sino para herirla de tal gravedad como para poder utilizarla en su provecho. ¿Cómo podría su pueblo arriesgarse a luchar contra Madoc, si él podría mantenerla con vida, siempre que se abstuvieran de intervenir?

—Lo siento mucho. —Es una frase muy humana y completamente inútil,

pero la pronunció a pesar de todo.

Nicasia pone una mueca.

—Más te vale.

Al cabo de un rato, le suelta la mano a Cardan con cierta reticencia. Hubo un tiempo en que Nicasia se habría casado con él. Dudo mucho que mi aparición la haya hecho renunciar a esa posibilidad.

—Debo volver junto a mi madre. La corte del Inframar está sumida en el caos.

Hace tiempo, Nicasia y su madre me tuvieron prisionera, encerrada en una celda, y trataron de minar mi voluntad. A veces, en sueños, sigo estando allí, sigo flotando entre el frío y la oscuridad.

—Somos tus aliados, Nicasia —le recuerda Cardan—. Por si nos necesitas.

—Como mínimo, cuento con que vengues a mi madre —replica ella.

Después, tras lanzarme otra mirada hostil, se da la vuelta y se marcha. Los soldados del Inframar cierran filas a su paso.

No puedo enfadarme con ella. Madoc se ha marcado una jugada maestra, que además no podría ser más ambiciosa. Orquestar la muerte de Orlagh no sería tarea fácil; ella representa uno de los poderes más antiguos y asentados de Faerie, es más vieja incluso que Eldred. Pero herirla de tal modo me parece aún más difícil.

—Ahora que Orlagh está debilitada, es posible que alguien trate de disputarle el trono —dice Randalin con cierto pesar, como si dudara de que Nicasia esté en condiciones de cumplir lo que se espera de ella—. El mar es un lugar implacable.

—¿Han capturado al que intentó asesinarla? —pregunto.

Randalin frunce el ceño, como suele hacer cuando le formulo una pregunta para la que no tiene respuesta, pero no quiere admitirlo.

—No creo. Si lo hubieran capturado, nos lo habrían dicho.

Lo que significa que Fantasma tal vez haya venido aquí después de todo. Lo que a su vez implica que Cardan sigue en peligro. Y cada vez tenemos menos aliados. Este es el problema de jugar a la defensiva: nunca sabes cuándo atacará tu enemigo, así que consumes muchos recursos tratando de prever cualquier eventualidad.

—Los generales querrán adaptar sus planes —dice Randalin, lanzando una mirada inquisitiva a Cardan—. Tal vez deberíamos convocarlos.

—Sí —responde Cardan—. Sí, supongo que deberíamos hacerlo.

Nos dirigimos a la sala de estrategia, donde nos espera una cena fría a base de huevos de oca, pan de grosellas y unas lonchas finísimas de jabalí asado. La maestra de sirvientes, una mujer grande y espigada, nos aguarda, junto con los generales. La reunión no tarda en adoptar un aire festivo, con una parte dedicada a entretener a los nobles y las damas de las cortes inferiores que van llegando, y la otra parte a planificar una guerra.

El nuevo gran general resulta ser un ogro llamado Yorn. Lo nombraron durante mi exilio. No tengo nada en su contra, aunque se le ve un poco nervioso. Irrumpe en compañía de tres de sus generales, con un montón de preguntas sobre los mapas y los materiales de los que le informó el Consejo Orgánico. Titubeando, comienza a reorganizar nuestra estrategia naval.

Una vez más, trato de adivinar cuál será el próximo movimiento de Madoc. Tengo muchas piezas del puzle, pero no sé cómo encajarlas. Lo que sí sé es que Madoc está cortando las vías de escape, reduciendo las variables, limitando nuestra capacidad de sorpresa, para así aumentar las probabilidades de éxito de sus planes.

Solo me queda esperar que nosotros también podamos sorprenderlo.

—Deberíamos atacar en cuanto sus barcos asomen por el horizonte —dice Yorn—. Negarle cualquier oportunidad de parlamentar. Será más difícil sin el apoyo del Inframar, pero no imposible. Seguimos teniendo más efectivos que ellos.

Según las normas de hospitalidad feéricas, si Madoc lo solicita, podrá venir aquí al frente de una pequeña comitiva con el propósito de debatir alternativas a la guerra. Siempre que no empuñe un arma, podrá comer, beber y conversar con nosotros durante todo el tiempo que quiera. Cuando esté listo para partir, el conflicto se reanudará en el punto exacto en el que se interrumpió.

—Primero enviará un ave mensajera —dice Baphen—. Esos barcos podrían llegar escudados en sombras o niebla. No sabemos con qué magia cuenta.

—Madoc quiere batirse en duelo —añado—. En cuanto desenfunde un

arma, infringirá los términos del parlamento. Y no podrá traerse un ejército grande a tierra firme con el propósito de negociar la paz.

—Lo mejor será rodear las islas con barcos —dice Yorn, que vuelve a desplazar miniaturas por el precioso mapa de Insweal, Insmire, Insmoor e Insear que está desplegado sobre la mesa—. Podemos impedir que los soldados de Madoc desembarquen. Abatir a cualquier ave que se aproxime. Contamos con aliados de las cortes inferiores para reforzar nuestros efectivos.

—¿Y si Madoc recibe ayuda del Inframar? —pregunto.

Los demás me miran perplejos.

—Pero si tenemos un tratado —replica Randalin—. A lo mejor no te enteraste, porque…

—Sí, tenéis un tratado ahora —recalco, negándome a que me recuerden de nuevo mi exilio—. Pero Orlagh podría cederle la corona a Nicasia. Si lo hiciera, la reina Nicasia tendría libertad para forjar una nueva alianza con Madoc. Del mismo modo que, cuando la Corte de los Dientes puso a un niño cambiado en el trono, tuvieron libertad para marchar contra Elfhame. Y Nicasia podría aliarse con Madoc si este le promete sanar a su madre.

—¿Os parece probable que eso ocurra? —le pregunta Yorn a Cardan, frunciendo el ceño.

El rey supremo responde ondeando una mano:

—Jude siempre se espera lo peor, tanto de sus amigos como de sus enemigos. Aunque a veces se equivoca.

—Muy pocas veces —le susurro al oído.

Cardan enarca una ceja.

Fand entra en la estancia en ese momento, cohibida al ver a tanta gente importante.

—Les ruego me disculpen, pero trai… traigo un mensaje para la reina —dice, tartamudeando a causa de los nervios—. De parte de su hermana.

—¿No ves que la reina está ocupa…? —comienza a replicar Randalin.

—¿Qué hermana? —inquiero, cruzando la estancia hacia ella.

—Taryn —responde, y se la ve mucho más tranquila ahora que está hablando solo conmigo. Baja la voz y añade—: Me ha dicho que os reunáis con ella en la antigua morada del rey supremo.

—¿Cuándo? —pregunto, con el corazón acelerado.

Taryn es una persona prudente y juiciosa. No le gustan ni los mensajes crípticos, ni los lugares de encuentro siniestros. Si quiere que acuda a Villa Fatua, tiene que haber sucedido algo grave.

—Lo antes posible —responde Fand.

—Iré ahora mismo —afirmo, después me giro hacia los consejeros, los generales y el rey supremo—. Me requieren para un asunto familiar. Si me disculpáis…

—Yo te acompaño —dice Cardan, levantándose.

Abro la boca para explicarle los motivos por los que no puede venir. El problema es que cuando le miro a los ojos, con ese contorno dorado, y él me mira con cara de no haber roto un plato en su vida, no se me ocurre uno solo que le pueda disuadir.

—Bien —dice, pasando de largo junto a mí—. Está decidido.

Yorn parece aliviado por nuestra marcha. Randalin, como cabría esperar, parece cabreado. Baphen está entretenido comiéndose un huevo de oca mientras varios generales debaten sobre cuántas cortes inferiores aportarán barcos y cómo influirá eso en sus mapas.

En el pasillo, me veo obligada a apretar el paso para alcanzar a Cardan.

—Ni siquiera sabes adónde vamos.

Cardan se aparta unos rizos negros del rostro.

—¿Adónde vamos, Fand?

La caballera responde con gesto sombrío:

—A Villa Fatua.

—Vaya —dice Cardan—. En ese caso, menos mal que voy yo también. Me necesitarás para engatusar a esa puerta.

Villa Fatua pertenecía al hermano mayor de Cardan, Balekin. Considerado el miembro más influyente de los Estorninos —una facción de la Corte Suprema entregada a los festejos, el libertinaje y los excesos—, Balekin era famoso por sus fiestas salvajes. Engañaba a los mortales para que le sirvieran, los hechizaba para que solo recordaran lo que a él le conviniera. Era una persona horrible, y eso fue antes de que liderase un sangriento ataque contra el resto de su familia, en un intento por alcanzar el

trono.

También fue la persona que crio a Cardan.

Mientras pienso en todo eso, Cardan envía a Fand a buscar el carruaje real. Me gustaría decirle que puedo montar a caballo, pero aún sigo convaleciente y creo que no debería hacerlo. Al cabo de un rato, me ayudan a subir a un carruaje maravillosamente engalanado, con asientos bordados con un estampado de escarabajos y enredaderas. Cardan toma asiento frente a mí, apoya la cabeza sobre el marco de la ventanilla mientras los caballos se ponen en marcha.

Cuando nos alejamos del palacio, advierto que es más tarde de lo que pensaba. El amanecer ya despunta por el horizonte. Mi prolongado letargo ha distorsionado mi percepción del tiempo.

Pienso en el mensaje de Taryn. ¿Qué motivo tendrá para hacerme ir a la finca de Balekin? ¿Tendrá algo que ver con la muerte de Locke?

¿Podría tratarse de otra traición?

Finalmente, los caballos se detienen. Me apeo del carruaje justo cuando uno de los guardias salta al suelo desde la parte delantera para ayudarme a bajar. Parece desconcertado cuando me ve junto a los caballos, pero no he caído en la cuenta de esperar. No estoy acostumbrada a formar parte de la realeza, y me preocupa no llegar a acostumbrarme nunca.

Sale Cardan, pero no se fija ni en el guardián ni en mí, sino en Villa Fatua. Hace restallar su cola, delatando todas las emociones que oculta su rostro.

Este edificio cubierto por una gruesa capa de hiedra, con una torre torcida y unas raíces pálidas y velludas pendiendo de los balcones, fue antaño su hogar. Aquí presencié cómo un sirviente humano lo azotaba por orden de Balekin. Y seguro que han sucedido cosas peores, aunque Cardan nunca ha querido hablar de ellas.

Me restriego el pulgar sobre el muñón de la yema que me falta en un dedo, la que me arrancó de un mordisco uno de los guardias de Madoc, y de repente me doy cuenta de que si se lo contara a Cardan, seguramente me entendería. Puede que incluso mejor que nadie. Él comprendería esa extraña mezcla de miedo y vergüenza que siento, incluso ahora, al pensar en ello. A pesar de nuestras disputas, hay momentos en los que nos compenetramos de

maravilla.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Cardan.

—Taryn me ha citado aquí —respondo—. Ni siquiera sabía que conociera este lugar.

—Y no lo conoce —replica Cardan.

La puerta de madera pulida sigue teniendo un rostro tallado, enorme y siniestro. También sigue rodeada de farolillos, pero las sílfides ya no vuelan desesperadas en círculos por su interior. En vez de eso, despiden un leve fulgor mágico.

—Mi rey —dice la puerta con afecto, abriendo los ojos.

Cardan le dedica una sonrisa.

—Mi puerta —dice con un ligero tembleque en la voz, como si se sintiera raro al volver aquí.

—Sed bienvenido —dice la puerta, que se abre de par en par.

—¿Hay una chica parecida a esta, aquí dentro? —pregunta Cardan, señalándome.

—Sí —responde la puerta—. Muy parecida. Está abajo, con el otro.

—¿Abajo? —pregunto, mientras nos adentramos en el cavernoso vestíbulo.

—Hay unas mazmorras —dice Cardan—. Muchos feéricos pensaban que solo tenían fines decorativos. Por desgracia, no era así.

—¿Y qué hace Taryn ahí abajo? —inquiero, pero para eso no tiene respuesta.

Bajamos, los guardias reales me preceden. En el sótano huele mucho a tierra. La estancia en la que entramos está casi vacía, solo hay cadenas y algunos muebles que no tienen ninguna pinta de cómodos. Hay unos braseros encendidos, despiden tanto calor que me arden las mejillas.

Taryn está sentada al lado de una mazmorra. Viste con sencillez, con un vestido y una capa, y sin todos esos atuendos y peinados rimbombantes, parece mucho más joven. Me inquieta pensar que yo también pueda tener esa apariencia tan aniñada.

Taryn se levanta al ver a Cardan y desliza una mano protectora sobre su vientre. Le hace una reverencia.

—¿Taryn? —pregunta Cardan.

—Fantasma te estaba buscando —dice mi hermana—. Cuando me vio en tus aposentos, me dijo que tenía que encerrarlo, porque Madoc le había dado más órdenes. Me habló de las mazmorras y lo traje aquí. Pensaba que nadie le buscaría en un lugar como este.

Me acerco al agujero y me asomo al interior de la fosa. Fantasma está sentado a unos tres metros de profundidad, con la espalda apoyada en la curvatura de la pared, con grilletes en tobillos y muñecas. Se le ve pálido e indispuesto, mira hacia arriba con gesto ausente.

Me gustaría preguntarle si está bien, pero es obvio que no.

Cardan está observando a mi hermana como si tratara de desentrañar un misterio.

—Tú lo conoces, ¿verdad? —pregunta.

Taryn asiente, cruzándose de brazos.

—A veces venía a visitar a Locke. Pero no tuvo nada que ver con su muerte, si eso es lo que estás pensando.

—No estaba pensando eso —replica Cardan—. Para nada.

No. Para entonces, Fantasma ya debía de ser prisionero de Madoc. Pero no me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. No tengo claro qué haría Cardan si descubriera la verdad sobre la muerte de Locke.

—¿Puedes hablarnos de la reina Orlagh? —le pregunto a Fantasma, en un intento por redirigir la conversación hacia lo que de verdad importa—. ¿Qué hiciste?

—Madoc me dio una flecha —responde—. Pesaba mucho y se retorcía como si tuviera vida propia. Lord Jarel me hechizó para que pudiera respirar bajo el agua, pero hizo que me ardiera la piel como si la tuviera cubierta de hielo. Madoc me ordenó disparar a Orlagh en cualquier parte, salvo en el corazón o en la cabeza, y me dijo que el proyectil haría el resto.

—¿Cómo lograste escapar? —pregunto.

—Maté a un tiburón que me perseguía y me escondí dentro de su cadáver hasta que pasó el peligro. Después nadé hasta la orilla.

—¿Madoc te dio alguna orden más? —pregunta Cardan, frunciendo el ceño.

—Sí —responde Fantasma, con un gesto extraño.

Esa es la única advertencia que tenemos antes de que empiece a trepar

por la mazmorra. Advierto que se ha librado de las cadenas que le puso Taryn, seguramente lo hizo hace un rato. Me entra el pánico. Estoy

demasiado agarrotada para enfrentarme a él, demasiado dolorida. Tiro de la pesada trampilla de la fosa para cerrarla, con la esperanza de dejarlo atrapado antes de que consiga salir. Cardan llama a los guardias y extrae un puñal imponente del interior de su jubón. Eso no me lo esperaba. Ha debido de aprender de Cucaracha.

Mi hermana se aclara la garganta.

—Larkin Gorm Garrett —dice—. Olvida todas las órdenes salvo las mías.

Se me corta el aliento. Es la primera vez que veo llamar a alguien por su verdadero nombre. En Faerie, si alguien conoce ese detalle te tiene a su merced. He oído hablar de feéricos que se cortaron las orejas para evitar recibir órdenes, o que le cortaron la lengua al otro para impedir que pronunciara sus nombres.

Taryn también parece un poco conmocionada.

Fantasma regresa al fondo de la mazmorra. Parece aliviado, pese al poder que Taryn tiene sobre él. Supongo que es mucho mejor recibir órdenes de mi hermana que de mi padre.

—Veo que conoces su verdadero nombre —le dice Cardan a Taryn, mientras guarda el puñal y se alisa el faldón del jubón—. ¿Y cómo te has enterado de ese fascinante detalle?

—Locke se fue de la lengua delante de mí en más de una ocasión —responde Taryn, con cierto deje desafiante en la voz.

Aunque me cueste admitirlo, me ha dejado impresionada.

Y aliviada. Podría haber utilizado el verdadero nombre de Fantasma en su propio beneficio. Podría haberlo ocultado. Puede que de verdad se hayan acabado las mentiras entre nosotras.

—Trepa hasta aquí —le digo a Fantasma.

Así lo hace, esta vez despacito y con cuidado. Al cabo de un rato, alcanza la superficie. Declina la ayuda de Cardan y se levanta por su propio pie, pero se nota que está debilitado.

Fantasma me mira como si hubiera percibido lo mismo en mí.

—¿Necesitas más órdenes? —inquiero—. ¿O me das tu palabra de que

no atacarás a ninguno de los presentes?

Fantasma tuerce el gesto.

—Te doy mi palabra.

No creo que le guste que haya escuchado su verdadero nombre. Yo en su lugar, tampoco querría que él lo supiera.

Y eso por no mencionar a Cardan.

—Ahora que ha pasado el peligro, ¿qué tal si nos retiramos a una zona más confortable de Villa Fatua para seguir con la conversación? —dice el rey supremo.

Fantasma se tambalea y Cardan lo agarra del brazo para ayudarle a subir por las escaleras. Ya en el salón, uno de los guardias trae varias mantas. Me dispongo a encender la chimenea. Taryn tiene cara de querer decirme que pare, pero no se atreve.

—Así pues, entiendo que te ordenaron… ¿el qué? ¿Asesinarme si se presentaba la oportunidad? —pregunta Cardan, que no puede parar quieto.

Fantasma asiente, envolviéndose aún más entre las mantas. Sus ojos han perdido su brillo y su cabello pajizo está enmarañado.

—Confiaba en que nuestros caminos no se cruzaran, temía lo que pudiera pasar si así fuera.

—En fin, supongo que los dos tenemos suerte de que Taryn anduviera merodeando por el palacio en el momento oportuno —dice Cardan.

—No pienso irme a casa de mi esposo hasta que me asegure de que Jude no corre ningún peligro —replica mi hermana.

—Jude y yo tuvimos un malentendido —dice Cardan, con tiento—. Pero no somos enemigos. Y tampoco soy tu enemigo, Taryn.

—Tú te crees que todo es un juego —replica ella—. Igual que Locke.

—Al contrario que él, yo no considero que el amor sea un juego —replica Cardan—. Puedes acusarme de muchas cosas, pero de eso no.

—Garrett —interrumpo, nerviosa, porque no sé si quiero saber más—. ¿Hay algo más que puedas contarnos? Necesitamos saber qué está planeando Madoc.

Fantasma niega con la cabeza.

—La última vez que lo vi, estaba furioso. Contigo. Consigo mismo. Conmigo, cuando supo que me habías encontrado. Me dio las órdenes y dijo

que me pusiera en marcha, pero no creo que tuviera intención de enviarme tan pronto.

Asiento con la cabeza.

—Entiendo. Tuvo que adelantar sus planes.

Cuando me fui, la espada aún no estaba terminada. Tuvo que ser frustrante, verse obligado a actuar antes de estar totalmente preparado.

No creo que Madoc sepa que soy la reina. No creo que sepa siquiera que sigo viva. Eso juega a nuestro favor.

—Si el consejo descubre que tenemos al agresor de Orlagh bajo custodia, se complicará la situación —dice Cardan, con una determinación repentina—. Me urgirán a entregarte al Inframar para ponerlos de parte de Elfhame. Solo será una cuestión de tiempo hasta que Nicasia se entere de que estás en nuestro poder. Te llevaremos de vuelta al palacio y te dejaremos al cuidado de Bomba. Ella decidirá qué hacer contigo.

—De acuerdo —dice Fantasma, con una mezcla de alivio y resignación.

Cardan ordena que le traigan su carruaje. Taryn bosteza mientras sube a bordo y se sienta al lado de Fantasma.

Apoyo la cabeza en la ventanilla y escucho de fondo cómo Cardan logra persuadir a mi hermana para que le cuente más cosas sobre el mundo mortal. Parece encantado con su descripción de las máquinas de granizados, con sus colores chillones y su sabor azucarado. Taryn está en proceso de describir los gusanitos de gominola cuando llegamos al palacio y nos bajamos del carruaje.

—Escoltaré a Fantasma hasta su nueva residencia —me dice Cardan—. Tú deberías descansar, Jude.

Cuesta creer que haya sido hoy cuando me desperté de un letargo inducido, y que también haya sido hoy cuando Bomba me quitó los puntos.

—Te acompañaré a tus aposentos —dice Taryn con cierto tono conspiratorio, mientras me conduce en dirección a la alcoba real.

Atravesamos juntas el pasillo, acompañadas por los guardias reales que nos siguen a una distancia prudencial.

—¿Te fías de él? —me susurra cuando Cardan ya no puede oírnos.

—A veces —admito.

Taryn me mira con gesto comprensivo.

—Estuvo muy majo en el carruaje. No sabía que tuviera esa faceta en su carácter.

Me río al oír eso. Ante la puerta de mis aposentos, Taryn me coge del brazo.

—Mientras hablaba conmigo, en realidad estaba intentando impresionarte.

Frunzo el ceño.

—Más bien quería oír hablar de golosinas extravagantes.

Taryn niega con la cabeza.

—Quiere gustarte. Pero que lo quiera no significa que deba conseguirlo.

Dicho esto, se marcha para dejarme entrar a solas en la alcoba real. Me quito el vestido y lo cuelgo en un biombo. Me pongo otra de las ridículas camisas con volantes de Cardan, después me meto en la inmensa cama. Mi corazón late con fuerza mientras me arropo hasta los hombros con una colcha bordada con un venado.

Nuestro matrimonio es una alianza. Un trato. No tiene por qué ser más que eso. Me repito que la atracción que Cardan siente por mí siempre ha estado mezclada con la aversión, y que me iría mejor sin ello.

Me quedo dormida esperando a oír el ruido de la puerta al abrirse, sus pasos sobre el suelo de madera.

Pero cuando despierto, aún estoy sola. Las lámparas están apagadas. Los almohadones siguen en su sitio. No ha cambiado nada. Me incorporo.

Puede que Cardan haya pasado el resto de la mañana y de la tarde en la Corte de las Sombras, jugando a los dardos con Fantasma y comprobando la evolución de Cucaracha. Pero me cuesta menos imaginarlo en el gran salón, apurando las sobras de la juerga nocturna y engullendo litros de vino, todo con tal de no compartir lecho conmigo.



Alguien llama a la puerta y corro a buscar una de las batas de Cardan para echármela con apuro sobre la camisa con la que he dormido.

Antes de que llegue, la puerta se abre y entra Randalin.

—Mi señora. —Percibo un deje crispado y acusatorio en su voz—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Me envuelvo con más fuerza en la bata. Randalin debía de saber que Cardan no estaba conmigo, o no habría irrumpido de este modo, pero no le daré la satisfacción de preguntarle por el paradero del rey supremo.

No puedo evitar recordar lo que me dijo Bomba: «Eres la reina suprema de Elfhame.

Actúa como tal».

Sin embargo, resulta difícil no avergonzarse al verte medio desnuda, despeinada y con el aliento mañanero. Es difícil proyectar una imagen digna en estas condiciones.

—¿Y de qué tenemos que hablar? —replico, con frialdad.

Seguramente, Bomba me diría que debería sacarlo de aquí tirándole de las orejas.

El gnomo se yergue con su prepotencia habitual. Clava sobre mí sus severos ojos de cabra, tras unas gafas de montura de alambre. Sus cuernos encerados relucen. Se acerca al diván y toma asiento.

Me acerco a la puerta y al abrirla veo a dos caballeros a los que no conozco. No están los guardias de Cardan, obviamente. Estarán con él. Estos soldados que están apostados junto a la puerta seguramente serán los miembros menos valorados de su guardia, los peor capacitados para detener a un miembro del Consejo Orgánico enfurecido. Al otro lado del pasillo, sin embargo, veo a Fand. Cuando ella me ve, se pone en guardia.

—¿Tienes algún otro mensaje para mí? —le pregunto.

Fand niega con la cabeza. Entonces me giro hacia los guardias.

—¿Quién ha dejado pasar al consejero sin mi permiso? —inquiero.

Los dos se amilanan y uno de ellos empieza a mascullar una respuesta.

—Les dije que se lo impidieran —interviene Fand—. Necesitas a alguien para que proteja tu integridad… y tu puerta. Déjame ser tu caballera. Me conoces. Sabes que soy competente. He estado esperando aquí, con la esperanza de…

Recuerdo mi anhelo por tener un puesto en la casa real, para que me nombraran miembro de la guardia personal de alguna de las princesas. Y también entiendo por qué nadie ha elegido aún a Fand. Es joven y, a todas luces, no tiene pelos en la lengua.

—Vale —respondo—. Será un placer. Fand, considérate el primer miembro de mi guardia.

Como es la primera vez que tengo mi propia guardia, no tengo muy claro qué hacer con ella ahora.

—Por el roble y el fresno, el espino y el serbal, juro serviros con lealtad hasta mi muerte —dice, lo cual me parece un poco precipitado—. Y ahora, ¿queréis que saque al consejero de vuestros aposentos?

—No será necesario. —Niego con la cabeza, aunque no me importaría que lo hiciera, y creo que se me escapa una sonrisa al pensar en ello—. Por favor, envía un mensajero a mi antigua alcoba para ver si Tatterfell puede traerme unas cuantas cosas. Entretanto, hablaré con Randalin.

Fand mira al consejero con el ceño fruncido.

—Sí, majestad —dice, apoyándose un puño en el corazón.

Con la perspectiva de, al menos, contar pronto con ropa nueva, vuelvo a entrar en la alcoba. Me siento en el brazo del sofá de enfrente y observo al consejero con más detenimiento. Su idea era hacerme una encerrona.

—Está bien —digo, teniendo claro ese detalle—. Habla.

—Han empezado a llegar los regentes de las cortes inferiores. Aseguran haber venido para ser testigos del desafío de tu padre y para ayudar al rey supremo, pero esa no es toda la verdad. —Lo dice con acritud—. Han venido a buscar debilidades.

Frunzo el ceño.

—Han jurado fidelidad a la Corona. Deben lealtad a Cardan, les guste o no.

—Sea como sea —prosigue Randalin—, con el Inframar fuera de juego, dependemos más que nunca de ellos. No sería bueno que las cortes inferiores nos entreguen su lealtad a regañadientes. Y cuando llegue Madoc, dentro de unos días, intentará sacar provecho de esas dudas. Unas dudas que has originado tú.

Ajá. Ya sé de qué va esto.

—Nunca ha habido una reina mortal en Elfhame —prosigue—. Y tampoco debería haberla ahora.

—¿De verdad esperas que renuncie a un poder tan grande solo porque tú me lo digas? —inquiero.

—Fuiste una buena senescal —dice Randalin, lo cual me sorprende—. Te preocupas por Elfhame. Por eso te imploro que renuncies a tu título.

En ese momento, las puertas se abren de par en par.

—¡No te hemos llamado y no necesitamos nada de ti! —exclama Randalin, creyendo que se trata de un sirviente, posiblemente Fand, al que habla con las malas maneras con que sin duda querría dirigirse a mí. Entonces se pone pálido y se levanta a duras penas.

El rey supremo está en el umbral. Enarca las cejas y esboza una sonrisita maliciosa.

—Muchos piensan así, pero pocos se atreven a decírmelo a la cara.

Detrás de él está Grima Mog. La gorro rojo lleva una sopera que humea

ligeramente. Percibo el aroma que despide y me ruge el estómago.

—¡Majestad! —farfulla Randalin—. Torpe de mí. Mis imprudentes comentarios no iban dirigidos a vos. Pensé que estabais… —Se interrumpe y empieza de nuevo—. He sido un necio. Si deseáis castigarme…

Cardan le interrumpe:

—¿Por qué no me cuentas de qué estabais hablando? Sin duda preferirás las juiciosas respuestas de Jude antes que mis tonterías, pero aun así me divierte estar al corriente de los asuntos de Estado.

—Solo la estaba urgiendo a que piense en la guerra que iniciará su padre. Todos debemos hacer sacrificios.

Randalin mira de reojo a Grima Mog, que deposita la sopera en una mesa cercana, después vuelve a mirar a Cardan.

Podría alertar a Randalin de que debería preocuparse por cómo le está mirando Cardan.

Cardan se da la vuelta hacia mí, aún percibo un deje iracundo en su mirada.

—Jude, ¿podrías dejarme un momento a solas con el consejero? Hay ciertas cosas que me gustaría comentar con él. Y Grima Mog te ha traído sopa.

—No necesito que nadie me ayude a decirle a Randalin que este es mi hogar, mi tierra, y que no pienso irme a ninguna parte ni renunciar a nada.

—De todos modos —replica Cardan, agarrando al consejero por el cogote—, tengo que hablar con él.

Randalin se deja guiar por Cardan hacia otra de las alcobas reales. Cardan baja tanto la voz que no entiendo lo que dice, pero su tono sedoso y amenazante resulta inconfundible.

—Come —dice Grima Mog, mientras sirve un poco de sopa en un cuenco—. Te sentará bien.

Hay unos champiñones flotando en la superficie, y cuando sumerjo la cuchara, emergen unos cuantos tubérculos, junto con unos trozos de algo que parece carne.

—¿Qué lleva, exactamente?

La gorro rojo resopla.

—¿Sabes que te dejaste el puñal en mi callejón? Decidí devolvértelo. Me pareció que sería un buen detalle. —Sonríe con picardía—. Pero no estabas en casa. Solo estaba tu encantadora gemela, que tiene unos modales exquisitos y me invitó a té con pasteles, y de paso me contó muchas cosas interesantes. Tendrías que haberte explicado mejor. Tal vez podríamos haber llegado antes a un acuerdo.

—Tal vez —replico—. Pero la sopa…

—Tengo un paladar exigente, pero también un amplio abanico de gustos. No seas tan quisquillosa —me dice—. Tómatela. Necesitas recuperar fuerzas.

Pruebo un sorbo y trato de no pensar demasiado en lo que estoy comiendo. Es un caldo poco denso, bien sazonado y en apariencia inofensivo. Inclino el cuenco y me lo bebo todo. Está caliente, sabe bien y hace que me sienta mejor de lo que me he sentido desde que desperté en Elfhame. Golpeo el fondo para que caigan los tropezones. Si contiene algún ingrediente siniestro, prefiero no saberlo.

Mientras sigo rebañando, la puerta se abre otra vez y entra Tatterfell, cargada con una pila de vestidos. Fand y otros dos caballeros la siguen con más prendas. Detrás de ellas llega Heather, en chanclas, cargada con una pila de abalorios.

—Taryn me dijo que, si venía, podría echar un vistazo a los aposentos reales —dice Heather. Luego, acercándose a mí, me susurra—: Me alegra que estés bien. Vee quiere que nos marchemos antes de que llegue tu padre, así que partiremos pronto. Pero no pensábamos irnos hasta que despertaras.

—Haríais bien en iros —digo—. Me sorprende que vinieras.

—Tu hermana me ofreció un trato —responde, con cierto pesar—. Y lo acepté.

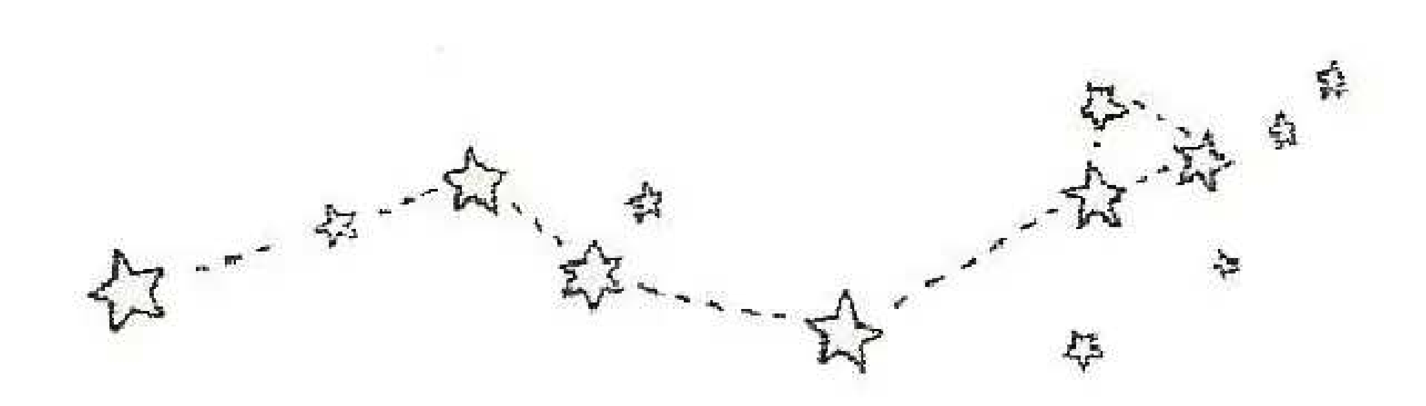
Antes de que pueda contarme más, Randalin corre hacia la puerta, está a punto de arrollar a Heather. Se queda perplejo al verla, pues no se esperaba la presencia de una segunda mortal. Después se marcha, sin mirarme siquiera.

—Mucho cuerno para tan poquita cosa —susurra Heather, que lo mira mientras se aleja.

Cardan se apoya en el marco de la puerta, parece muy satisfecho.

—Esta noche habrá un baile para recibir a los invitados de algunas de mis cortes. Heather, espero que Vivienne y tú asistáis. La última vez que estuviste aquí, dejamos mucho que desear como anfitriones. Pero hay muchas maravillas que podríamos enseñarte.

—Incluida una guerra —interviene Grima Mog—. ¿Qué podría haber más maravilloso que eso?



Cuando Heather y Grima Mog se marchan, Tatterfell se queda a acicalarme para la velada nocturna. Me riza el pelo y me echa colorete en las mejillas. Esta noche llevo un vestido de tubo dorado, con un revestimiento de raso que semeja una cota de malla. Unas piezas de cuero en los hombros sostienen unos pliegues de tejido reluciente que me hacen enseñar más escote del que estoy acostumbrada.

Cardan se acomoda en un asiento acolchado hecho de raíces, después estira las piernas. Lleva un traje de color azul oscuro con unos escarabajos, metálicos y enjoyados, bordados a la altura de los hombros. Sobre su cabeza reluce la corona dorada de Elfhame, con unas hojas de roble en la parte superior. Ladea la cabeza para mirarme con ojo crítico.

—Esta noche vas a tener que hablar con todos los regentes —me dice.

—Lo sé —respondo, mirando de reojo a Tatterfell. No parece importarle que Cardan me esté dando unas directrices que nadie le ha pedido.

—Porque solo uno de los dos puede mentirles —añade. Eso no me lo esperaba—. Y tienen que creer que nuestra victoria está garantizada.

—¿Y no lo está? —inquiero.

—Dímelo tú —replica él, sonriendo.

—Madoc no tiene ninguna posibilidad —miento, debidamente.

Recuerdo cuando fui a los campamentos de las cortes inferiores tras el golpe de Madoc y Balekin, en un intento por persuadir a nobles, damas y señores feudales de Faerie para que se aliaran conmigo. Fue Cardan el que me explicó a quiénes acudir, fue el que me proporcionó información suficiente sobre cada uno para deducir el mejor modo de convencerlos. Si alguien puede orientarme esta noche, es él.

Se le da bien hacer que los demás se sientan cómodos a su alrededor, incluso cuando no deberían bajar la guardia.

Por desgracia, mi mayor don es irritar a la gente. Al menos, también se me da bien mentir.

—¿Ha llegado ya la Corte de las Termitas? —pregunto, nerviosa por tener que vérmelas con lord Roiben.

—Eso me temo —responde Cardan. Se impulsa para levantarse y me ofrece el brazo—. Venga, vamos a cautivar y confundir a nuestros súbditos.

Tatterfelt me recoloca varios mechones, me alisa una trenza y después se aparta para que me levante.

Cardan y yo entramos juntos al gran salón, Fand y los demás guardias nos flanquean con enorme pompa y fastuosidad.

Conforme avanzamos y nos anuncian, se extiende un silencio por el auditorio. Oigo el anuncio como si llegara desde muy lejos:

—Los reyes supremos de Elfhame.

Duendes y *grigs*, gnomos y ninfas, trols y brujas… Todas las hermosas, majestuosas y espantosas criaturas de Elfhame nos observan. Sus ojos negros relucen. Sus alas, colas y bigotes se agitan. Su conmoción ante lo que están viendo —una mortal vinculada a su rey, llamada a ser su regente— crepita en el ambiente.

Entonces se acercan con premura a saludarnos.

Me besan la mano. Me cubren de cumplidos tan extravagantes como vacíos de contenido. Trato de recordar quién es cada uno de estos nobles, damas y señores feudales. Les digo que la derrota de Madoc está garantizada, que estamos encantados de recibirlos y que nos alegra que hayan traído una facción de su corte, preparada para la batalla. Les digo que creo que el conflicto durará poco. No menciono que hemos perdido a nuestros aliados del Inframar, ni que el ejército de Madoc cuenta con armas

de guerra forjadas por Grimsen. Tampoco menciono la inmensa espada con la que Madoc planea desafiar a Cardan.

Miento y no dejo de mentir.

—Tu padre me parece un enemigo demasiado considerado, al convocarnos a todos así —dice lord Roiben, de la Corte de las Termitas, cuyos ojos parecen esquirlas de hielo.

Para pagar la deuda que tenía con él, asesiné a Balekin. Pero eso no significa que estemos en paz. Y tampoco que se trague las tonterías que estoy soltando.

—Ni siquiera mis amigos son siempre tan considerados como para reunir a mis aliados por mí antes de una batalla —añade.

—Es una exhibición de fortaleza, no hay duda —respondo—. Pretende ponernos nerviosos.

Roiben sopesa esas palabras.

—Lo que pretende es destruirte —replica.

Kaye, su ninfa consorte, se apoya una mano en la cadera y alarga el cuello para otear la estancia.

—¿Ha venido Nicasia?

—Me temo que no —respondo, convencida de que nada bueno saldría de que esas dos se cruzaran. El Inframar emprendió un ataque contra la Corte de las Termitas, que dejó a Kaye herida de gravedad—. Ha tenido que volver a casa.

—Qué lástima —replica Kaye, apretando un puño—. Tengo algo para ella.

Heather y Vivi entran por el otro extremo del salón. Heather lleva un vestido de color marfil que ensalza su preciosa tez morena. Lleva el pelo recogido con pinzas en un moño. A su lado, Vivi lleva un vestido de color escarlata, un tono muy parecido al de la sangre seca que tanto le gustaba a Madoc.

Se acerca un *grig*, que nos ofrece unas bellotas diminutas rellenas con leche de cardo fermentada. Kaye se bebe una como si fuera un chupito y pone una mueca. Yo me contengo.

—Disculpadme —digo, después cruzo el auditorio para reunirme con mi hermana.

Paso junto a la reina Annet de la Corte de las Polillas, junto al rey abedul y su consorte, y junto a docenas de feéricos más.

—¿No te apetece bailar? —pregunta Fala el bufón, que se cruza en mi camino—. Venga, bailemos sobre las cenizas de la tradición.

Como de costumbre, no sé qué decirle. No sé si me está criticando o si está hablando con total franqueza. Me alejo.

Heather menea la cabeza cuando me acerco a ellas.

—Ostras. Menudo vestido.

—Ah, bien. Quería ir a por algo de beber —dice Vivi—. Algo inofensivo. Jude, ¿puedes quedarte hasta que regrese, o tienes que seguir socializando?

—Puedo esperar —respondo. Me alegro de tener una oportunidad para hablar a solas con Heather. En cuanto se va mi hermana, me giro hacia ella—. ¿Y a qué has accedido, si se puede saber?

—¿Por qué lo dices? —pregunta Heather—. No pensarás que tu hermana me engañaría, ¿verdad?

—A propósito, no —respondo, evasiva.

Los tratos con feéricos tienen una mala fama bien merecida. Casi siempre tienen letra pequeña. Sí, de primeras suenan muy bien. Por ejemplo, te prometen que serás feliz el resto de tu vida, pero entonces disfrutas de una noche estupendísima y luego te mueres por la mañana. O te prometen que perderás peso, entonces llega alguien y te corta una pierna. No es que piense que Vivi le haría algo así a Heather, pero con la lección bien aprendida después de mi exilio, preferiría oír los detalles concretos.

—Vivi me dijo que Oak necesitaba que alguien se quedara con él en Elfhame, mientras ella iba a buscarte. Y me hizo esta propuesta: mientras estemos en Faerie, podremos estar juntas. Cuando regresemos, hará que me olvide de Faerie y de ella también.

Se me corta el aliento. ¿Eso es lo que quiere Heather? ¿O Vivi se lo ofreció y ella accedió porque le pareció una opción mejor que seguir como hasta ahora?

—Así que cuando vuelvas a casa…

—Todo habrá terminado. —Parece abatida—. Hay cosas que la gente no debería probar. Y supongo que la magia es una de ellas.

—Heather, no tienes por qué…

—Quiero a Vee —dice—. Creo que cometí un error. La última vez que estuve aquí, este lugar me pareció una peli de terror con una dirección artística preciosa, y quise sacármelo de la cabeza. Pero a ella no quiero olvidarla.

—¿Y no puedes decírselo tal cual? —inquiero, mientras oteo la estancia para mirar a mi hermana, que viene de regreso—. Anula el trato.

Heather niega con la cabeza.

—Le pregunté si intentaría quitarme la idea de la cabeza. No sabía si sería capaz de seguir adelante con la ruptura. Creo que en el fondo esperaba que Vee me dijera que quería que cambiara de opinión. Pero ella se puso muy seria y dijo que podía incluir en el trato que, aunque yo cambiara de idea después, ella seguiría adelante con lo acordado.

—Vivi es idiota —replico.

—La idiota soy yo —dice Heather—. Si no hubiera tenido tanto miedo…

Se interrumpe cuando llega Vivi, haciendo equilibrios con tres copas en las manos.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi hermana, mientras me pasa mi bebida—. Estáis raras.

Ni Heather ni yo respondemos.

—¿Y bien? —inquiere Vivi.

—Jude me ha pedido que nos quedemos unos días más —dice Heather. No me esperaba esa respuesta—. Necesita nuestra ayuda.

Vivi me mira con gesto acusador.

Abro la boca para replicar, pero no puedo negarlo sin delatar a Heather. Cuando Vivi la hechizó para que olvidara lo que pasó en la boda de Taryn, me enfadé mucho con ella. Aquello me recordó que ella es feérica y yo no. Y en este momento, no dejo de recordar lo humana que es Heather.

—Solo serán unos días más —añado, convencida de que estoy siendo una mala hermana, aunque quizá esto sea para bien.

Al otro lado de la estancia, Cardan alza una copa.

—Sed bienvenidos a la isla de Insmire —anuncia—. Oscuros y luminosos, solitarios y montaraces, es un honor teneros aquí. —Entonces me

mira a mí—. A vosotros os ofrezco hidromiel y la hospitalidad de mi mesa.

Pero a los traidores y chaqueteros les ofrezco la hospitalidad de mi reina. La hospitalidad de los cuchillos.

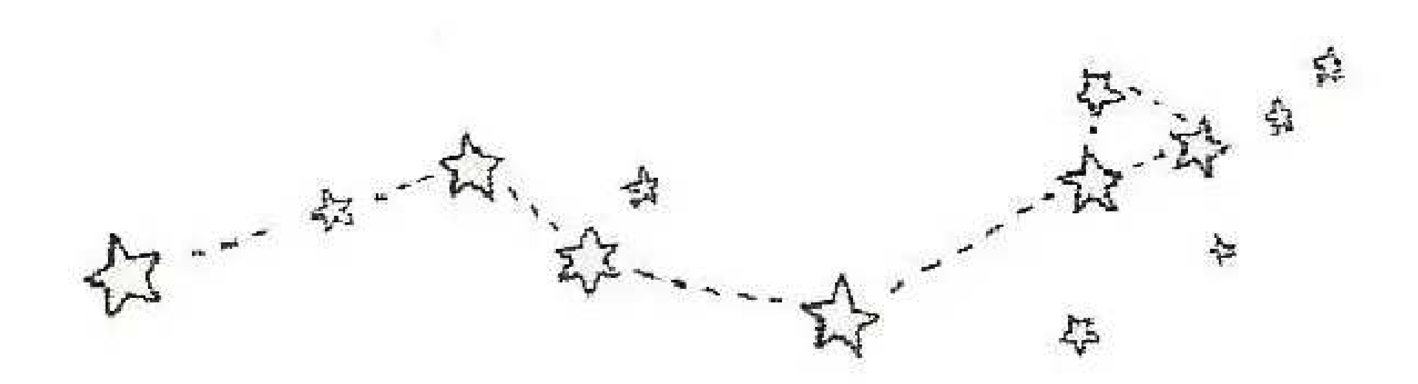
Se forma un revuelo, se oyen aullidos y risotadas. Muchos giran la cabeza hacia mí. Distingo a lady Asha, que me fulmina con la mirada.

Todo Faerie sabe que fui yo quien mató a Balekin. Saben que he pasado un tiempo en el exilio por ello. Y también saben que soy la hija adoptiva de Madoc. Nadie pone en duda las palabras de Cardan.

Desde luego, ha conseguido que me vean como algo más que una simple reina mortal. Ahora me ven como la reina asesina. No sé cómo sentirme al respecto, pero al percibir el interés con que me miran, no puedo negar que ha sido efectivo.

Alzo mi copa y bebo.

Y cuando la fiesta ya está avanzada, al pasar junto a los cortesanos, todos me hacen una reverencia. Sin excepción.



Cuando salimos del auditorio estoy agotada, pero mantengo la cabeza alta y la espalda erguida. No pienso dejar que nadie sepa lo cansada que estoy.

Solo cuando llego a los aposentos reales me permito encorvarme un poco, apoyada en el marco de la puerta de la alcoba.

—Has estado formidable esta noche, mi reina —dice Cardan, acercándose.

—Me allanaste el camino con tu discurso.

A pesar del cansancio, me pongo en guardia ante su presencia, percibo el

calor que mana de su piel y se me forma un nudo en el estómago, fruto de un deseo absurdo, al ver la sonrisa cómplice que esboza lentamente.

—No he dicho más que la verdad —replica—. De lo contrario, no habría salido de mi boca.

Mi mirada se siente atraída hacia sus tersos labios, sus ojos negros, sus angulosos pómulos.

—Anoche no viniste a la cama —susurro.

De pronto caigo en la cuenta de que, mientras estuve inconsciente, Cardan tuvo que pasar la noche en alguna parte. Es posible que acompañado. He pasado mucho tiempo alejada de la corte. No sé a quién le habrá echado el ojo.

Pero si hay otra, no parece que Cardan esté pensando en ella.

—Ahora estoy aquí —dice, como queriendo evitar malentendidos.

Me repito que no pasa nada por desear algo que pueda hacerte daño. Me acerco a él, hasta que casi nos tocamos.

Cardan me coge de la mano, entrelazamos los dedos, él se inclina hacia mí.

Tengo tiempo de sobra para rechazar el beso, pero no lo hago. Quiero que me bese. El cansancio desaparece cuando nuestros labios se encuentran, una y otra vez. Cada beso desemboca en el siguiente.

—Esta noche parecías una guerrera salida de un cuento —me susurra, rozándome el cuello con los labios—. De un cuento subido de tono, diría yo.

Le arreo un puntapié en la pierna y él vuelve a besarme, con más ahínco.

Topamos con la pared y lo atraigo hacia mí. Deslizo los dedos por debajo de su camisa, trazo el contorno de su columna hasta rozar los omóplatos.

Cardan menea la cola de un lado a otro, me roza las pantorrillas con la punta.

Entonces se estremece y me estrecha con más fuerza, acentuando el beso. Me aparta el pelo, empapado de sudor. Mi cuerpo se inclina hacia él, presa del deseo. Me siento febril. Cada nuevo beso adormece más mis pensamientos, ruboriza más mi piel. Siento el roce de su boca en el cuello, su lengua sobre la piel. Desliza las manos sobre mis caderas, me levanta.

Me siento fogosa y fuera de control.

Ese pensamiento se impone a los demás y me quedo inmóvil.

Cardan me suelta de inmediato, me deja en el suelo y retrocede como si se hubiera quemado.

—No tenemos por qué… —comienza a decir, pero solo consigue empeorarlo.

No quiero que sepa lo vulnerable que me siento.

—No, dame un segundo —replico, después me muerdo el labio.

Sus ojos son muy oscuros, tiene las pupilas dilatadas. Es tan hermoso —tan perfecta, horrible e inhumanamente hermoso— que apenas puedo respirar.

—Enseguida vuelvo.

Me voy corriendo al guardarropa. Todavía percibo el tamborileo de mi corazón por todo el cuerpo.

Cuando era pequeña, el sexo era un misterio, una cosa extraña que hacía la gente para fabricar bebés cuando se casaban. En una ocasión, una amiga y yo metimos unas muñecas en un sombrero y lo zarandeamos para simular que lo estaban «haciendo».

Eso cambió en Faerie, por supuesto. Los feéricos acudían desnudos a las fiestas, se encamaban por diversión, sobre todo al caer la tarde. Sin embargo, aunque ahora sé lo que es el sexo y cómo se lleva a cabo, jamás sospeché hasta qué punto me haría perder el control sobre mí misma. Cuando Cardan me toca, quedo a merced del placer. Y él lo ha notado. Está versado en las artes amorosas. Puede provocar en mí cualquier reacción que le apetezca. Detesto que así sea, pero al mismo tiempo lo deseo.

Aunque a lo mejor no tengo por qué renunciar a llevar las riendas.

Me desvisto, me quito los zapatos de un puntapié. También me suelto el pelo, lo dejo caer sobre mis hombros. En el espejo, atisbo mis curvas: los músculos de los brazos y el torso, esculpido por la esgrima; la plenitud de mis pálidos pechos y la hechura de mis caderas. Desnuda, no hay modo de esconder mi mortalidad.

Desnuda, regreso al dormitorio.

Cardan está de pie junto a la cama. Cuando se gira, parece tan perplejo que me entran ganas de reír. Pocas veces lo he visto tan inseguro, ni siquiera

estando borracho, ni siquiera estando herido. No es habitual verlo abrumado.

Una llamarada frenética aparece en sus ojos, una expresión que no dista mucho del miedo. Siento una oleada de poder, embriagadora como el vino.

Va a ser divertido jugar a este juego.

—Acércate —dice con voz ronca.

Así lo hago, cruzo la estancia, obediente. Puede que me falte experiencia en el amor, pero de provocación voy sobrada. Me arrodillo delante de él.

—¿Es así como me imaginabas, en tus aposentos de Villa Fatua, cuando pensabas en mí y lo detestabas? ¿Te imaginabas así mi entrega?

Cardan permanece inmutable, pero no puede disimular el rubor de sus mejillas, el brillo de sus ojos.

—Sí —responde, con la voz quebrada por el deseo, como si le hubieran arrancado a la fuerza esa palabra.

—¿Y qué ocurría después? —susurro.

Alargo el brazo para apoyarle una mano en el muslo.

Le centellean los ojos. Sin embargo, percibo cierto recelo, y comprendo que se piensa que le estoy preguntando todo esto porque estoy enfadada. Porque quiero humillarlo. A pesar de todo, responde:

—Imaginaba que me decías que hiciera contigo lo que quisiera.

—¿En serio? —inquiero, y él me mira a los ojos al detectar un tono risueño y de sorpresa en mi voz.

—También me rogabas un poquito. En plan servil. —Sonríe avergonzado—. Mis fantasías siempre son un poco arrogantes.

Como estoy de rodillas, me resulta muy fácil tenderme boca arriba sobre el frío suelo de piedra. Alzo las manos, como si suplicara.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —digo—. Por favor, ay, por favor. Te deseo más que a nada en el mundo.

A Cardan se le entrecorta el aliento y se sitúa a ras de suelo, igual que yo, apoyado sobre las manos y las rodillas, formando una jaula con su cuerpo. Presiona los labios sobre mi muñeca, en el lugar donde mi pulso palpita, al ritmo de mi corazón.

—Búrlate de mí cuanto quieras. Da igual con qué fantaseara en aquel entonces, ahora soy yo el que suplicaría de rodillas para recibir una palabra

bonita de tus labios. —Sus ojos negros están cargados de deseo—. Eres mi condena eterna.

Parece imposible que esté diciendo esas cosas y que sean ciertas. Pero cuando se inclina y me vuelve a besar, ese pensamiento se diluye. Cardan se estremece y arquea el cuerpo hacia mí. Empiezo a desabrocharle los botones del jubón. Después se despoja de su camisa.

—No me estoy burlando —susurro al contacto con su piel.

Cuando me mira, parece afligido.

—Los dos hemos vivido mucho tiempo con esta armadura puesta. Y ahora no sé si seremos capaces de quitárnosla.

—¿Eso es otro acertijo? —pregunto—. Si lo resuelvo, ¿volverás a besarme?

—Si eso es lo que quieres… —Su voz suena ronca, trémula. Se mueve hasta quedar tendido a mi lado.

—Ya te he dicho lo que quería —lo desafío—. Que hicieras conmigo lo que…

—No —me interrumpe—. Mejor lo que tú quieras.

Me siento a horcajadas sobre él. Al mirarlo desde arriba, examino la hechura de su pecho, sus labios entreabiertos, los voluptuosos rizos negros apelmazados sobre su frente.

—Quiero… —No puedo, me da vergüenza decirlo.

Prefiero besarle. Besarle hasta que lo entienda.

Cardan se quita los pantalones, me mira como si pensara que voy a cambiar de opinión. Siento el suave roce de su cola en el tobillo, enroscándose alrededor de mi pantorrilla. Entonces me coloco en la que considero que es la posición adecuada. Suelto un grito ahogado cuando nuestros cuerpos se acoplan. Me abraza con fuerza mientras dura la vívida punzada de dolor. Le muerdo la palma de la mano. Todo se acelera, hace calor, pierdo y recupero el control sucesivamente.

Su rostro se ha despojado de toda máscara.

Cuando terminamos, me besa con dulzura y franqueza.

—Te echaba de menos —susurro al contacto con su piel, y me da vértigo hacer esa confesión tan íntima, me siento más desnuda que cuando me vio tal y como vine al mundo—. En el mundo mortal, cuando creía que eras mi

enemigo, te seguí añorando.

—Mi dulce némesis, como me alegra que hayas vuelto.

Me abraza y me acuna la cabeza sobre su pecho. Seguimos tendidos en el suelo, aunque tenemos una cama estupenda al lado.

Pienso en su acertijo. ¿Cómo se quita la armadura la gente como nosotros?

Pieza a pieza.



Nos pasamos los siguientes dos días encerrados en la sala de guerra, donde le pido a Grima Mog que se reúna con los generales de Cardan y los de las cortes inferiores para trazar planes de batalla. Bomba también nos acompaña, con el rostro oculto tras una redecilla negra, y el resto del cuerpo envuelto en una toga con una capucha tan negra como el carbón. Los miembros del Consejo Orgánico expresan sus inquietudes. Cardan y yo nos inclinamos sobre la mesa, mientras los feéricos se turnan para exponer posibles planes de ataque y defensa. Mueven miniaturas de un lado a otro del mapa. Tres mensajeros parten en busca de Nicasia, pero no recibimos ninguna respuesta del Inframar.

—Madoc quiere ofrecer un espectáculo a los nobles, damas y regentes de las cortes inferiores —dice Grima Mog—. Permitid que me enfrente a él. Sería un honor luchar en vuestro nombre.

—Desafiadlo a una partida de dados y yo seré vuestro gladiador —dice Fala.

Cardan niega con la cabeza.

—No, dejemos que Madoc venga y solicite su parlamento. Nuestros caballeros estarán en posición. Y también los arqueros, dentro del auditorio.

Le escucharemos y le daremos una respuesta. Pero no aceptaremos juegos. Si Madoc desea arremeter contra Elfhame, que lo haga, y nosotros responderemos con todas nuestras fuerzas.

Agacha la cabeza, después me mira a mí.

—Si cree que podrá convencerte para que te batas en duelo con él, hará lo posible por conseguirlo —replico.

—Pedidle que entregue sus armas en la entrada —dice Bomba—. Y cuando se niegue, le dispararé desde las sombras.

—Si ni siquiera le escucho —replica Cardan—, quedaré como un cobarde.

Al oír eso, se me encoge el corazón. Porque eso es precisamente lo que espera Madoc: manipularlo mediante su orgullo.

—Pero seguiríais con vida, al contrario que vuestro enemigo —replica Bomba. Con el rostro cubierto, es imposible descifrar su expresión—. Y le habríamos pagado con la misma moneda.

—Espero que no estéis considerando acceder a un duelo —dice Randalin—. Vuestro padre no se lo habría planteado ni por asomo.

—Pues claro que no —responde Cardan—. No soy un espadachín, y tampoco me gusta darles a mis enemigos lo que quieren. Madoc ha venido a batirse en duelo, y aunque solo sea por eso, no deberíamos concedérselo.

—En cuanto concluya el parlamento —dice Yorn, mientras repasa sus planes—, nos encontraremos en el campo de batalla. Y le enseñaremos cuál es el precio de traicionar a Elfhame. Tenemos muchas probabilidades de vencer.

Serán muchas, pero tengo un mal presentimiento. Fala me observa, mientras juguetea con unas miniaturas de la mesa: un caballero, una espada, una corona.

Entonces un mensajero alado irrumpe en la estancia.

—Los han avistado —dice—. Los barcos de Madoc se acercan.

Al rato llega un ave marina, con una petición de parlamento sujeta de la pata. El nuevo gran general se dirige hacia la puerta, para convocar a sus tropas.

tropas.

—Pondré a mis soldados en posición. Tenemos unas tres horas.

—Y yo reuniré a los míos —dice Bomba, girándose hacia Cardan y hacia mí—. A vuestra señal, los arqueros atacarán.

Cardan me agarra de la mano.

—Es difícil enfrentarse a un ser querido.

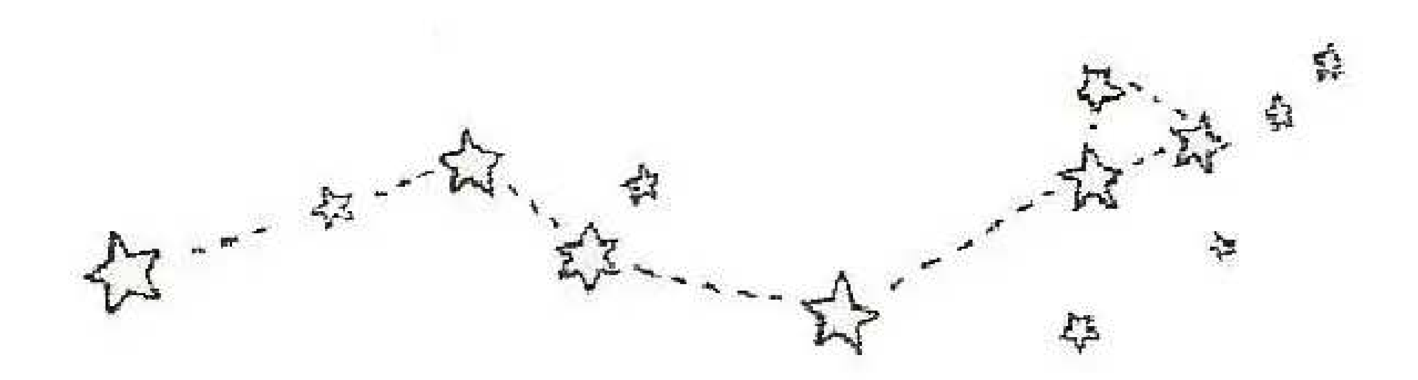
Me pregunto si estará pensando en Balekin.

Una parte de mí, aunque sabe que Madoc es mi enemigo, se imagina persuadiéndolo para que abandone su empeño. Vivi está aquí, también Taryn, e incluso Oak. Oriana preferiría la paz, lucharía por ella si hubiera una posibilidad. Tal vez podríamos convencerle para poner fin a la guerra antes de que empiece. Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Al fin y al cabo, soy la reina suprema. ¿No podría cederle un trozo de tierra para que lo gobernara?

Pero sé que es imposible. Si le recompensara por ser un traidor, estaría alentando traiciones peores. Y, en cualquier caso, eso no apaciguaría a Madoc. Procede de una estirpe de guerreros. Su madre lo alumbró en mitad de una batalla, y él planea morir con una espada en la mano.

Aunque no creo que planee morirse hoy.

Creo que hoy planea vencer.



Ya está anocheciendo cuando estoy preparada para subir al estrado. Llevo puesto un vestido verde y dorado, con una reluciente diadema de ramas doradas. Me he trenzado el pelo de tal forma que semeja los cuernos de un carnero, y me he pintado los labios del color de las bayas en invierno. Lo

único que no extraño de mi aspecto es el peso de Noctámbula en su nueva y lujosa funda.

Cardan, que está a mi lado, repasa los últimos detalles con Bomba. Viste con un traje verde tan oscuro que parece casi tan negro como sus rizos.

Me giro hacia Oak, que está con Taryn, Heather y Vivi. Estarán presentes, pero ocultos en la zona desde la que Taryn y yo presenciábamos las fiestas sin que nos vieran.

—No tienes por qué exponerte —le digo a Oak.

—Quiero ver a mi madre —replica, tajante—. Quiero ver qué sucede.

Si ha de convertirse en rey supremo algún día, tiene derecho a saberlo, pero ojalá hubiera elegido otro modo de averiguarlo. Pase lo que pase hoy, será difícil evitar que se convierta en un trauma para Oak.

—Aquí tienes tu anillo. —Se lo saca del bolsillo y me lo deja en la mano —. Lo guardé tal y como me pediste.

—Te lo agradezco —susurro, mientras me lo deslizo por el dedo. El metal está caliente por haber estado en contacto con su cuerpo.

—Nos iremos antes de que la cosa se ponga fea —promete Taryn, pero ella no estuvo presente en la coronación del príncipe Dain. No sabe lo rápido que pueden cambiar las tornas.

Vivi mira de reojo a Heather.

—Y después regresaremos al mundo mortal. No tendríamos que habernos quedado tanto tiempo.

Pero lo dice con cierto pesar. Siempre le ha faltado tiempo para irse de Faerie, pero esta vez no costó convencerla para que se quedara un poco más.

—Lo sé —respondo.

Heather esquiva nuestras miradas.

Cuando se van, Bomba se acerca y me coge las manos.

—Pase lo que pase —me dice—, recuerda que estaré cuidando de ti desde las sombras.

—Nunca lo olvidaré —respondo, pensando en Cucaracha, que sigue inconsciente por culpa de mi padre. En Fantasma, que fue su prisionero. En mí, que estuve a punto de morir desangrada entre la nieve. Tengo muchas cuentas que saldar.

Bomba también se marcha y me quedo un rato a solas con Cardan.

Bomba también se marcha y me quedo un rato a solas con Cardan.

—Madoc dice que serías capaz de batirte en duelo por amor —digo.

—¿Por amor a quién? —inquiere, frunciendo el ceño.

«No hay banquete demasiado copioso para un hambriento».

Niego con la cabeza.

—Es a ti a quien quiero —afirma—. He dedicado mucho tiempo a proteger mi corazón. Lo blindé de tal modo que podía actuar como si careciera de él. Incluso ahora, sigue siendo un órgano averiado, indecoroso e infestado de gusanos. Pero te pertenece.

Se acerca a la puerta de los aposentos reales, como queriendo poner fin a la conversación.

—Supongo que ya lo habías deducido —añade—. Pero por si acaso.

Cardan abre la puerta para evitar que responda. De repente, dejamos de estar solos. Fand y el resto de nuestra guardia están apostados al otro lado, mientras los consejeros esperan con impaciencia junto a ellos.

No puedo creer que Cardan haya dicho eso y luego haya salido sin más, dejándome hecha un lío. Me entran ganas de estrangularle.

—El traidor y sus acompañantes han entrado al auditorio —dice Randalin—. Os esperan.

—¿Cuántos son? —pregunta Cardan.

—Doce —responde—. Madoc, Oriana, Grimsen, varios miembros de la Corte de los Dientes y algunos generales destacados de Madoc.

Un grupo pequeño con una mezcla formidable de cortesanos y guerreros. No se me ocurre otra explicación que la evidente: Madoc quiere apostar por la diplomacia y por la guerra al mismo tiempo.

Por el camino miro de reojo a Cardan. Él sonríe con aflicción, como si estuviera pensando en Madoc y en el conflicto que se avecina.

«Tú también le amas —me digo—. Desde antes de tu cautiverio en el Inframar. Le amabas cuando accediste a casarte con él».

Cuando esto termine, reuniré el coraje necesario para decírselo.

Entonces llegamos hasta el estrado, como actores a punto de iniciar una representación.

Observo a los gobernantes de las Cortes Oscuras y Luminosas, a las hadas montaraces que nos han jurado lealtad, a los cortesanos, artistas y sirvientes. Detengo la mirada sobre Oak, medio oculto en las alturas, sobre

sirvientes. Detengo la mirada sobre Oak, medio oculto en las alturas, sobre una formación rocosa. Mi hermana gemela sonríe para darme aliento. Lord Roiben se encuentra apartado a un lado, con semblante intimidatorio. En el otro extremo de la estancia, la multitud comienza a separarse para dejar paso a Madoc y su comitiva.

Flexiono los dedos, los tengo fríos a causa de los nervios.

Mientras mi padre avanza por el auditorio, su armadura reluce, está recién bruñida, pero por lo demás es austera. Es la armadura propia de alguien que prefiere que sea fiable antes que ostentosa y llamativa. La capa que pende de sus hombros es de lana, lleva bordado su emblema de la luna con hilo de plata y ribetes rojos. Encima va colgada la inmensa espada, dispuesta de tal modo que pueda desenfundarla con un único y fluido movimiento. En la cabeza lleva un gorro que conozco bien, cubierto por una costra de sangre seca.

Al ver ese gorro, comprendo que no ha venido solo a parlamentar.

Por detrás de él van lady Nore y lord Jarel, de la Corte de los Dientes, que llevan a la pequeña reina Suren con una correa. También están los generales más leales de Madoc: Calidore, Brimstone y Vavindra. A ambos lados de Madoc se encuentran Grimsen y Oriana. El primero va muy elegante, ataviado con una casaca engalanada con piezas de oro. Oriana está tan pálida como siempre, lleva puesto un vestido de color azul marino, revestido con piel blanca. El único abalorio que lleva es una tiara de plata, que reluce sobre su cabello como si estuviera hecha de hielo.

—Lord Madoc —dice Cardan—. El traidor al trono, el asesino de mi hermano, ¿qué te trae por aquí? ¿Has venido a confesar tus pecados ante la Corona? Tal vez esperes que la reina de Elfhame te muestre misericordia.

Madoc suelta una carcajada, al tiempo que proyecta su mirada sobre mí.

—Hija mía, cuando creo que ya no puedes llegar más alto, me demuestras que estaba equivocado —dice—. Y yo que me preguntaba si aún seguirías viva.

—Lo estoy —replico—. Pero no gracias a ti.

Me produce cierta satisfacción ver la cara de perplejidad de Oriana y su conmoción cuando comprende que mi presencia al lado del rey supremo no es ninguna broma pesada, que por algún extraño motivo me he casado con Cardan.

Cardan.

—Esta es tu última oportunidad de rendirte —anuncio—. Arrodíllate, padre.

Madoc vuelve a reírse, mientras niega con la cabeza.

—Jamás me he rendido. En todos los años que llevo batallando, no le he dado ese placer a nadie. Y no pienso dártelo a ti ahora.

—Entonces serás recordado como un traidor, y cuando compongan canciones sobre ti, olvidarán todas tus hazañas y se centrarán en este acto tan despreciable.

—Ay, Jude —replica—. ¿Te crees que me importan las canciones?

—Has venido a parlamentar y no piensas rendirte —dice Cardan—. Así pues, habla. Me cuesta creer que hayas traído tantas tropas para dejarlas de brazos cruzados.

Madoc apoya una mano sobre la empuñadura de su espada.

—He venido a desafiarte por la corona.

Cardan se ríe.

—Esta es la corona sanguínea, forjada para Mab, la primera del linaje de los Greenbriar. No puedes ponértela.

—La forjó Grimsen, aquí presente —replica Madoc—. Él encontrará un modo de ponerla a mi disposición en cuanto gane. Entonces, ¿escucharás mi desafío?

«No. —Eso es lo que me gustaría decirle—. Cierra el pico». Pero este es el objetivo del parlamento. No puedo interrumpirlo sin un buen motivo.

—Has venido desde muy lejos —dice Cardan—. Y has convocado a muchos feéricos para que sean testigos. ¿Cómo podría negarme?

—Cuando la reina Mab murió —dice Madoc, desenfundando la espada, que reluce bajo la luz de las velas—, construyeron el palacio sobre su túmulo. Y aunque sus restos hayan desaparecido, su poder perdura en las rocas y la tierra del lugar. Esta espada fue enfriada en esa tierra, la empuñadura se fraguó con sus rocas. Grimsen afirma que puede hacer temblar el firmamento de las islas.

Cardan mira de reojo hacia las sombras, donde están posicionados los arqueros.

—Has sido mi invitado hasta que has desenfundado esa espada tan deslumbrante. Deponla y volverás a serlo.

deslumbrante. Deponla y volverás a serlo.

—¿Deponerla? —inquiere Madoc—. Como quieras.

Madoc golpea la espada contra el suelo del auditorio. Un estruendo estremece el palacio, un temblor recorre el suelo que pisamos. Los feéricos gritan. Grimsen se carcajea, entusiasmado con su creación.

Se forma una grieta en el suelo, originada en el punto donde la espada perforó el terreno. La fisura se ensancha a medida que avanza hacia el estrado, agrietando el suelo de roca. Un segundo antes de que alcance el trono, comprendo lo que está a punto de pasar y me llevo las manos a la boca. Entonces el vetusto trono de Elfhame se parte por la mitad, sus ramas florecientes se astillan, el asiento se destruye. De la fisura brota savia, como si fuera la sangre de una herida.

—He venido a darte esta espada —dice Madoc entre la algarabía.

Cardan contempla espantado la destrucción del trono.

—¿Por qué?

—Si pierdes la disputa que te propongo, será tuya para que la empuñes contra mí. Tendremos un duelo en condiciones, pero tu espada será la mejor con diferencia. Y si ganas, será tuya de pleno derecho, igual que mi rendición.

Cardan parece tentado, muy a su pesar. Siento un nudo en el estómago.

—Rey supremo Cardan, hijo de Eldred, bisnieto de Mab. Tú que naciste bajo un astro adverso, cuya madre dejó que te alimentaras de las sobras de la mesa de honor como si fueras un perro, tú que te entregas al lujo y las comodidades, cuyo padre te despreciaba, cuya esposa te tiene bajo su control…, ¿eres capaz de inspirar lealtad entre tu pueblo?

—Cardan… —digo, pero me muerdo la lengua.

Madoc me la ha jugado. Si digo algo y Cardan me obedece, parecerá la prueba de que mi padre tiene razón.

—No estoy bajo el control de nadie —dice Cardan—. Y el primer paso de tu traición fue planear la muerte de mi padre, así que no creo que te importe demasiado su opinión. Vuelve a tus desoladas montañas. Aquí los feéricos son mis leales súbditos y tus ofensas no valen nada.

Madoc sonríe.

—Sí, pero, ¿cuentas con la estima de tus leales súbditos? Mi ejército es

—Sí, pero ¿cuentas con la estima de tus leales súbditos? Mi ejército es leal, rey supremo Cardan, porque me he ganado su respeto. ¿Tú te has ganado una sola cosa de todas las que posees? Yo he combatido con aquellos que ahora me siguen y he sangrado a su lado. He entregado mi vida a Elfhame. Si yo fuera rey supremo, mis seguidores y yo dominaríamos el mundo. Si llevara puesta la corona sanguínea, en lugar de este gorro, obtendría victorias inimaginables. Dejemos que elijan entre nosotros, y sea quien sea el elegido, dejemos que gobierne Elfhame. Dejemos que se quede con la corona. Si el pueblo te quiere, me rendiré. Pero ¿cómo puede alguien decidir ser tu súbdito, si nunca le has dejado otra elección? Que esa sea la base de nuestra disputa. Los corazones y las mentes de la corte. Si eres demasiado cobarde para enfrentarte a mí con la espada, que ese sea nuestro duelo.

Cardan contempla el trono. Cambia el gesto, algo se ilumina en su rostro.

—Un rey es algo más que su corona. —Su voz suena distante, como si estuviera hablando solo.

Madoc mueve la mandíbula. Su cuerpo está tenso, listo para luchar.

—Hay otra cosa. Está pendiente la cuestión de la reina Orlagh.

—A la que disparó tu asesino —replico.

Un murmullo se extiende entre la multitud.

—Orlagh es tu aliada —dice Madoc, sin negar nada—. Su hija forma parte de tu círculo íntimo en el palacio.

Cardan frunce el ceño.

—Si te niegas a arriesgar la corona sanguínea, la punta de esa flecha se hundirá en su corazón y morirá. Será como si tú la hubieras matado, rey supremo de Elfhame. Y todo por creer que tu propio pueblo te daría la espalda.

«No muerdas el anzuelo», me gustaría gritar, pero si lo hiciera, Cardan podría verse obligado a aceptar la ridícula disputa de Madoc solo para demostrar que no tengo poder sobre él. Estoy furiosa, pero al fin entiendo por qué Madoc cree que puede manipular a Cardan para que acepte el desafío. Tarde, pero lo entiendo.

«Cardan siempre fue un niño difícil, y con el tiempo no ha hecho sino empeorar», me contó lady Asha. A Eldred le inquietaba la profecía y se desentendió de él. Y al no contar con el favor de su padre, de quien manaba

desentendió de él. Y al no contar con el favor de su padre, de quien manaba todo el poder, perdió también el favor del resto de sus hermanos.

Al sentirse rechazado por su familia, cabría esperar que convertirse en rey supremo le sirviera para pensar que al fin lo aceptaban, que había encontrado su sitio.

«No hay banquete demasiado copioso para un hambriento».

¿Y cómo podría resistirse alguien a tener una prueba de que ese sentimiento es auténtico?

¿Elfhame elegiría a Cardan como regente? Observo a la multitud. A la reina Annet, que podría preferir la experiencia y brutalidad de Madoc. A lord Roiben y su propensión a la violencia. Al rey abedul, Severin de Fairfold, que fue exiliado por Eldred y puede que no desee servir a su hijo.

Cardan se quita la corona.

La multitud se queda sin aliento.

—¿Qué estás haciendo? —susurro. Pero Cardan ni siquiera me mira. Está concentrado en la corona.

La espada sigue clavada en el suelo. El auditorio está en silencio.

—Un rey es algo más que su trono y su corona —anuncia Cardan—. Tienes razón al decir que la lealtad y el amor no se pueden exigir. Pero el gobierno de Elfhame tampoco debería depender de una apuesta, como si fuera el salario de una semana o una bota de vino. Yo soy el rey supremo y no voy a renunciar a ese título por ti, ni por una espada o por una exhibición de orgullo. Ser rey vale más que todas esas cosas. —Cardan me mira y sonríe—. Por otra parte, hay dos monarcas ante ti. Por eso, aunque me liquidaras, seguiría quedando uno.

Suspiro aliviada y miro a Madoc con gesto triunfal. Por primera vez percibo dudas en su rostro, el temor a haber calculado mal. Pero Cardan no ha terminado de hablar:

—Ansías aquello contra lo que despotricas: la corona sanguínea. Quieres vincular a mis súbditos del mismo modo que están vinculados a mí. Lo ansías tanto que arriesgar la Corona sanguínea es el precio que has puesto a la cabeza de la reina Orlagh. —Entonces sonríe—. Cuando nací, una profecía anunció que, si yo llegaba a reinar, supondría la «destrucción de la corona» y la «escisión del trono

corona» y la «escisión del trono».

Madoc me mira y después vuelve a mirar a Cardan. Está sopesando sus opciones. No son buenas, pero sigue teniendo una espada enorme a su disposición. Por acto reflejo, acerco la mano a la empuñadura de Noctámbula.

Cardan extiende una mano de largos dedos hacia el trono de Elfhame y la enorme grieta que se extiende por el suelo.

—Como veis, se ha cumplido la mitad de esa profecía. —Se ríe—. Nunca pensé que hubiera que interpretarla literalmente. Y tampoco pensé que desearía que se cumpliera.

No me gusta el rumbo que está tomando esto.

—La reina Mab creó esta corona para mantener a sus descendientes en el poder —dice Cardan—. Pero la lealtad no debería jurarse a una corona, sino a un regente. Y debería jurarse por voluntad propia. Yo soy vuestro rey, y esta de aquí es mi reina. Pero es decisión vuestra seguirnos o no. De vosotros depende.

Entonces, sirviéndose tan solo de sus manos, Cardan parte la corona sanguínea por la mitad. Se rompe como si fuera un juguete, como si no estuviera hecha de metal, sino que fuera tan frágil como el pecho de un ave.

Se me corta el aliento, puede que incluso se me escape un grito. Se oye una maraña de voces que combinan horror con regocijo.

Madoc está conmocionado. Vino a por esa corona, que ya no es más que un trozo de chatarra. Pero es Grimsen quien llama mi atención. Está meneando la cabeza con fuerza de un lado a otro. «No, no, no, no».

—Pueblo de Elfhame, ¿me aceptáis como vuestro rey supremo? —exclama Cardan.

Son las palabras rituales para la coronación. Recuerdo que Eldred dijo algo parecido en este mismo auditorio. Entonces, uno por uno, a lo largo de la sala, los feéricos van inclinando la cabeza. El movimiento se extiende como si fuera una ola.

Lo han elegido. Le están jurando lealtad. Hemos ganado.

Miro a Cardan y veo que sus ojos se han vuelto completamente negros.

—¡No, no, no, no, no! —grita Grimsen—. Mi obra. Mi preciosa obra. Debía perdurar para siempre.

Las flores que quedan en el trono se vuelven tan negras como los ojos de Cardan. Entonces la negrura se empieza a extender por su rostro. Cardan se da la vuelta hacia mí, abre la boca, pero su mandíbula está empezando a cambiar. Igual que el resto de su cuerpo, que se estira, envuelto en un aullido.

Entonces recuerdo que Grimsen ha maldecido todas sus creaciones.

«Cuando me pidió que forjara la corona sanguínea, me concedió un gran honor. Y yo la maldije para protegerla eternamente».

«Quiero que mi obra perdure tanto como la reina Mab quería que perdurase su estirpe».

Una criatura monstruosa parece haber engullido por completo a Cardan. Abre la boca de par en par, hasta que casi se le desencaja la mandíbula, y le crecen unos colmillos muy largos. Su piel se cubre de escamas. El miedo me deja paralizada.

Se oyen gritos. Algunos cortesanos han empezado a correr hacia las puertas. Desenfundo a Noctámbula. Los guardias miran a Cardan horrorizados, empuñando sus armas. Grima Mog corre hacia el estrado.

En el lugar donde se encontraba el rey supremo, ahora hay una serpiente gigantesca, cubierta de escamas negras, con unos colmillos curvos. Un brillo dorado se extiende por los anillos de su inmenso cuerpo. Contemplo sus ojos negros, confiando en que me reconozca, pero su mirada es fría y hueca.

—Emponzoñará la tierra —grita el herrero—. Ningún beso de amor verdadero podrá impedirlo. Ningún acertijo podrá remediarlo. Solo la muerte.

—El rey de Elfhame ya no existe —dice Madoc, agarrando la empuñadura de su enorme espada, con intención de extraer una victoria de lo que parecía una derrota casi segura—. Abatiré a la serpiente y me alzaré con el trono.

—Has perdido el juicio —grito, y mi voz resuena por todo el auditorio.

Los feéricos dejan de correr. Los gobernantes de las cortes inferiores me miran, junto con el Consejo Orgánico y el pueblo de Elfhame. Esto no es como ser la senescal de Cardan. No es como gobernar a su lado. Esto es horrible. Jamás me escucharán.

La serpiente saca la lengua, paladeando el ambiente. Estoy temblando,

pero me niego a mostrar el miedo que me atenaza.

—Elfhame cuenta con una reina, que está por encima de ti. Guardias, apresad a Madoc. Apresad a todos sus hombres. Han infringido gravemente la hospitalidad de la Corte Suprema. Quiero verlos presos. Quiero verlos muertos.

Madoc se echa a reír.

—¿Eso crees, Jude? La corona está destruida, ¿por qué deberían obedecerte, cuando, de igual modo, podrían seguirme a mí?

—Porque yo soy la reina de Elfhame, la auténtica monarca, elegida por el rey y por la tierra. —Se me quiebra la voz al decir esa última parte—. Y tú no eres más que un traidor.

¿Ha sonado convincente? No lo sé. Seguramente no.

Randalin se planta a mi lado.

—Ya la habéis oído —exclama, para mi sorpresa—. Apresadlos.

Y eso, más que mis palabras, es lo que hace reaccionar a los caballeros. Se disponen a rodear a la comitiva de Madoc, espada en ristre.

Entonces la serpiente se mueve más deprisa de lo que yo podría haber esperado. Se desliza desde el estrado hacia la multitud, ahuyentando a los feéricos, que corren despavoridos. Me parece que ha aumentado de tamaño. El brillo dorado de sus escamas se ha acentuado. A su paso, la tierra se agrieta y se desmigaja, como si la estuviera despojando de su esencia vital.

Los caballeros retroceden y Madoc extrae del suelo su inmensa espada. La serpiente se desliza hacia él.

—¡Madre! —grita Oak, que echa a correr por el auditorio hacia ella.

Vivi intenta detenerlo. Heather lo llama, pero mi hermano pequeño no piensa detenerse. Oriana se gira con espanto mientras Oak corre hacia ella y se interpone en el camino de la serpiente.

Oak se para en seco, al captar la advertencia que le lanza su madre. Pero lo único que hace es desenfundar la espada diminuta que lleva prendida de la cintura. La misma que me empeñé en que aprendiera a usar durante todas esas tardes ociosas en el mundo mortal. Empuñándola en alto, se interpone entre su madre y la serpiente.

Esto es culpa mía. Todo es culpa mía.

Me bajo del estrado, gritando, y corro hacia mi hermano.

Madoc ataca a la serpiente cuando esta se encabrita. La espada le impacta en el costado, rebota sobre sus escamas. La serpiente contraataca y derriba a Madoc, después se desliza por encima de su cuerpo a toda velocidad para perseguir a su verdadera presa: Grimsen.

La criatura se enrosca alrededor del herrero a la fuga, le hinca los colmillos en la espalda. Grimsen profiere un grito endeble y aflautado mientras se desploma. Enseguida, su cuerpo se arruga y se marchita, como si el veneno de los colmillos de la serpiente hubiera absorbido su esencia vital.

Me pregunto si, cuando Grimsen diseñó esta maldición, llegaría a temer por su propia seguridad.

Cuando alzo la mirada, veo que la mayor parte del salón se ha vaciado. Los caballeros han retrocedido. Los arqueros de Bomba han aparecido en lo alto, tensando sus arcos. Grima Mog se ha situado a mi lado, con su espada en posición. Madoc se afana por levantarse, pero la pierna sobre la que le pasó la serpiente no parece dispuesta a sostener su peso. Agarro a Oriana por el hombro y la empujo hacia el lugar donde está Fand. Después me interpongo entre la serpiente y Oak.

—Ve con ella —le grito, señalando hacia su madre—. Ponla a salvo.

Oak me mira con lágrimas en los ojos. Le tiembla la mano con que sujeta la espada, con más fuerza de la cuenta.

—Has sido muy valiente —le digo—. Solo tienes que seguir siéndolo un poco más.

Oak asiente ligeramente y, tras lanzarle una mirada angustiosa a Madoc, echa a correr detrás de su madre.

La serpiente se gira hacia mí y saca la lengua. Esa serpiente que hasta hace un momento era Cardan.

—¿Quieres ser la reina de Faerie, Jude? —grita Madoc, que se desplaza cojeando—. Entonces, mátala. Mata a la bestia. Comprobemos de qué pasta estás hecha.

—Venid, mi señora —me ruega Fand, señalando hacia una salida, mientras la serpiente regresa hacia el estrado.

La serpiente vuelve a sacar la lengua, paladeando el ambiente, y a mí me

entra un miedo tan tremendo que no sé si podré soportarlo.

Cuando la serpiente se enrosca alrededor de los restos destrozados del trono, me dejo guiar hasta las puertas, y en cuanto han salido todos los feéricos, ordeno que las cierren a cal y canto.



Todo el mundo grita en la sala contigua al auditorio. Los consejeros se vocean unos a otros. Los generales y caballeros están intentando determinar dónde debe ir cada uno. Alguien llora. Los cortesanos se cogen de la mano, mientras tratan de asimilar lo que han visto. Incluso en esta tierra plagada de acertijos y maldiciones, en donde se puede invocar una isla desde las profundidades del mar, es inusual presenciar un hechizo de esta magnitud.

Mi corazón late con fuerza, eclipsando todo lo demás. Los feéricos me hacen preguntas, pero parecen muy lejanos. Mis pensamientos están invadidos por la imagen de los ojos de Cardan al tornarse negros, por el sonido de su voz.

«He dedicado mucho tiempo a proteger mi corazón. Lo blindé de tal modo que podía actuar como si careciera de él. Incluso ahora, sigue siendo un órgano averiado, indecoroso e infestado de gusanos. Pero te pertenece».

—Mi señora —dice Grima Mog, apoyándome una mano en la espalda—.

Venid conmigo, mi señora.

Al sentir su presencia, regreso de golpe a la realidad, a la espantosa y atronadora realidad. Me sorprende ver a la fornida gorro rojo caníbal delante de mí. Me agarra del brazo y me arrastra hasta otra sala.

—Recobra fuerzas —gruñe.

Me flaquean las piernas y me deslizo hacia el suelo, con una mano en el pecho, como si tratara de impedir que el corazón me atraviese la caja torácica de tanto latir.

Mi vestido se ha vuelto muy pesado. No puedo respirar.

No sé qué hacer.

Alguien está llamando con fuerza a la puerta, sé que tengo que levantarme. Tengo que trazar un plan. Tengo que responder a sus preguntas. Tengo que arreglar esto, pero no puedo.

No puedo.

No puedo ni pensar.

—Me levantaré —le prometo a Grima Mog, que seguramente esté un poco alarmada. Yo en su lugar, al mirarme y comprender que yo estoy al mando, también me alarmaría—. Enseguida me pondré bien.

—Lo sé —responde.

Pero ¿cómo podré recobrar fuerzas si no paro de ver la silueta negra de la serpiente desplazándose por el auditorio, si no dejo de ver esos ojos inertes y esos colmillos curvos?

Me apoyo en una mesa para incorporarme.

—Necesito ir a buscar al astrólogo real.

—No seas ridícula —replica Grima Mog—. Tú eres la reina. Si necesitas a lord Baphen, que venga él a verte. Ahora mismo, eres lo único que se interpone entre esos miembros de las cortes inferiores y el trono de Elfhame. Llegados a este punto, Madoc no es el único que querrá tomar el mando. Cualquiera podría pensar que matarte sería un buen modo de ascender en el escalafón. Tienes que mantener el yugo sobre ellos.

La cabeza me da vueltas. Tengo que recobrarme.

—Tienes razón —respondo—. Necesito un nuevo gran general. ¿Aceptas el puesto?

Se nota que Grima Mog no se lo esperaba.

—¿Yo? Pero ¿qué pasa con Yorn?

—Él no tiene experiencia —respondo—. Y además no me cae bien.

—Yo intenté matarte —me recuerda.

—Puede decirse lo mismo de casi todos mis allegados —replico, con el aliento entrecortado—. Y además me caes bien.

Sonríe al oír eso.

—En ese caso, me pondré manos a la obra.

—No pierdas de vista a la serpiente en ningún momento —le digo—. Quiero que la vigilen y que me informen de inmediato si se mueve de allí. Tal vez podamos mantenerla encerrada en el auditorio. Los muros son gruesos. Las puertas son pesadas y el suelo es de tierra. Y quiero que me envíes a Bomba. A Fand. A mi hermana Taryn. Y a un mensajero que me permita comunicarme directamente contigo.

Resulta que Fand estaba al otro lado de la puerta. Le hago una lista muy corta con la gente que puede entrar.

Cuando Grima Mog se va, me invade la desesperación durante unos instantes. Después empiezo a dar vueltas y me obligo a pensar en lo que tengo por delante. El ejército de Madoc sigue anclado fuera de las islas. Debo hacer recuento de tropas y averiguar si serán suficientes para desalentar una invasión.

Cardan ya no está. Pierdo el hilo al pensar eso y tengo que hacer un esfuerzo para continuar. Hasta que hable con Baphen, me niego a aceptar que las palabras de Grimsen no tengan respuesta. Tiene que haber un resquicio, un truco. Tiene que haber un modo de romper la maldición, un modo de conseguir que Cardan sobreviva.

Y luego están los feéricos a los que hay que convencer de que soy la legítima reina de Faerie.

Cuando Bomba entra en la sala, enmascarada y ataviada con su larga capa con capucha, yo ya me he recobrado.

Pese a todo, cuando nos miramos, ella se acerca enseguida y me estrecha entre sus brazos. Pienso en Cucaracha, en todas las maldiciones que no se pueden romper, y durante unos segundos, le devuelvo el abrazo con fuerza.

—Necesito saber quién sigue siendo leal a mí —le digo a Bomba, tras soltarla y reanudar mis paseos—. Quién se ha aliado con Madoc y quién ha

decidido ir por libre.

—Lo averiguaré —responde, asintiendo.

—Y si alguno de tus espías descubre un plan para asesinarme, no hace falta que me informe. Tampoco me importa lo elaborado que sea el plan ni el afán que tengan los conspiradores. Los quiero a todos muertos.

Tal vez no debería resolver las cosas así, pero Cardan no está aquí para contenerme. No puedo permitirme malgastar tiempo ni compasión.

—Así se hará —dice Bomba—. Esta noche vendré con más noticias.

Cuando se va, entra Taryn. Me mira como si esperase encontrar también aquí una serpiente gigante.

—¿Qué tal está Oak? —pregunto.

—Está con Oriana —responde—. Que no tiene muy claro si está prisionera o no.

—Me mostró hospitalidad en el norte, así que pienso devolverle el favor. —Ahora que me estoy recobrando de la conmoción, descubro que estoy furiosa: con Madoc, con Oriana, con todo Elfhame. Pero eso también es una distracción—. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —pregunta Taryn, sorprendida.

—Cuando me nombraron senescal, me elegiste un atuendo acorde con ese papel. He visto lo cambiada que está la finca de Locke. ¿Puedes diseñarme una sala del trono? Y también necesitaría ropa para los próximos días. Me da igual de dónde la saques, siempre que me haga parecer la reina de Faerie.

Taryn toma aliento.

—Está bien. Yo me ocupo. Haré que te luzcas.

—Voy a necesitar lucirme mucho —replico.

Al oír eso, sonríe.

—No sé cómo lo haces —añade—. No sé cómo puedes estar tan tranquila.

No sé qué decir. No estoy nada tranquila. Siento una vorágine de emociones. Solo tengo ganas de gritar.

Alguien llama a la puerta. Es Fand.

—Siento interrumpir —dice—. Pero lord Baphen está aquí, y dijisteis

que queríais verlo de inmediato.

—Te buscaré un sitio mejor para recibir a la gente —me asegura Taryn, antes de marcharse.

—Los consejeros también quieren recibir audiencia —dice Fand—. Les gustaría acompañar a lord Baphen. Aseguran que ellos también deberían escuchar lo que tenga que decir.

—No —respondo—. Solo él.

Baphen entra unos segundos después. Viste con una larga toga azul, de un tono más claro que su cabello. Lleva un gorro de color bronce. El astrólogo real era uno de los pocos miembros del consejo que me caían bien, y además pensaba que el sentimiento era mutuo, pero ya no lo tengo tan claro.

—En realidad no hay nada que… —comienza a decir.

Le interrumpo.

—Quiero saberlo todo sobre la profecía que hiciste cuando nació Cardan. Quiero que me la cuentes con todo detalle.

Me mira con cierta sorpresa. En el consejo, como senescal del rey supremo, siempre fui respetuosa. Y como reina suprema, hasta ahora estaba demasiado conmocionada como para ejercer mi autoridad.

Lord Baphen pone una mueca.

—Nunca es agradable dar malas noticias al rey supremo. Pero fue lady Asha la que me asustó. Me lanzó tal mirada de odio que la sentí hasta en las puntas de las orejas. Creo que ella pensó que estaba exagerando, para poner en marcha mis propios planes.

—Está claro que no fue así —replico con sequedad—. Cuéntamelo.

Baphen se aclara la garganta.

—Hay dos partes. «Supondrá la destrucción de la corona y la escisión del trono. Solo de su sangre derramada emergerá un regente digno de tal nombre».

La segunda parte es peor que la primera. Esas palabras resuenan en mi mente durante unos segundos.

—¿Le contaste la profecía al príncipe Cardan? —pregunto—. ¿Madoc lo conoce?

—Puede que al rey supremo se la contara su madre —responde lord Baphen—. Supuse que… Pensé que el príncipe Cardan jamás llegaría al

poder. Y cuando lo hizo, en fin, supuse que sería un rey pésimo y que lo matarían. Pensé que era un destino inequívoco. En cuanto a Madoc, no sé si la conocerá o no.

—¿Hay algún modo de romper la maldición? —pregunto con voz trémula —. Antes de morir, Grimsen dijo: «Ningún beso de amor verdadero podrá impedirlo. Ningún acertijo podrá remediarlo. Solo la muerte». Pero eso no puede ser cierto. Yo pensaba que la profecía en torno a su nacimiento nos daría una respuesta, pero…

No logro terminar la frase. Hay una respuesta implícita, pero no quiero oírla.

—Si existe un modo de revertir la… transformación —dice Baphen—, lo desconozco.

Junto las manos, hincándome las uñas en la piel, mientras me embarga una oleada vertiginosa de pánico.

—¿Y los astros no predijeron nada más? ¿Ningún otro detalle que hayas omitido?

—Me temo que no —responde.

—¿Puedes volver a consultar las cartas astrales? —inquiero—. Repásalas y comprueba si se te pasó algo la primera vez. Mira al cielo, a ver si contiene alguna nueva respuesta.

Baphen asiente.

—Si ese es vuestro deseo, majestad.

Lo dice de tal modo que da a entender que ha accedido a muchas otras órdenes inútiles por parte de los monarcas previos. Pero a mí me da igual si soy razonable o no.

—Sí. Hazlo.

—¿Hablaréis primero con el consejo? —pregunta.

Hasta el más mínimo retraso en el intento de Baphen por buscar una solución me pone frenética, pero si quiero que me acepten como reina legítima, necesito el apoyo del Consejo Orgánico. No puedo eludirlos eternamente.

¿Esto es lo que significa gobernar? ¿Estar alejada de la acción, recluida en un trono o en unos aposentos lujosos, dependiendo de la información de terceros? Madoc lo detestaría.

—Así lo haré —respondo.

En la puerta, Fand me cuenta que ya hay una estancia preparada para que me traslade. Me impresiona la rapidez con la que Taryn lo ha dispuesto todo.

—¿Alguna cosa más? —pregunto.

—Ha llegado un mensajero de Grima Mog —responde—. El rey…, es decir, la serpiente, ya no está en la sala del trono. Al parecer se ha escabullido por la grieta que dejó la espada de Madoc. Y… no sé cómo interpretarlo, pero está nevando. Dentro del auditorio.

Siento un escalofrío. Acerco la mano a la empuñadura de Noctámbula. Quiero salir de aquí. Quiero averiguar qué ocurre, pero si lo hago… ¿Qué pasará entonces? No sé si podré soportar la respuesta. Cierro los ojos para no pensar en ello. Cuando los abro, todo me da vueltas. Entonces pido que me conduzcan hasta mi nueva sala del trono.

Taryn está junto a la entrada, esperando para acompañarme al interior. Ha elegido un salón inmenso y ha cambiado el mobiliario. Hay un enorme asiento de madera tallada encima de una plataforma, cubierta por una alfombra. En el suelo hay velas encendidas, y comprendo que las sombras titilantes que proyectan me ayudarán a parecer más intimidante, puede que incluso a disimular mi mortalidad.

Dos miembros de la antigua guardia de Cardan se encuentran apostados a ambos lados del asiento de madera, y un pequeño paje con alas de polilla se arrodilla sobre una de las alfombras.

—No está nada mal —le digo a mi hermana.

Taryn sonríe.

—Sube ahí. Quiero ver la escena terminada.

Me siento en la silla, con la espalda erguida, y contemplo las llamas danzarinas. Taryn levanta el pulgar, un gesto muy humano.

—Bien —digo—. Ya estoy lista para recibir al Consejo Orgánico.

Fand asiente y sale a buscarlos. Cuando se cierra la puerta, Taryn y ella se ponen a comentar algo. Pero entonces tengo que centrar mi atención en Randalin y el resto de los consejeros, que han entrado en la sala con gesto sombrío.

«Aún no habéis visto nada de lo que puedo hacer», pienso al verlos, tratando de convencerme de ello.

—Majestad —dice Randalin, aunque con un tono que parece interrogativo.

Randalin me apoyó en el auditorio, pero no sé cuánto tiempo tardará en cambiar de opinión.

—He nombrado gran general a Grima Mog —anuncio—. No puede estar presente en este momento, pero no debería tardar en mandar su informe.

—¿Seguro que es buena idea? —pregunta Nihuar, frunciendo sus finos labios verdosos, mientras su cuerpo de mantis se estremece con un nerviosismo palpable—. Tal vez deberíamos esperar a que regrese el rey supremo antes de tomar ninguna decisión tan importante.

—Sí —se apresura a decir Randalin, mirándome como si esperase alguna respuesta acerca de cómo proceder.

—El escurridizo monarca serpiente —dice Fala, ataviado con diferentes tonos de lavanda— gobierna una corte de apetitosos ratones.

Recuerdo lo que me dijo Bomba y no me amilano, tampoco intento replicar. Espero, y mi silencio los pone tan nerviosos que se acaban callando. Hasta Fala cierra el pico.

—Lord Baphen —digo con un tono conciliador— aún no ha encontrado una solución para devolverle la normalidad al rey supremo.

Los demás se giran hacia él.

«Solo de su sangre derramada emergerá un regente digno de tal nombre».

Baphen asiente brevemente con la cabeza.

—Así es, y tampoco sé si tal cosa será posible.

Nihuar parece conmocionada. Hasta Mikkel parece afectado por esa revelación.

Randalin me lanza una mirada acusadora. Como si todo estuviera perdido y fuera nuestro fin.

«Hay un modo —me gustaría insistir—. Tiene que haberlo, lo que pasa es que aún lo desconocemos».

—He venido a informar a la reina —dice una voz desde el umbral. Es Grima Mog.

Pasa de largo junto a los consejeros y los saluda con un gesto fugaz con la cabeza. Ellos la miran con recelo.

—A todos nos gustaría oír lo que sabes —digo, entre murmullos reticentes de aprobación.

—Está bien. Nos han informado de que Madoc planea atacar pasado mañana al amanecer. Confía en cogernos desprevenidos, sobre todo después de que varias cortes más se hayan sumado ya a sus filas. Pero nuestro verdadero problema es saber cuántos feéricos planean mantenerse al margen de la batalla, para luego acercarse al sol que más caliente.

—¿Seguro que esa información es correcta? —pregunta Randalin con suspicacia—. ¿Cómo la has obtenido?

—Con la ayuda de sus espías —responde Grima Mog, señalándome.

—¿Sus espías? —repite Baphen.

Se nota que está rememorando algunas de las informaciones que obtuve en el pasado, sacando nuevas conclusiones acerca de cómo las conseguí. Me alegra pensar que ya no tendré que seguir fingiendo que no cuento con mis propios recursos.

—¿Tenemos efectivos suficientes para repeler su ataque? —le pregunto a Grima Mog.

—No podemos dar por sentada la victoria —responde con diplomacia—. Pero Madoc aún no nos supera en número.

La situación ha cambiado mucho en apenas un día. Pero eso es mejor que nada.

—Y existe una creencia —añade Grima Mog—. Una creencia que se ha extendido rápidamente: que la persona que gobernará Elfhame será aquella que mate a la serpiente. Según esa teoría, derramar la sangre de los Greenbriar es tan válido como tenerla corriendo por tus venas.

—Una creencia propia de las Cortes Oscuras —dice Mikkel. Me pregunto si estará de acuerdo con ella. Me pregunto si será eso lo que espera de mí.

—El rey tenía una bonita cabeza —dice Fala—. Pero ¿podrá apañarse sin ella?

—¿Dónde está? —pregunto—. ¿Dónde está el rey supremo?

—La serpiente fue avistada en las orillas de Insear. Un caballero de la Corte de las Agujas probó suerte contra la criatura. Hallamos los restos de

su cuerpo hace una hora y rastreamos los movimientos de la criatura desde allí. Deja un rastro allá donde va, franjas renegridas de tierra chamuscada. El problema es que esas franjas se multiplican, desdibujando el rastro y emponzoñando la tierra. Aun así, pudimos seguir su pista hasta el palacio. Parece que ha convertido el auditorio en su madriguera.

—El rey está vinculado a la tierra —dice Baphen—. Maldecir al rey supone maldecir el terreno. Mi reina, puede que solo haya un modo de revertir…

—Basta —les digo a Baphen, a Randalin y a los demás consejeros, sobresaltando a los guardias. Me levanto—. Esta discusión ha terminado.

—Pero es que… —protesta Randalin, pero al ver la cara que pongo, se calla.

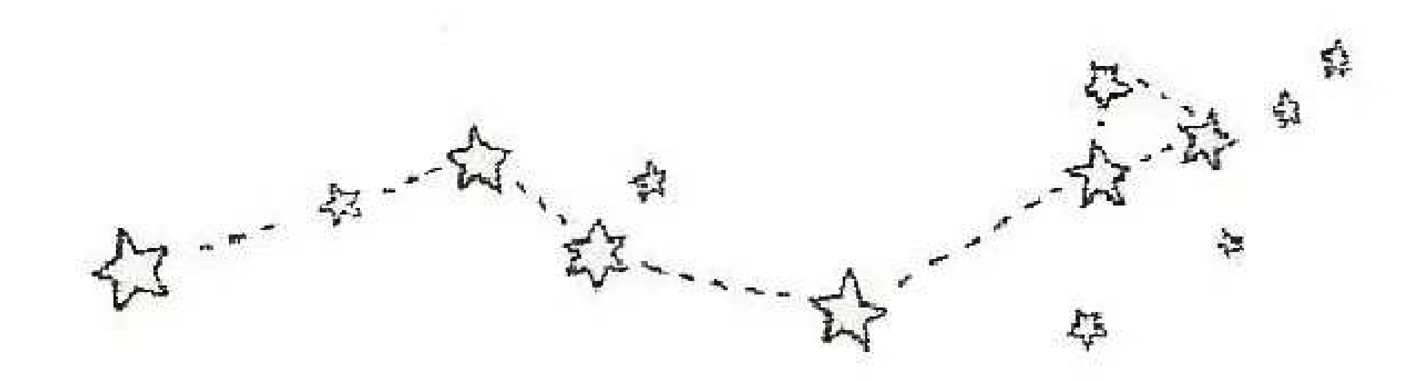
—Nuestra labor es aconsejaros —dice Nihuar con su voz melosa—. Se nos considera muy sabios.

—¿Y lo sois? —inquiero con malicia, con el mismo tono que habría empleado Cardan. Las palabras escapan de mi boca como si ya no tuviera control sobre ella—. Porque si fuerais tan sabios, no osaríais contrariarme. Puede que una estancia en la Torre del Olvido sirva para recordaros cuál es vuestro lugar.

Todos se quedan muy callados.

Siempre he pensado que no me parezco en nada a Madoc, pero a las primeras de cambio me he convertido en una tirana, que amenaza en lugar de convencer. Desestabilizo en vez de conciliar.

Se me dan bien las sombras, los cuchillos, el asesinato y los golpes de efecto, las palabras y las copas envenenadas. Nunca pensé que llegaría a ocupar el trono. Y temo no estar preparada para esta labor.



Más por impulso que por una elección consciente, abro los aparatosos cerrojos de las puertas del auditorio.

A mi lado, Fand intenta disuadirme, y no por primera vez.

—Al menos vamos a…

—Quédate aquí —le digo—. No me sigas.

—Mi señora —dice, lo cual no significa que lo acate, pero me basta con eso.

Me adentro en la estancia y dejo que la capa se deslice al suelo desde mis hombros.

La serpiente está aquí, enroscada alrededor del trono destruido. Ha aumentado de tamaño. Su cuerpo es tan ancho que podría engullir a un caballo entero con solo desplegar sus fauces. Aún quedan unas cuantas antorchas encendidas entre la comida desperdigada y las mesas volcadas, cuya luz ilumina sus escamas negras. Ha perdido parte de su brillo dorado. No sé si estará enferma o si estará experimentando una nueva transformación. Tiene unos arañazos recientes en el costado, parecen producto de una espada o una lanza. De la grieta que hay en el suelo del auditorio emerge una ligera columna de vapor que huele a piedra caliente.

—¿Cardan? —pregunto, avanzando unos pasos hacia el estrado.

La serpiente gira su enorme cabeza hacia mí. Sus anillos se deslizan, se está desenroscando para cazar. Me detengo, pero la serpiente no se abalanza sobre mí, aunque mueve la cabeza sinuosamente de un lado a otro, alerta ante una posible amenaza u oportunidad.

Me obligo a seguir caminando, paso a paso. La serpiente me sigue con sus ojos dorados, la única parte de ella —aparte de su temperamento— que recuerda en algo a Cardan.

«Es posible que me haya convertido en algo más, en un rey supremo tan monstruoso como Dain. Y si lo hiciera, si cumpliera la profecía, sería preciso detenerme. Y creo que tú podrías hacerlo».

Pienso en los puntos de sutura que tengo en el costado, en las flores blancas que brotaron entre la nieve. Me concentro en ese recuerdo y trato de invocar el poder de la tierra. Cardan es descendiente de Mab y rey por derecho propio. Yo soy su esposa. Me curé por mis propios medios. Seguro

que puedo curarlo a él.

—Por favor —le digo al suelo del auditorio, a la mismísima tierra—. Haré lo que quieras. Renunciaré a la corona. Aceptaré cualquier trato. Pero sálvale. Ayúdame a romper la maldición.

Me concentro con todas mis fuerzas, pero la magia no me responde.



Bomba me encuentra en el auditorio, emerge de entre las sombras con gracilidad. Va sin máscara.

—¿Jude? —pregunta.

No me había dado cuenta de lo cerca que estoy de la serpiente. Estoy sentada en el estrado, a un metro escaso de ella. Se ha acostumbrado tanto a mi presencia que ha cerrado sus ojos dorados.

—Tus hermanas están preocupadas —dice Bomba, sin atreverse a acercarse demasiado.

La serpiente levanta la cabeza, saca la lengua, y Bomba se queda inmóvil.

—Estoy bien —respondo—. Solo necesitaba pensar. «Ningún beso de amor verdadero podrá impedirlo. Ningún acertijo podrá remediarlo. Solo la muerte».

Bomba observa detenidamente a la serpiente.

—¿Te ha reconocido?

—¿Te ha reconocido?

—No sabría decirte —respondo—. Parece que no le molesta mi presencia. Le he estado diciendo que no puede obligarme a cumplir mis promesas.

Lo más duro de todo —lo imposible— es olvidar que Cardan me dijo que me quería. Me dijo esas palabras y yo no le respondí. Pensé que había tiempo. Y yo era feliz, a pesar de todo… Era feliz, justo antes de que todo se fuera al garete. Habíamos ganado. Todo iba a salir bien. Y él me quería.

—Hay ciertas cosas que deberías saber —dice Bomba—. Tengo entendido que Grima Mog te informó sobre los movimientos de Madoc.

—Así es —respondo.

—Sorprendimos a varios cortesanos especulando con la idea de asesinar a la reina mortal. Sus planes saltaron por los aires. —Una sonrisa atraviesa su rostro—. Junto con ellos.

No sé si eso debería alegrarme o no. Ahora mismo solo sirve para que me sienta cansada.

—Fantasma ha recopilado información sobre las simpatías de cada uno de los gobernantes —prosigue—. Podemos hacer un repaso. Pero lo más interesante es que tienes un mensaje de tu padre. Madoc quiere un salvoconducto para que lady Nore, lord Jarel y él puedan venir al palacio a negociar contigo.

—¿Quieren venir aquí? —Me bajo del estrado. La serpiente me sigue con la mirada—. ¿Por qué? ¿Es que no están satisfechos con el resultado de su último parlamento?

—No lo sé —responde Bomba, con una voz quebrada que me recuerda lo mucho que odia a los regentes de la Corte de los Dientes, y con razón—. Pero Madoc ha pedido veros a ti, a tu hermano y a tus hermanas. Y a su esposa también.

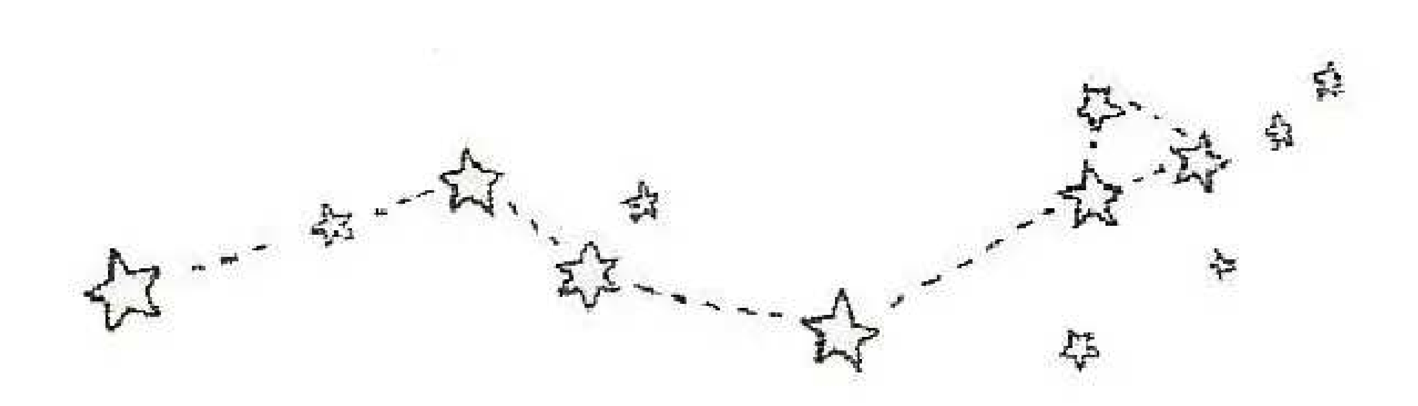
—De acuerdo —digo—. Que venga, junto con lady Nore y lord Jarel. Pero dile que no podrá introducir ningún arma en Elfhame. No viene aquí en calidad de invitado. Tendrá mi palabra de que no sufrirá ningún daño, pero no contará con mi hospitalidad.

—¿Y qué valor tiene tu palabra? —insinúa Bomba.

—Ya lo veremos.

Cuando llego junto a la puerta, vuelvo a mirar a la serpiente. Bajo su

cuerpo, el suelo se está volviendo tan negro como sus escamas.



Tras cruzar varios mensajes, queda establecido que Madoc y su comitiva llegarán al anochecer. He accedido a recibirlos en la finca del palacio, pues no me apetece volver a dejarles entrar. Grima Mog despliega un semicírculo de caballeros para protegernos, con arqueros en los árboles. Bomba trae espías, que se ocultan tanto en las alturas como a ras de suelo. Entre ellos está Fantasma, con los oídos sellados con cera.

Han sacado mi trono tallado al exterior y lo han colocado sobre una nueva plataforma elevada. Debajo hay unos cojines para mi hermano y mis hermanas. Y para Oriana, si se digna a acompañarnos.

No hay vino ni mesas de banquete. La única concesión que hemos hecho por su comodidad es una alfombra sobre el suelo embarrado. Hay varias antorchas encendidas a mi alrededor, pero es por deferencia hacia mi pobre visión de mortal, no hacia ellos.

Por el cielo se deslizan nubes de tormenta, haciendo restallar relámpagos. Hace un rato, informaron de que han caído piedras de granizo grandes como manzanas en Insweal. No es normal que haga este tiempo en Elfhame. Solo cabe suponer que Cardan, a raíz de la maldición, también está maldiciendo el clima.

Me siento en el trono de madera tallada y me recoloco el vestido de un modo que espero que resulte regio. Me sacudo el polvo del dobladillo.

—Te has dejado ese trozo —dice Bomba, señalando—. Majestad.

Bomba ha ocupado su puesto a la derecha de la plataforma. Vuelvo a sacudirme las faldas, y ella reprime una sonrisa cuando llega Oak seguido de

mis hermanas. Cuando se pone la máscara, parece sumirse por completo entre las sombras.

La última vez que vi a mi hermano, estaba empuñando su espada con cara de espanto. Me alegra poder reemplazar ese recuerdo por este otro: el de Oak corriendo hacia mí, sonriendo.

—¡Jude! —exclama y se encarama a mi regazo, dando al traste con la cuidadosa disposición de mis faldas. Me clava los cuernos en el hombro.

—Le he explicado a Oriana lo del monopatín, pero ella opina que no debería montar.

Alzo la cabeza, esperando verla, pero solo están Vivi y Taryn. Vivi lleva puestos unos vaqueros y un chaleco de brocado encima de una camisa blanca y vaporosa, una mezcla entre los estilos mortal e inmortal. Taryn lleva puesto el vestido que vi en su armario, el del estampado con animales silvestres que asoman entre la hojarasca. Oak viste con una chaqueta de color azul oscuro. También lleva una diadema dorada para recordarnos que podría ser el último miembro de la estirpe de los Greenbriar.

—Necesito tu ayuda —le digo a Oak—. Pero no será fácil.

—¿Qué tengo que hacer? —inquiere con suspicacia.

—Tienes que hacer ver que estás atento, pero sin intervenir. Sin importar lo que diga yo, ni lo que diga papá. Sin importar lo que ocurra.

—Eso no es ayudar —protesta.

—Sería de gran ayuda —insisto.

Con un suspiro grandilocuente, se aleja, enfurruñado, y ocupa su lugar sobre los cojines.

—¿Dónde está Heather? —le pregunto a Vivi.

—En la biblioteca —responde con gesto culpable.

Me pregunto si cree que Heather debería estar de vuelta en el mundo humano y si es solo el egoísmo de Vivi lo que la retiene aquí, aunque no se da cuenta de que ahora las dos están en el mismo bando.

—Según ella, si esto fuera una película, alguien encontraría un poema sobre serpientes malditas que nos daría la pista que necesitamos, así que se ha ido a buscar uno. Los archivistas no saben qué hacer con ella.

—Se está adaptando muy bien a Faerie —replico.

—Se está adaptando muy bien a Faerie —replico.

Por toda respuesta, Vivi esboza una sonrisa tensa y afligida.

Entonces llega Oriana, acompañada por Grima Mog, que se sitúa frente a Bomba. Al igual que yo, Oriana lleva el mismo vestido que en el auditorio.

Al contemplar el sol de poniente, comprendo que ha pasado un día entero desde entonces. No sé cuánto tiempo pasé junto a la serpiente, solo sé que al parecer he perdido la noción del tiempo. Parece que haya pasado una eternidad, y al mismo tiempo un suspiro, desde que Cardan fue víctima de la maldición.

—Ya llegan —dice Fand, corriendo por el sendero hasta situarse al lado de Bomba.

Detrás de ella se oye el estrépito de unas pezuñas. Madoc llega montado a lomos de un venado, ataviado no con su habitual armadura, sino con un jubón de terciopelo de color azul oscuro. Cuando desmonta, advierto la cojera que le dejó la serpiente al deslizarse sobre su pierna.

Por detrás llega un carruaje de hielo tirado por caballos feéricos tan cristalinos como si los hubieran materializado a partir de unas olas congeladas. Cuando los regentes de la Corte de los Dientes se apean, el carruaje y los caballos se derriten.

Lady Nore y lord Jarel visten con pieles blancas, aunque no hace demasiado frío. Por detrás de ellos veo a un sirviente, que porta un pequeño cofre grabado en plata, y a la reina Suren. Aunque la regente es ella, lleva puesto un austero vestido blanco. Tiene una corona dorada cosida a la frente, y una fina cadena de oro a modo de correa, que se hinca en la piel de su muñeca, con una barra en un lado para impedir que se suelte.

Tiene unas cicatrices en el rostro, con la forma de la brida que llevaba la última vez que la vi.

Intento mantenerme impasible, pero es difícil contener el espanto.

Madoc se adelanta a los demás, sonríe como si estuviéramos posando para un retrato familiar al que está a punto de sumarse.

Oak palidece al ver cómo la correa de la reina Suren le perfora la piel. Después mira a Madoc, como si esperase una explicación.

Pero no recibe ninguna.

—¿Queréis cojines? —le pregunto al pequeño grupo de Madoc—. Puedo pedir que os los traigan.

pedir que os los traigan.

Lady Nore y lord Jarel observan los jardines, a los caballeros, a Bomba con el rostro enmascarado, a Grima Mog y a mi familia. Oak vuelve a enfurruñarse, se tumba boca abajo sobre un cojín en lugar de sentarse. Me entran ganas de arrearle un puntapié por esa grosería, aunque quizá sea un buen momento para ser maleducados. No debo dejar que la Corte de los Dientes crea que nos impone respeto. En cuanto a Madoc, nos conoce lo suficiente como para que no le sorprenda.

—Nos quedaremos de pie —responde lady Nore, torciendo el gesto.

Es difícil sentarse de un modo digno sobre un cojín, y le haría quedar muy por debajo de mí. Es lógico que haya rechazado mi oferta.

Pienso en Cardan y en cómo llevaba la corona ladeada, en cómo se repantigaba sobre el trono. Eso le daba un aire de imprevisibilidad, y recordaba a todos que era lo bastante poderoso como para establecer las normas. He decidido intentar emular su ejemplo lo mejor posible, incluyendo lo de sentarse de mala manera.

—Sois muy osados al venir aquí —les digo.

—Tú mejor que nadie deberías apreciar la osadía. —Madoc mira a Vivi y a Taryn, luego vuelve a fijarse en mí—. Lloré tu pérdida. De verdad creí que habías muerto.

—Me sorprende que no mojaras tu gorro en mi sangre —replico. A mi lado, Grima Mog enarca las cejas.

—No puedo culparte por estar enfadada —dice Madoc—. Pero ya llevamos demasiado tiempo enfrentados, Jude. No eres la necia que yo pensaba, y por mi parte, no quiero hacerte daño. Eres la reina suprema de Faerie. No sé qué habrás hecho para llegar hasta aquí, pero solo puedo aplaudirte por ello.

Puede que no quiera hacerme daño, pero eso no significa que no vaya a hacerlo.

—Ella es la reina —dice Taryn—. La única razón por la que no murió en la nieve es porque la tierra la sanó.

Un murmullo se extiende entre los feéricos. Lady Nore me mira con una aversión inconfundible. Ni su esposo ni ella me han reverenciado como es debido, tampoco han empleado mi título. Cómo debe de reconcomerla verme en este trono improvisado. Cómo debe de aborrecer la idea de que pueda

en este trono improvisado. Cómo debe de aborrecer la idea de que pueda reclamar el auténtico.

—Es natural que un hijo alcance aquello con lo que un padre solo puede soñar —dice Madoc. Entonces mira a Oriana, achicando los ojos—. Pero no olvidemos que gran parte de esta disputa familiar se originó con mi intento por poner a Oak en el trono. Siempre he estado tan dispuesto a gobernar a través de mis hijos como a portar la corona yo mismo.

Una intensa llamarada de ira prende en mi interior.

—Y pobres de tus hijos si no se dejan gobernar por ti.

Madoc desestima ese comentario con un gesto.

—Sopesemos tus próximos movimientos, reina suprema Jude. Tu ejército, liderado por tu nueva y temible general, se enfrentará al mío. Tendrá lugar una cruenta batalla. Puede que ganes, y que yo me retire al norte a trazar nuevos planes. O puede que acabe muerto.

»Y luego ¿qué? Seguirás teniendo que lidiar con un rey serpiente, cuyas escamas son más duras que la más resistente armadura, cuyo veneno emponzoña la tierra. Y seguirás siendo mortal. Ya no existe una corona sanguínea que someta a los feéricos de Elfhame a tu reinado, y aunque la hubiera, no podrías portarla. Lady Asha ya se está rodeando de un círculo de cortesanos y caballeros que opinan que, como madre de Cardan que es, debería ser la regente hasta su regreso. Te pasarás todo tu reinado defendiéndote de asesinos y aspirantes al trono.

Miró de reojo a Bomba, que no mencionó a lady Asha en su lista de cosas que necesitaba saber. Ella asiente para indicar que toma nota.

La perspectiva es desoladora, y todo lo que ha dicho es cierto.

—Llegado el caso, Jude podría dejarlo —dice Vivi, que se esfuerza por permanecer muy erguida sobre los cojines—. Podría abdicar, o como se diga.

—No lo hará —replica Madoc—. Nunca has terminado de entender la actitud de Jude, porque si lo hicieras, no seguirías creyendo que existen las soluciones fáciles. Jude se ha convertido en un blanco para evitar que lo sea su hermano.

—No me sermonees —replica Vivi—. Todo esto es culpa tuya. Que Oak corra peligro. Que Cardan esté maldito. Que Jude estuviera a punto de morir.

—Para eso he venido —dice Madoc—. Para enmendarlo.

—Para eso he venido —dice Madoc—. Para enmendarlo.

Escruto su rostro, recordando lo que me dijo cuando creía que yo era Taryn: que, si le afectaba haber asesinado a su esposo, podría dejar esa carga sobre sus hombros. Puede que la intención que tiene ahora vaya en la misma línea, pero me niego a aceptarlo.

Lord Jarel se adelanta un paso y dice:

—Ese niño que está a tus pies es el legítimo heredero de la estirpe de los Greenbriar, ¿no es cierto?

—Sí —respondo—. Oak será rey supremo algún día.

Por suerte, mi hermano no me contradice, para variar.

Lady Nore asiente.

—Eres mortal. No durarás mucho.

Opto por no replicar. Aquí, en Faerie, los mortales conservamos nuestra juventud, pero los años se nos echarán encima en cuanto pongamos un pie en el mundo humano. Y aunque pudiera eludir ese destino, el argumento de Madoc ha sido muy convincente. Sin Cardan, mi paso por el trono no será fácil.

—Eso es lo que significa ser mortal —digo, con un suspiro sincero—. Morimos. Pensad en nosotros como estrellas fugaces, breves pero brillantes.

—Qué poético —dice lady Nore—. Y fatalista. Está bien. Parece que podemos entendernos. Madoc quiere que te hagamos una oferta. Tenemos los medios necesarios para controlar a la serpiente que tienes por esposo.

Noto cómo se me agolpa la sangre en los oídos.

—¿Controlarla?

—Como se haría con cualquier animal. —Lord Jarel me dirige una sonrisa amenazante—. Tenemos en nuestro poder una brida mágica. La creó el propio Grimsen para amarrar cualquier cosa. De hecho, se adapta a la criatura que es preciso someter. Ahora que Grimsen ya no está, un objeto así resulta más valioso que nunca.

Me fijo en Suren y sus cicatrices. ¿Era eso lo que llevaba puesto? ¿Se la arrancaron para dármela a mí?

Lady Nore toma la palabra, cogiendo el relevo de su esposo:

—Las correas se hincarán lentamente en su piel, y Cardan será tuyo para siempre.

siempre.

—¿Mío? Pero si está maldito.

No sé muy bien qué quiere decir con eso.

—Y es improbable que eso vaya a cambiar, si nos fiamos de lo que dijo Grimsen —añade lady Nore—. Pero, aunque recobrase su estado original, seguiría estando eternamente bajo tu poder. ¿Nó te parece maravilloso?

Me muerdo la lengua para contener mi reacción.

—Es una oferta extraordinaria —digo, girándome hacia Madoc—. Y con eso me refiero a que parece una trampa.

—Sí —responde—. Entiendo que lo veas así. Pero todos conseguiremos lo que queremos. Jude, tú serás la reina suprema durante todo el tiempo que quieras. Con la serpiente en tu poder, podrás gobernar sin oposición. Taryn, tú serás la hermana de la reina y volverás a congraciarte con la corte. Nadie podrá impedir que reclames las tierras y propiedades de Locke. Puede que incluso tu hermana te conceda algún título.

—Nunca se sabe —murmuro, lo cual es una forma peligrosa de demostrar que me tienta la escena que está describiendo.

—Vivienne, tú podrás regresar al mundo mortal y divertirte cuanto quieras, sin intromisiones familiares. Y Oak podrá volver a vivir con su madre. —Madoc me mira con la intensidad propia de un guerrero—. Disolveremos el Consejo Orgánico y yo ocuparé su lugar. Yo seré tu guía, Jude.

Me quedo mirando a la Corte de los Dientes.

—¿Y qué sacarán ellos?

Lord Jarel sonríe.

—Madoc ha accedido a casar a tu hermano, Oak, con nuestra pequeña reina. De ese modo, cuando acceda al trono, su esposa ascenderá con él.

—¿Jude…? —pregunta Oak, nervioso. Oriana le coge de la mano y se la estrecha con fuerza.

—No lo dirás en serio —protesta Vivi—. Oak no debería relacionarse con esa gente, ni con su espeluznante hija.

Lord Jarel le lanza una iracunda mirada de desprecio.

—Tú, la única hija legítima de Madoc, eres la persona más insustancial aquí. Qué decepción.

aquí. Qué decepción.

Vivi pone los ojos en blanco.

Me fijo entonces en la pequeña reina, examino su rostro pálido y su mirada ausente. Aunque estamos discutiendo su destino, no parece muy interesada. Tampoco parece que la hayan tratado demasiado bien. No me imagino enlazándola con mi hermano.

—Aparquemos de momento la cuestión del matrimonio de Oak —dice Madoc—. ¿Quieres la brida, Jude?

La idea de someter a Cardan a una obediencia eterna me parece monstruosa. Lo que quiero es que vuelva, tenerlo a mi lado, que se burle de todo esto. Aceptaría incluso su peor versión, la más cruel y traicionera, con tal de que estuviera aquí.

Pienso en lo que dijo Cardan en el auditorio, antes de destruir la corona: «La lealtad y el amor no se pueden exigir».

Tenía razón. Por supuesto que la tenía. Y a pesar de todo, quiero la brida. La ansío desesperadamente. Puedo imaginarme sobre un trono reconstruido, con la serpiente aletargada a mi lado, como símbolo de mi poder y recordatorio de mi amor. Jamás le perdería por completo.

Es una imagen tan inquietante como persuasiva.

Pero al menos tendría esperanza. ¿Y qué alternativas tengo? ¿Librar una batalla y sacrificar las vidas de mis súbditos? ¿Matar a la serpiente y renunciar a cualquier oportunidad de recuperar a Cardan? ¿Y para qué? Estoy harta de luchar.

Dejemos que Madoc gobierne a través de mí. Que lo intente, al menos.

—Júrame que la brida no hace nada más —digo.

—Nada de nada —responde lady Nore—. Sencillamente permite controlar a la criatura con la que se utiliza, siempre que se pronuncien las palabras adecuadas. Y una vez hayas accedido a nuestras condiciones, te diremos cuáles son.

Lord Jarel le hace señas a su sirviente, que saca la brida del cofre y la arroja a mis pies. Es dorada, reluce. Un puñado de correas, forjadas con esmero, y la posibilidad de un futuro que no implique perder todo lo que tengo.

—Me pregunto una cosa —digo, meditabunda—: si disponéis de un objeto tan poderoso, ¿por qué no lo habéis utilizado vosotros?

objeto tan poderoso, ¿por qué no lo habéis utilizado vosotros?

Lord Jarel se queda callado durante un instante que se alarga más de la cuenta.

—Entiendo —añado, al recordar esos arañazos recientes en el costado de la serpiente.

Si inspeccionara la brida, seguro que encontraría sangre todavía fresca de caballeros de la Corte de los Dientes. Quizá también de voluntarios del ejército de Madoc.

—No pudisteis someterla, ¿verdad? ¿Cuántos hombres perdisteis?

A lord Jarel le irrita esa pregunta.

—Un batallón —responde Madoc—. Y parte de la Arboleda Torcida se incendió. La criatura no nos dejó acercarnos. Es rápida y letal, y su veneno parece inagotable.

—Pero en el salón del trono —interviene lady Nore—, la serpiente reconoció a Grimsen como su enemigo. Creemos que puedes atraerla. Como las doncellas con los unicornios de antaño. Tú puedes ponerle la brida. Y si mueres en el intento, Oak accederá antes al trono, junto con nuestra reina.

—Que pragmáticos —replico.

—Sopesa aceptar el trato —dice Grima Mog. Cuando la miro, se encoge de hombros—. Madoc tiene razón. Será difícil conservar el trono de otro modo. Estoy convencida de que podrás someter a la serpiente, y de que se convertirá en un arma como no se ha visto otra en Faerie. Eso es poder, chiquilla.

—Podríamos matarlos ahora mismo. Quedarnos la brida como botín —dice Bomba, quitándose la redecilla que le cubre el rostro—. Son unos traidores. Están desarmados. Y conociéndolos, seguro que pretenden engañarte. Tú misma lo has dicho, Jude.

—¿Liliver? —dice lady Nore.

Resulta extraño que la llame por algo que no sea su nombre en código, pero Bomba fue prisionera de la Corte de los Dientes antes de convertirse en espía. Es lógico que la conozca por el nombre al que respondía entonces.

—Ya veo que te acuerdas de mí —dice Bomba—. Ten por seguro que yo tampoco te he olvidado.

—Puedes apoderarte de la brida, pero aún no sabes cómo funciona

—Puedes apoderarte de la brida, pero aún no sabes cómo funciona —dice lord Jarel—. No podrás someter a la serpiente sin nuestra ayuda.

—Yo podría sonsacárselo —dice Bomba—. De hecho, me encantaría intentarlo.

—¿Vas a permitir que nos hable así? —le pregunta lady Nore a Madoc, como si él pudiera hacer algo al respecto.

—Liliver no se estaba dirigiendo a vosotros —replico con serenidad—. Estaba hablando conmigo. Y como es mi consejera, sería absurdo no tener en cuenta sus palabras.

Madoc suelta una carcajada.

—Vamos, venga, si conoces a lord Jarel y lady Nore, sabrás que son lo bastante rencorosos como para negarse a hablar, sin importar qué tormentos se invente tu espía. Y tú quieres esa brida, hija mía.

La Corte de los Dientes respaldó a Madoc para acercarse al trono. Ahora ven una oportunidad para gobernar Elfhame a través de Oak. En cuanto mi hermano se case con Suren, será como ponerme una diana en la espalda. Y en la de Madoc.

Pero también contaré con la serpiente, vinculada a mí.

Una serpiente que representa la corrupción de la tierra.

—Demuéstrame que actúas de buena voluntad —replico—. Cardan cumplió lo que le pediste en relación con la reina Orlagh del Inframar. Libérala del yugo que mantienes sobre ella. La reina y su hija me odian, así que no debería preocuparte que puedan venir corriendo en mi ayuda.

—Pensaba que el odio era mutuo —dice Madoc, frunciendo el ceño.

—Quiero que el sacrificio de Cardan tenga el significado que él quiso darle —replico—. Y quiero comprobar que no tratas de eludir todos los tratos a las primeras de cambio.

—Está bien —concede Madoc—. Dalo por hecho.

Respiro hondo.

—No pienso comprometer a Oak a nada, pero si quieres poner fin a la guerra, dime cómo funciona la brida y avancemos juntos hacia la paz.

Lord Jarel se sube a la plataforma y los guardias reaccionan de inmediato, impidiendo con sus armas que se acerque a mí.

—¿Prefieres que lo diga en voz alta, delante de todos? —inquiere, enojado.

enojado.

Retiro a los guardias y Jarel se agacha para susurrarme la respuesta al oído.

—Arranca tres pelos de tu cabeza y anúdalos alrededor de la brida. Así quedaréis vinculados juntos. —Entonces retrocede—. Y bien, ¿accedes a nuestro pacto?

Los miro a los tres.

—Cuando el rey supremo esté amarrado y bajo control, os daré todo lo que habéis pedido, todo cuanto esté en mi mano concederos. Pero hasta que eso ocurra, no tendréis nada.

—En ese caso, esto es lo que has de hacer, Jude —dice Madoc—. Mañana organizarás un banquete para las cortes inferiores y nos invitarás. Allí anunciarás que hemos aparcado nuestras diferencias para enfrentarnos a una amenaza mayor, y que te hemos dado los medios necesarios para capturar al rey serpiente.

»Nuestros ejércitos se reunirán en las rocas de Insweal, pero no para combatir. Llevarás la brida y atraerás a la serpiente hasta ti. En cuanto se la pongas, darás la primera orden. La serpiente obedecerá y todos te aplaudirán por ello. Eso cimentará tu poder y te dará una excusa para recompensarnos. Que es lo que harás a continuación.

Acabamos de empezar y ya pretende darme órdenes.

—No te importaría tener una reina capaz de discernir las mentiras por ti, ¿verdad? —le espeto.

Madoc sonríe sin rastro de malicia.

—No me importaría volver a ser una familia.

Lo único que me gusta de toda esta situación es el suave tacto de la brida en mis manos.



De camino para salir del palacio, paso junto a la sala del trono, pero cuando entro allí, no encuentro ni rastro de la serpiente, salvo unos pliegues apergaminados de piel dorada.

Camino en la noche hasta la playa rocosa. Allí me arrodillo en el suelo y arrojo un trozo de papel enrollado a las aguas.

«Si alguna vez has querido a Cardan —he escrito en él—, ayúdame».



Estoy en mis antiguos aposentos, tumbada boca arriba en la alfombra, frente al fuego. Taryn está sentada a mi lado, picoteando unos trozos de pollo asado que se llevó de la cocina del palacio. En el suelo hay una bandeja con pan y queso, grosellas y pasas, granadas y ciruelas, y un tarro de nata espesa. Vivi y Heather están recostadas al otro lado, cogidas de la mano y con las piernas entrelazadas. Oak está poniendo las bayas en fila para luego derribarlas con las ciruelas, como si fueran bolos. En el pasado le habría regañado por eso, pero ya no.

—Es mejor que luchar, ¿verdad? —pregunta Taryn, mientras aparta una tetera humeante del hornillo y sirve agua en un recipiente. Añade unas hojas y se extiende por el aire un olor a menta y flor de saúco—. Una tregua. Una tregua inesperada.

Nadie dice nada, estamos sopesando la cuestión. No le prometí nada concreto a Madoc, aunque estoy segura de que, durante el banquete de esta

noche, planea empezar a hacer acopio de autoridad. Un proceso que irá acelerando hasta que yo solo sea un pelele sin poder efectivo. Lo tentador de esta línea de ataque es que siempre puedes convencerte de que ese destino es eludible, que puedes revertir cualquier retroceso, que al final podrás ganarle la partida.

—¿Qué le ocurre a esa chica? —pregunta Oak—. A la reina Suren.

—En la Corte de los Dientes no son muy considerados que digamos —respondo y me incorporo para coger la taza que me ofrece Taryn.

Llevo mucho tiempo sin dormir, pero no estoy cansada. Tampoco tengo hambre, aunque me he obligado a comer algo. Ya no sé ni cómo me siento.

—Es una forma de decirlo —replica Vivi, resoplando—. Como decir de un volcán que está «calentito».

Oak frunce el ceño.

—¿Y no vamos a ayudarla?

—Si decides casarte con ella, podríamos exigir que la chica resida aquí hasta que seas mayor de edad —respondo—. Y si así fuera, le quitaríamos las mordazas. Supongo que eso sería una bendición para ella. Aunque sigo pensando que no deberías hacerlo.

—No quiero casarme con ella…, ni con nadie —dice Oak—. Y tampoco quiero ser rey supremo. ¿Por qué no podemos ayudarla y punto?

El té está ardiendo. El primer sorbo me quema la lengua.

—No es fácil ayudar a una reina —dice Taryn—. Se supone que no necesitan ayuda de nadie.

Nos quedamos en silencio.

—Entonces, ¿te quedarás con la finca de Locke? —pregunta Vivi, girándose hacia mi hermana gemela—. No tienes por qué. Y tampoco tienes por qué tener ese bebé.

Taryn coge una grosella y hace rodar el fruto pálido y cítrico entre los dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sé que en Faerie los niños son un bien valioso y escaso, pero en el mundo mortal existe una cosa llamada aborto —dice Vivi—. Y también existe la opción del niño cambiado al nacer.

—O la adopción —interviene Heather—. Es tu decisión. Nadie te juzgará por ello.

—Y si lo hicieran, les cortaría las manos —añado.

—Quiero tenerlo —dice Taryn—. Estoy asustada, sí, pero también exultante. Dejarás de ser el pequeño, Oak.

—Mejor —dice él.

Hace rodar la ciruela que tenía en la mano hacia el tarro de la nata. Vivi la intercepta y le pega un bocado.

—¡Oye! —protesta Oak, pero ella se limita a reírse con malicia.

—¿Encontraste algo en la biblioteca? —le pregunto a Heather, tratando de disimular el tembleque de mi voz.

Ya sé que no. Si hubiera encontrado algo, me lo habría dicho. Pero se lo pregunto de todos modos.

—Encontré algunas historias muy interesantes —responde, bostezando—. Inútiles, pero interesantes. Una trataba sobre un monarca reptil que comandaba a todas las serpientes del mundo. Había otra sobre una serpiente que maldice a dos princesas feéricas para que se conviertan en serpientes…, pero solo a veces.

—Y también había otra sobre un bebé —añade, mirando de reojo a Taryn—. La esposa de un jardinero no lograba quedarse embarazada. Un día, ve a una serpiente verde en el jardín y se lamenta de que hasta las serpientes pueden tener hijos y ella no. La serpiente la oye y se ofrece a ser su hija.

Enarco las cejas. Oak se echa a reír.

—Y es una buena hija —prosigue Heather—. Le preparan una madriguera en un rincón de la casa para que viva allí. Le dan de comer lo mismo que ellos. Todo va bien hasta que se hace mayor y decide que quiere casarse con una princesa. Pero no con una princesa víbora o anaconda, precisamente. La serpiente quiere desposar a la princesa humana del lugar en el que viven.

—¿Y eso cómo es posible? —pregunta Taryn.

Heather sonríe.

—El padre va a ver al rey y le hace la propuesta de matrimonio de parte de la serpiente. El rey no está muy por la labor, pero al igual que hacen todos

los personajes de los cuentos de hadas, en lugar de decir que no sin más, le pide a la serpiente que cumpla tres tareas imposibles: primero, que convierta todas las frutas del huerto en piedras preciosas; que luego transforme los suelos del palacio en plata, y, por último, que convierta los muros del palacio en oro. Cada vez que el padre regresa a casa para informar de una de esas gestas, la serpiente le dice lo que tiene que hacer. Primero, el padre tiene que plantar unas semillas, que hacen que florezca jaspe y jade durante la noche. Después tiene que frotar los suelos del palacio con piel de serpiente para que se vuelvan de plata. Por último, debe rociar los muros del palacio con veneno, para volverlos dorados.

—Al final es el padre el que hace todo el esfuerzo —murmuro. Se está muy calientito junto al fuego.

—Es un padre un poco sobreprotector. —La voz de Heather resuena como si llegara desde muy lejos—. El caso es que, desesperado, el rey le confiesa a su hija que básicamente la ha vendido a una serpiente y que ella tiene que consentir el matrimonio. Así lo hace, pero cuando se quedan a solas, la serpiente se despoja de su piel y resulta ser un tío buenorro. La princesa se entusiasma, pero el rey irrumpe en su dormitorio y quema la piel, creyendo que está salvándole la vida a su hija.

»El chico serpiente pega un alarido y se convierte en paloma, después se va volando. La princesa se queda hecha polvo y llora sin parar, hasta que decide salir a buscarlo. Por el camino, como se trata de un cuento de hadas y nada tiene ningún sentido, la princesa se topa con un zorro chismoso, que le explica que se rumorea entre los pájaros que hay un príncipe que se encuentra maldecido por una ogra, y que no podrá curarse hasta que consiga la sangre de unas cuantas aves… y también la de un zorro. El resto os lo podéis imaginar. Pobre zorrito, ¿verdad?

—Qué chungo —dice Vivi—. Ese zorro solo pretendía ayudar.

Y eso es lo último que escucho antes de quedarme dormida entre el murmullo amigable de sus voces.



Me despierto frente a las ascuas agonizantes del fuego, arropada con una manta.

El sueño ha realizado su particular embrujo, consiguiendo que el horror de los últimos dos días remita lo suficiente como para permitirme pensar con más claridad.

Taryn está tumbada en el sofá, envuelta en una manta. Atravieso las silenciosas estancias y encuentro a Heather y a Vivi en mi cama. Oak no está, sospecho que estará con Oriana.

Salgo y me topo con un caballero que me estaba esperando. Es un miembro de la guardia real de Cardan.

—Majestad —dice, llevándose una mano al corazón—. Fand está descansando. Me pidió que cuidara de vos hasta su regreso.

Me siento culpable por no haber pensado en las interminables jornadas de trabajo de Fand. Está claro que no me basta con un solo caballero.

—¿Cómo he de llamarte?

—Artegowl, majestad.

—¿Dónde está el resto de la guardia del rey supremo? —pregunto.

El caballero suspira.

—Grima Mog nos ha encargado rastrear los movimientos de la serpiente.

Qué cambio tan extraño y penoso con respecto a su anterior misión, la de proteger a Cardan. Pero no sé si Artegowl se tomaría bien esta opinión, ni si es apropiado compartirla con él. Nos separamos al llegar ante las puertas de los aposente reales.

Una vez dentro, me sorprende encontrar a Bomba sentada en el sofá, haciendo girar una esfera de nieve entre las manos. En su interior hay un gato y una frase: FELICIDADES POR TU ASCENSO. Fue lo que le regaló Vivi a Cardan después de su coronación. No sabía que la conservara. Mientras contemplo el revoloteo de esos cristalitos centelleantes, recuerdo el informe sobre la nevada que cayó dentro del auditorio.

Bomba me mira, encorvada. Parece tan abatida como yo.

—Seguramente no tendría que haber venido —dice, lo cual no es nada propio de ella.

—¿Qué ocurre? —pregunto, adentrándome en la estancia.

—Cuando Madoc te hizo su oferta, oí lo que Taryn dijo sobre ti.

Bomba espera a que responda, pero no digo nada. Me limito a menear la cabeza.

—Que la tierra te sanó. —Creo que espera que lo niegue. Me pregunto si estará pensando en los puntos que me extrajo en esta habitación, o en cómo sobreviví a esa caída—. He pensado que a lo mejor… podrías usar ese poder para revivir a Cucaracha.

Cuando me uní a la Corte de las Sombras, no tenía ni idea de espionaje. Bomba me ha visto fracasar otras veces. Aun así, resulta duro admitir este fracaso.

—Intenté romper la maldición de Cardan, pero no pude. No sé cómo hice aquello, y tampoco sé si podría repetirlo.

—Cuando volví a ver a lord Jarel y a lady Nore, no pude evitar recordar la deuda que tengo con Cucaracha —dice Bomba—. Si no fuera por él, no habría sobrevivido. Aparte del cariño que le tengo, se lo debo. Quiero que se recupere. Si hay algo que puedas hacer…

Pienso en las flores que brotaron entre la nieve. En ese momento, hice magia.

Pienso en la esperanza.

—Lo intentaré —digo, interrumpiéndola—. Si puedo ayudar a Cucaracha, por supuesto que quiero hacerlo. Por supuesto que lo intentaré. Vamos. Vamos ahora mismo.

—¿Ahora? —pregunta Bomba, levantándose—. No, has vuelto a tus aposentos para descansar.

—Aunque la tregua con Madoc y la Corte de los Dientes vaya mucho mejor de lo que sospecho que irá, es posible que la serpiente no me permita someterla —replico—. Puede que tenga las horas contadas. Mejor hacerlo cuanto antes.

Bomba me acaricia ligeramente el brazo.

—Gracias. —No tiene costumbre de pronunciar esa palabra tan humana.

—No me lo agradezcas aún —replico.

—¿Y qué te parece un regalo? —dice y se saca del bolsillo una máscara de malla negra, a juego con la suya.

Me visto de negro y me echo una gruesa capa sobre los hombros. Luego me pongo la máscara y atravesamos juntas el pasadizo secreto. Me sorprende comprobar que lo han remodelado desde la última vez que pasé por aquí; ahora está conectado con los demás pasadizos que recorren los muros del palacio. Descendemos por la bodega y accedemos a la nueva Corte de las Sombras. Es más grande que la anterior y está mucho mejor equipada. Es obvio que Cardan la financió…, o que robaron los fondos necesarios a sus espaldas. Hay una zona de cocina, con cacharros de todo tipo, y una chimenea tan grande como para cocinar en ella un poni pequeño. Pasamos por las salas de entrenamiento, por los vestidores y por una sala de estrategia que no tiene nada que envidiar a la del gran general. Veo a unos cuantos espías, algunos me suenan y otros no.

Fantasma levanta la cabeza desde la mesa donde está sentado, repartiendo cartas en una de las salas del fondo, con un mechón de pelo pajizo sobre los ojos. Me mira con suspicacia. Me quito la máscara.

—Jude —dice, aliviado—. Has venido.

No quiero darles falsas esperanzas.

—No se si podré hacer algo por él, pero me gustaría verlo.

—Por aquí —dice Fantasma, que se levanta y me conduce hasta un pequeño cuarto del que cuelgan unas esferas de cristal luminosas.

Cucaracha está tendido en una cama. Me alarma verlo tan cambiado. Tiene la piel cetrina, ya no luce el intenso verdor oscuro de los estanques, y su tez tiene un preocupante aspecto ceroso. Se agita en sueños, de pronto grita y abre los ojos. Los tiene inyectados en sangre, con la mirada perdida.

Contengo el aliento, pero al cabo de unos segundos vuelve a quedar inconsciente.

—Creía que estaba durmiendo —digo, horrorizada.

Me había imaginado un letargo como el de Blancanieves, me había imaginado a Cucaracha inmóvil en una vitrina de cristal, preservado tal y como era.

—Ayúdame a buscar algo con lo que sujetarlo —dice Bomba, cargando el peso de su cuerpo encima de Cucaracha—. El veneno le produce a veces

estos arrebatos, y es preciso contenerlo hasta que se le pasan.

Ahora entiendo por qué ha acudido a mí, por qué considera que hay que hacer algo. Oteo la estancia. Hay una pila de sábanas encima de un cofre. Fantasma empieza a hacer jirones con ellas.

—Ve empezando —me dice.

Sin saber muy bien qué hacer, me sitúo junto a los pies de Cucaracha y cierro los ojos. Visualizo la tierra que piso, visualizo el poder que emana de ella y se filtra por las plantas de mis pies. Me la imagino inundando mi cuerpo.

Entonces me siento avergonzada, ridícula, y me interrumpo.

No puedo hacerlo. Soy una chica mortal. La magia me viene grande. No puedo salvar a Cardan. No puedo sanar a nadie. Esto no va a funcionar.

Abro los ojos y niego con la cabeza.

Fantasma me apoya una mano en el hombro, se acerca tanto a mí como cuando me instruía en el arte del asesinato. Me habla con voz suave:

—No lo fuerces, Jude. Deja que fluya.

Con un suspiro, vuelvo a cerrar los ojos. Intento sentir de nuevo la tierra que piso. La tierra de Faerie. Recuerdo lo que dijo Val Moren: «¿Crees que una semilla plantada en suelo feérico da lugar a la misma planta que habría sido en el mundo mortal?». No sé lo que soy, pero me he criado aquí. Esta es mi tierra y mi hogar.

Vuelvo a experimentar esa sensación extraña de tener el cuerpo cubierto de ortigas.

«Despierta —pienso, apoyándole una mano en el tobillo—. Soy tu reina y te ordeno que te despiertes».

Un espasmo sacude el cuerpo de Cucaracha. Me propina un puntapié en la barriga, que me lanza contra la pared.

Caigo al suelo. El dolor es tan intenso que me recuerda que hace no mucho recibí una herida en esta zona.

—¡Jude! —grita Bomba, moviéndose para sujetarle las piernas.

Fantasma se agacha a mi lado.

—¿Te has hecho mucho daño?

Levanto el pulgar para indicarle que estoy bien, pero aún no he recobrado el habla.

Cucaracha vuelve a gritar, pero esta vez parece que quiere decir algo.

—Lil… —Apenas es un hilo de voz ronca, pero está hablando.

Está consciente. Despierto.

Curado.

Coge a Bomba de la mano.

—Me estoy muriendo —dice—. El veneno me… Fui un necio. No me queda mucho tiempo.

—No te estás muriendo —replica ella.

—Hay algo que no he podido decirte en vida —añade, acercándola hacia él—. Te quiero, Liliver. Te quiero desde el mismo momento en que nos conocimos. Te quiero más que a nada. Y antes de morir, quería que lo supieras.

Fantasma enarca las cejas y me mira. Yo sonrío. Como estamos los dos en el suelo, dudo que Cucaracha sepa que estamos aquí.

Además, está distraído contemplando el rostro perplejo de Bomba.

—Nunca quise… —comienza a decir, pero se interrumpe, al interpretar su gesto como uno de espanto—. No hace falta que digas nada. Pero antes de que me muera…

—No te estás muriendo —repite Bomba, y parece que Cucaracha la escucha esta vez.

—Entiendo. —Se pone colorado—. No debería haber dicho nada.

Avanzo a gatas hacia la cocina, seguida de Fantasma. Cuando estamos llegando a la puerta, oigo la suave voz de Bomba:

—Si te hubieras callado —replica—, no podría decirte que tus sentimientos son correspondidos.

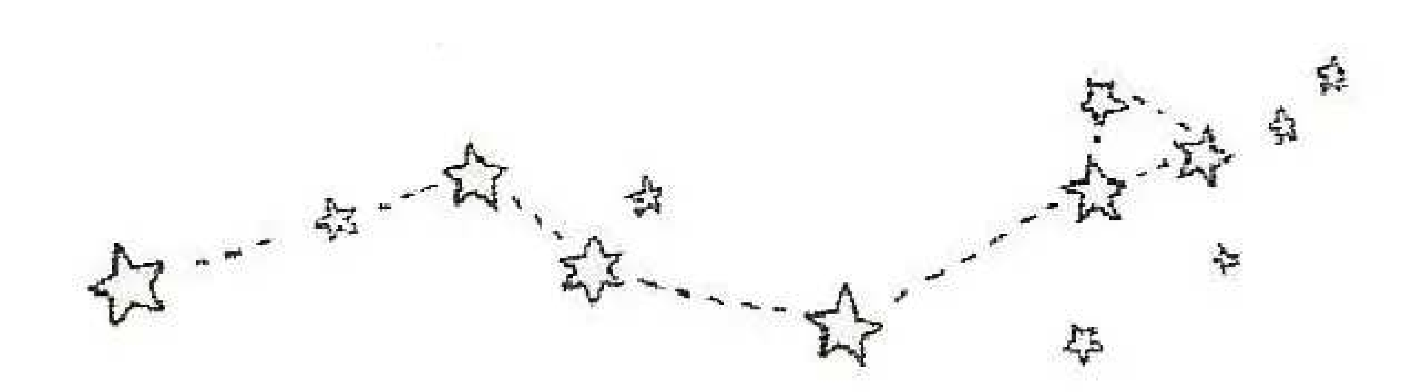
Afuera, Fantasma y yo emprendemos el camino de vuelta al palacio, contemplando las estrellas. Estoy pensando que Bomba es mucho más lista que yo, porque cuando se le ha presentado su oportunidad, la ha aprovechado. Le ha dicho a Cucaracha lo que sentía. Pero yo no se lo he dicho a Cardan. Y ya nunca podré hacerlo.

Me desvío hacia los barracones de las cortes inferiores.

Fantasma me mira sin comprender.

—Tengo que hacer una cosa más antes de irme a dormir —explico.

Fantasma no hace más preguntas, se limita a seguirme el paso.



Hacemos una visita a Madre Tuétano y a Severin, el hijo del rey abedul que durante tanto tiempo tuvo a Grimsen bajo sus órdenes. Ellos son mi última esperanza. Sin embargo, aunque acceden a reunirse conmigo bajo las estrellas y a escucharme, no tienen soluciones que ofrecerme.

—Tiene que haber un modo —insisto—. Tiene que haber algo.

—El problema es que ya sabes cómo poner fin a la maldición —dice Madre Tuétano—. «Solo la muerte», eso fue lo que dijo Grimsen. Tú quieres otra solución, pero la magia rara vez tiene la deferencia de adaptarse a nuestras preferencias.

Fantasma frunce el ceño. Me alegra tenerlo a mi lado, sobre todo en un momento así, cuando no sé si podré soportar escuchar esto a solas.

—No creo que Grimsen quisiera que la maldición pudiera revertirse —dice Severin. Resulta intimidante con esos cuernos curvos que tiene, pero su voz es afable.

—Pues vaya.

Me desplomo sobre un tronco cercano. Tampoco contaba con tener buenas noticias, pero noto cómo me embarga de nuevo la desesperanza.

Madre Tuétano me mira con los ojos entornados.

—Entonces, ¿vas a utilizar la brida de la Corte de los Dientes? Me gustaría verla. Las creaciones de Grimsen son tan horribles como interesantes.

—Tú misma —respondo—. Se supone que debo anudarle unos pelos míos.

míos.

Madre Tuétano suelta un bufido.

—Mejor que no. Si lo hicieras, acabarías sometida igual que la serpiente.

«Así quedaréis vinculados juntos».

Me invade una ira tan intensa que todo se vuelve blanco por un momento, como si acabara de caer un rayo, seguido de cerca por el trueno.

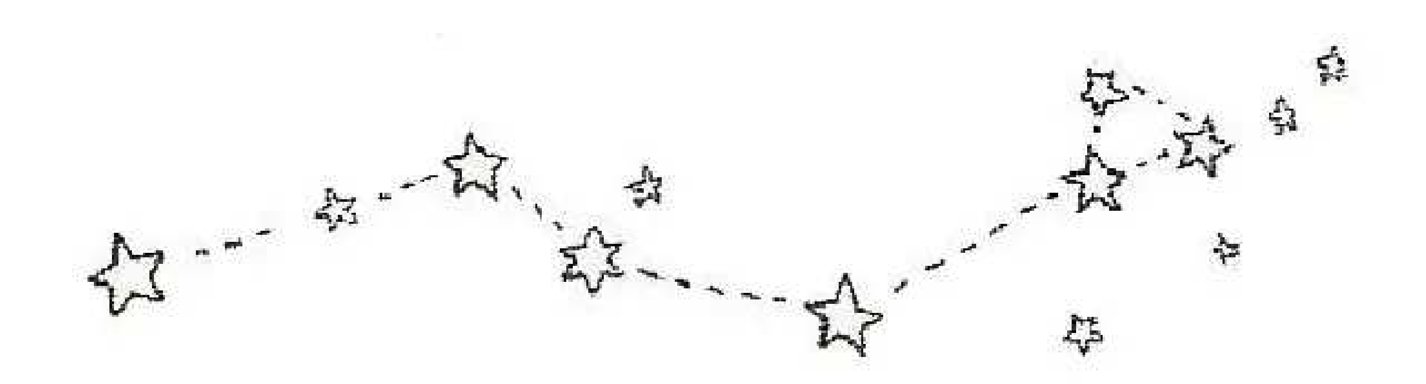
—Entonces, ¿cómo funciona? —Estoy tan furiosa que me tiembla la voz.

—Seguramente haya una contraseña —responde, encogiéndose de hombros—. Pero es difícil adivinar cuál será, y sin ella, la brida no funcionará.

Severin menea la cabeza.

—Solo hay una cosa que el herrero quería que todos recordaran.

—Su nombre —respondo.



Poco después de mi regreso al palacio, aparece Tatterfell con el vestido que me ha conseguido Taryn para el banquete. Varios sirvientes traen comida y me preparan un baño. Cuando salgo de la bañera, me perfuman y me peinan como si fuera una muñeca.

Es un vestido plateado, revestido con unas hojas metálicas. Oculto tres puñales en mi pierna, sujetos por correas, y otro en una funda entre los pechos. Tatterfell mira de reojo los moratones que me están saliendo en el lugar donde recibí la patada. Pero ni yo le cuento mi desventura, ni ella me pregunta.

Al haberme criado en casa de Madoc, estoy acostumbrada a la presencia de sirvientes. Había cocineros en las cocinas, mozos de cuadra que se

ocupaban de los establos y unos cuantos sirvientes domésticos para asegurar que las camas estuvieran hechas y que todo estuviera debidamente ordenado. Pero yo podía ir y venir a mi antojo, era libre para establecer mi rutina y hacer lo que me diera la gana.

Ahora, entre Tatterfell, la guardia real y los demás sirvientes del palacio, todos mis movimientos están controlados. Casi nunca estoy sola, y si lo estoy es por poco tiempo. Cuando veía a Eldred, encaramado a su trono, o a Cardan, engullendo una copa de vino en una fiesta con una risa forzada, no era consciente de lo horrible que es ser tan poderoso y sentirse tan impotente al mismo tiempo.

—Podéis retiraros —les digo, cuando terminan de trenzarme el pelo y adornarme las orejas con unos pendientes de plata con forma de punta de flecha.

No puedo anular la maldición y no sé cómo enfrentarme a una. Tendré que dejar eso aparcado y centrarme en lo que sí puedo hacer: sortear la trampa que me ha tendido la Corte de los Dientes y eludir la propuesta de Madoc para restringir mi poder. Creo que pretende mantenerme en el puesto de reina suprema, con mi monstruoso monarca a mi lado para siempre. Y al imaginar eso, no puedo evitar pensar lo horrible que sería para Cardan verse atrapado para siempre en ese cuerpo de serpiente.

Me pregunto si experimentará dolor. Me pregunto qué sentirá al exudar veneno por los poros. Me pregunto si tendrá consciencia suficiente para sentirse humillado cuando le pongan esa brida ante una corte que antaño le veneraba. Si prenderá el odio en su corazón. Odio hacia ellos. Y hacia mí.

«Es posible que me haya convertido en algo más, en un rey supremo tan monstruoso como Dain. Y si lo hiciera, sí cumpliera la profecía, sería preciso detenerme. Y creo que tú podrías hacerlo».

Madoc, lord Jarel y lady Nore planean acompañarme al banquete, donde tendré que anunciar nuestra alianza. Tendré que hacer valer mi autoridad y mantenerla durante toda la velada, lo cual no será fácil. Los miembros de la Corte de los Dientes son altivos y arrogantes. Pareceré débil si permito que me traten así, pero no sería inteligente arriesgar nuestra alianza pagándoles con la misma moneda. En cuanto a Madoc, no dudo que adoptará el papel de consejero paternal, haciéndome quedar como la hija protestona si me resisto

con demasiado ahínco. Pero si no logro impedir que me pasen por encima, entonces todo lo que he hecho, todo cuanto he planeado, habrá sido en vano.

Sin perder eso de vista, me yergo y me dirijo al lugar donde se va a celebrar el banquete.

Mantengo la cabeza alta mientras camino por el césped. Mi vestido revolotea a mi paso. Las hebras de plata que llevo entrelazadas en el pelo brillan bajo las estrellas. Me sigue el paje de las alas de polilla, sujetando la cola de mi vestido. La guardia real me flanquea, guardando una distancia respetuosa.

Diviso a lord Roiben cerca de un manzano, con su espada en forma de media luna reluciendo en una vaina pulida. Su acompañante, Kaye, lleva puesto un vestido verde, muy similar al tono de su piel. La reina Annet está hablando con lord Severin. Randalin está engullendo una copa de vino tras otra. Todos parecen afligidos. Han visto desplegarse una maldición, y si aún siguen aquí, es porque piensan combatir mañana.

«Solo uno de los dos puede mentirles». Recuerdo lo que me dijo Cardan la última vez que hablamos con los regentes de las cortes inferiores.

Pero esta noche no son mentiras lo que necesito. Aunque tampoco la verdad, exactamente.

Al verme con Madoc y los regentes de la Corte de los Dientes, los presentes guardan silencio. Clavan sobre mí esos ojos que parecen manchas de tinta. Todos esos rostros, ávidos y hermosos, se giran hacia mí como si yo fuera un corderito herido en un mundo de leones.

—Damas, caballeros y ciudadanos de Elfhame —digo para romper el silencio. Entonces titubeo. No estoy acostumbrada a dar discursos—. Como habitante de la Corte Suprema, me crie entre historias asombrosas e insólitas, plagadas de monstruos y maldiciones. Historias que incluso aquí, en Faerie, resultaban difíciles de creer. Pero ahora nuestro rey supremo es una serpiente, y todos nos hemos visto sumidos en una de esas historias.

»Cardan destruyó la corona porque quería ser un monarca diferente y darle un nuevo rumbo a su reinado. Al menos, eso ya se ha cumplido, en cierto modo. Madoc y la reina Suren de la Corte de los Dientes han depuesto sus armas. Nos reunimos con ellos y hemos establecido las condiciones para una tregua.

Un murmullo se extiende entre la multitud.

No miro hacia los lados. A Madoc no le habrá gustado que describa esta alianza como un triunfo mío, y a lord Jarel y lady Nore no les habrá gustado que me haya referido a su hija como si fuera el miembro principal de la Corte de los Dientes.

—Los he invitado a cenar con nosotros esta noche —prosigo—, y mañana nos reuniremos sobre el terreno, pero no para combatir, sino para domar a la serpiente y poner fin a la amenaza sobre Elfhame. Juntos.

Se oyen algunos aplausos titubeantes y aislados.

Deseo con todo mi corazón que Cardan estuviera aquí. Me lo imagino recostado en su asiento, dándome consejos para hablar en público. Eso me habría fastidiado un montón, y ahora, al pensar en ello, siento un cosquilleo de añoranza en el estómago.

Lo echo de menos, y el dolor de su ausencia es como un abismo en el que ansío dejarme caer.

Levanto mi copa, y a mi alrededor se alzan cálices, vasos y cuernos.

—Brindemos por Cardan, nuestro rey supremo, que se sacrificó por su pueblo y destruyó el yugo de la corona sanguínea. Brindemos por esas alianzas que han demostrado ser tan firmes como el lecho rocoso de las islas de Elfhame. Y brindemos por la promesa de la paz.

Cuando inclino mi copa, todos beben conmigo. Algo ha cambiado en el ambiente. Espero que baste con eso.

—Bonito discurso, hija mía —dice Madoc—. Pero en ningún momento has mencionado mi recompensa.

—¿La de convertirte en mi principal consejero? Pues ya has empezado a sermonearme. —Le miro sin amilanarme—. Pero hasta que no hayamos sometido a la serpiente, nuestro trato no estará cerrado.

Madoc frunce el ceño. En vez de esperar su respuesta, me acerco a la pequeña comitiva de la Corte de los Dientes.

—Lady Nore. —Parece sorprenderle que me dirija a ella, como si lo considerase una osadía por mi parte—. Creo que no conoces a lady Asha, la madre del rey supremo.

—Yo diría que no —admite—. Aunque…

La tomo del brazo y la dirijo hacia el lugar donde está lady Asha, rodeada por sus cortesanos favoritos. La madre de Cardan se alarma al ver que me acerco, y aún más cuando empiezo a hablar.

—He oído que deseas tener un nuevo papel en la corte —le digo—. Estoy pensando en nombrarte embajadora en la Corte de los Dientes, así que me ha parecido conveniente que conozcas a lady Nore.

No hay nada de verdad en lo que estoy diciendo, pero quiero que lady Asha sepa que estoy al corriente de sus maquinaciones, y que, si me hace enfadar, soy capaz de alejarla de esas comodidades que tanto le gustan. Y me parece un castigo adecuado para ambas que las dos tuvieran que soportarse.

—¿De verdad me obligarías a estar tan lejos de mi hijo? —inquiere.

—Si prefieres quedarte aquí a colaborar en el cuidado de la serpiente —replico—, solo tienes que decirlo.

Por la cara que pone, se nota que lo que quiere en realidad es rebanarme el pescuezo.

—Disfrutad de la conversación —añado, dándoles la espalda a las dos.

Y puede que la disfruten. Las dos me odian. Al menos tienen una cosa en común.

Los sirvientes traen un montón de platos. Brotes tiernos de helecho, nueces envueltas en pétalos de rosa, vino aderezado con infusiones de hierbas, aves diminutas asadas con miel. Mientras observo a los feéricos, parece como si los jardines dieran vueltas a mi alrededor. Me invade una extraña sensación de irrealidad. Aturdida, miro a mi alrededor para tratar de localizar a alguna de mis hermanas, a alguien de la Corte de las Sombras. O incluso a Fand.

—Majestad —dice alguien.

Es lord Roiben, que aparece a mi lado. Se me corta el aliento. No sé si podré proyectar autoridad en este momento, y menos aún ante él.

—Me alegra que no te hayas ido —digo—. Después de que Cardan destruyera la corona, no sabía si te quedarías.

Lord Roiben asiente.

—Cardan nunca me importó demasiado —dice, mirándome con sus ojos grises, pálidos como el agua de un río—. Fuiste tú la que me convenció para

jurar lealtad a la Corona, y la que negociaste la paz después de que el Inframar infringiera el tratado.

Matando a Balekin. Eso no se me olvida.

—Y habría luchado por ti de todos modos, aunque solo fuera porque la existencia de una reina mortal en Faerie satisface a mucha gente a la que estimo, y fastidia a mucha gente a la que desprecio. Pero después de lo que hizo Cardan en el auditorio, entendí por qué estabas dispuesta a lo que fuera con tal de subirlo al trono, así que decidí que combatiría hasta mi último aliento.

No me esperaba algo así viniendo de él. Me quedo pasmada.

Roiben toca un brazalete que lleva en la muñeca, recorrido por unos hilos verdes entrelazados. No, no son hilos. Son cabellos.

—Cardan estaba dispuesto a destruir la corona sanguínea y a confiar en la lealtad de sus súbditos, en vez de forzarla. Él es el verdadero rey supremo de Faerie.

Estoy a punto de decir algo cuando, al otro lado de la pradera, veo a Nicasia con un centelleante vestido de escamas plateadas, zigzagueando entre regentes y cortesanos.

Y veo que la consorte de Roiben, Kaye, se dirige hacia ella.

—Oye —digo—. Tu… eh, tu novia está a punto de…

Roiben se gira a tiempo de ver cómo Kaye le arrea un puñetazo a Nicasia. La princesa del Inframar tropieza con otro cortesano y luego cae al suelo. La ninfa sacude la mano como si se hubiera hecho daño en los nudillos.

Los guardias *selkies* de Nicasia corren hacia ella. Roiben comienza a abrirse camino entre la multitud, que se dispersa ante él. Trato de seguirle, pero Madoc me corta el paso.

—Una reina no corre hacia una pelea como si fuera una colegiala —dice, agarrándome del hombro.

Me enfado, pero no tanto como para no ver la oportunidad que se me presenta. Me zafo de Madoc, y de paso me llevo tres hebras de su cabello.

Una guerrera pelirroja se interpone entre Kaye y los guardias *selkies* de Nicasia. No la conozco, pero para cuando llega Roiben, parece claro que

todos están amenazando con batirse en duelo.

—Fuera de mi camino —le espeto a Madoc, después echo a correr.

Ignoro a todos los que intentan decirme algo. A lo mejor estoy haciendo el ridículo, subiéndome el vestido hasta las rodillas, pero me da igual.

Desde luego parezco ridícula cuando me guardo algo en el escote.

Nicasia tiene el cuello y la mandíbula enrojecidos. Me obligo a reprimir una carcajada que estaría totalmente fuera de lugar.

—Será mejor que no defiendas a una ninfa —me dice con altivez.

La guerrera pelirroja es mortal, lleva el uniforme de la corte del rey abedul. Le sangra la nariz, así que supongo que ya se ha enzarzado con los *selkies*. Lord Roiben parece dispuesto a desenfundar su espada. Como acaba de mencionar lo de combatir hasta su último aliento, preferiría no darle motivos para hacerlo.

Kaye lleva puesto un vestido aún más abierto que la última vez que la vi. Deja al descubierto una cicatriz que se origina en la garganta y se extiende hasta su pecho. Parece una mezcla entre un corte y una quemadura. Pero sea lo que sea, tiene motivos de sobra para estar cabreada.

—No necesito que nadie me defienda —replica—. Puedo resolverlo sola.

—Tienes suerte de que se haya limitado a pegarte —le digo a Nicasia.

Su presencia hace que se me acelere el pulso. No puedo evitar recordar el calvario que pasé cuando fui su prisionera en el Inframar. Me doy la vuelta hacia Kaye y le digo:

—Pero esto ya se ha acabado. ¿Entendido?

Roiben le apoya una mano en el hombro.

—Supongo —dice Kaye, después se aleja con paso airado.

Roiben aguarda un momento, pero yo niego con la cabeza. Después sale detrás de su consorte.

Nicasia se acaricia la mandíbula y me observa detenidamente.

—Veo que recibiste mi nota —digo.

—Y yo veo que estás coqueteando con el enemigo —replica, mirando de reojo a Madoc—. Acompáñame.

—¿Adónde? —inquiero.

—Adónde nadie pueda oírnos.

Nos alejamos juntas por los jardines, dejando atrás a nuestros guardias. Entonces me coge de la mano.

—¿Es cierto? ¿Cardan está maldito? ¿Se ha transformado en un monstruo cuyas escamas han roto las lanzas de tus soldados?

Asiento con pesar.

Entonces Nicasia se arrodilla, dejándome estupefacta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, desconcertada.

—Por favor —me ruega, agachando la cabeza—. Por favor, tienes que intentar romper la maldición. Ya sé que eres la reina de pleno derecho, y que a lo mejor no quieres que Cardan regrese, pero…

Cuando pensaba que no podría sorprenderme más, va y me suelta eso.

—¿Crees que yo…?

—Antes no sabía quién eres —dice, angustiada. Se le entrecorta el aliento, está al borde del llanto—. Creía que eras una simple mortal.

Tengo que morderme la lengua al oír eso, pero no la interrumpo.

—Cuando te convertiste en su senescal, me dije que te quería por tu capacidad para mentir. O porque te habías vuelto sumisa, para variar. Tenías razón cuando le dijiste que no era consciente de lo que eres capaz de hacer.

»Durante tu exilio, Cardan me contó más pasajes de la historia. Aunque te cueste creerlo, Cardan y yo fuimos amigos antes de ser amantes. Antes de Locke. Fue el primer amigo que tuve cuando llegué del Inframar. Y seguimos siéndolo, a pesar de todo. Detesto que te quiera.

—Él también lo detestaba —replico, con una risita más endeble de lo que me gustaría.

Nicasia me mira fijamente.

—No, eso no es cierto.

Enmudezco al oír eso.

—Cardan tiene mala fama entre los feéricos, pero no es como tú te piensas —dice Nicasia—. ¿Te acuerdas de los sirvientes que tenía Balekin? ¿Los sirvientes humanos?

Asiento sin decir nada. Claro que los recuerdo. Jamás olvidaré a Sophie y sus bolsillos llenos de piedras.

—A veces desaparecían, y corría el rumor de que Cardan les hacía daño, pero no es cierto. Cardan los llevaba de vuelta al mundo mortal.

Lo admito, me he quedado alucinada.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! —exclama, alzando una mano—. Tal vez para fastidiar a su hermano. Pero tú eres humana, así que pensé que sabrías apreciar ese gesto.

Y también te envió un vestido. Para la coronación.

Lo recuerdo: ese vestido de fiesta con los colores de la noche, que tenía bordado el contorno de una arboleda y unos cristalitos a modo de estrellas.

Era mil veces más bonito que el vestido que encargué. Pensé que podría ser un obsequio del príncipe Dain, ya que era su coronación, y yo había jurado servirle cuando me uní a la Corte de las Sombras.

—Nunca te lo dijo, ¿verdad? —prosigue Nicasia—. ¿Lo ves? Ya son dos cosas buenas de Cardan que tú desconocías. Y también me di cuenta de cómo le mirabas cuando creías que nadie se daba cuenta.

Me muerdo el interior del carrillo, cohibida, por más que fuimos amantes, y que nos casamos, y que no debería ser un secreto para nadie que nos gustamos.

—Así que prométemelo —dice Nicasia—. Prométeme que le ayudarás.

Pienso en la brida dorada, en el futuro que predijeron los astros.

—No sé cómo romper la maldición —admito, mientras se agolpan en mis ojos todas las lágrimas que no he derramado aún—. Si pudiera, ¿crees que estaría celebrando este absurdo banquete? Dime qué debo robar o a quién debo matar, dime qué acertijo he de resolver y a qué bruja tengo que engañar. Dime cuál es el modo y lo haré, sin importar el peligro, sin importar el esfuerzo, sin importar el coste.

Se me quiebra la voz. Nicasia me mira fijamente. Al margen de la opinión que tengo de ella, está claro que Cardan le importa.

Y cuando, para su asombro, empiezan a rodar unas lágrimas por mis mejillas, creo que ella piensa lo mismo de mí.

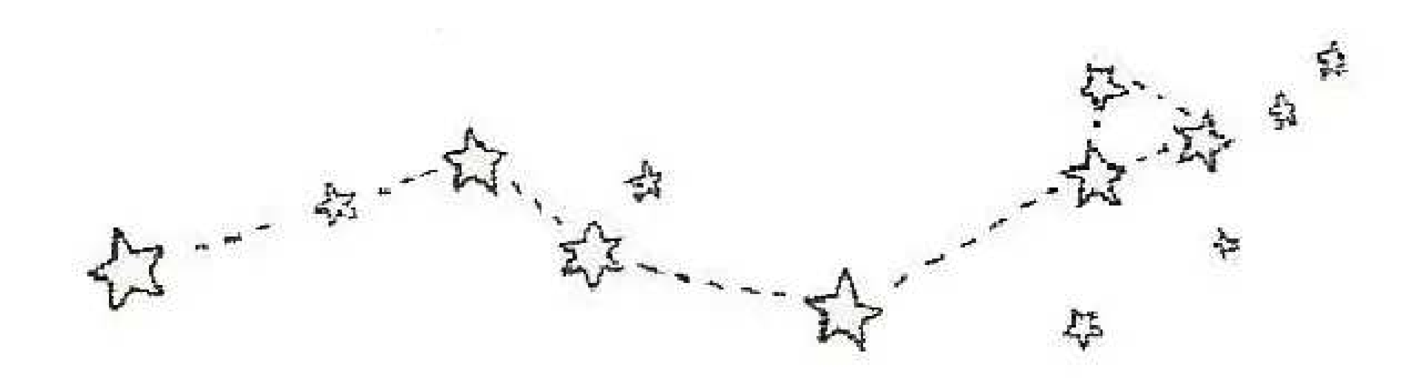
Aunque eso a Cardan no le servirá de mucho.



Cuando terminamos de hablar, regreso al banquete y me encuentro al nuevo rey abedul. Parece sorprendido al verme. A su lado está la guerrera mortal de la nariz ensangrentada. Una humana pelirroja, la consorte de Severin, le está taponando la nariz con algodón. Me doy cuenta de que la consorte y la guerrera son gemelas, aunque no son idénticas, como Taryn y yo. Pero no dejan de ser dos gemelas humanas en Faerie. Y ninguna de ellas parece especialmente importunada por ello.

—Necesito algo de ti —le digo a Severin.

—Por supuesto, mi reina —responde con una reverencia—. Todo cuanto poseo está a tu disposición.



Por la noche, me acuesto en el inmenso lecho de Cardan, dentro de su inmensa alcoba. Me estiro y aparto la colcha de un puntapié.

Observo la brida dorada que está encima de una silla, a mi lado, reluciendo bajo la tenue luz de una lámpara.

Si se la pusiera a la serpiente, ya no se separaría de mi lado. Una vez sometida, podría traerla aquí. Podría acurrucarse en la alfombra, y aunque eso me convertiría en un monstruo como ella, al menos no estaría sola.

Al fin me duermo.

En mis sueños, la serpiente en que se ha convertido Cardan se cierne sobre mí, sus escamas negras centellean.

—Te quiero —le digo, y entonces me devora.

—Te quiero —le digo, y entonces me devora.



Capítulo 26

—Aún no estás curada del todo —protesta Tatterfell, mientras hinca sus garras en mi cicatriz.

Lleva ocupándose de mí desde que salí de la cama, me está acicalando para el enfrentamiento con la serpiente como si se tratara de otro banquete, sin parar de refunfuñar.

—Madoc estuvo a punto de ensartarte hace muy poco —añade.

—Como tenías una deuda con él, ¿te molesta tener que seguir aquí conmigo? —le pregunto cuando termina de formar una trenza en lo alto de mi cabeza. Me ha peinado hacia atrás por los lados, el resto me lo ha recogido en un moño.

No llevo abalorios en el cuello ni en las orejas, como es lógico, para que no puedan agarrarme de ellos.

—Madoc me envió aquí —replica Tatterfell, mientras coge un pincel de la mesa donde ha dispuesto sus bártulos y lo introduce en un tarro de ceniza

la mesa donde ha dispuesto sus bártulos y lo introduce en un tarro de ceniza negra—. Aunque puede que se arrepienta. Al fin y al cabo, ahora mismo podría estar regañándole a él, en vez de a ti.

Sonrío al oír eso.

Tatterfell me maquilla, me aplica sombra en los ojos y color en los labios.

Alguien llama a la puerta, entran Taryn y Vivi.

—No te vas a creer lo que hemos encontrado en la tesorería —dice Viví.

—Yo pensaba que en las tesorerías no había más que oro, gemas y esas cosas.

Recuerdo que, hace una eternidad, Cardan prometió entregar los contenidos de la tesorería de Balekin a la Corte de las Sombras si me traicionaban y le liberaban. Es extraño recordar el miedo que sentí entonces, lo cautivador que resultaba Cardan, y lo mucho que detestaba que así fuera.

Tatterfell resopla cuando entra Cucaracha, arrastrando un cofre.

—Tus hermanas son unas liantas.

La piel de Cucaracha ha recuperado su verdor habitual, y aunque ha adelgazado, tiene buen aspecto. Me alivia muchísimo verlo en pie tan pronto. Me pregunto cómo habrá terminado ayudando a mis hermanas, aunque me interesa más saber qué le dijo Bomba. Su rostro refleja una felicidad inédita hasta ahora. Se percibe en las comisuras de sus labios, donde acecha una sonrisa, y en el brillo de sus ojos.

Qué contraste conmigo.

—Hemos encontrado una armadura —dice Taryn, sonriendo—. Una armadura majestuosa. Para ti.

—Para una reina —añade Viví—. Como recordarás, hace mucho tiempo que no teníamos una mujer al mando.

—Es posible que perteneciera a la mismísima Mab —añade Taryn.

—Me tenéis intrigada —digo.

Viví se agacha para abrir el cofre. Extrae una preciosa armadura de escamas, diseñada de tal modo que parece formar una cascada de hojas de hiedra metálicas en miniatura. Al verla se me corta el aliento. Es la armadura más hermosa que he visto en mi vida. Parece antigua y tiene un acabado notable, nada que ver con las creaciones de Grimsen. Me alivia

acabado notable, nada que ver con las creaciones de Grimsen. Me alivia saber que hubo otros grandes herreros antes que él, y que los seguirá habiendo después.

—Sabía que te gustaría —dice Taryn, sonriendo.

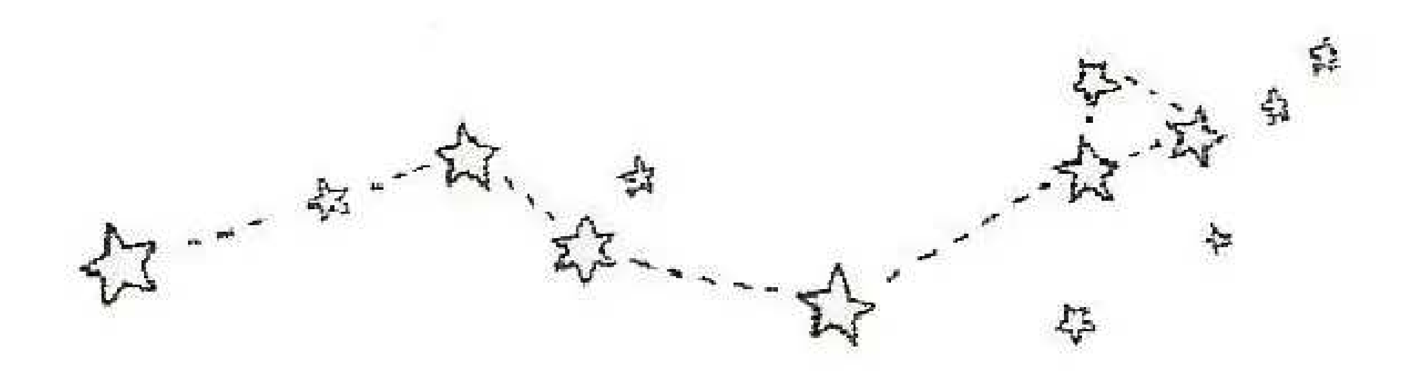
—Yo he traído algo que te gustará casi tanto como eso —añade Cucaracha.

Mete una mano en su morral y saca tres hebras de lo que parece un hilo plateado. Me lo guardo en el bolsillo, junto a los cabellos que le arranqué a Madoc.

Vivi no se da cuenta, porque está entretenida sacando objetos del cofre: unas botas revestidas con unas placas curvas de metal; brazales con escaramujos grabados; hombreras compuestas por láminas metálicas, con las puntas curvadas; y un yelmo que semeja una corona de ramas doradas, con bayas arracimadas a ambos lados.

—En fin, aunque la serpiente te arranque la cabeza de un mordisco —dice Tatterfell—, el resto de tu cuerpo seguirá luciendo bien.

—Gracias por la parte que me toca —replico.



El ejército de Elfhame se reúne y se prepara para partir. Corceles feéricos esbeltos como galgos, caballos de aguas pantanosas, renos con astas prominentes y sapos inmensos. Los están ensillando a todos. Algunos llevarán incluso coraza.

Los arqueros se alinean con sus proyectiles élficos, con arcos inmensos y flechas envenenadas. Los caballeros se preparan. Veo a Grima Mog al otro lado del terreno, entre un pequeño grupo de gorros rojos. Se están pasando una garrafa llena de sangre, dando sorbitos y mojando sus gorros. Un

una garrafa llena de sangre, dando sorbitos y mojando sus gorros. Un enjambre de ninfas con pequeños dardos envenenados revolotean por el lugar.

—Estaremos preparados —explica Grima Mog, cuando se acerca—, en caso de que la brida no funcione como aseguran. O si no les gusta lo que ocurra después.

Sonríe al ver mi armadura y la espada que llevo colgada a la espalda, mostrándome sus dientes ensangrentados. Después se apoya una mano en el corazón.

—Mi reina suprema.

Yo también sonrío, aunque sé que no resulto convincente. Estoy de los nervios.

Ante mí se extienden dos sendas, aunque solo una conduce hasta la victoria.

He sido la protegida de Madoc y la vasalla de Dain. No conozco otro modo de vencer que no pase por seguir sus ejemplos. No es la receta para ser un héroe, pero sí para alcanzar el éxito. Sé cómo atravesarme la mano con un cuchillo. Sé cómo odiar y ser odiada. Y sé cómo ganar la partida, siempre que esté dispuesta a sacrificar todo lo bueno que hay en mí.

En una ocasión dije que, si no podía ser mejor que mis enemigos, entonces me volvería peor que ellos. Mucho mucho peor.

«Arranca tres pelos de tu cabeza y anúdalos alrededor de la brida. Así quedaréis vinculados juntos».

Lord Jarel pretendía engañarme. Quería guardarse la palabra mágica, para utilizarla después de que yo amarrase a la serpiente y así poder controlarnos a las dos. Estoy segura de que Madoc desconoce el plan de lord Jarel, lo que sugiere que una parte del complot consistirá en asesinarlo.

Pero es un plan que puede volverse en su contra. He anudado sus cabellos a la brida dorada, y no seré yo la que quedará vinculada a la serpiente. Una vez sometida, Madoc y lord Jarel se convertirán en mis vasallos, igual que Cardan lo fue antaño. Igual que volverá a serlo cuando estas correas doradas se hinquen en sus escamas.

Y si la serpiente aumenta su monstruosidad y su corrupción, si emponzoña la mismísima tierra de Elfhame, entonces reinaré entre monstruos. Gobernaré sobre esta tierra ennegrecida con mi padre, el gorro

monstruos. Gobernaré sobre esta tierra ennegrecida con mi padre, el gorro rojo, como marioneta. Me temerán y ya nunca volveré a tener miedo.

«Solo de su sangre derramada emergerá un regente digno de tal nombre».

Tendré todo lo que siempre he querido, todo cuanto he soñado, acompañado de una tristeza eterna. Viviré con una esquirla de hielo alojada en el corazón.

—He contemplado los astros —dice Baphen. Por un momento, mi mente sigue sumida en esas ensoñaciones descabelladas y no me concentro. Su toga, de color azul oscuro, revolotea a su espalda, impulsada por la brisa de la tarde—. Pero se niegan a hablar conmigo. Cuando el futuro permanece oculto, significa que un suceso te remodelará para siempre, para bien o para mal. Y hasta que ese suceso haya concluido, no podremos ver nada.

—Sin presiones, vamos —murmuro.

Bomba emerge de entre las sombras.

—Han avistado a la serpiente —me informa—. Está cerca de la costa, junto a la Arboleda Torcida. Debemos darnos prisa antes de que desaparezca otra vez.

—Recordad la formación —dice Grima Mog a sus tropas—. Avanzaremos por el norte. Los hombres de Madoc ocuparán el sur, y la Corte de los Dientes, el oeste. Mantened la distancia. El objetivo es conducir a la criatura hasta los amorosos brazos de nuestra reina.

Las escamas de mi nueva armadura tintinean entre sí, produciendo un sonido melodioso. Me ayudan a subir a un imponente corcel negro. Grima Mog va a lomos de un enorme ciervo acorazado.

—¿Esta es tu primera batalla? —me pregunta.

Asiento.

—Si se desata una refriega, concéntrate en lo que tengas delante. Libra tu guerra —me dice—. Deja que los demás se preocupen de las suyas.

Vuelvo a asentir, mientras observo cómo el ejército de Madoc se pone en marcha para ocupar su posición. Primero marchan sus propios soldados, seleccionados y sustraídos del ejército permanente de Elfhame. Después van las cortes inferiores que se sumaron a su estandarte. Y, por supuesto, la Corte de los Dientes, equipados con armas de hielo. Muchos de ellos tienen la piel salpicada de escarcha, y algunos tienen una tez tan azulada como la de un muerto. No me atrae la idea de enfrentarme a ellos, ni hoy ni nunca.

muerto. No me atrae la idea de enfrentarme a ellos, ni hoy ni nunca.

La Corte de las Termitas cabalga por detrás de Grima Mog. El cabello blanco de Roiben resulta inconfundible. Monta a lomos de un *kelpie*, y cuando le miro, me dirige un saludo. Por detrás de él avanzan las tropas del rey abedul. Severin no va acompañado de su consorte; a su lado cabalga la guerrera pelirroja mortal que tuvo el encontronazo con los guardias selkies de Nicasia. Me inquieta verla tan exultante.

Allá en el palacio, Vivi, Oriana, Heather y Oak nos esperan junto con un puñado de guardias, la mayor parte del consejo y muchos cortesanos, tanto de la Corte Suprema como de las inferiores. Presenciarán la escena desde los parapetos.

Agarro la brida dorada con más fuerza.

—Anímate —dice Grima Mog, al ver mi cara. Se recoloca el gorro, cubierto por capas de sangre reseca—. La gloria nos espera.

Mientras cabalgamos entre los árboles, no puedo evitar pensar que cuando soñaba con el título de caballero, me imaginaba algo como esto. Luchando contra monstruos insólitos, espada en ristre, enfundada en una armadura. Pero, como tantas otras ensoñaciones, carecían del horror que caracteriza a la realidad.

Se oye un chillido procedente de una arboleda más densa, situada un poco más adelante. Grima Mog hace una señal y los ejércitos de Elfhame frenan su avance y se despliegan. Solo yo sigo avanzando, zigzagueando entre árboles muertos, hasta que diviso los anillos negros del cuerpo de la serpiente a unos diez metros de distancia. Mi caballo recula, resoplando.

Con la brida en la mano, bajo al suelo y me acerco a la monstruosa criatura que antaño fue Cardan. Ha aumentado de tamaño, ya es más larga que uno de los barcos de Madoc, y tiene la cabeza tan grande que, si abriera la boca, cada uno de sus colmillos sería la mitad de grande que la espada que llevo a la espalda.

Me pone los pelos de punta.

Me obligo a caminar sobre la hierba marchita y renegrida. Por detrás de la serpiente, veo ondear los estandartes con el escudo de Madoc.

—Cardan —susurro. Las correas doradas de la brida relucen entre mis manos.

Como a modo de respuesta, la serpiente se repliega y tuerce el cuello

Como a modo de respuesta, la serpiente se repliega y tuerce el cuello con un movimiento oscilante, como si buscara el mejor modo de atacar.

—Soy Jude —digo, pero se me quiebra la voz—. Jude. Te gusto, ¿recuerdas? Confías en mí.

La serpiente se mueve sin previo aviso, se desliza a toda velocidad hacia mí, cubriendo la distancia que nos separa. Los soldados se dispersan. Los caballos se encabritan. Los sapos brincan hacia el amparo del bosque, ignorando a sus jinetes. Los *kelpies* corren hacia el mar.

Alzo la brida, pues es lo único que tengo para defenderme. Me preparo para lanzarla. Pero la serpiente se detiene a unos tres metros de mí y se enrosca.

Me observa con sus ojos dorados.

Tiemblo de pies a cabeza. Me sudan las manos.

Sé lo que debo hacer si quiero derrotar a mis enemigos, pero ya no quiero hacerlo.

Ahora que estoy tan cerca de la serpiente, solo puedo pensar en la brida hincándose en la piel de Cardan; en que quedará atrapado para siempre.

Antes me atraía la idea de tenerlo bajo mi control. Me sentí poderosa cuando me juró lealtad, cuando tuvo que obedecerme durante un año y un día. Creía que, si era capaz de controlarlo todo y a todos, nada podría hacerme daño.

Avanzo un paso hacia la serpiente. Después otro. A esta distancia, me vuelve a sobrecoger el tamaño de la criatura. Alzo una mano con cuidado y la apoyo sobre las escamas negras. Tienen un tacto frío y seco.

Sus ojos dorados no ofrecen ninguna respuesta, pero me pongo a pensar en Cardan, tendido a mi lado sobre el suelo de los aposentos reales.

Pienso en su sonrisa veleidosa.

Pienso en cómo detestaría verse atrapado de este modo. En lo injusto que sería que yo lo mantuviera sometido de este modo y pretendiera llamarlo amor.

«Ya sabes cómo poner fin a la maldición».

—Te quiero —susurro—. Y siempre te querré.

Me cuelgo la brida dorada del cinturón.

«Ante mí se extienden dos sendas, aunque solo una conduce hasta la victoria».

victoria».

Pero no quiero ganar así. Puede que me toque vivir siempre con miedo, puede que el poder se escurra entre mis manos, puede que el dolor por perder a Cardan me resulte insoportable.

Pero le amo, así que solo hay una elección posible.

Desenfundo la espada que llevo a la espalda. Es Veraz, el arma capaz de cortar cualquier cosa. Se la pedí prestada a Severin y decidí traerla al campo de batalla, porque por más que quisiera negarlo, una parte de mí sabía qué decisión iba a tomar.

Los ojos dorados de la serpiente permanecen inmutables, pero oigo exclamaciones de sorpresa entre los feéricos. También oigo rugir a Madoc.

Nadie se esperaba que esto terminara así.

Cierro los ojos, pero soy incapaz de mantenerlos cerrados. Con un solo movimiento, trazo un arco centelleante con Veraz, dirigido hacia la cabeza de la serpiente. En su descenso, la espada cercena las escamas, atraviesa carne y hueso. Entonces la cabeza de la serpiente cae junto a mis pies, sus ojos dorados se apagan.

Hay sangre por todas partes. El cuerpo de la serpiente se estremece con violencia, luego se queda inerte. Enfundo a Veraz con manos temblorosas. Estoy temblando como una hoja, con tanta violencia que caigo de rodillas sobre la hierba ennegrecida, sobre un manto de sangre.

Lord Jarel me grita algo, pero no oigo el qué.

Es posible que yo también esté gritando.

Los feéricos corren hacia mí. Escucho el repicar del acero y el silbido de las flechas que surcan el aire. Los sonidos parecen muy lejanos.

Lo único que resuena con fuerza en mis oídos es la maldición que pronunció Valerian antes de morir: «Que tus manos estén siempre manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera».

—Tendrías que haber aceptado la oferta —dice lord Jarel, presto a atacarme con su lanza—. Tu reinado será muy breve, reina mortal.

Entonces aparece Grima Mog montada en su ciervo, para frenar su ataque. Sus armas se entrechocan, resuenan con la fuerza del impacto.

—Primero voy a matarte —le dice—. Y luego voy a comerte.

Dos flechas negras emergen de entre los árboles y se clavan en la garganta de lord Jarel. Se desploma de su caballo mientras se extiende un

garganta de lord Jarel. Se desploma de su caballo mientras se extiende un grito entre la Corte de los Dientes. Diviso fugazmente el cabello blanco de Bomba.

Grima Mog da la vuelta para enfrentarse a tres caballeros de la Corte de los Dientes. Seguro que los conoce, seguro que les dio órdenes, pero lucha contra ellos a pesar de todo.

Se oyen más gritos a mi alrededor. Y los ecos de la batalla se atenúan.

Se oye un cuerno, resuena desde la costa.

Al otro lado de las rocas negras, el agua se cubre de espuma. De las profundidades emergen *selkies* y tritones, sus escamas centellean bajo la luz del sol. Nicasia se encuentra entre ellos, a lomos de un tiburón.

—El Inframar respeta el tratado con la superficie y con la reina —exclama, y su voz resuena por el campo de batalla—. Deponed las armas.

Enseguida, los ejércitos del Inframar se apresuran hacia la orilla.

Entonces Madoc se planta ante mí. Tiene la mejilla y parte de la frente pintadas de sangre. Percibo regocijo en su rostro, una euforia atroz. Los gorros rojos han nacido para esto, para la violencia, el asesinato y el derramamiento de sangre. Creo que una parte de él disfruta al poder compartir esto conmigo, incluso en estas circunstancias.

—Ponte en pie.

He pasado la mayor parte de mi vida obedeciendo sus órdenes. Me levanto, acerco la mano a la brida dorada que llevo prendida del cinturón, la misma en la que anudé sus cabellos, la misma que podría haber utilizado para someterlo. Aún estoy a tiempo de emplearla para ese fin.

—No voy a pelear contigo. —Mi voz suena muy distante—. Aunque no disfrutaría viendo cómo estas correas se hincan en tu piel, tampoco me daría pena.

—Déjate de bravatas —replica Madoc—. Ya has vencido. Mira.

Me agarra por los hombros y me gira para que pueda ver el lugar donde yace el enorme cuerpo de la serpiente. Siento una punzada de espanto y trato de zafarme de él. Entonces me doy cuenta de que la batalla ha decaído, los feéricos están contemplando la escena. Del interior del cuerpo de la criatura emana un resplandor.

Y de repente, envuelto en ese fulgor, aparece Cardan. Está desnudo y cubierto de sangre.

cubierto de sangre.

Está vivo.

«Solo de su sangre derramada emergerá un regente digno de tal nombre».

A su alrededor, todo el mundo se arrodilla. Grima Mog. Lord Roiben. Incluso aquellos que un rato antes solo pensaban en matar, ahora se dan por vencidos. Nicasia contempla la escena desde el mar, mientras Elfhame se postra ante el rey supremo, restaurado y renacido.

—Inclinaré la cabeza ante ti —me dice Madoc en voz baja—. Pero solo ante ti.

Cardan da un paso al frente, sus pisadas forman unas pequeñas grietas. Fisuras en la faz de la tierra. Habla con una voz poderosa que reverbera entre todos los presentes:

—La maldición se ha roto. El rey ha vuelto.

Resulta tan aterrador como cuando era una serpiente.

Pero me da igual. Corro a abrazarlo.



Cardan me clava los dedos en la espalda. Está temblando, pero no sé si será de espanto o porque la magia se está disipando. El caso es que me abraza como si yo fuera lo único que le queda en el mundo.

Se acercan unos soldados y Cardan me suelta con brusquedad. Aprieta la mandíbula. Rechaza a un caballero que le ofrece su capa, pese a que lo único que cubre su piel es sangre.

—Hace días que no me visto —replica el rey supremo, y aunque creo percibir cierta fragilidad en su mirada, los demás están demasiado perplejos como para advertirlo—. No sé por qué debería empezar a hacerlo ahora.

—¿Por pudor? —me obligo a decir, siguiéndole el juego, sorprendida de que sea capaz de bromear con la maldición.

Cardan me dirige una sonrisa desenfadada y deslumbrante. La clase de sonrisa tras la que puedes parapetarte.

—Mi cuerpo es un deleite para los sentidos.

Al verlo, me duele el pecho. Me cuesta respirar. Aunque lo tengo delante, el dolor por haberlo perdido aún no se ha disipado.

—Majestad —dice Grima Mog, dirigiéndose a mí—. ¿Tengo permiso para encadenar a vuestro padre?

Titubeo, recordando el momento en que me encaré con él con la brida dorada. «Ya has vencido».

—Sí —responde Cardan—. Encadénalo.

Traen un carruaje, las ruedas traquetean sobre las rocas. Grima Mog grita sus órdenes. Dos generales sujetan con grilletes las muñecas y los tobillos de Madoc, las aparatosas cadenas resuenan hasta con el más mínimo movimiento. Los arqueros lo apuntan con sus flechas mientras se lo llevan.

Sus soldados se están rindiendo, pronuncian juramentos de sumisión. Oigo el batir de unas alas, el ruido metálico de las armaduras, los gritos de los heridos. Los gorros rojos renuevan el pigmento de sus sombreros. Varios feéricos se alimentan de los muertos. Hay humo en el ambiente, entremezclado con los olores del mar, la sangre y el musgo. El resultado de una batalla, por breve que sea, siempre es el mismo: vendajes, adrenalina que se va disipando, vítores a los vencedores.

El festejo ya habrá comenzado en el palacio y durará mucho más que el combate.

Cardan se acomoda dentro del carruaje. Lo observo, contemplo la sangre que se va secando sobre su cuerpo, las costras que forma en sus rizos, como diminutas piedras preciosas. Después me obligo a mirar por la ventanilla.

—¿Cuánto tiempo he estado…? —Titubea.

—Menos de tres días —respondo—. No ha sido mucho tiempo.

No le digo que a mí se me ha hecho eterno. Tampoco menciono que podría haberse quedado atrapado para siempre dentro del cuerpo de la serpiente, sometido por una brida. O que podría haber muerto.

Sí, ahora podría estar muerto.

El carruaje se detiene y nos apuran para que nos bajemos. Unos sirvientes han traído una enorme capa de terciopelo para Cardan. Esta vez la acepta y se la echa sobre los hombros, mientras recorremos las frías estancias subterráneas.

—Tal vez os venga bien un baño —dice Randalin. Razón no le falta.

—Antes quiero ver el trono —dice Cardan.

Nadie se atreve a contradecirlo.

El auditorio está lleno de mesas volcadas y frutas podridas. Una grieta recorre el suelo hasta el trono partido por la mitad, con sus flores marchitas.

Cardan extiende las manos y la tierra se regenera, piedra y roca se amontonan para volver a cubrir la hendidura. Entonces gira los dedos y el trono escindido crece de nuevo, floreciendo con escaramujos, dando forma a dos tronos diferenciados donde antes solo había uno.

—¿Te gusta? —me pregunta.

Es como preguntarle a alguien si le gusta la corona de estrellas que acabas de extraer del cielo.

—Es impresionante —respondo, con el aliento entrecortado.

Aparentemente satisfecho, Cardan deja al fin que Randalin nos acompañe hasta los aposentos reales, que están repletos de sirvientes, generales y la mayor parte del Consejo Orgánico. El baño está preparado para el rey supremo. Traen una garrafa de vino, junto con un cáliz ornamentado e incrustado de cabujones. Fala entona una canción sobre el rey de las serpientes, y Cardan parece cautivado y horrorizado al mismo tiempo por tantas atenciones.

Como no me apetece quitarme la armadura delante de todos estos feéricos, me dirijo a mis antiguos aposentos.

Cuando llego allí, me encuentro a Heather. Se levanta del sofá, con un libro voluminoso entre las manos. El tono rosa de su pelo ha perdido su intensidad, pero todo lo demás en ella resulta radiante.

—Felicidades, por decir algo. No sé qué se suele decir después de una batalla, pero he oído que has ganado.

—Hemos ganado —le confirmo, y sonrío.

Heather tira del rudimentario collar de serbas que lleva al cuello.

—Me lo hizo Vee. Para la fiesta. —Entonces parece reparar por primera vez en mi aspecto—. Esa sangre no será tuya…

—No —respondo—. Estoy bien. Solo cubierta de mugre.

Heather asiente despacio.

—Y Cardan también está bien —añado.

Se le cae el libro de las manos, que aterriza sobre el sofá.

—¿Ya no es una serpiente gigante?

—No —respondo—. Pero creo que estoy empezando a hiperventilar. Así es como se dice, ¿verdad? Cuando respiras demasiado rápido. Y te mareas.

—En este lugar nadie tiene ni idea sobre medicina humana, ¿verdad? —Heather se acerca y comienza a desabrocharme la armadura—. Vamos a quitarte esto, a ver si te sientes mejor.

—Háblame —le ruego—. Cuéntame otro cuento de hadas. Cuéntame algo.

—Está bien —dice ella, mientras trata de averiguar cómo se quita la armadura—. Seguí tu consejo y hablé con Vee. Ya era hora. Le dije que no quería que me arrebatara mis recuerdos y que sentía haberla obligado a prometerlo.

—¿Se alegró? —le pregunto, mientras la ayudo con uno de los cierres.

—Tuvimos una discusión tremenda. A gritos —responde—. Y con muchos llantos.

—Vaya —murmuro.

—¿Te acuerdas del cuento de hadas de la serpiente que tiene unos padres sobreprotectores y que al final se casa con la princesa?

—¿Sobreprotectores? —repito. Me quedé dormida al final, así que debí de perderme esa parte.

—Después de quemar la piel de serpiente del muchacho, la princesa tuvo que volver a ganarse su favor superando una prueba. Pues bien, le dije a Vee que ella tiene que hacer lo mismo. Tiene que volver a conocerme desde cero y hacerlo bien esta vez. Tiene que contarme la verdad desde el principio. Y convencerme para que la quiera.

—Ostras. —La última pieza de mi armadura se suelta, cae al suelo traqueteando, y me doy cuenta de que al hablar con Heather me he relajado tanto que mi respiración ha vuelto a la normalidad—. Eso sí que es una prueba digna de un cuento de hadas. Una gesta.

Heather me coge de la mano.

—Si lo consigue, recuperaré todos mis recuerdos. Si no, después de esta noche no volveré a verte.

—Espero que agotes las reservas de la bodega durante la fiesta —le digo, abrazándola con fuerza—. Pero, sobre todo, espero que Vee sea lo bastante buena como para reconquistarte.

La puerta se abre y entra Oriana. Al verme, se sobresalta. Me hace una reverencia de inmediato, hasta casi tocar el suelo con la frente.

—No hace falta que hagas eso —replico, y ella me fulmina con la mirada.

Se nota que tiene muchas opiniones acerca de mi conducta como reina suprema, pero me agrada saber que no puede decirme nada sin infringir sus propias reglas de protocolo.

Oriana se endereza y dice:

—Espero que seas compasiva con tu padre. Si no lo haces por nosotros, hazlo por tu hermano.

—Ya he sido indulgente —replico, y tras recoger mi armadura, salgo a toda prisa al pasillo.

No debí marcharme de los aposentos reales. Fue un acto reflejo, para dejar gobernar a Cardan mientras yo operaba entre las sombras. Y sentí alivio al dejar atrás todas esas miradas entrometidas. Pero al estar separada de Cardan, me invade una sensación de irrealidad y me preocupa que la maldición no se haya roto, que todo esto sea fruto del delirio de una mente febril. Deshago el camino a toda velocidad, ataviada tan solo con el gambesón acolchado y los protectores de las piernas debajo de mi armadura.

Cuando llego, descubro que Cardan se ha ido, junto con todos los dignatarios. El agua de la bañera sigue caliente y aún quedan velas encendidas, pero las estancias están vacías.

—La he vuelto a llenar —dice Tatterfell, que aparece de repente y me sobresalta—. Métete. Estás hecha un desastre.

—¿Dónde está Cardan? —pregunto, mientras termino de desvestirme.

—En el auditorio. ¿Dónde, si no? —responde—. Eres tú la que llega tarde. Pero como eres la heroína del momento, no hay mal que por bien no venga. Cuando termine contigo, vas a quedar deslumbrante.

—Pues vas a tener que esforzarte —replico, pero me meto sin rechistar en la bañera, alborotando los pétalos de prímula que flotan en ella.

El agua caliente me alivia el dolor de los músculos. Me sumerjo en ella.

Lo peor de salir de una situación horrible y estresante es que después te llegan de golpe todos esos sentimientos que reprimiste y aparcaste. Durante muchos y largos días, he vivido con miedo, y ahora, cuando debería sentirme genial, lo único que me apetece es esconderme debajo de una mesa en el auditorio con Cardan, hasta que por fin me convenza de que se encuentra bien.

Y a lo mejor para enrollarme con él, si está de humor para ello.

Emerjo del agua y me aparto el pelo de los ojos. Tatterfell me tiende un paño.

—Frótate la sangre de los nudillos —me indica.

Una vez más, me trenza el pelo con forma de cuernos, y esta vez los engalana con un hilo dorado. Me tiene preparada una túnica de terciopelo de color bronce. Encima, me pone una levita de piel a juego, de cuello alto y rizado, cuyos faldones semejan una capa que ondea hasta con la brisa más leve. Por último, me pone unos guantes de color bronce y puños holgados.

Con este atuendo tan elegante, habría sido difícil entrar en el auditorio sin llamar la atención, aun sin contar con los cuernos que resuenan ante mi llegada.

—La reina suprema de Elfhame, Jude Duarte —anuncia un paje a viva voz.

Diviso a Cardan, que está presidiendo la mesa de honor. Incluso desde esta distancia, su mirada está cargada de intensidad.

Han dispuesto una serie de mesas alargadas para un banquete en toda regla. Las bandejas están repletas de comida: grandes esferas de fruta, avellanas, pan relleno de dátiles. El ambiente huele a hidromiel.

Oigo cómo los músicos se afanan por pulir las letras de sus nuevas composiciones, muchas de ellas en honor del rey serpiente. No obstante, al menos una de ellas es en mi honor:

Nuestra reina cerró los ojos y empuñó su espada,
y pensó: «creía que la serpiente sería más alargada».

Llega desde la cocina una nueva oleada de sirvientes, cargados con bandejas repletas de una carne pálida preparada de diferentes maneras: a la parrilla, marinada, asada y estofada. Tardo un rato en reconocer lo que estoy

viendo. Es carne de serpiente. Carne extraída del cuerpo de la inmensa serpiente en la que se convirtió el rey supremo, que quizá les reporte una parte de su magia. Al verla, experimento el abrumador desconcierto de ser mortal. Ciertas costumbres feéricas nunca dejarán de horrorizarme.

Espero que Cardan esté bien. Desde luego, se le ve radiante, riendo mientras los cortesanos le llenan el plato.

—Siempre he pensado que soy un bocado delicioso —le oigo decir, aunque me fijo en que no prueba la carne.

De nuevo, me imagino escondiéndome debajo de la mesa, como cuando era pequeña. Como hice después de la sangrienta coronación, con Cardan.

Pero en vez de eso, me dirijo a la mesa de honor y ocupo mi puesto, presidiendo desde el otro extremo. Nos miramos entre la maraña de cubiertos, manteles y velas.

Entonces Cardan se levanta y el silencio se extiende entre los feéricos.

—Mañana tendremos que lidiar con todo lo que nos ha sucedido —dice, alzando una copa—. Pero esta noche celebremos nuestro triunfo, nuestra astucia y el placer de la buena compañía.

Todos brindamos por eso.

Se entonan cánticos —una ristra aparentemente interminable de canciones— y se sirven platos de sobra como para saciar incluso a una mortal como yo. Heather y Vivi zigzaguean entre las mesas para salir a bailar. Cucaracha y Bomba están sentados a la sombra de los tronos reconstruidos. Él le está lanzando uvas a la boca y no falla ninguna, ni una sola. Grima Mog está comentando algo con lord Roiben, con la mitad del plato llena de carne de serpiente y la otra mitad con una carne que no logro identificar. Nicasia ocupa un puesto de honor, cerca de la mesa presidencial, rodeada por sus súbditos. Taryn está al lado de los músicos, contando una historia con muchos aspavientos. También veo a Fantasma, que la observa.

—Con vuestro permiso —dice alguien. Es Randalin, el ministro de las llaves, que se ha acercado a Cardan.

—Consejero —dice Cardan, apoyándose sobre la mesa con la languidez propia de alguien que lleva alguna copa de más—. ¿Te apetece uno de estos pasteles de miel? Podría haberlos pasado por la mesa.

—Está pendiente la cuestión de los prisioneros: Madoc, su ejército, lo que queda de la Corte de los Dientes —dice Randalin—. Y muchas otras cuestiones que esperábamos poder debatir con vos.

—Mañana —insiste Cardan—. O al otro. O quizá la semana que viene.

Y tras decir eso se levanta, bebe un largo trago de su copa, la deja en la mesa y se acerca al lugar donde estoy sentada.

—¿Te apetece bailar? —pregunta, ofreciéndome su mano.

—Quizá recuerdes que no se me da especialmente bien —replico, levantándome.

La última vez que bailamos fue durante la coronación del príncipe Dain, justo antes de que todo se torciera. Cardan estaba muy pero que muy borracho.

«Me odias mucho, ¿verdad?», me preguntó.

«Casi tanto como tú me odias a mí», le respondí.

Me conduce hasta el lugar donde los violinistas están alentando a todos a bailar cada vez más rápido, a girar, a voltearse y a brincar. Me envuelve las manos entre las suyas.

—No sé por qué debería disculparme primero —digo—. Si por cortarte la cabeza o por haber dudado tanto antes de hacerlo. No quería perder lo poco que quedaba de ti. Y no dejo de pensar en lo maravilloso que resulta que estés vivo.

—No sabes cuánto tiempo he esperado para oír esas palabras —dice—. Para que me digas que no quieres verme muerto.

—Como bromees con esto, te voy a…

—¿Matar? —pregunta, enarcando sus negras cejas.

Creo que le odio, después de todo.

Entonces Cardan me agarra de las manos y me aleja de los demás bailarines, me lleva hasta la alcoba secreta que me enseñó hace tiempo, detrás del estrado. Está tal y como la recuerdo, con sus gruesos muros cubiertos de musgo y un diván dispuesto bajo unos hongos que despiden un suave fulgor.

—Solo me burlo y soy cruel cuando me ofusco —dice Cardan, y se sienta en el diván.

Le suelto y me quedo de pie. Me prometí que haría esto, si volvía a tener la oportunidad. Prometí que lo haría en cuanto se presentara la ocasión.

—Te quiero —farfullo, atropellando las palabras.

Cardan se queda callado. A lo mejor lo he dicho tan rápido que no lo ha entendido.

—No hace falta que lo digas por pena —replica al fin, después de pensárselo mucho—. O por lo de la maldición. En el pasado te pedí que me mintieras, en esta misma habitación, pero te ruego que no lo hagas ahora.

Me ruborizo al recordar esas mentiras.

—Siempre he sido difícil —añade, y percibo en ello el eco de las palabras de su madre.

Cuando me imaginaba esta escena, pensaba que decirle esas palabras sería como quitarme un vendaje: un proceso doloroso y rápido. Pero jamás pensé que Cardan dudaría de mí.

—Empezaste a gustarme cuando fuimos a hablar con los regentes de las cortes inferiores —digo—. Me resultaste gracioso, lo cual fue raro. Y cuando fuimos a Villa Fatua, demostraste que eres inteligente. No dejé de pensar que fuiste tú el que nos sacó del auditorio tras la coronación de Dain, justo antes de que te pusiera ese cuchillo en el pescuezo.

Cardan no me interrumpe, así que no tengo más opción que seguir hablando.

—Después te engañé para convertirte en rey supremo —prosigo—. Pensé que, en cuanto me odiaras, yo podría volver a odiarte a ti. Pero no fue así. Y me sentí como una tonta. Pensé que acabaría con el corazón partido. Pensé que era una debilidad que podrías utilizar en mi contra. Pero entonces me rescataste del Inframar, cuando habría sido mucho más práctico dejar que me pudriera allí. Desde entonces, empecé a pensar que mis sentimientos eran correspondidos. Pero entonces llegó el exilio… —Inspiro una bocanada trémula—. Sé que te oculté muchas cosas. Pensaba que, si no lo hacía, si me enamoraba de ti, acabaría consumiéndome como una caja entera de fósforos.

—Pero ahora me lo has explicado todo —dice Cardan—. Y me quieres.

—Sí, te quiero —confirmo.

—Porque soy inteligente y divertido —replica, sonriendo—. Has olvidado mencionar mi atractivo.

—Y tu encanto —añado—. Aunque las dos son buenas cualidades.

Me atrae hacia él y acabamos tendidos sobre el diván. Contemplo la negrura de sus ojos y la suavidad de sus labios. Le limpio una motita de sangre seca de la punta de una oreja.

—¿Qué se sentía? —pregunto—. Al ser una serpiente.

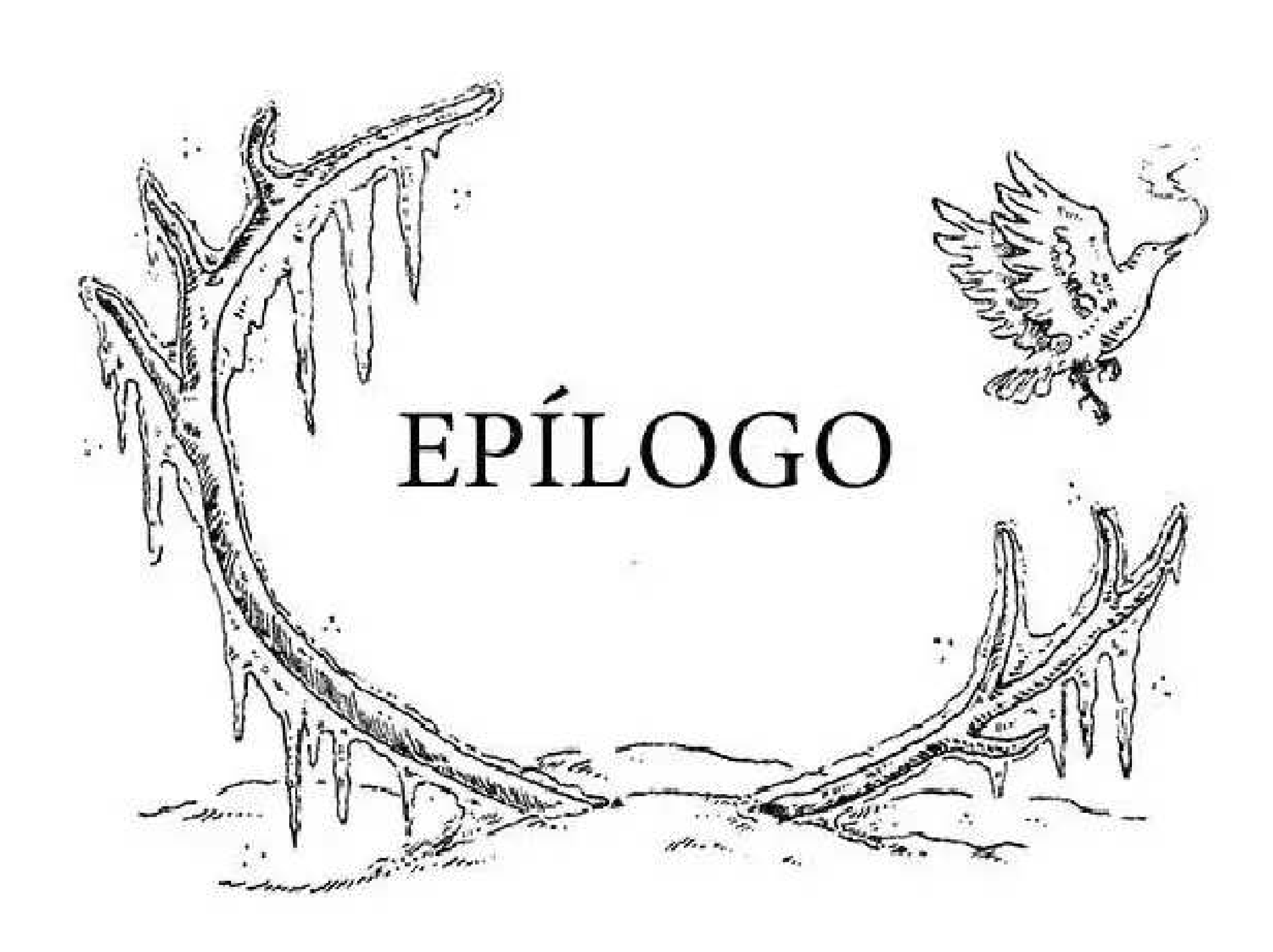
Cardan titubea.

—Era como estar atrapado en la oscuridad —responde—. Estaba solo y mi instinto me impulsaba a atacar. Puede que no me hubiera convertido del todo en un animal, pero tampoco era yo mismo. No podía razonar. Todo era pura emoción: odio, terror y un deseo de destrucción.

Quiero decir algo, pero él me interrumpe con un gesto.

—Y tú. —Me mira y curva los labios para formar algo que no termina de ser una sonrisa; es algo más y menos que eso—. Todo me resultaba ajeno, pero a ti te reconocí en todo momento.

Y cuando me besa, siento que al fin puedo volver a respirar.



EPÍLOGO

Mi coronación tiene lugar una semana después y me quedo perpleja al ver cuántos regentes de las cortes inferiores, junto con súbditos de otros reinos, acuden a presenciarla. Lo curioso es que muchos se toman grandes molestias para traer invitados mortales: niños cambiados y artistas o amantes humanos. Es un intento un tanto surrealista por ganarse mi favor, pero al mismo tiempo resulta gratificante.

Cardan ha seleccionado a tres artesanos feéricos para concederles un puesto fijo en la corte de Elfhame. Uno de ellos es Madre Tuétano. El segundo es un brujo muy anciano que parece ocultarse tras una barba trenzada y frondosa. Me sorprende descubrir que el tercero, un herrero mortal, conoció a mi padre humano. Cuando me lo presentan, Robert de Jersey dedica un rato a admirar a Noctámbula y me cuenta una anécdota sobre una conferencia a la que asistieron los dos hace una década.

Desde que los artesanos se instalaron, han estado ocupados. La ceremonia comienza al caer la noche, la celebramos bajo las estrellas en la nueva isla de Insear. Los braseros refulgen, el ambiente está cargado de incienso y espuma marina. El suelo que pisamos está cubierto de flores bañadas por la luz de la luna.

Llevo puesto un vestido de color verde bosque, con plumas de cuervo en los hombros y las mangas, mientras que Cardan lleva un jubón engalanado con unas radiantes alas de escarabajo. Baphen, que viste con una de sus largas túnicas azules y lleva un montón de ornamentos celestes en la barba, oficiará la ceremonia.

Oak lleva un traje blanco con botones dorados. Taryn le da un beso en la frente, para insuflarle ánimos, ya que será él quien tendrá que ponernos la corona.

—La Corte Suprema ha rendido pleitesía a la tradición de los Greenbriar desde hace mucho tiempo —dice Baphen—. La coronación ha sido fruto del parentesco. Y aunque la corona haya desaparecido, y con ella los votos de obediencia, seguiremos cumpliendo la tradición. Así, rey supremo, acepta tu nueva corona de manos de Oak, sangre de tu sangre y heredero tuyo.

A Oak no le agrada que le llamen heredero, pero coge la corona del cojín, una diadema de oro puro con nueve puntas en forma de hojas alrededor de la banda. Como rey supremo que es, Cardan no debe arrodillarse ante nadie, así que Vivienne levanta a Oak en brazos. Riendo, mi hermano le pone la corona a Cardan, para deleite de la multitud.

—Pueblo de Elfhame —dice Baphen, empleando por primera vez las palabras rituales con Cardan, ya que la anterior ceremonia fue muy precipitada—. ¿Aceptáis a Cardan, de la estirpe de los Greenbriar, como vuestro rey supremo?

—Sí, lo aceptamos —responden a coro.

Entonces me toca a mí.

—Es inusual que una corte tenga dos regentes. Pero tú, Jude Duarte, reina suprema, nos has demostrado que eso puede ser una fortaleza y no una debilidad. Cuando la Corte Suprema estaba amenazada, plantaste cara a nuestros enemigos y rompiste el hechizo que podría habernos destruido. Acércate y acepta tu corona de manos de Oak, tu hermano y tu heredero.

Me acerco, me quedo quieta mientras Vivienne vuelve a coger a mi hermano en brazos. Oak me pone la corona. Es idéntica a la de Cardan y pesa un montón.

—Pueblo de Elfhame —prosigue Baphen—. ¿Aceptáis a Jude Duarte como vuestra reina suprema?

Al principio se hace el silencio y temo que vayan a rechazarme, pero entonces la respuesta resuena desde multitud de gargantas:

—Sí, la aceptamos.

Sonrío a Cardan sin poder contenerme. Él me devuelve la sonrisa, con cierta sorpresa. Me temo que no sonrío así muy a menudo.

Cardan se da la vuelta hacia la multitud y anuncia:

—Ahora tenemos bendiciones que repartir y traiciones que castigar. Empecemos por las bendiciones.

Le hace señas a un sirviente, que trae la espada de Madoc, la misma que utilizó para partir en dos el trono de Elfhame.

—Grima Mog, nuestra gran general —dice Cardan—. A ti te entrego la última creación de Grimsen, será tuya durante todo el tiempo que estés a nuestro servicio.

Grima Mog la recibe con una reverencia y una mano pegada al corazón.

—Taryn Duarte —prosigue Cardan—, nuestra audiencia no llegó a concluir formalmente. Pero ya puedes darla por terminada, y a tu favor. La corte de Elfhame no tiene ninguna disputa contigo. Todos los bienes y propiedades de Locke irán a parar a ti y a tu hijo.

Tras eso se oyen unos murmullos. Taryn se adelanta y hace una reverencia.

—Por último —añade Cardan—, nos gustaría que nuestros tres amigos de la Corte de las Sombras dieran un paso al frente.

Fantasma, Bomba y Cucaracha avanzan sobre la alfombra de flores blancas. Van envueltos en capas que los cubren de pies a cabeza, e incluso se han tapado el rostro con una fina redecilla negra.

Cardan hace un gesto y se acercan varios pajes, con unos cojines. Encima de cada uno hay una máscara de plata, sin distinción de género, solo un rostro metálico que esboza una sonrisa pícara.

—Vosotros que habitáis entre las sombras, quiero que compartáis con

nosotros un momento de luz —dice Cardan—. A cada uno os hago entrega de una máscara. Cuando la llevéis puesta, nadie podrá recordar vuestra estatura ni el timbre de vuestra voz. Y nadie, en todo Elfhame, podrá negaros su ayuda. Todas las puertas estarán abiertas para vosotros, incluida la mía.

Los tres hacen una reverencia y se ponen la máscara. Al hacerlo, se produce una especie de distorsión a su alrededor.

—Sois muy generoso, mi rey —dice uno de ellos, y ni siquiera yo, que los conozco, sé quién ha dicho eso.

Pero lo que ninguna máscara puede ocultar es que, cuando se marchan después de hacer una reverencia, una figura enmascarada coge a otra de la mano.

Y tampoco que la tercera figura gira su reluciente rostro metálico hacia Taryn.

Entonces me toca a mí dar un paso al frente. Siento un cosquilleo en la barriga. Cardan insistió para que me encargara yo de juzgar a los prisioneros. «Tú nos has salvado —me dijo—, y con ello te ganaste el derecho de la leona a tener su recompensa. Tú decidirás su destino».

Elija el castigo que elija —ya sea la ejecución, el exilio o una maldición —, será considerado justo. Y mejor aún si es ingenioso.

—Que vengan los suplicantes —anuncio.

Oak se ha echado a un lado y se encuentra entre Taryn y Oriana. Dos caballeros se acercan y se arrodillan. Uno de ellos es el primero en hablar:

—Me ha sido encomendado rogar por todos aquellos cuya historia comparto. Antaño formamos parte del ejército de Elfhame, pero nos fuimos al norte con el general Madoc, por voluntad propia, cuando nos eximieron de nuestros votos. Traicionamos al rey supremo y… —en ese punto se traba— quisimos poner fin a su reinado. Nos equivocamos. Deseamos redimirnos y demostrar que podemos ser leales a partir de ahora.

Entonces habla el segundo:

—Me ha sido encomendado rogar por todos aquellos cuya historia comparto. Antaño formamos parte del ejército de Elfhame, pero nos fuimos al norte con el general Madoc, por voluntad propia, cuando nos eximieron de nuestros votos. Traicionamos al rey supremo y quisimos poner fin a su

reinado. No deseamos redimirnos. Seguimos a nuestro comandante fielmente y, aunque seremos castigados, no habríamos elegido otro camino.

Observo a la multitud, a los ciudadanos de Elfhame que lucharon y derramaron su sangre, a aquellos que perdieron a sus seres queridos, que habrían seguido viviendo durante siglos si no los hubieran asesinado. Tomo aliento.

—En la jerga de la Corte Suprema, a los soldados se los llama halcones —digo, con una voz que incluso a mí me sorprende que sea tan firme—. Aquellos que no deseáis redimiros, os convertiréis en halcones de verdad. Surcaréis los cielos y cazaréis a vuestro antojo. Pero no recuperaréis vuestra forma original hasta que no dejéis de hacer daño a todo ser viviente durante el plazo de un año y un día.

—Pero, si no podemos cazar, ¿de qué nos alimentaremos? —pregunta el caballero.

—Tendréis que subsistir gracias a la generosidad ajena —respondo con frialdad—. Respecto a aquellos que deseáis redimiros, aceptamos vuestro voto de lealtad y cariño. Volveréis a formar parte de la Corte Suprema. Pero quedaréis marcados por vuestra traición. Vuestras manos se tornarán rojas, como si estuvieran manchadas con la sangre que esperabais derramar.

Cardan me dirige una sonrisa de aliento. Me parece que a Randalin le fastidia que solo yo dicte las sentencias. Carraspea, pero no se atreve a interrumpirme.

La siguiente suplicante es lady Nore, de la Corte de los Dientes. La reina Suren va detrás de ella. Aún tiene la corona cosida a la cabeza, y aunque ya no lleva correa, tiene la muñeca perforada, con la piel en carne viva alrededor de la hendidura.

Llamo a un sirviente para que traiga la brida, que no llegó a utilizarse.

—Te habríamos seguido —dice lady Nore, hincando una rodilla en el suelo—. Hicimos una oferta y fuiste tú quien la rechazó. Déjanos regresar al norte. ¿Acaso no se nos ha castigado ya bastante?

—Lord Jarel trató de engañarme para someterme. ¿Tú lo sabías? —pregunto, señalando la brida.

Como no puede mentir, no dice nada.

—¿Y tú? —le pregunto a Suren.

La niña profiere una risita agreste y escalofriante.

—Conozco todos los secretos que creen que me ocultan. —Su voz es débil y áspera, como por falta de uso.

Alguien me tira de la manga, y me sorprendo al ver a Oak. Me hace señas para que me agache y así poder susurrarme algo al oído. Randalin frunce el ceño cuando accedo a hacerlo.

—Recuerda cuando dijiste que no podíamos ayudarla —me susurra—. Ahora sí podemos hacerlo.

Me aparto y le miro a los ojos.

—Entonces, ¿quieres interceder por la reina Suren?

—Sí —responde Oak.

Lo mando de vuelta con Oriana, un pelín más optimista con la posibilidad de que algún día quiera ocupar el trono de Faerie.

—Mi hermano ha pedido indulgencia. Reina Suren, ¿juras lealtad a la Corona?

La niña mira de reojo a lady Nore, como para pedirle permiso. Lady Nore asiente.

—Estoy a vuestro servicio, reina suprema —dice la niña. Después mira hacia un lado—. Y rey supremo.

Me giro hacia lady Nore.

—Me gustaría oír cómo juras lealtad a tu reina.

Lady Nore parece sobresaltada.

—Por supuesto que os juro lealtad…

Niego con la cabeza.

—No, quiero que se la jures a ella. A tu reina. A la reina de la Corte de los Dientes.

—¿A Suren? —Lady Nore mira a un lado y a otro como si buscara una vía de escape. Por primera vez desde su llegada, parece asustada.

—Sí —respondo—. Jura ante ella. Suren es tu reina, ¿no es cierto? Así que pronuncia tu voto o ponte la brida dorada.

Lady Nore aprieta los dientes, después masculla el juramento. A regañadientes, pero lo hace. La reina Suren adopta un gesto extraño, distante.

—Bien —prosigo—. La Corte Suprema se quedará la brida, con la esperanza de que nunca sea necesaria. Reina Suren, como mi hermano ha intercedido por ti, podrás marcharte sin más castigo que este: la disolución de la Corte de los Dientes.

Lady Nore se queda sin aliento.

—Vuestras tierras pertenecen ahora a la Corte Suprema —añado—, vuestros títulos quedan abolidos y vuestras fortalezas serán ocupadas. Y si intentas incumplir esta orden, Nore, recuerda que será Suren, a la que has jurado lealtad, quien te castigue como estime conveniente. Y ahora marchaos y dad gracias por la intercesión de Oak.

Suren, que ha dejado de ser reina, sonríe de un modo que no resulta nada amistoso. Tiene unos dientes muy afilados y unas inquietantes manchas rojas en las puntas. Por primera vez, me pregunto si a lo mejor tenían amarrada a Suren por miedo a lo que pudiera hacer si la soltaban.

El último interpelado es Madoc. Lleva grilletes en muñecas y tobillos, y a juzgar por su gesto de dolor, sospecho que contienen hierro.

Madoc no se arrodilla. No suplica. Solo nos mira alternativamente a Cardan y a mí, para luego fijarse en Oak y Oriana. Tiene un tic en la mandíbula, pero por lo demás permanece inmóvil.

Intento decir algo, pero siento como si tuviera la garganta atorada.

—¿No tienes nada que decir? —le pregunta Cardan—. La última vez estuviste muy dicharachero.

Madoc ladea la cabeza hacia mí.

—Me rendí en el campo de batalla. ¿Qué más puedo añadir? La guerra ha terminado y he perdido yo.

—¿Estás dispuesto a aceptar tu ejecución con esa frialdad? —inquiero.

Oriana profiere un grito ahogado. Pero Madoc se mantiene serio. Resignado.

—Te eduqué para ser inflexible. Solo pido una muerte digna. Y rápida, por el cariño que nos hemos profesado. Quiero que sepas que no te guardo rencor.

Desde que terminó la batalla, he sabido que me tocaría juzgarle. Le he dado muchas vueltas a la cuestión del castigo pensando no solo en su ejército y en su desafío, no solo en nuestro duelo en la nieve, sino también en

aquel crimen del pasado, el que siempre se ha interpuesto entre los dos. ¿Debo vengarme por el asesinato de mis padres? ¿Es una deuda que es preciso saldar? Madoc lo entendería, comprendería que el cariño no puede anteponerse al deber.

Pero me pregunto si lo que les debo a mis padres es una perspectiva más flexible del cariño y el deber, una que ellos mismos habrían suscrito.

—En una ocasión te dije que soy obra tuya, pero no solo eso. Me educaste para ser inflexible, pero aun así descubrí lo que es la compasión. Y te concederé algo parecido a ella, si me demuestras que eres merecedor.

Madoc me mira con sorpresa y cierto recelo.

—Señor —interviene Randalin, que ya no soporta más que sea yo la que tome cada decisión final—. Sin duda tendréis algo que decir al respec…

—Silencio —replica Cardan, cambiando por completo su actitud, su lengua convertida en un látigo. Mira a Randalin como si él fuera a ser el siguiente en ser juzgado. Después me señala con la cabeza—. Jude estaba llegando a lo más interesante.

Prosigo, sin quitarle ojo a Madoc:

—Primero, jura que olvidarás ese nombre que no deberías saber. Lo borrarás de tu mente y jamás volverá a salir de tus labios ni de tus dedos.

—¿Te gustaría oírlo antes? —inquiere, con una sonrisa casi imperceptible.

—No. —Este no es el mejor momento para decirle que ya lo sé—. Segundo, tendrás que jurarnos lealtad y obediencia —añado—. Y tercero, deberás hacer todo eso sin conocer la sentencia por tus crímenes, que dictaré de todos modos.

Madoc tiene un dilema. Una parte de él quiere ser como los soldados que se negaron a redimirse. A otra parte de él le gustaría ir a la tumba con la cabeza bien alta y los dientes apretados. Pero también hay una parte de él que prefiere seguir viviendo.

—Solicito compasión —dice al fin—. O, como tú has dicho, algo parecido a ella.

Inspiro hondo.

—Te condeno a vivir el resto de tus días en el mundo mortal y a no

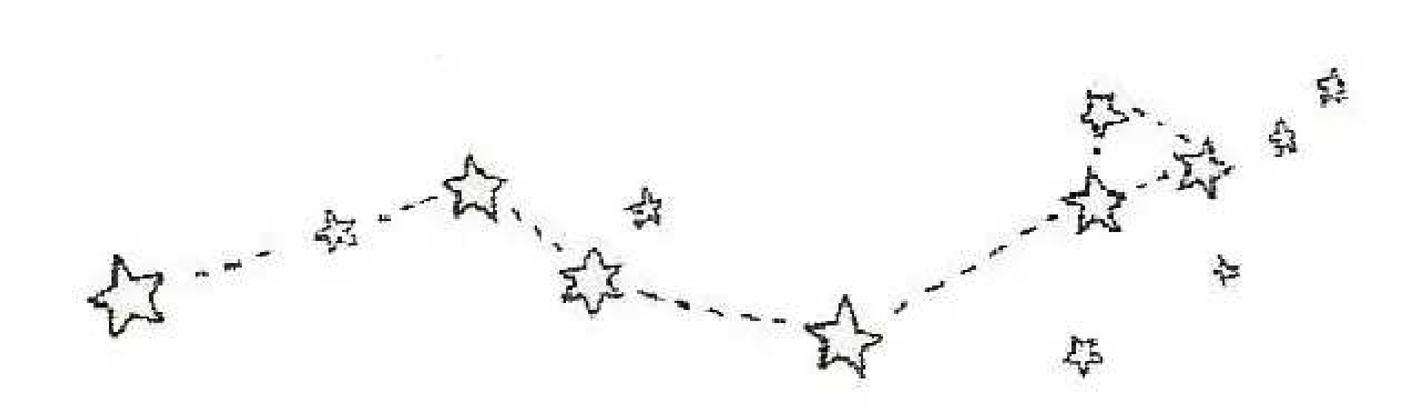
volver a empuñar un arma.

Madoc frunce los labios. Después inclina la cabeza.

—Sí, mi reina.

—Adiós, padre —susurro mientras se lo llevan.

Lo digo tan bajito que no creo que me haya oído.



Tras la coronación, Taryn y yo decidimos acompañar a Vivi y a Oak, que se dirigen de vuelta al mundo mortal. Ahora que la guerra ha terminado, Oak podría regresar a Faerie y asistir a la escuela palaciega, como hicimos Taryn y yo. Pero él prefiere vivir un poco más entre humanos, no solo porque ha pasado allí la mayor parte del último año, sino porque Oriana ha decidido mudarse con Madoc, y Oak echa de menos a sus padres.

Vivi ha estado yendo y viniendo la última semana, saliendo por ahí con Heather, con la que está empezando de cero. Pero ahora que se marcha para no volver, está haciendo acopio de mermelada de escaramujo, chaquetas de seda de araña y otras cosas que quiere llevarse de Faerie. Mientras lo hace, piensa en todos los detalles del mundo mortal que va a tener que explicarle a nuestro padre.

—Como los móviles —dice—. O las tiendas de autoservicio. Ay, esto va a ser genial. En serio, su exilio es el mejor regalo que me has hecho en la vida.

—Eres consciente de que se aburrirá tanto que intentará controlar tu vida —replica Taryn—. O planear la invasión de algún bloque de apartamentos cercano.

Al oír eso, a Vivi se le borra la sonrisa.

Sin embargo, Oak se echa a reír.

Taryn y yo ayudamos a Vivi a preparar cuatro alforjas repletas de cosas,

pese a que mi hermana ha plantado un montón de hierba cana en el bosque cercano a su apartamento y puede regresar a por suministros siempre que quiera. Grima Mog le da una lista a Vivi con los productos del mundo mortal que le gustaría que le enviaran a Elfhame. Básicamente, consiste en café instantáneo y salsa picante.

Lo que no me esperaba era que Cardan se ofreciera a acompañarnos.

—Deberías venir —dice Taryn—. Podemos hacer una fiesta. Os habéis casado y nadie ha organizado ninguna celebración.

No me puedo creer que esté diciendo esto.

—Estamos bien así. No necesitamos ninguna…

—Decidido, pues —dice Vivi, en su eterno papel de hermana mayor—. Seguro que Cardan nunca ha probado la pizza.

Oak se escandaliza al oír eso y comienza a enumerar todo tipo de ingredientes, desde la piña a las salchichas, pasando por las anchoas. Ni siquiera hemos llegado al mundo mortal y ya estoy temblando. Lo más probable es que Cardan lo deteste y que se ponga insufrible por ello.

Antes de que se me ocurra un modo de disuadirle, ya estamos cargando las alforjas en los corceles de hierba cana. Después estamos volando sobre las aguas. Al cabo de un rato, tomamos tierra en una porción de césped próxima al bloque de apartamentos, pero no tanto como para que los vecinos de Vivi puedan reconocerla.

Me bajo del caballo y percibo lo descolorida que es la hierba y el hedor a tubo de escape en el ambiente. Miro de reojo a Cardan con inquietud, me preocupa que esté arrugando la nariz con aversión, pero más bien parece curioso, mientras contempla las ventanas iluminadas y escucha el estrépito de la autopista cercana.

—Es pronto —dice Vivi—. Y la pizzería está aquí al lado. —Nos mira —. Aunque primero deberíamos ir al apartamento a cambiarnos.

No me extraña que diga eso. Cardan parece recién salido del escenario de un teatro, y aunque puede cambiar su aspecto con un hechizo, no creo que sepa qué prendas debería ponerse.

Vivi nos invita a pasar al apartamento y prepara café, con un toque de canela en polvo. Oak se dirige hacia el fondo y saca una especie de juego electrónico, en el que se enfrasca de inmediato, sentado en el sofá, mientras

los demás elegimos la ropa.

Las botas y los pantalones ceñidos de Cardan tienen un pase, y sustituye su elegante jubón por una camiseta que un amigo humano, que gasta su misma talla, se dejó en el apartamento. Yo tomo prestado un vestido de Vivi que a ella le queda holgado. A mí me queda mucho menos suelto.

—Le he hablado de vosotros a Heather —dice Vivi—. Voy a llamarla a ver si puede acercarse y traer provisiones. Os la presentaré…, otra vez. Y Oak os acompañará a la pizzería.

Riendo y cogiéndome de la mano, mi hermano pequeño empieza a tirar de Cardan y de mí hacia las escaleras. Vivi sale detrás para darnos algo de dinero.

—Este dinero es tuyo. De parte de Bryern.

—¿Qué hiciste? —pregunta Cardan.

—Vencer a Grima Mog en un duelo —respondo.

Cardan me mira con incredulidad.

—Pues tendría que haberte pagado una fortuna.

Sonrío al oír eso, mientras paseamos por la acera. Cardan no parece del todo incómodo, va silbando una melodía y mira con los ojos muy abiertos a los humanos con los que nos cruzamos. Contengo el aliento, pero Cardan no los maldice para que les salga una cola como la suya, no los tienta con una manzana del éxtasis, ni hace nada de lo que cabría esperar de un rey feérico malvado.

Entramos en la pizzería, donde Oak pide tres pizzas gigantescas cubiertas por una insólita maraña de ingredientes que estoy convencida que nadie le ha permitido pedir hasta ahora: mitad de carne picada y mitad de gambas, con ajo y tomates, queso de cabra y aceitunas negras, beicon y champiñones.

Cuando regresamos al apartamento con nuestra pila de cajas de cartón humeantes, descubrimos que Vivi y Heather han colgado una pancarta plateada en la que pone, con colores brillantes: «¡FELICIDADES, TORTOLITOS!». Debajo, sobre la mesa de la cocina, hay una tarta helada salpicada de serpientes de gominola y varias botellas de vino.

—Encantada de conocerte —digo, acercándome a Heather para darle un abrazo—. Estoy segura de que vamos a llevarnos genial.

—Vivi me ha contado cosas increíbles sobre vosotros —dice Heather.

—Vivi me ha contado cosas increíbles sobre vosotros —dice Heather.

Vivi hace sonar un matasuegras.

—Tomad —anuncia, repartiendo unas coronas de papel para que nos las pongamos.

—Esto es ridículo —protesto, pero aun así me la pongo.

Cardan contempla su reflejo en la puerta del microondas y se ajusta la corona para que quede ladeada.

Pongo los ojos en blanco y él me sonríe. Siento una punzada en el corazón, porque estamos todos juntos y a salvo, algo que no creí que fuera a ser posible. Cardan parece un poco cortado al percibir tanta felicidad, pues está tan poco acostumbrado como yo a esa sensación. Se presentarán adversidades, eso seguro, pero estoy igualmente convencida de que conseguiremos superarlas.

Vivi abre las cajas de pizza y descorcha una botella de vino. Oak coge una porción de pizza de gambas y le hinca el diente.

—Por la familia —digo, alzando un vaso de plástico.

—Y por Faerieland —dice Taryn, alzando el suyo.

—Y por la pizza —dice Oak.

—Y por las historias —dice Heather.

—Y por los nuevos comienzos —añade Vivi.

Cardan me mira y sonríe.

—Y por los grandes planes.

Por la familia, Faerieland, la pizza, las historias, los nuevos comienzos y los grandes planes. Brindemos por eso.

LAS SIGUIENTES CARTAS FUERON ENTREGADAS POR EL MENSAJERO DEL REY SUPREMO, A LAS MANOS DE LADY ASHA, QUIEN QUEMO CADA UNA DE ELLAS; ALGUNAS EN LAS LLAMAS DE LAS VELAS; OTRAS EN SU CORAZÓN.

Jude

Tal vez sólo estas siendo demasiado cautelosa, pero te escribo para informarte que todo está resuelto entre Bajo el mar y Elfhame. Los tratados se firman en espuma de mar y sangre.

Expectante,

Cardan.

Jude

Como no puedo imaginar que haya mucho en las tierras humanas que te interese, sólo puedo suponer que tu continua ausencia en Elfhame se deba a mí. Te ofrezco: ven a enfadarte a una distancia más cercana.

Cardan.

Jude

No estás de humor para juegos. Muy bien. Tampoco estoy de humor para ellos. Permíteme escribirlo directamente: estás perdonada, revoco tu destierro. Rescindo mis palabras. Ven a casa. Ven a casa y grítame. Ven a casa y lucha conmigo. Ven a casa y rompe mi corazón si es necesario. Sólo ven a casa.

Cardan.

Jude

Nunca responder a mis misivas es ridículo e indigno de ti y lo odio.

Cardan.

A la Reina Suprema de Elfhame

Sobre mí está la misma luna plateada que te ilumina. Mirarla me hace recordar el brillo de tu espada apretada contra mi garganta y otros momentos igualmente románticos.

Desconozco qué es lo que te impide volver a la Corte Suprema, si tu enfado conmigo o, quizá que después de pasar tiempo en el mundo de los mortales, hayas llegado a creer que una vida en la que has conseguido librarte de los feéricos es mejor que una vida gobernándolos.

En mis peores momentos me da por pensar que nunca vas a volver.

¿Por qué habrías de hacerlo, a parte que por ambición? Siempre has sabido exactamente lo que soy y has vito todos mis defectos, debilidades y cicatrices. A veces me engaño a mí mismo pensando que has sentido por mí algo más que desprecio, pero incluso aunque eso fuera verdad, lo que hayas sentido no sería más que un aperitivo comparado con el banquete que suponen tus otros (mucho mayores) deseos.

Y, aun así, mi corazón está enterrado junto a ti en el extraño suelo del mundo mortal, del mismo modo que

se ahogó contigo en las frías aguas Bajo el mar Era tuyo antes de que yo mismo pudiera admitirlo, y seré tuyo para siempre.

Cardan.

JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE

JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE

Por favor Jude

AGRADECIMIENTOS

Terminar este libro habría sido imposible sin el apoyo, la ayuda, las críticas y la audacia de Sarah Rees Brennan, Leigh Bardugo, Steve Berman, Cassandra Clare, Maureen Johnson, Joshua Lewis, Kelly Link y Robin Wasserman. ¡Gracias a mi banda de forajidos!

Gracias a todos los lectores que acudieron a verme a los encuentros